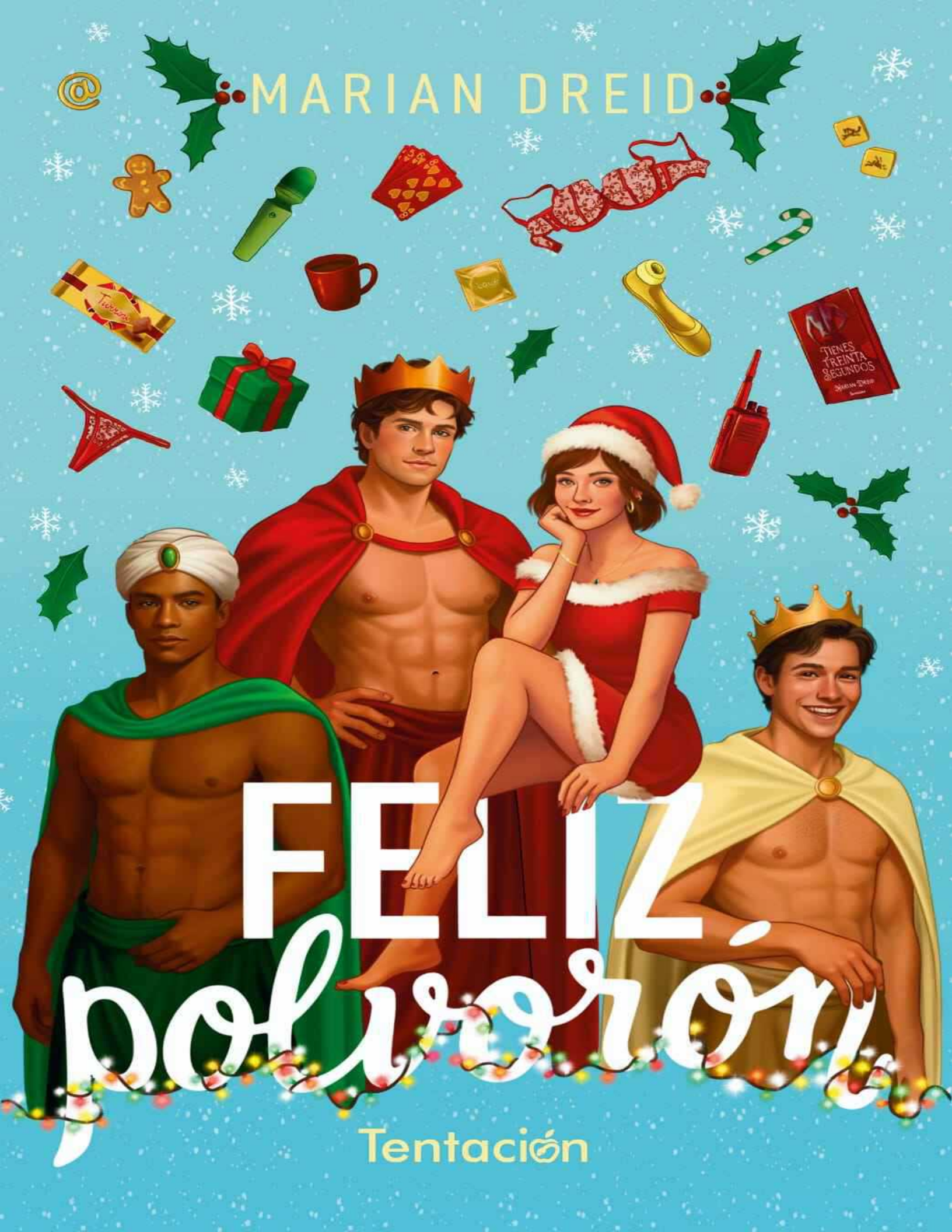
MARIAN DREID



FELIZ polvorón

Tentación

Publicado por:



info@editorialtentacion.com

© 2025, **Miriam Dreid**
© 2025, de esta edición: Editorial Tentación

Editora
Elena García González
Cubierta
Claudia Muñoz
Maquetación
Verónica Espinosa
Corrección
Sonia López Souto

Primera edición: noviembre de 2025
Depósito Legal: D.L. TO 286-2025
ISBN: 978-84-129616-3-8
Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 917021970/932720447).

Para aquellas que prefieren pasar
la Navidad escondidas en los libros.
Allí nos vemos.





MALDITAS NAVIDADES

Las malditas navidades cada año empezaban antes. ¿Cómo era posible que, a finales de noviembre, mi tienda fuera la única de todo el centro comercial que aún no lucía la decoración navideña? ¿En serio? ¿Qué le pasaba a todo el mundo? Algunos comercios habían quitado la de Halloween para sustituirla de inmediato por la de «la época más feliz del año». Puaj. Puse los ojos en blanco, asqueada de mis propios pensamientos.

Comprobé que no había nadie con intención de entrar al local y me metí en el almacén para buscar esas cajas que guardaba en la parte más alta de la estantería. Si por mí fuera, evitaría arriesgar mi integridad física subida a esa escalera que había comprado de superoferta en Aliexpress —cuya estabilidad dejaba mucho que desear— y pasaría mil millones de decorar. Sin embargo, la normativa del centro era clara: no me quedaban más narices que subirme al carro —o al trineo de Papá Noel— y poner el escaparate a tono con los demás. No necesitaba otra visita de la gerente para caer de la burra. O del reno. «Deja de hacer chistes temáticos, Lía, por favor».

Bajé las cajas, me asomé de nuevo a la tienda y, como seguía vacía, sacudí el polvo de las tapas y las abrí para empezar a sacar toda la parafernalia, que tampoco era mucha. La justa para que nadie me pudiera acusar de no cumplir las normas. Empezaría por las pegatinas de la cristalera, que era lo más fácil y más vistoso. Si el

resto de la tarde estaba tranquila, iría colocando aquí y allá todo lo demás.

Moví los expositores para poder acercarme y fui estirando los vinilos con la ayuda de una bayeta. Estaba trabajando la ese rebelde de «Felices» cuando escuché la risa estridente de la encargada del Sephora de al lado. «Cinco euros a que el causante de esa risita es Adrián», aposté conmigo misma. Salí a hacer como que comprobaba que las pegatinas habían quedado rectas, aunque solo pretendía averiguar si debía meter el dinero en el tarro del ahorro.

En efecto, ahí estaba Adrián. Era el vigilante de seguridad más guapo del centro comercial, del barrio, de la ciudad y de toda la comunidad autónoma, según las palabras que una vez me había dicho la mujer a la que lisonjeaba en esos instantes. Yo no estaba del todo de acuerdo con ella, el chico era mono, aunque tampoco era para tanto. Y encima se lo tenía muy creído, tal vez por culpa de ella. Y de más de la mitad de la sección femenina del centro. Y de dos integrantes de la masculina, al menos que yo tuviera controlados. Bueno, sí, era muy guapo. Y gracioso. Y simpático. Y agradable. Pero a mí no me daba la gana de contribuir a alimentar ese ego suyo de talla XXL.

Por eso me mostraba inmune a ese carisma que volvía loco a su séquito de admiradoras. Por eso y porque llevaba amargada más tiempo del que podía recordar. Es decir, recordar lo recordaba a la perfección: eran dieciocho meses ya. Año y medio de rabia, pena, rencor y lágrimas acumuladas por culpa del capullo infiel de mi ex. El tipo por el que me había mudado a cientos de kilómetros de la ciudad que me había visto nacer. No es que añorase a mi familia, desde el fallecimiento de mis abuelos —quienes realmente me habían criado y educado— ni siquiera consideraba que tuviera una. No obstante, fuese poco o mucho, lo había dejado todo por él. Y ¿cómo me lo había compensado? Acostándose más o menos con la misma cantidad de mujeres que el *playboy* del centro comercial, aun cuando llevaba doce años en una relación formal y exclusiva conmigo, ¡doce! Quizá, en parte, no terminaba de rendirme a los

encantos de Adrián por eso, porque, de alguna manera, ese chico representaba lo peor de mis demonios personales.

No quería seguir por los derroteros hacia los que se habían desviado mis pensamientos, de modo que ladeé la cabeza, aprobé la colocación del «Felices fiestas» —a poner «Feliz Navidad» me negaba en redondo— y volví al interior de mi pequeña, alternativa y poco rentable librería. Cuanto antes terminase con eso, mejor.

La voz del vigilante de seguridad me sorprendió cuando ya estaba en el almacén, decidiendo si de verdad era necesaria tanta guirnalda.

—¿Todo bien por aquí, Lía?

Me sacudí las manos contra la tela de los vaqueros y salí del cuarto.

—Todo bien, Adrián. —Me coloqué tras el mostrador y le dediqué una sonrisa un pelín falsa—. Puedes continuar la ronda, no hagas esperar a tus grupis.

La sonrisa con la que me correspondió tenía su propio club de fans. Suerte que a mí no me afectaba lo más mínimo.

—No te celes, nena —dijo mientras enroscaba los dedos en el grueso cinturón del uniforme gris de la empresa de seguridad para la que trabajaba y se acercaba a mi posición—. Sabes que eres mi favorita. ¿Te paso a recoger al cierre y nos vamos a tomar algo?

Solté un resoplido por la nariz y meneé la cabeza. Él hizo un pequeño globo con el colorido chicle que mascaba.

—¿De verdad esperas que te diga que sí, después de haberte dicho que no las últimas seiscientas veces que me lo has pedido?

—¿Llevas la cuenta? —preguntó divertido.

—No, pero llevo aquí como dos años y me lo preguntas casi cada día, conque creo que es una cantidad bastante aproximada.

—Y voy a seguir preguntándolo —afirmó con una ceja arqueada por encima del bonito verde de sus iris—. Porque estoy a esto de

desbloquear logro y que me respondas que sí. —Hizo pinza con el pulgar y el índice delante de mi cara—. Lo presiento.

Su descarado optimismo me hizo reír, lo cual era muy habitual. Debía admitir que, a menudo, Adrián era lo mejor de mis jornadas laborales.

—Di que sí, cari. La esperanza es lo último que se pierde.

—Y yo jamás pierdo nada ni a nada.

Volvió a mostrarme la exageradísima motricidad y locuacidad de sus cejas, se despidió haciendo un saludo militar y giró sobre los talones para abandonar la tienda. Para nada me fijé en cómo le marcaba el culo el pantalón de pinzas del uniforme. Para. Nada.

Cabeceé para quitarme esa imagen de las retinas y la sustituí por la del contenido de la dichosa caja en cuyo lateral alguien había escrito en grande, mayúsculas y con rotulador indeleble: «*Fucking* Fiestas». Y, sí, ese alguien era yo.

Lo cierto era que empezaba a cansarme estar así. O, mejor dicho, *ser* así. El amargor de mi alma se había vuelto permanente y hasta yo era consciente de que eso estaba mal. Así como también sabía que la única que podía revertir los daños era yo.

De mí dependía seguir así o recuperar mi antigua, divertida y chispeante personalidad. Lo malo era que, la mayor parte del tiempo, ni siquiera me acordaba de cuando había sido así. Resultaba más sencillo dejarse llevar por la gruñona que había tomado el control de los mandos de mi centro de operaciones interno.

A lo mejor mi amiga Nat tenía razón y podía empezar justo por ahí: por Adrián. Según ella, lo que necesitaba para salir del agujero era que alguien cubriera bien los míos —siempre sutil, la muchacha —. En ocasiones me parecía que estaba en lo cierto, si bien esos momentos solían coincidir con la fase ovulatoria de mi ciclo menstrual. Miré el calendario de la agenda que tenía abierta al lado de la caja registradora, eché cuentas y caí en que esa podía ser la primera vez que me planteaba tal cosa fuera de esos días en los que

el cuerpo me reclamaba la marcha que tantas lunas llevaba sin darle.

Por fortuna, un par de mis mejores clientas entró a la tienda para recoger sus encargos, obligándome a abandonar mi sesión introspectiva de la tarde. Para cuando terminé de colocar las guirnaldas y demás objetos, después de haber hecho la mejor venta de la semana, me había olvidado de mi sequía sexual, de la proximidad de las fiestas y hasta del culazo de Adrián.

Esto último, no por mucho tiempo, pues fue lo primero que detectaron mis ojos cuando salí del centro comercial y me lo encontré allí parado ante las puertas, mientras se ajustaba el casco. Porque, como no podía ser de otra forma, el vigilante se movía en una moto deportiva. Una como esas que veía en Instagram durante mis madrugadas insomnes, pilotadas por hombres de negro, con casco integral. Si hasta el maldito algoritmo parecía preocupado por el cese de actividades de mi entrepierna.

Adrián me vio cuando se subía a lomos del vehículo, levantó la visera del casco y me dedicó una amplia sonrisa. Tan amplia como para que le llegara a la porción de rostro que quedaba a la vista, ya que no podía verle la boca.

Estaba descruzando los brazos para decirle adiós con la mano cuando una chica corrió a subirse de un salto detrás de él, le rodeó el torso enfundado en la chaqueta de piel y le dijo algo muy cerquita del oído. Él se puso rígido por un instante, aunque enseguida se volvió hacia ella y le palmeó un muslo antes de deslizar la palma pierna abajo para colocarle los pies sobre las estriberas. Yo ya estaba cabeceando cuando me miró y se despidió con la mano enguantada. Ese chico era incorregible. Era un cliché con patas, el típico mujeriego de *romcom* hollywoodiense, pero, con eso y todo, me caía muy bien. Ni siquiera le iba a tener en cuenta el hecho de que me hubiera invitado a salir esa tarde cuando era obvio que ya tenía planes con la chica que se le había pegado a la espalda como una lapa en cuanto arrancó la moto.

El comentario de Nat me pilló desprevenida, no la había visto llegar.

—Mira, una muesca más en su cabecero. —Soltó una risita y me plantó dos besos en mis mejillas coloradas por el drástico cambio de temperatura. Seguro que ese era el único motivo del calor que sentía en el rostro—. Cuanto más lo veo más me cuesta creer que te resistas.

Resoplé, me ajusté la bufanda y me abracé a mí misma para tratar de conservar el calor corporal.

—Sabes de sobra que yo no valgo para ser una muesca.

Y no porque tuviera algo en contra de ello —que no lo tenía—, sino porque era incapaz, no podía. No sabía. No me salía.

—Ya, bueno, eso habría que desarrollarlo —protestó al tiempo que me agarraba de ganchete y tiraba con suavidad de mí. Echamos a andar hacia nuestra cervecería de cabecera. Los jueves cenábamos allí, era una especie de tradición—. De todos modos —dijo al cabo de unos pocos pasos—, ¿cómo sabes que lo único que quiere de ti es un polvo más? A mí me da la sensación de que de eso va bien servido. Y, sin embargo, ahí sigue, pico, pala, pico, pala.

—Pues porque así es él, va en su esencia —expliqué—. Es un donjuán nato, no lo puede evitar.

Iba de flor en flor sin pararse nunca dos veces en la misma. No era una impresión, era lo que se afirmaba por los mentideros del centro comercial. Y me lo había corroborado alguna de las chicas que habían pasado por su cama. Adrián nunca repetía con ninguna. Tampoco les prometía más que lo que les daba. Era un casanova honesto que, además, siempre quedaba en buenos términos con ellas. Motivo por el cual muchas se morían por repetir, y por el que él aún se podía pasear tan pichi entre sus efímeras conquistas, porque no le guardaban rencor. Al contrario, mantenía incluso cierta amistad con muchas de ellas. Sus grupis lo adoraban antes y después de haber pasado por su cama.

—Amiga, yo creo que deberías sacarte de una vez por todas el candado de las bragas y concederte una noche loca con él.

Por alguna razón que desconocía, en aquel momento y por unos segundos, estuve de acuerdo con ella.

Solo que no se lo admití ni me permití darle vueltas a semejante locura.





HASTA AQUÍ

No era un propósito de Año Nuevo. No, no, que no. La fecha era una mera coincidencia; de hecho, no podía contar como tal porque la idea era cumplirlo a corto plazo. Ojalá pudiera llevarlo a cabo antes de que se terminara el año.

Porque Nat tenía razón: necesitaba salir de mi pozo de autocompasión y disfrutar de la vida. Y, para empezar, tenía que liberarla de la presión que le suponía ser mi única amiga. Mi única… persona. La pobre había asumido, sin una sola queja, todos los roles que echaba en falta en mi existencia. Ejercía de madre, de hermana, de consejera e incluso de alcahueta si me mostrara un poco más receptiva.

«Ya no más, hasta aquí». Era el momento de ampliar mi círculo de amistades. Tenía que conocer gente, salir, socializar, reír, vivir… Aumentar mis niveles de serotonina entre tanto aliviaba la carga de esa pobre amiga que llevaba aguantándome, en exclusiva, desde que nos conocimos trabajando en el *call center* en el que ella era entonces coordinadora.

Me levanté a las siete de la mañana resuelta a iniciar los cambios, aunque las dos primeras horas las dediqué a preparar un par de cajas literarias, a beber café demasiado cargado y a pensar cómo leches iba a conocer gente nueva si me pasaba seis días a la semana —uno más en cuanto comenzaran los domingos y festivos de

apertura comercial— metida en la tienda, y el séptimo vegetando entre la cama y el sofá.

Una vocecilla bastante irritante dijo dentro de mi cabeza: «podrías empezar por el vigilante, querida, es bastante obvio».

Por supuesto que lo era. Seguro que podía dejarle entrar un poquito, lo justo para hacernos amigos con todas las letras, porque lo cierto era que Adrián ya era algo así como mi coleguita. La persona con la que más me relacionaba, después de Nat, eso seguro.

Él era quien me traía café y sabía cómo me gustaba tomarlo. El que me daba palique durante esos ratos muertos de primera hora, en los que apenas había más actividad que la de los trabajadores del centro. El que venía a preguntarme si necesitaba salir cada vez que estaba de turno, para quedarse en la librería mientras yo iba al baño, por ejemplo. Sus compañeros también lo hacían, pero solo después de que yo se lo hubiera pedido. Y yo solo hacía tal solicitud en caso de extrema urgencia. Cualquier día me reventaría la vejiga. Tal vez debería llevarme un orinal al almacén. O pañales de adulto.

No ese día, se me marcarían en el vaquero ajustado que me había puesto. Ni yo lo entendía, pero me había esmerado mucho más de lo habitual en vestirme y maquillarme esa mañana. No me fuera a surgir plan para la noche. No tenía ningún sentido, máxime cuando mi intención era profundizar en una posible relación de amistad. Solo eso. Porque Adrián no me gustaba y porque yo no le gustaba a él, no de la manera en que dos personas deberían gustarse cuando el objetivo es tener una relación romántica.

Así que ese era el día: Adrián estaba a punto de desbloquear logro, por definir la cuestión con sus propias palabras.



Fue una mañana tranquila, con el trasiego habitual de clientes y de curiosos que entraron a la tienda solo para echar un vistazo. No faltó la típica pregunta sobre la ausencia de las últimas novedades virales en mi escaparate, a la que respondí con mi mejor sonrisa y ánimo de explicar el propósito de mi librería. Lo que esa chica buscaba lo tenía en el FNAC de la planta baja, lo que yo ofrecía era otra cosa. Yo vendía solo obras de autores independientes, además de cajas literarias personalizadas y todo tipo de accesorios relacionados con la lectura, entre otras cosas. Un negocio revolucionario que había parecido mejor idea cuando decidí lanzarme a la aventura de emprender, que lo que había demostrado ser hasta ese momento. Había desperdiciado la herencia de mis abuelos comprando un piso en el barrio escogido por mi ex y en un emprendimiento a punto de ser declarado fallido.

Pero no me dejé llevar por el desánimo, ese era el primer día de mi nueva vida. Mis abuelos estarían orgullosos de mí por haberme atrevido a perseguir mis sueños, aunque estos corrieran más rápido que yo… Estaba casi segura de ello. A veces. Casi todo el tiempo.

El estómago se me contrajo cuando Adrián entró en el local quince minutos antes de las dos. Traía dos vasos de cartón humeantes en las manos, ropa de calle y su sempiterna sonrisa puesta. Solía traerme café cuando tenía turno de tarde, pues sabía que me gustaba tomarme uno después de comer, cosa que hacía de pie en el almacén, y siempre en torno a la una y media. También cenaba allí con frecuencia, salvo que la afluencia de clientes no me lo permitiese. Me forzaba, cuando menos, a picar algo ligero a última hora de la tarde, porque llegaba a casa tan cansada que alimentarme era una de mis últimas prioridades.

Conforme se acercaba, me di cuenta de que estaba tarareando *All I want for Christmas is you*.

—Oh, no —lamenté mientras aceptaba el café que tendió hacia mí —. Ya han puesto el hilo musical navideño.

—¡Pues claro! —exclamó con una alegría con la que yo no podía empatizar.

En la tienda podía poner música a mi elección y ahogar con ella el maldito hilo general, en cambio, él tenía que soportar los villancicos durante la práctica totalidad de su jornada laboral. Eso no era sano para nadie.

—Por favor, que sea enero de una vez —rogué en un murmullo—, no, febrero. ¡Semana santa! Gracias por el café, por cierto.

—Pero si la Navidad es la mejor época del año, Lía. Y no me des las gracias, ya me invitarás tú a uno. —Me guiñó un ojo—. Que, si es en tu casa y después de una noche de sexo extenuante, tampoco me voy a quejar. Ahí te lo dejo…

—Creo que eso no va a pasar —comenté como quien no quiere la cosa.

La tripa me dio un vuelco, de pronto temía que me rechazara. Es decir, una cosa era insinuar a diario que quería acostarse conmigo, y otra muy diferente que le apeteciese confraternizar y expandir nuestro *colegueo* más allá de los límites de mi librería.

Adrián dejó su vaso sobre el mostrador y se acodó frente a mí con una expresión divertida en la cara.

—Eso no ha sido un no.

—Era una forma sutil de decir que no. —Demasiado tarde recordé mi objetivo y traté de rectificar matizando—: A lo del sexo extenuante, digo.

Cabeceó, poco convencido y aún más risueño que antes. Yo cambié el peso de un pie al otro y me rasqué la nuca, estaba perdiendo mi oportunidad.

—Nena… he visto una brecha ahí, a mí no me engañas.

Reí antes de morderme el labio, a la espera de que me invitara a tomar algo después del cierre. No lo hizo. Se irguió, bebió el café de un trago y comenzó a caminar de espaldas hacia la salida.

—¿Por qué no te lo tomas? —Señaló mi vaso de cartón—. Venga, que se le van las vitaminas.

Hizo su característico saludo militar y salió sin decir nada más.

«Mierda».



Terminé el cierre de caja, apagué las luces y fui a por el abrigo y el bolso al almacén. Bajé la persiana metálica y, mientras guardaba las llaves y me arrancaba a caminar hacia la salida más lejana, me dije que lo hacía porque quería ver el escaparate de Tigger, no porque fuera la más cercana al cuarto de seguridad por el que saldría Adrián cuando llegara el reemplazo. Ya era mala suerte que, justo cuando yo estaba decidida a aceptar una de sus invitaciones, él optara por pasar de mi culo.

No importaba, ¿qué más daba un día más o menos en mi racha de ostracismo y soledad? Paseé despacio hacia la salida para hacer un poco de tiempo, él siempre se cambiaba antes de salir.

Esa era mi hora favorita. A las diez de la noche se producía un cambio en la atmósfera del centro comercial, era algo casi tangible en el aire. La música de las tiendas cesaba. Las luces se apagaban. El barullo de los pasillos pasaba a ser solo el de las conversaciones distendidas de los empleados que se quedaban a charlar delante de las puertas de los establecimientos, cargados con sus pertenencias y con la satisfacción de haber terminado su horario y de poder irse a casa a descansar. O a tomarse algo con un amigo, que era lo que quería hacer yo, leches.

Salí al exterior y me quedé parada delante de las puertas automáticas a disfrutar de la caricia gélida del aire que corría por el callejón que separaba ese edificio del de El Corte inglés. No me

gustaba la dichosa Navidad, pero amaba el invierno. Me gustaban los días cortos, el frío e incluso la lluvia. Era una tía rara y no solo por mis gustos climatológicos, lo tenía asumido.

Saqué el móvil del bolsillo y comprobé si tenía notificaciones nuevas. En efecto, tenía un wasap de Nat preguntando qué tal me había ido la tarde, unos cuantos mensajes en el grupo de Telegram del club de lectura que organizaba cada mes y tropecientos reels chorras de Instagram procedentes también de la cuenta de Nat. En esos momentos, mi móvil representaba con bastante fidelidad lo que venía siendo mi vida social, la cual se reducía a eso y poco más.

Como una tonta, me pasé al menos un cuarto de hora viendo los que me había enviado mi amiga y otros que decidió mostrarme el algoritmo. ¿Por mi adicción a las pantallas? Qué va. Por prolongar un poquito más la espera para provocar un encuentro con Adrián que tal vez no llegaría a producirse, pues lo mismo había salido por otro de los accesos.

Acababa de volver a meter el teléfono en el bolso y suspirar como una idiota cuando le escuché:

—Ey, sigues aquí. —Se paró a mi lado, el cuero de su chaqueta crujió cuando arrimó el brazo al mío—. ¿Tu amiga llega tarde?

Me arrebujé en el abrigo y me volví hacia él para mirarle a esos ojos verdes que solo estaban un poquito por encima de los míos. Yo no era bajita y él no era alto en exceso.

—No, hoy no hemos quedado —dije con una timidez que no tenía ninguna justificación, por lo que me obligué a actuar con normalidad. Por Dios, conocía a ese chico desde hacía un montón, aunque no fuera a un nivel demasiado profundo—. De vez en cuando le doy el día libre y la dejo cenar con su chico y su hijo.

Adrián hizo una mueca de sorpresa.

—¡Qué magnánima!

—Ya ves, soy así de guay.

Recuperó la posición inicial y se llevó las palmas juntas al pecho para calentarlas con el aliento y un poco de fricción.

—Se me ha hecho tarde por culpa de un robo en el Zara, ¿a ti te ha pasado algo?

Y lo preguntaba porque lo cierto era que me cuidaba mucho de cumplir mi propio horario, ya trabajaba bastantes horas como para añadirle extras si no era estrictamente necesario. Él lo sabía.

—No, todo bien. —Me aclaré la garganta en tanto reunía el valor para proponerle hacer algo juntos. No pude, necesitaba más tiempo —. Estaba decidiendo qué hacer.

Adrián sacó un cigarro y lo dejó colgando entre sus labios mientras buscaba el encendedor.

—Dime cuáles son las opciones, a ver si te puedo ayudar a elegir.

«Vamos, Lía, échale huevos». Tuve que arengarme a mí misma, qué ridícula. De verdad estaba oxidada en lo de relacionarme y abrirme a los demás.

—Pues, eh… —Tragué saliva con dificultad, aunque intenté que él no percibiera mi nerviosismo. A saber si lo conseguí—. Estoy entre irme a casa a leer o… preguntarte si te apetece tomar algo conmigo.

Adrián dio un paso atrás, se llevó una mano al pecho e incluso fingió que le flaqueaban las rodillas.

—Si es broma es una muy cruel —dijo antes de agarrar el pitillo entre el índice y el pulgar.

No pude evitar reír. En parte de puro alivio por su reacción.

—Hablo en serio. Pero debo advertirte que mi intención es que nos tomemos unas cañas y profundicemos en esta amistad extraña que tenemos, no terminar en tu cama. Eso no va a pasar.

Las palabras salieron a borbotones de mi boca y enrojecí de vergüenza propia y ajena.

—Oh, nena. —Recuperó la sonrisa seductora y acercó su cara a milímetros de la mía para susurrar—: No adelantemos acontecimientos.





YO ME ENCARGO

Me dolía la tripa cuando me senté a su lado en la cervecería, tal era mi estado. Se me hacía rarísimo estar con él fuera de la librería o cualquier otra zona del centro comercial. Lo veía incluso diferente. Más guapo, más imponente, más intimidante.

Hasta que abrió la boca y reconocí en su forma de hablar y de hacerme reír al vigilante de seguridad amable y encantador que me alegraba el día en el trabajo con solo pasarse por allí delante. Adrián era un picaflor, pero también era un tío sencillo, transparente y con un corazón que no le cabía en el pecho, tan grande que tenía para todas. Esa era la impresión que me daba, y creía conocerlo lo suficiente como para estar bastante segura de ello. Jamás le había visto un gesto feo, nunca le había oído hablar mal de nadie.

—¡Se le cayó un chándal de dos piezas entre las piernas y la mujer seguía negando que hubiera robado nada! —comentó, entre risas, la anécdota del día—. ¿Te lo puedes creer? La tía llevaba casi cien euros en prendas colgadas en perchas por dentro de la cinturilla de la falda.

Reí con él antes de darle un sorbo a la cerveza, Adrián se metió lo que le quedaba de la tosta en la boca, se limpió las manos con una servilleta y se recostó contra el acolchado del banco corrido en el que estaba sentado frente a mí. Terminó de tragar, subió un brazo al respaldo y ladeó la cabeza.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Me da un poco de miedo —reconocí medio en broma, medio en serio—, pero venga, dale.

—¿Por qué odias la Navidad?

Resoplé antes de adoptar una postura similar a la suya, aunque mucho menos relajada que él. Ya no estaba tensa, no obstante, el tema me resultaba incómodo.

—Por muchos motivos, sería largo de explicar.

—Yo no tengo prisa y sí mucha curiosidad —aclaró—, pero si no quieres hablar de ello no pasa nada.

Cogí una buena bocanada de aire y la dejé salir despacio por la nariz. Debía confiar y abrirme a otras personas, me recordé. Tenía que hacerlo y Adrián era el candidato más indicado para empezar.

—La odio porque tengo muchísimo trabajo en la librería, aunque también es cuando más facturo, así que eso no se lo tengo muy en cuenta, pero es lo que me impide ir a pasar las fiestas con mi amiga Nat a su pueblo. La odio porque me parece una herramienta del capitalismo para vaciarnos los bolsillos, pero también porque parece diseñada para destacar y marcar a los que estamos solos. La odio porque envidio a quien tiene con quién celebrarla, porque me hace sentirme muy sola, porque me recuerda a los padres de mierda que me tocaron y porque me hace añorar como nunca a los abuelos que me criaron. La odio porque intento que no me afecte, hacer como que esas fechas tan señaladas son días tan normales como cualquier otro; pero las luces, los villancicos y hasta las reposiciones de *Love actually* en la tele son un recordatorio permanente de lo mucho que me he ido aislando.

Era posible que las últimas frases las hubiese dicho con la vista clavada en la superficie maltratada de la mesa sobre la que me retorcía los dedos. Recuperé el vaso, apuré lo que me quedaba de cerveza y aproveché que el camarero pasaba a nuestro lado para pedirle otras dos.

Si él no quería más, no me lo hizo saber.

No dijo nada de nada, solo se me quedó mirando con una expresión que no supe descifrar.

—No me juzgues —pedí en un tono que, pese a que pretendía ser relajado, fue lo contrario: tenso y suplicante.

—No lo hago. Te he preguntado, tú me has respondido y te agradezco mucho que lo hayas hecho. No creo que tenga derecho a juzgarte, es más, me parecen motivos muy razonables. —Apartó la mano que tenía sobre la mesa al ver que el camarero ponía allí nuestras cañas y retiraba los vasos vacíos. Iba a darle las gracias cuando volvió a tamborilear con los dedos sobre la madera y su gesto recobró su picardía habitual—. ¿Por qué has querido hacer algo conmigo hoy?

Era la noche de las confesiones, a tenor de la facilidad con que le contesté:

—Porque me he propuesto hacer amigos y tú me caes bien.

Bebí un buen trago de cerveza solo por no estar quieta.

Adrián entrecerró los ojazos que había clavado en los míos y se mordisqueó el interior del carrillo, pensativo. Mientras me escudriñaba no pude evitar pensar lo poco que pegábamos. Él era el típico guaperas rubio de ojos claros que se robaba todas las miradas a su paso chulesco y displicente. Yo era del montón. Mi físico no destacaba por nada concreto, tenía un cuerpo normal y unas facciones nada reseñables. Y empezaba a ponerme nerviosa ese silencio tan poco natural que, por suerte, se animó a romper.

—Te caigo bien, pero… ¿no quieres acostarte conmigo?

Apreté los labios en una línea fina y negué con la cabeza.

—No es por ti —le dije, con un par.

Él soltó una risotada y luego fingió sacarse un puñal del centro del pecho.

—¡Aaaauch! Cómo ha dolido eso.

Reí con él antes de explicarme mejor, total, qué más daba ya.

—De verdad que no es por ti, no puedo contigo ni con nadie.

El pobre seguía sin entender a dónde quería ir a parar, obvio.

—¿Hay algún impedimento físico?

—¡No! —Cabeceé con energía, quizá en exceso, teniendo en cuenta que, en parte, igual estaba mintiendo.

—¿No te gusta el sexo?

—No. Es… —A ver cómo me hacía entender sin implosionar en el intento—. Es algo… mental.

Adrián se retrepó en el asiento, no incómodo, en realidad se le veía intrigado. Interesado. Preocupado incluso.

—Y ¿has probado a consultarlo con un profesional?

—No, no es necesario —le aseguré con firmeza—. Es más sencillo de lo que estás pensando.

—Me he planteado ya varios escenarios según vamos hablando y ninguno mola nada.

—No le des vueltas.

—Lo intentaría, pero tengo cierta tendencia a la obsesión y sé que ahora ya no podré pensar en otra cosa. —De pronto se puso muy serio, se inclinó hacia mí y bajó el tono de voz al mínimo audible—. ¿Alguna vez te… forzaron a hacer algo que no querías hacer?

Abrí mucho los ojos y me apresuré a negarlo.

—No, no, no, no, de verdad que no. —No podía dejarlo elucubrar más. Yo sola me había metido en ese jardín, así que tenía que terminar de despejarlo y salir de él—. A ver, el tema es que yo… Yo solo me he acostado con una persona, el novio con el que me inicié en el sexo y con el que estuve doce años. No soy capaz ni de imaginarme teniendo sexo con alguien con quien no tengo toda la confianza del mundo. Simplemente… —Me estremecí entera—. No puedo. Sé que no voy a poder.

Adrián volvió a sorprenderme con otra salida por la tangente.

—¿Por qué rompisteis?

—Porque me pegó la clamidia y averigüé que me había sido infiel con la mitad de la población femenina de esta ciudad y parte de los alrededores. Más un tercio de la de donde vivíamos antes de mudarnos aquí. Son datos aproximados, nunca tendremos el número real porque hasta él ha perdido la cuenta.

—Lo siento —dijo con verdadero pesar, aunque no con lástima ni condescendencia—. Siento que perdieras doce años de tu vida con ese espécimen. Menudo gilipollas, hay que ser imbécil.

—Ya, me siento bastante idiota, sí.

—Librera… —Alargó la mano y entrelazó sus dedos cálidos con los míos.

—Dime, segurata.

—El imbécil es él, no tú. Hay que ser muy mierdas para hacer lo que te hizo.

Llevaba meses sin derramar ni una lágrima, muchos meses; pues Adrián y su ternura casi rompieron mi récord. Parpadeé para eliminar el exceso de agua, le di un apretón y deslicé la mano para llevarla a mi regazo. Levanté el vaso con la otra y me bebí un tercio del contenido.

—No quiero hablar de él.

Ni de Daniel, ni de clamidia, ni de lo que me había costado reencauzar mi existencia cuando nuestros caminos se separaron. Bueno, para qué engañarme, no había encauzado nada todavía. Pero estaba en proceso, que ya era algo.

—Voy a ayudarte —soltó de repente—. No puedo permitir que sigas así, nena. El sexo es una de las mejores cosas que podemos experimentar. Qué digo, es la mejor. —Dio una palmada sobre la mesa—. Tienes que recuperar tu vida sexual.

Miré en derredor, avergonzada, y chisté para que bajara la voz.

—No quiero recuperarla —susurré. Estaba desatada y, por lo visto, no iba a dejarme nada en el tintero—. Mi vida sexual no era demasiado… satisfactoria, ¿sabes? Creo que por eso me da un poco igual, la verdad es que no tengo mucho interés ni me motiva demasiado retomar esas actividades.

—Joder, Lía —bufó todo indignado—. No puedo consentirlo, me niego. Tenemos que ponernos a trabajar ya.

Me dio la risa tonta por la vehemencia con la que reaccionaba. Era mejor eso que seguir perdida en la intensidad de su mirada, o que seguir observando cómo se movía la nuez en su garganta supermasculina, o cómo se le marcaban las venas de los antebrazos.

Ay… se me estaba subiendo la cerveza.

—No voy a acostarme contigo —repetí, no tanto para él como para reforzarme el mensaje a mí misma.

—No negaré que me hiere el ego, pero lo acepto. Y pienso ayudarte igual, que para eso están los amigos.

Volví a reír descontrolada. Debí haber ingerido más sólido antes de pimplarme la primera caña, porque aún no me había terminado la segunda y ya me sentía un poco piripi.

—¿Cómo piensas hacerlo?

Adrián esbozó una sonrisa siniestra.

—Estoy empezando a elaborar un plan, nena, yo me encargo. No solo voy a conseguir que pierdas tus miedos y superes tus barreras: vas a volver a follar, vas a pasártelo como nunca y, de regalo, vas a tener una más que feliz Navidad.





SPOILER

Adrián no quiso incomodarme más esa noche, tal vez consciente de que estaba a punto de sufrir un derrame o algo. Fuera por lo que fuese, se limitó a decirme que iba a prepararlo todo y que confiara en él. Después se pidió una mousse de chocolate y cambió de tema al preguntarme si ni siquiera me gustaban las comilonas navideñas, como si, hasta ese momento, hubiéramos estado hablando de la inflación y no de mi incapacidad para tener un rollo o sexo casual. En algún momento entre que terminé de describirle el menú que mi abuela elaboraba cada Nochebuena y que bostecé por tercera vez en menos de un minuto, se ofreció a llevarme a casa en la moto. Decliné la oferta porque me daban miedo y porque desde la cervecería había la misma distancia a mi piso que al lugar donde la tenía aparcada, en una de las calles que rodeaba el centro comercial. Con eso y todo, insistió en acompañarme al portal mientras me narraba una de sus anécdotas locas.

—Desde entonces Aritz tiene prohibido mezclar las bebidas gaseosas con los frutos secos —concluyó muerto de risa.

—Madre mía, menuda pandilla la tuya.

—Ya los conocerás. Yo los conocí cuando Aritz salió con mi hermana, pero ella era mucha mujer para él por aquel entonces. Así que lo saqué de cuñado y me lo quedé como amigo. Jairo venía en el paquete, son como los donuts esos dos.

—Si ellos son los donuts, ¿tú que eres?

Se paró, giró la cabeza y me regaló una mirada cargada de *sex appeal*.

—Yo soy la caña y bien rellena de crema.



Cuando llegamos se despidió de mí con dos besos castos en las mejillas que me hicieron ruborizarme por la inusitada intimidad del contacto con su piel. Porque yo no había sentido nunca ningún interés romántico ni libidinoso por él, sin embargo, algo había cambiado en el momento en que el sexo comenzó a ser una posibilidad real entre nosotros. Me gustaba como amigo, pero no podía obviar que también era un hombre. Uno muy agradable a la vista.

Esa noche soñé con Adrián. Y me desperté jadeando.

Por suerte, el susodicho no tenía la capacidad de leerme la mente, por lo que no podía saber qué fue lo que me hizo sonrojar de nuevo cuando entró en mi tienda al día siguiente, una media hora antes de que comenzara su turno. Mi cuerpo aún tenía que asimilar el hecho de que Adrián solo me iba a ayudar con la teoría, no con la práctica. Una lástima, pero no podía ser. Que no, que no.

—¿Cómo va el día?

Me acodé sobre el mostrador y casi me reí cuando a él se le fueron los ojos a mi escote.

—Bah, como todos.

Me miró a la cara, luego a las tetas y regresó a mi cara mientras me apuntaba con un dedo, ahora a mí, ahora a mis Bimba y Lola, que era como las llamaba yo en mi fuero interno.

—Me parece muy injusto que me dejes fuera de competición, pero eso ya te lo he dicho y prometo no volver a insistir en ello. —Cerró los ojos y emitió un suspiro muy sobreactuado y no menos gracioso —. En fin, yo venía a hacerte unas preguntas. —Sacó un bloc de notas pequeño y un bolígrafo del bolsillo trasero de los pantalones cargo.

—¿Libreta y todo? —pregunté sonriente y sin saber qué esperar de él y ese minicuaderno.

—Pues claro, es un tema grave, Lía, siento una gran responsabilidad y vamos a tomárnoslo muy en serio. —Entrecerró los ojos y me apuntó de nuevo con el boli—. Los dos.

Mis pensamientos salieron a flote y se abrieron paso a través de mi boca:

—Estoy empezando a arrepentirme de habértelo contado.

—Nena, de lo que te vas a arrepentir es de no haberlo hecho antes. ¡Y no te vayas por las ramas! A ver… —Abrió la libretita y accionó el botón del boli para sacar la punta—. Unas cuantas cuestiones a tener en cuenta antes de empezar a tomar medidas urgentes. Primera pregunta, ¿cuánto hace que no tienes relaciones sexuales?

Me enderecé y me crucé de brazos. Por muy profesional que se pusiera, eso iba a ser incómodo de narices. No obstante, opté por seguirle el rollo y hasta por ser sincera en las respuestas. No tenía nada que perder y sí mucho que ganar. O sea, más o menos.

—Cerca de dos años.

Adrián hizo como que se le caía el bolígrafo y su mandíbula inferior se desencajó.

—¿¡Dos años!?

—¿Qué? Ya te he dicho que solo me he acostado con mi ex y hace año y medio que rompimos, ¿cuál es la sorpresa?

Cerró la boca y cabeceó antes de apuntar el dato en una hoja cuadriculada llena de notas que no podía leer desde mi posición.

—Ya, supongo que no me lo quería creer. Bien, siguiente. —Leyó para sí lo que tenía anotado y me miró con gran intensidad—. Esta es importante —dijo antes de una pequeña pausa dramática—: ¿Sueles llegar al orgasmo?

Si hasta entonces no me había puesto colorada, con esa pregunta toda la sangre de mi sistema corrió a tomar posiciones a mis mejillas.

—Sí —contesté a duras penas y mintiendo en gran parte—. Siguiente.

—¿Con la penetración también?

—Ay, dios —murmuré antes de rascarme la nuca hasta hacerme daño—. No, así no. Nunca —añadí insegura.

Adrián escribió algo y luego volvió a mirarme gesto serio y profesional.

—¿Sueles masturbarte?

—¡Adrián!

—¿Qué? —Se encogió de hombros, casi parecía ofendido—. ¡Es importante para el tratamiento!

Abrí los brazos a ambos lados del cuerpo; estaba deseando que acabara con eso.

—¡No, no suelo masturbarme! ¿Algo más?

—Sí. ¿Llegas al orgasmo sin dificultad cuando te tocas?

—¿Que si…? —De verdad que me quería morir. Involucrarlo en esa movida había sido una jugada estúpida—. Sí, sí que llego, por dios, acabemos con esto. ¿Cuántas preguntas faltan?

—Estoy terminando. ¿Hetero? ¿Bi? ¿Heterocuriosa?

—Madre mía, tío —refunfuñé—. Hetero.

—¿Segura?

—Del todo, Adrián. Yo creo que a estas alturas lo sabría, ¿no?

—No tiene por qué.

—¿Acaso tú no tienes clara tu orientación?

—Yo soy del método empírico y, aunque he hecho mis pinitos, hay cosas que aún no he probado, así que no me muestro tan tajante en la respuesta como tú.

Hmmm… anoté esa información para otro momento en el que no me sintiera a punto de desmayarme de pura vergüenza.

—Yo no me planteo ni probar, supongo que eso responde claramente a la pregunta.

—De acuerdo. —Volvió a repasar su lista—. ¿Postura favorita?

—Vale. —Rodeé el mostrador, le arrebaté el bloc y se lo metí en el bolsillo del que lo había sacado con cuidado de no tocarle el culo—. Ya basta, suficiente.

—¿Vas depilada, solo recortadito o al natural?

Adrián protestó aún conteniendo las carcajadas y se revolvió cuando empecé a empujarlo hacia la salida.

—Perdón, perdón —balbuceó entre risas—, eso último era una curiosidad personal que tengo porque no me vas a dejar averiguarlo por mí mismo. —Clavó los pies en el suelo, me sujetó los brazos por las muñecas y me impidió seguir empujándolo—. Se acabaron las preguntas, pero espera, que tengo que ponerte los deberes.

Me zafé de su agarre y puse los brazos en jarras.

—Sorpréndeme.

—Dame tu número, voy a enviarte el acceso a una carpeta con unos vídeos que quiero que veas.

—¿Qué dices?

—No te lo he preguntado porque estoy casi seguro, pero, venga, confírmamelo: ¿Has visto porno alguna vez?

—¡No! ¡Ni pienso hacerlo! No tengo ninguna necesidad de ver a una tía fingiendo tener el orgasmo de su vida mientras un tío hinchado a esteroides eyacula en su cara.

—Nena, ni todo el cine convencional es Hollywood ni todo el porno es eso de lo que hablas. Dame tu número.

—No pienso ver porno.

Adrián ladeó la cabeza, sacó el móvil del otro bolsillo trasero y lo tendió hacia mí, ya desbloqueado.

—Mente abierta, librera. Apunta tu número.

—Haz lo que quieras, segurata. —Cogí el teléfono y guardé mi contacto—. Pero no voy a ver esos vídeos.

Spoiler: sí que los vi.





QUE COMIENCEN LOS JUEGOS DEL FOLLETEO

No tenía ni idea de que el porno pudiera excitarme tanto, aunque tampoco pensaba confesárselo. Las películas que me había pasado eran muy diferentes de la idea preconcebida que tenía por haber visto alguna vez fragmentos sueltos aquí y allá, escenas que, lejos de encenderme, lo que hacían era provocarme arcadas e indignación.

Vi los vídeos en el móvil y con los auriculares, no quería arriesgarme a que los vecinos pudiesen escucharlos y sacar conclusiones erradas. No debí hacerlo de noche, en la cama y justo antes de dormir. Tal vez si lo hubiera hecho de día y, por ejemplo, sentada en la mesa de la cocina, no habría soñado otra vez con Adrián. Ni me habría despertado de nuevo justo antes de… antes de que me la metiera. Era la segunda vez que mi sueño húmedo se interrumpía justo en ese momento y ya me estaba empezando a generar curiosidad. Además de un poco de frustración, eso también.

Como a Nat nunca le ocultaba nada, le conté eso y todo lo demás en cuanto atravesó la puerta de la librería. Solía venir de visita después de dejar al niño en el colegio los días que tenía turno de tarde. Era la manera de ponernos al día y de vernos un rato más allá de los jueves de tapas en nuestra cervecería de referencia.

—Joder, Lía, me meo contigo. —Recolocó un par de libros del estante de las novedades y apoyó la cadera en el mostrador para

ubicarse frente a mí—. ¿Y este cambio tan radical a qué ha venido? Que no me parece mal, ¿eh? Al contrario.

Me encogí de hombros y terminé de cerrar la caja que estaba confeccionando por encargo cuando ella había llegado.

—Porque si quieres resultados diferentes, debes hacer cosas diferentes.

Nat asintió con vigor, la espesa melena caoba le cubrió parte de la cara con el movimiento.

—Así es, me parece maravilloso. —Me miró sonriente y dio unas palmaditas delante del pecho—. Ya estabas tardando.

Aparté la caja terminada y recogí los restos de papel y demás de la barra en la que montaba las cajas.

—Ahora lo que pasa es que estoy acojonada —confesé a media voz.

—¿Por?

—Por lo que se le pueda ocurrir a Adrián.

—Yo lo veo muy *pro*, las preguntas que te ha hecho tienen mucho sentido. —Se le escapó la risa cuando la miré con una ceja levantada —. Salvo la de tu estilismo púbico, esa no. Muy mal. Anotémosle un negativo al chaval.

—Pobrecillo —dije—, encima que se ofrece a ayudarme.

—No me sorprende que se haya ofrecido a ayudarte tanto como me sorprende que hayas llegado a esta situación. —Miró el reloj y soltó una maldición por lo bajo—. Me tengo que ir, pero esta noche cuéntamelo todo, porfa.

Se colgó al hombro la bandolera que había dejado sobre el mostrador y se acercó a darme dos besos. Ya estaba en la puerta cuando levantó la mano, se llevó los tres dedos medios a la boca y luego alzó el brazo para decirme:

—Que comiencen los juegos del folleteo.

Se dio la vuelta y se marchó todavía partiéndose de la risa a causa de su propio chiste. O tal vez se reía de mí, sin más. No, se reía conmigo, que era mucho mejor.



Adrián me envió un mensaje para informarme de que libraba y que, si me parecía bien, nos veíamos al cierre y nos tomábamos algo por ahí. Yo acepté porque, aunque hubiera preferido irme a mi piso, ponerme ropa cómoda y trabajar en mi renacer sexual —la teoría, solo la teoría— sentados en el sofá, pensé que quizá todavía no estábamos en el punto en que ir uno a casa de la otra se sintiese natural. Paranoia, lo más seguro.

Me lo encontré en la calle, frente a la salida en la que habíamos quedado. Me esperaba con el trasero apoyado en la moto, el casco colgando de un brazo y el móvil en la mano libre. La sonrisa que se le puso en el rostro en cuanto me vio salir podría iluminar una ciudad de tamaño medio. Se incorporó y vino a darme dos besos. Me los dio de verdad, él no era de los que ponían la cara, pude sentir gran parte de su piel helada por el frío de la calle, la barbita rala, sentí incluso el tacto más suave de sus labios al colisionar con mis pómulos. Qué intenso todo, madre mía.

Paseamos hasta la cervecería y nos sentamos en una mesa arrinconada y bastante discreta, por la cuenta que me traía.

—Bueno —dijo en cuanto el camarero nos puso delante el revuelto de gulas y gambas que íbamos a compartir—. ¿Qué tal el material que te envié?

—No lo he visto —mentí con descaro.

Chasqueó la lengua y dejó caer los brazos a los costados.

—No me digas, ¿ni siquiera el de la chica y el fontanero?

—No había ningún fontanero —repliqué antes de darme cuenta de la gran cagada.

No me gustaba mentir y no solo por principios, sino por mi falta de pericia para ello. A Adrián se le escapó la risa por la nariz—. Vale, sí, los vi.

El muy capullo sacó la libreta de marras y trazó con el bolígrafo, que también llevaba en el bolsillo, un *check* tremendamente exagerado. Al mismo tiempo, se serenó por completo y adoptó esa pose de científico del sexo a la que empezaba a pillarle el punto.

—Bien, dime. —Hizo como que se subía unas gafas imaginarias por el tabique nasal—. Del uno al diez, ¿cuánto te excitaste?

Me hundí en el asiento, incómoda pero dispuesta a sacrificarme en nombre de la ciencia.

—Como un seis… con cinco. —Suspiré con verdadera molestia cuando él me miró ceñudo—. Vale, un ocho. Y medio.

Hizo una nota en la libreta y la dejó sobre la mesa antes de invitarme a comer con un gesto.

—Dale, que se enfría. —Cogió la bandeja y me sirvió la mitad del revuelto en el plato, luego echó la otra mitad en el suyo—. ¿Tienes plan para mañana?

Levanté los ojos de la comida y lo miré con sospecha, ese chico podría proponer cualquier cosa. Era el último domingo festivo hasta después de las rebajas de enero y había quedado para comer con Nat y sus chicos.

—Voy a comer a casa de mi amiga. —No hacía falta aclarar cual, él sabía que solo tenía una.

—¿Pero estás libre por la mañana? —Continuó en cuanto asentí—: Pues ya no, sobre las diez estoy en tu piso.

El estómago se me retorció ante la expectativa, nadie le había comunicado que Adrián era solo mi maestro y que no tenía que ponerse nervioso, pues no iba a pasar nada más allá de lo violento

que sería seguir hablando de mi nula vida sexual con él. Si bien debía reconocer que cada vez estaba más a gusto con mi nuevo amigo.

—¿Qué vamos a hacer? —pregunté.

Adrián sonrió con picardía.

—Es una sorpresa. —Mi cara debió de mostrar el pánico, por lo que se apresuró a aclarar—: Nada que deba preocuparte ni vaya a incomodarte, confía en mí.

—Confío, confío —dije antes de llevarme el tenedor a la boca. Y no era mentira, confiaba en él. Con reservas, pero lo hacía.

Adrián comió, bebió, se limpió con una servilleta y, de pronto, preguntó:

—¿Tienes identificado cuál era el problema con tu ex? Además de ser un gilipollas, eso lo tengo claro, me refiero al sexo. ¿Por qué no era satisfactorio?

Resoplé mientras las razones se agolpaban desordenadas en la cabeza: eran demasiadas. Claro que eso no lo sabía cuando creía que Daniel me quería tanto como yo a él. Una parte de mí se resistía a exponer nuestra intimidad, no por mí, sino por él. Resolví que, si él me había expuesto a mí a una venérea sin ningún pudor, yo podía contarle nuestras mierdas a Adrián sin sentirme mal por ello.

Me llevé una mano al cuello y me rasqué la nuca unos segundos antes de enfrentarme a la creciente curiosidad de su mirada.

—Son varias cosas… —Vacilé un momento antes de reunir el valor, observé cómo se llevaba el vaso a los labios sin dejar de mirarme a los ojos. Levantó las cejas para animarme a continuar—. Para empezar, la tiene demasiado grande.

Adrián se atragantó con la bebida y a punto estuvo de regar lo que nos quedaba en los platos con la coca-cola que aún tenía en la boca y que amenazó con salir por la nariz.

—Joder, Lía —farfulló con la voz tomada—. Avisa cuando vayas a soltarme algo de ese calibre.

—Perdón —dije más seria de lo que debería, por un momento me había parecido que tenía dificultad para respirar.

—Tranquila. —Recuperó la libreta y buscó una hoja libre—. Entonces… —Se aclaró la garganta—. ¿Por dónde íbamos? Ah, sí. —Conforme escribía iba murmurando para sí mismo—: Dificultad durante el coito debido a verga descomunal.

De haber estado bebiendo, yo también me habría atragantado al escuchar esa descripción.

—A ver… descomunal…

Adrián se apoyó en el respaldo del banco.

—Define «demasiado grande» —pidió—. Y no me hables en centímetros, que todos sabemos que tu imagen mental y la mía no van a casar.

Cogió el vaso de tubo en el que todavía le quedaba refresco e hizo un gesto inquisitivo. Yo ladeé la cabeza, agarré mi propio vaso y lo rodeé con las dos manos, una encima de la otra.

—Algo menos gruesa, pero igual de larga.

Soltó un silbido y asintió varias veces. Exhaló con lentitud mientras garabateaba en la libreta. Me incliné hacia delante y vi que había dibujado un vaso de tubo rodeado de exclamaciones al lado de sus notas.

—*Okey*, dime más.

Fruncí los labios mientras rememoraba todo lo que había hecho que el sexo no fuera mi actividad preferida, como sí parecía serlo para Adrián, por ejemplo. Rodeé el vaso con los dedos y moví la mano arriba y abajo para asegurarme de que la medida era correcta. Era bastante aproximada, sí.

—¿Puedes parar de hacer eso?

Solté el vaso como si me hubiese dado una descarga y dejé caer las manos en el regazo.

—Perdón.

—No te disculpes, pero para, por favor —solicitó de nuevo con cara de cordero degollado—. Tengo una imaginación muy vívida y lo paso mal. Así que centrémonos. ¿Qué más?

—Tardo mucho en llegar al orgasmo.

Adrián se rascó el puente de la nariz y luego se pellizcó el mentón con el pulgar y el índice.

—¿Tú tardabas o él no aguantaba?

—Él decía que yo tardaba mucho.

—Vale. —Se puso a escribir y a pronunciar en un murmullo lo que redactaba—: ¿¿Mamón precoz?? —Subrayó dos veces esa anotación y levantó la cara hacia mí—. Dado que con la penetración no llegabas al orgasmo, ¿qué hacíais para que te corrieras?

No quería, pero me puse roja. No acababa de acostumbrarme a ese nivel de intimidad con él y la vergüenza hacía acto de presencia sin invitación previa y cuando menos me la esperaba.

—Pues… o no me corría o me masturbaba.

—¿Te masturbabas? ¿Sola? Quiero decir, ¿qué hacía…? No sé si me has dicho como se llama, pero me da igual, no quiero saberlo. ¿Qué hacía Rocco?

«¿Rocco?».

—Durante los primeros años los dos dimos por hecho que yo era anorgásmica —reconocí.

Él se dio una sonora palmada en la frente.

—Joder, nena, ¿primeros *años*?

Me encogí de hombros y proseguí:

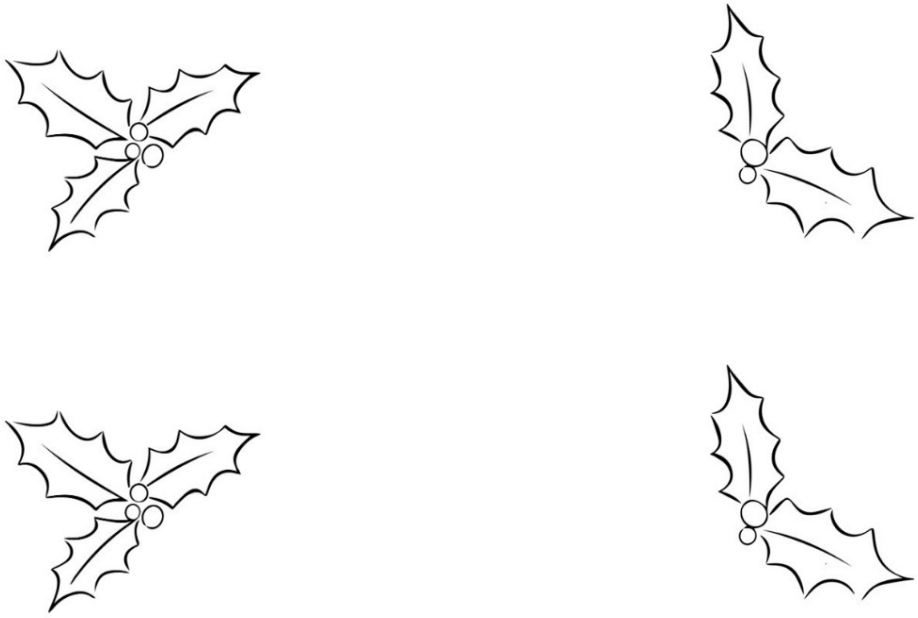
—Hace un tiempo vi de casualidad un documental en La 2 sobre el orgasmo femenino y, probando, probando, descubrí que no lo era.

—¿Pero? —El chico parecía superindignado—. La madre que lo parió. ¿Él no aprendió nada ni siquiera entonces?

—No. Cuando terminaba, se iba al baño y yo ya me apañaba sola si me apetecía, que no siempre era así. Y desde que se me ocurrió la *feliz* idea de comprarme un succionador, lo que hacía era levantarse y soltar: «calienta, Manolo, que sales».

Adrián bufó, tomó el boli y anotó en letras mayúsculas, a doble trazo y subrayadas tres veces: «Novio capullo, inútil y egoísta». Dejó la libreta y el boli a un lado y extendió los brazos para alcanzar mis manos.

—Lía, tú sabes que eres la rehostia y que ese mamón no te merecía una puta mierda, ¿verdad?



LAS NAVIDADES DE TU VIDA

Le dije que sí, aunque era mentira. Daniel me había tenido subyugada durante más de una década. En más sentidos de los que quería admitir.

Ya no importaba, estaba superado. Mi ex formaba parte del pasado y yo me iba a centrar en el presente. En las preguntas de Adrián, incluso cuando, en otro de sus giros inesperados, me sonsacó por qué no tenía una familia con la que celebrar las fiestas. Pasaba las Navidades sola porque no podía irme con mi familia elegida —la que Nat y los suyos eran para mí— y porque mis padres habían priorizado sus carreras por encima del error con patas y necesidades que era yo para ellos. No les guardaba rencor, mis abuelos se habían encargado de darme una infancia feliz y una adolescencia todo lo soportable que esta podía ser.

Él me habló de sus padres, su hermana, su cuñado, sus sobrinos, sus tíos, sus abuelos y varios primos. En lo que a ese tema se

refería, estábamos en extremos opuestos de la cuerda.

De nuevo, me acompañó al portal. Y, de nuevo, me puso deberes. Debía ver otra tanda diferente de vídeos y anotar lo que me excitaba y lo que me provocaba rechazo. ¿Me pareció innecesario? Sí. ¿Le dije que no pensaba hacerlo? Obvio. ¿Vi los vídeos y tomé notas? Por supuesto.



A falta de un minuto para las diez de la mañana yo llevaba dos cafés en el cuerpo, había limpiado y recogido, me había duchado, revisado facturas, adelantado burocracia y cambiado dos veces de ropa, si bien me dije que lo había hecho por si el plan era salir e ir a algún lado. En fin. Sin comentarios. Al final me había decidido por unos vaqueros y un jersey grueso con el cuello tan amplio que dejaba un hombro al aire. Porque no sentía nada por ese chico, pero tampoco quería recibirlo en chándal. Incongruencias en las que solía caer.

El que vino en chándal fue él. Puntual y cargado con una mochila, dos bolsas grandes y una caja alargada.

—¿Qué es todo esto? —pregunté alarmada—. Dios, Adrián, si son artefactos y juguetes sexuales te pido ya que te los lleves.

Él rompió a reír mientras lo depositaba todo en el suelo de mi recibidor.

—Creo que ya sé qué vídeo fue el que más te desagradó ayer. Pero apuesto a que le estás cogiendo gusto al buen porno, ¿eh, picarona?

Puse los ojos en blanco y me incliné para ayudarle con la carga que traía, él aprovechó para dejar la caja en el suelo y darme un abrazo que me hizo estremecer. Los abrazos escaseaban en mi día a día y casi había olvidado lo mucho que me gustaban.

Adrián me soltó, oteó lo que se veía del piso desde el recibidor y se adentró en el salón.

—Perfecto —murmuró.

Regresó a por la caja y las bolsas, y se las llevó a la sala. Yo le seguí con las manos en las caderas y mi cara de no entender nada. Dio una vuelta sobre sí mismo y luego se dirigió a la cocina. Una vez allí, dejó la mochila sobre la mesa, la abrió y sacó del interior dos tabletas de turrón de chocolate y una bolsa de polvorones.

—¿Tienes una bandeja o un plato grande?

—¿Turrón y polvorones? ¿Qué parte de odio la Navidad no has entendido? —Quise saber, más curiosa que enfadada.

—¿Qué parte de estas van a ser las Navidades de tu vida no has entendido tú? —replicó en el mismo tono.

Me dio la espalda y empezó a abrir puertas mientras decía algo como que hasta el Grinch comería turrón de Suchard todo el año. Me hice con una bandeja de loza blanca y se la entregué. Él buscó un cuchillo en el cajón de los cubiertos, cortó el turrón y lo dispuso con meticulosidad en la bandeja, rodeado de los polvorones de sabores variados.

—¿Preparada? —preguntó con el recipiente listo en una mano.

No esperó a que respondiera, me pasó un brazo por los hombros, me dirigió al salón y, después de dejar los dulces sobre la mesa de centro, abrió una de las bolsas y sacó un par de cajas de plástico transparente llenas de bolas en varios tonos de morado y azul, algunas con acabado brillo y otras, mate.

—Adri… ¿has comprado todo esto para mí?

—¿Qué te parecen los colores? He supuesto que si los habías elegido para la imagen de marca de la librería es porque son tus favoritos. —Echó un vistazo en derredor—. Y a juzgar por los cojines y esos marcos de ahí, deduzco que he acertado. Cosa que es genial,

porque si voy a obligarte a convivir con la decoración navideña, es bueno que al menos te agraden los colores.

Tragué saliva para bajar el nudito que se me había formado en la garganta.

—Es genial… —reconocí—. Muchas gracias.

Sonrió y dio un bote sobre los talones.

—Por nada.

—Pero es superprontísimo —protesté para aligerar la tensión emocional de la atmósfera del salón—. Ni siquiera estamos en diciembre, no prometo aguantar hasta Reyes con todo eso montado.

—Mañana ya es diciembre y hoy es uno de tus últimos días libres en más de un mes, teníamos que aprovecharlo para inaugurar nuestra nueva tradición.

Según él, esa sería la primera de las mañanas de decoración navideña juntos que nos traerían los años venideros. Al igual que hacía su familia cada día de la Constitución, nos pusimos hasta arriba de dulce mientras montábamos el árbol y lo cargábamos de bolitas y luces por doquier. En su casa solían poner villancicos a todo volumen, pero Adrián comprendió que eso, en mi caso, sería demasiado, por lo que se conformó con los éxitos que sonaban en Los 40.

Daniel y yo decorábamos la casa por esas fechas si íbamos a tener invitados, aunque de un modo mucho más discreto y algo más tradicional con rojo, verde y dorado. Viendo el resultado, no echaba de menos los bártulos navideños que mi ex se había llevado cuando le exigí que vaciara *mi* piso de *sus* cosas y él se había llevado de más. El muy capullo me había desvalijado medio piso y gran parte del trastero.

Satisfecho con el trabajo realizado, Adrián me atrapó por la cintura y nos hizo caer a los dos en el sofá. Apenas me tensé cuando tiró de mí de forma que quedé recostada sobre su torso, con la cabeza apoyada en su pecho. La piel se me puso de gallina cuando

sus dedos dibujaron unas caricias perezosas en la piel de mi antebrazo.

Olía increíble. A suavizante para la ropa y a colonia Only The Brave, lo sabía porque se la había comprado una vez a Daniel y él nunca la había usado. De hecho, seguía teniendo el bote en el mueble del baño, porque él se había llevado la descalzadora del dormitorio, que era mía, pero eso, que era suyo y un regalo, eso no.

—Hueles a chuche —dijo antes de arrastrar la nariz por mi pelo.

Reí al constatar que ambos estábamos olfateando al otro.

—Es el champú. Es la marca que compraban mis abuelos cuando era niña, la uso de vez en cuando porque me recuerda a ellos.

—Dan ganas de darte un mordisco.

El vientre se me calentó cuando me atrajo aún más contra su cuerpo, enterró la cara en mi cuello e hizo como que me mordía, aunque sin llegar a tocarme la piel con la boca.

—¡Ñam! —susurró.

A continuación, se separó de mí, se puso de pie de un salto y miró el reloj. Me quedé sentada y todavía un poco aturdida. Adrián debería resultarme… invasivo, cuando menos. Sin embargo, no me sentía para nada invadida. Al contrario, su contacto era más que bienvenido.

—Bien, nos da tiempo.

—¿Para qué?

—Voy a psicoanalizarte.

Trasladó una silla del comedor, sacó la dichosa libreta y un boli del bolsillo central de la sudadera y se sentó frente al sofá que ocupaba yo, con una pierna flexionada cruzada sobre la otra.

—¿Ahora eres psicólogo?

—No, pero mi hermana sí —afirmó—. Túmbate.

Le miré con los ojos muy abiertos y muerta de la vergüenza.

—¿Has hablado con tu hermana de mis problemas sexuales?

—Solo un poco, así por encima.

—Ay, dios… —Me tumbé y me tapé la cara con las manos—. Esto se nos está yendo de las manos.

—Hablando de manos… ¿Te has tocado después de excitarte con el porno?

No, no me había tocado, aunque admití que me lo planteé y que, si no lo hice, fue porque estaba agotada y muy necesitada de sueño. Adrián me hizo una tanda de preguntas igual de certeras, pero menos difíciles de contestar. Quiso saber cosas como qué escenas me habían excitado y cuáles me habían horrorizado, por qué me sentía tan reticente a conocer a chicos, qué pensaba que podría ocurrir si me lanzaba a invitar a alguien a salir o por qué me desagradaba imaginarme intimando con otra persona.

Desconocía si estaba dando palos de ciego o si de verdad había un objetivo detrás de su planificación. Lo que sabía era que, de alguna manera, estaba funcionando. Al menos hasta que me atreviese a comenzar con la parte práctica. Mi deseo estaba saliendo de su letargo. Y me descubría imaginando planes de ocio no sexual con él. Con Nat. Incluso sola.



La comida en casa de mi amiga fue una de las más divertidas de los últimos tiempos, aunque tanto ella, como Edgar —su pareja—, y Bastián —su hijo de cinco años— fueron igual de maravillosos que siempre. Era yo la que estaba más relajada, festiva y… feliz.

—¿Has quedado con Adrián por la noche? —preguntó Nat mientras fregábamos los cacharros de la merienda en la que había

derivado la sobremesa.

—No, después de lo de esta mañana nos despedimos sin mencionar nada sobre otro encuentro —expliqué con cierto pesar—. Ya se pasará por la tienda, como de costumbre.

—Pues quédate un rato más, podemos poner una peli.

—Había pensado en ir al cine.

—¿Sola?

—Sí.

Nat se giró hacia mí, con las manos quietas bajo el chorro de agua.

—¿Quién eres tú y qué has hecho con mi amiga?

—¿Sabes qué? Me llevo a Bastián conmigo —anuncié encantada con mi genial idea—. ¡Bas, nos vamos a ver una peli!

Nat siempre comentaba lo mucho que añoraba tener algún momento que otro a solas con Edgar, así que me pareció que era la ocasión perfecta para regalarles uno.

El peque y yo lo pasamos en grande y, si tomaba la sonrisa y el color de las mejillas de su madre como indicador, a Nat y Edgar también les había cundido la tarde. Regresé a mi casa dando un paseo bajo la helada nocturna que nunca me molestaba, y mucho menos en ese estado anímico tan inusitado.

Comprobé por enésima vez las notificaciones del móvil cuando me metí en la cama. No tenía ningún wasap, pero no pasaba nada.

Estaba deseando ir a trabajar al día siguiente.





VAMOS A DAR UN PASO MÁS

Iba en contra de mis principios, pero fui yo la que le escribió. Estaba intranquila porque eran las siete y no le había visto aún. No me había preocupado hasta el cambio de turno porque me encajaba que siquiera de tardes, pero no recordaba que hubiera mencionado nada sobre librar esa semana y… ¿y si le había pasado algo? Y… ¿y si se había cansado ya de mí?

Adrián vio mi mensaje cinco minutos después de enviárselo. Y me dejó en visto otros quince, que fue lo que tardó en aparecer en mi tienda. El alivio me recorrió entera en cuanto lo vi, enfundado en el uniforme y con su sempiterna y seductora sonrisa puesta.

—¿Cómo está mi librera favorita? —preguntó jovial—. Me he pasado varias veces por aquí para saludar, pero tenías gente.

—Oh, no te he visto.

Dios, qué patética. Estaba tan oxidada en eso de relacionarme con otras personas que ya no sabía gestionarlo como un adulto normal.

El globo de chicle de Adrián explotó con un sonoro clac.

—¿Me echabas de menos?

—Supongo que tú también eres mi segurata favorito.

«¿Acabo de decir eso?», pues sí, palabra por palabra. «Céntrate, Amalia», me reprendí usando el apelativo del que tiraba mi abuelo cuando era niña y me portaba mal. Adrián amplió y dulcificó la sonrisa, disipando mi leve disgusto por la metedura de pata.

Colocó los pulgares tras la hebilla del cinturón e hizo el amago de hablar, lo detuvo la estática del *walkie* que llevaba prendido en el pecho*,* previa a una indicación del compañero que no logré entender. Presionó el comunicador para contestarle un escueto «voy» e hizo una mueca resignada dirigida a mí.

—El deber me llama. —Comenzó a recular hacia la salida. Se paró justo cuando había empezado a girarse—. Por cierto, si te parece bien, esta noche te paso a buscar al cierre y te presento a mis colegas. Vamos a dar un paso más, ¿vale?

—Vale.

Fue todo lo que le dije, aunque no sabía qué era lo que pretendía sacar él con eso de presentarme a sus colegas. Porque… no planeaba que me acostara con ellos, ¿no?



Eso era justo lo que tenía pensado, sí. Me lo confirmó mientras paseábamos de camino a la cervecería, agarrados y muy juntitos para guarecernos de la fina lluvia debajo de mi paraguas.

—No sé si lo veo, Adri.

Apretó el agarre del brazo que tenía alrededor de mis hombros y me dio unas frieguitas con las que supuse que trataba de infundirme ánimo y valor.

—Que sí, ya verás. Está todo pensado. Son buenas personas, están sanos y, al igual que yo —recalcó eso último—, saben separar

el sexo de los sentimientos. Son perfectos para tu tratamiento —aseguró ufano.

La mención a los sentimientos me hizo estremecer. No me preocupaba tanto lo que pudiera sentir la otra parte como lo que pudiera sentir yo. Era yo la que tenía problemas para disociar.

—¿Les has contado tu plan? —Me puse colorada solo de imaginarlo—. O sea, ¿les has hablado de lo mío?

—¡No! —contestó ofendido—. ¿Por quién me tomas? Además, lo que quiero es que se lo expongas tú.

Frené en seco, de forma tan abrupta que él no pudo detenerse a tiempo y me quedé a descubierto. Sentí el frescor de las gotitas de lluvia al posarse en la piel recalentada de las mejillas.

—No voy a poder —le informé mientras él reculaba y me volvía a cubrir con el paraguas—. No se me da bien socializar, mucho menos airear mis intimidades con completos desconocidos.

Por no decir nada sobre lo de soltarle a un par de tíos que no conocía si les apetecería tener sexo conmigo. Surrealista.

—Tranquila. —Me dio un toquecito con un dedo en la nariz—. Yo te ayudo.



Sus amigos llegaron diez minutos más tarde que nosotros a la cervecería. Adrián me informó de que acababan de entrar y yo me giré para verlos.

—El que ha abierto la puerta es Jairo —me informó.

Los donuts eran una pareja peculiar.

Jairo era alto, muy alto, tenía la piel morena, el pelo negro azabache y en apretados rizos afro que se abrían en arco por la parte de arriba, aunque llevaba el resto en un corte degradado, apenas un cepillo en la zona de la nuca y sobre las sienes. Caminaba un poco encorvado, lo cual destacaba la enorme anchura de sus hombros. Era un tipo grande y atractivo, desde luego. Sus ojos castaños —tan duros y afilados como el resto de sus rasgos— me dieron un repaso rápido cuando llegó a nuestra mesa.

Hui de su mirada escrutadora y fijé la mía en Aritz. El otro componente del dúo era como veinticinco centímetros más bajo que su amigo, más o menos de mi estatura. Incluso con el anorak todavía puesto se le intuía un cuerpo fibroso y trabajado. Tenía el pelo castaño claro y los ojos a juego, de un marrón que, bajo la luz que bañaba las mesas, se veía casi color miel.

Adrián se levantó para saludarlos con un medio abrazo con palmada en la espalda a cada uno. Le imité y me quedé parada al lado de la silla.

—Yo soy Jairo —dijo el más alto de los chicos.

—Lía —dije a media voz mientras nos dábamos los dos besos de rigor—, encantada.

—Eso ya lo sabemos —apuntó el más bajo, se hizo hueco entre el otro donut y yo y me besó con tal ímpetu que tuve que echar un pie atrás para no perder el equilibrio—. Aquí el colega no para de hablar de ti últimamente. Yo soy Aritz.

Miré hacia el interpelado y me pareció que se ruborizaba. ¿Era eso posible? Jamás lo habría pensado. Le habría dado un codazo y nos habríamos reído juntos si sus amigos no me intimidaran tanto. Bueno, no ellos *per se*, sino su presencia y el papel que representaban en los planes de Adrián.

En cualquier caso, y por fortuna, la incomodidad no duró. Ya no solo porque Jairo y Aritz eran tipos amables, simpáticos y educados —tal como había prometido la caña rellena de crema—, también porque Adrián se encargó de manejar y equilibrar la carga de las

conversaciones. No hizo alusión a mis circunstancias ni sacó ningún tema delicado. Tanto fue así, que me extrañó que diese la velada por terminada y se despidiera de los chicos para acompañarme a mi piso; las dos horas y pico que habíamos compartido me habían sabido a poco. Si bien no dije nada, como primera toma de contacto era más que suficiente.

Además de constatar que eran encantadores, me había enterado de otras cosas de lo más variopintas sobre ellos, como cuánto tiempo había pasado desde su última relación —mucho—, cada cuánto jugaban una pachanga al fútbol —con frecuencia— o a qué se dedicaban. Me hizo gracia que sus profesiones casaran con lo poco que había atisbado de su personalidad: Jairo, serio y discreto, era programador informático; y Aritz, extrovertido y dicharachero, trabajaba en una empresa de *marketing*. Ellos, por su parte, ya sabían que tenía una librería, aunque aprovecharon para hacerme algunas preguntas sobre el negocio y cómo me iba. Los nervios me traicionaron de la forma más imprevisible y gasté al menos media hora con ellos en explicarles, con bastante detalle, lo mucho que me estaba costando mantenerme a flote y cubrir mis pocos gastos.

Ya no llovía y las calles estaban silenciosas a esa hora de un día entre semana. A mí todos los días me parecían iguales, en especial cuando ya no podía librar ni los domingos; y suponía que Adrián, que trabajaba toda la semana en turnos rotativos las veinticuatro horas, tampoco distinguiría muy bien martes de sábado.

—Gracias por acompañarme.

Adrián puso la palma sobre el vientre e hizo una leve reverencia.

—Un placer.

—Los donuts me han caído genial —le informé carialegre.

Él sonrió de vuelta.

—No me cabía la menor duda, Lía. La pregunta es: ¿te atraen?

Me mordí el labio inferior mientras meditaba la respuesta, regodeándome quizá un poquito en el repaso mental a ese trío de

ases… Porque sí, cada uno a su manera, me parecían muy atractivos. Limitaciones y traumas aparte, podía imaginarme acostándome con ellos. Con cualquiera de los… tres.

—Son monos.

—Monos —repitió contrariado—. Que son monos, dices. La idea era que te lo quisieras montar con ellos, no hacerles coletas y pellizcarles los cachetes.

Su comentario me arrancó una carcajada.

—Va, reformulo: Me ponen.

Adrián abrió los ojos y la boca en un mohín sorprendido.

—Muy bien, mi joven *padawan*, eso no me lo esperaba.

Le di un golpe en el hombro.

—¿Qué? —pregunté colorada e indignada—. ¿No era ese el objetivo?

—Sí, claro. Lo que me sorprende es la elección de palabras con la que lo has descrito, nena. Estoy muy orgulloso de ti.

—Idiota.

—¿Y bien? ¿Con cuál te gustaría empezar?

—No lo sé. Aritz se ve más accesible, da la sensación de que lo que ves es lo que hay.

—Joder, librera, como diría mi abuela: que Dios te conserve la intuición. —Debió de ver el susto en mi cara, porque enseguida aclaró—: Tranquila, ya te he dicho que es buen chico, y no mentía. Cuando le conozcas más irás viendo a qué me refiero.

—Vale —acepté un poco temerosa pese a todo.

Adrián me dio uno de sus abrazos apretados y me deseó buenas noches.

Una vez en casa, me pasé por el salón solo para ver lo bonito que nos había quedado el árbol, me puse el pijama y me metí en la cama

a recrear en mi imaginación cómo sería enrollarme con esos chicos. No fui capaz, pero la idea resultaba muy estimulante.

Tal vez por eso al día siguiente acepté sin dudar la invitación que me adelantó por wasap antes de pasarse por la librería.





AGÁRRATE FUERTE

Bajé la persiana hasta la mitad en cuanto salieron las últimas clientas de esa larga jornada. Estaba contenta porque al menos habían comprado, pero me habían hecho retrasar el cierre casi un cuarto de hora. A toda prisa, me refresqué un poco con unas toallitas húmedas y atravesé los pasillos del centro comercial mientras decía adiós con la mano al resto de trabajadores con los que me iba cruzando.

Adrián me iba a llevar a su piso para jugar al póker con él y sus amigos. Solo con los dos más cercanos y aquellos que había seleccionado para mí y para nuestro experimento. ¿Me gustaba el póker? No mucho. ¿Me apetecía el plan? Demasiado. Hasta a mí me sorprendía.

Tenía tantas ganas que iba a sacrificarme y subirme a la moto en la que Adrián me esperaba apoyado con esa pose suya de calendario. Me disculpé por el retraso y acepté con una mano temblorosa el casco que me ofreció después restregar la punta del cigarro que estaba fumando contra la suela de sus botas y tirar la colilla a una papelera.

—¿Preparada? —preguntó él mientras se ponía un casco mucho más sencillo que el habitual. Me fijé entonces en que me había dado el suyo y él se dio cuenta de mis reticencias—. Póntelo, ese protege más.

Agradecí el gesto con una sonrisa tímida y me lo puse. Olía a él: un poquitín a tabaco, mucho a champú, a Only The Brave y a los chicles que siempre tenía en la boca. Qué curiosa combinación hacíamos con su aroma a chicle y el mío a chuche. Como si lo hubiera conjurado con mis pensamientos, Adrián sacó un paquete de chicles del bolsillo de la cazadora y se metió uno en la boca mientras me ofrecía a mí otro.

—No, gracias. ¿Corro mucho riesgo? Prometiste no hacer el loco —le recordé.

Negó con un cabeceo, se sentó en la moto y dio una palmada en el exiguo trozo de cuero que quedaba tras él. Me ajusté la bandolera a la espalda y me subí, sujetándome a la suya por los hombros. Debería haberme agradado que no practicara conmigo el movimiento que le había visto realizar con muchas otras, porque a mí no me acarició las piernas desde la parte alta del muslo en su camino hacia las pantorrillas. Se limitó a guiarme los pies hacia las estriberas, sin más. Y, la verdad, aunque ni yo misma me comprendía, me molestó. Se me pasó un poco cuando buscó mis brazos y se rodeó la cintura con ellos.

—Tú agárrate fuerte.

Sonó a amenaza, pero esta quedó anulada por la risa que sentí bajo mis manos.



Adrián vivía en un apartamento pequeño, aunque bonito, limpio y ordenado. Me hizo un tour nada más llegar, y desde el recibidor, pues, desde allí, con las puertas de par en par, se podía ver la cocina abierta al salón y el minicomedor en el que ya tenía preparada una mesa con cuatro sillas y un tapete verde sobre el que jugar. Se

atisbaba también un baño minúsculo y un dormitorio en el que apenas entraba la cama de matrimonio.

Jairo y Aritz llegaron antes de que el anfitrión me sirviera el refresco que le había pedido, cuando él había sacado unas cervezas de la nevera, además de una tabla de embutidos y queso. Fui a abrir —tan solo tuve que dar dos pasos desde la barra de la cocina— y les saludé con dos besos.

—Me encanta el reemplazo de Javi —comentó Aritz a nadie en particular en tanto se quitaba la cazadora—. ¿Se te da bien? —preguntó ya en mi dirección.

No se me daba mal. Había aprendido en la universidad y lo había hecho para impresionar a un chico. No lo conseguí, sin embargo, el conocimiento se quedó ahí pese a todos los años transcurridos, listo para desplumarlos en dos ocasiones de tres. La suerte del principiante.

Aunque los chicos jugaban con apuestas muy bajas, apostaban dinero de verdad y yo me llevé en la cartera un premio nada desdeñable, máxime teniendo en cuenta el estado de mi maltrecha economía.

Acumulé también un montonazo de risas e incluso algunos consejos profesionales. Aritz me hizo muchas preguntas sobre la tienda y acabé por contarles con gran detalle lo poco que estaba rentabilizando la inversión que había hecho en la librería. Incluso me permití quejarme, un desahogo que no me concedía muy a menudo, porque todos teníamos un límite y la pobre Nat no podía escucharme más veces gimotear al respecto.

—Sabía que no iba a ser fácil —reconocí aún sentada a la mesa en la que había tenido lugar nuestra timba—, pero creía que, a estas alturas, podría permitirme contratar a alguien al menos un par de días. Siento que la vida se me va trabajando, que no hago nada más.

Adrián se dejó caer contra el respaldo y apuró lo que quedaba en su botellín antes de hablar:

—Tenemos que cambiar eso, librera.

—Ya, pero no es fácil, segurata.

—Bueno, pero estamos cambiando cositas… —Alzó las cejas un par de veces—. ¿A que sí?

—Ajá —dije como toda respuesta, no muy segura de sus intenciones.

—Por lo pronto, ya le estamos poniendo remedio a lo de vivir solo para trabajar.

Aritz dejó de mezclar el taco de cartas con el que estaba jugando y miró hacia su amigo con curiosidad, no obstante, se dirigió a mí cuando preguntó:

—¿Y qué es lo que estáis haciendo? Además de apalizarnos a las cartas, digo.

Ojalá hubiera bebido un par de cervezas, así podría culpar al alcohol de lo que estaba a punto de hacer. Estaba muy sobria cuando miré hacia el anfitrión y, envalentonada por su leve asentimiento, hice acopio de valor y abordé de pleno la delicada cuestión principal.

—Adri me está ayudando a recuperar y mejorar mi vida sexual —solté como si tal cosa, así de tranquila habían conseguido que me sintiera. Claro que hablar de ello era la parte menos complicada.

Aritz y Jairo intercambiaron una mirada antes de volver sus ojos hacia mí, hacia Adrián y luego hacia mí otra vez. Fue el más bajito de los donuts quién rompió el silencio.

—¿Estáis saliendo o algo así?

«Vamos, Lía, mejor del tirón, como quitarse una tirita». No habría un momento mejor para hacerlo.

Adrián alargó la mano y dio un ligero apretón sobre la mía antes de contestar a su amigo.

—No —dijo todavía mirándome.

—No —dije yo antes de tragar saliva con cierta dificultad y continuar—: Me ha presentado a sus amigos para que yo les pregunte si les apetecería acostarse conmigo.

Los semblantes de ambos se arrugaron al mismo tiempo. No se les veía emocionados con la propuesta y a mí me atacó la inseguridad.

—No entiendo —balbució Jairo.

Aritz carraspeó.

—Confirmadme que esos amigos de los que hablas somos este y yo.

Asentí con las mejillas ardiendo. Por un instante me planteé escurrirme en el asiento y esconderme bajo la mesa. O levantarme, salir corriendo, poner a la venta el piso y la tienda y mudarme a otro país. Australia sería perfecto.

—Lía cree que no puede tener relaciones sexuales con un chico con quien no tenga años de confianza adquirida —explicó—. Y yo le he propuesto hacer unas pequeñas prácticas con vosotros para ganar confianza y abandonar el celibato para siempre.

Jairo se acodó sobre la mesa y se inclinó hacia el centro de esta.

—¿Todos juntos? —preguntó muy serio.

Adrián soltó una carcajada, Aritz solo una risita.

—¡No! —Mi negación salió en un chillido ahogado—. No, no, no. ¡No!

Jairo se recostó en la silla de nuevo y se encogió de hombros.

—Perdónale —pidió Adri—, el chaval está tan acostumbrado al sexo en grupo que se cree que es lo normal.

—¿Soléis hacerlo en grupo?

Vaya tres patas *pa´* un banco me había buscado de ayudantes, madre mía. No obstante, la idea no me provocó el rechazo que podría haber imaginado en otras circunstancias. Adrián y su porno

me estaban abriendo la mente. O sea, ni de broma me plantearía esa opción. Qué va. Eso no iba a pasar.

Fue Aritz el que me aclaró:

—Jairo es el experto en esas lides, los demás somos más mundanos.

—Sí, bueno, Aritz hace tríos una vez a la semana —repuso Adrián con cierto retintín.

—Como si tú no los hubieras hecho —protestó el aludido.

—En mi caso fueron la excepción, no la regla.

—La estáis agobiando —interrumpió Jairo.

Adri se giró hacia mí, tiró de mi silla hacia él y me pasó un brazo por los hombros antes de apoyar la mejilla sobre mi cabello. Una vez más, me sorprendí de lo mucho que me agradaba su cercanía y su contacto.

—En resumen, hemos creído que sería bueno que experimente con varios chicos para que se vaya soltando. —Apretó el abrazo en torno a mí—. No fibriles, nena —murmuró muy cerca de mi oído. La piel se me puso de gallina, que era un poco como me sentía: acobardada—. Va a ir todo genial.

Un silencio extraño se instaló sobre nosotros, solo se escuchaban nuestras respiraciones y el tamborileo de los dedos de Aritz sobre el tapete. Este último me miraba con las dudas escritas en la cara.

—Suéltalo —le pidió Adrián—. Se ve desde la luna que te estás mordiendo la lengua.

Las preguntas de Aritz fueron muy similares a las que me había hecho Adrián al inicio, de modo que, con su ayuda, les explicamos a los donuts lo que me pasaba y lo que nos proponíamos. Y acabamos despotricando de Rocco, eso también.

—Entonces, ¿cómo lo veis? —quiso saber Adri.

La pelota de nervios que me bailaba en el estómago dio varios botes mientras esperaba sus reacciones.

—Yo me apunto —confirmó Aritz.

—Yo también —dijo Jairo.

—¡Perfecto! —exclamó Adrián antes de preguntarme a mí—: ¿Cuándo y con quién quieres empezar?

El más dicharachero de los chicos dio una palmada tan fuerte que di un respingo del susto.

—Yo puedo ahora mismo. —Me guiñó un ojo—. Es broma, pero si quieres no es broma.

Me llevé la mano a la nuca y me rasqué el cuero cabelludo con saña. Adri acudió en mi ayuda:

—Vamos a dejar que se lo piense con calma. —Miró el reloj de su muñeca—. De hecho, es bastante tarde.

—Sí —convine aliviada. El surrealismo del asunto me podía por momentos, aún me costaba creer que eso estuviera pasando de verdad—. Mil gracias, chicos, pero necesito organizarme. Lo mismo también deberíamos poner algunas normas.

Adri rio, Aritz frunció el ceño. Fue Jairo quién se animó a preguntar:

—¿Cómo cuáles?

Uf, no lo sabía. Las palabras habían abandonado mi boca antes de que el cerebro las procesara. Tuve que esforzarme para reunir las ideas sueltas y darles sentido.

—Em… no sé, podemos poner un límite. Tres encuentros con cada uno, por ejemplo.

—¿Por qué?

—Porque mi problema es que no sé tener sexo sin sentimientos, así que lo que menos me conviene es prolongar lo que sea que vaya a ser esto y empezar a desarrollarlos. —Como los chicos me miraban

raro, continué con una explicación que no me había atrevido a esbozar ni para mí misma—. Sé que apenas me conocéis, que no tenéis ningún interés en mí y que, si estáis en el mismo punto que Adri, no buscáis una relación para nada. Y me parece perfecto, yo tampoco quiero eso. Lo que ocurre es que no quiero arriesgarme a mezclarlo todo si el tema se extiende en el tiempo. Será más fácil si ponemos límites.

De nuevo, Aritz habló por todos:

—Lo entendemos y estamos todos de acuerdo con los términos que tú establezcas. Tres encuentros con cada uno, por separado —matizó—, lo que te dará un total de nueve oportunidades de trabajar en tu objetivo. Suficiente, ya verás.

Habíamos olvidado explicarles que Adrián se centraría solo en el *coaching* y la parte teórica. Iba a sacar a Aritz de su error, sin embargo, en vista de que el afectado no parecía considerarlo necesario, opté por callar. Tal vez influyó el hecho de que, para ser honesta, a él no lo había descartado de forma tan categórica como le había hecho creer. Ni tanto como me lo había hecho creer a mí misma.

—Guay —dije como una idiota—. Gracias.

Adrián sacó su móvil del bolsillo y, unos segundos después el mío emitió un par de pitidos.

—Te acabo de pasar sus contactos, llámalos en cuanto estés lista.





¿CONMIGO?

No estaba lista, por supuesto que no. Necesitaba serenarme y prepararme psicológicamente para enfrentarme a la intimidad con cualquiera de los donuts. Era mi cuerpo el que iba a su bola y me llevaba la delantera.

Me di cuenta cuando me subí en la moto de Adri, cuando toda la piel se me erizó otra vez después de que sus manos arrastraran las mías hacia su vientre. Había insistido en volver a casa en taxi porque sabía lo que me iba a pasar. De alguna forma sabía que tendría que apretar las piernas para contener una oleada de deseo como no recordaba haber sentido jamás. Porque llevaba toda la velada sabiendo quién quería que fuera el primero, el que diera el pistoletazo de salida de nuestro insólito experimento.

Adrián me ofreció el brazo para ayudarme a bajar de la moto, se quitó el casco para guardarlo en el compartimento correspondiente y agarró el que había llevado yo puesto cuando lo tendí hacia él.

Tuve que morderme la lengua para evitar pedirle que subiera. En cambio, lo que le dije fue:

—No va a salir bien.

Un estremecimiento me recorrió de la cabeza a los pies cuando alargó la mano y me peinó con los dedos el pelo enredado antes de dejarlos caer por mi mejilla.

—Estoy seguro de que sí, pero siempre puedes echarte atrás, Lía. Podemos abortar la misión en cualquier momento. En cualquiera, no importa lo lejos que hayas llegado.

—Ya, eso no me da miedo —le aseguré—. Es que no sé si seré capaz de soltarme con alguien a quien conozco de unas horas.

—No tienes por qué, puedes quedar antes con ellos. Quizá tener alguna cita sin pretensiones de nada más.

Me acerqué a él y puse la palma sobre el cuero de su cazadora, a la altura del corazón.

—No me estás entendiendo.

Él entrecerró los ojos, casi pude ver los pensamientos tomando forma en su cabeza. Su mirada se oscureció cuando llegó a una conclusión.

—¿Tú…? ¿Ahora?

Dejé caer la mano y di un paso atrás.

—No. Ahora no puedo.

—Vale —musitó. La nuez bailó en su garganta cuando tragó saliva —. Pero, ¿quieres…? ¿Conmigo?

La sonrisa tiró de mis labios ante la ternura de la escena. Adrián nervioso, nunca lo habría imaginado.

—¿Me estás vacilando? —preguntó ya en un tono más socarrón.

Negué con un cabeceo enérgico.

—No, quiero que seas tú el primero. —Fue mi turno de tragar saliva con dificultad—. Si tú quieres.

—Nena, ya estoy empalmado y ni siquiera me lo he creído del todo aún.

Apreté los labios para atrapar la risa que pujaba por salir, en el fondo me sentía igual. Noté cierta calidez en el bajo vientre, los pezones endurecidos y una ligera humedad entre las piernas. Estaba

cachonda como no recordaba haberlo estado en años. Y saber que él también lo estaba, no me ayudaba nada.

—Bueno, pues… —dudé un instante, el cuerpo me pedía agarrarle de la pechera y subirlo a casa conmigo. No, no era el momento—. ¿Te invito a cenar mañana?

—Perfecto —dijo.

El corazón y el útero me dieron un vuelco, y todo lo que se me ocurrió añadir fue:

—No fumes desde un rato antes, porfi.

Y a él se le ocurrió soltar:

—De acuerdo, me reservaré para el cigarrito de después.



Nat lloraba de la risa cuando se lo conté todo al día siguiente durante la visita que me hizo en la librería.

—Así que lo dejaste irse *to´* palote —dijo entre risas— y luego te subiste a casa y ni siquiera sacaste a Manolo del banquillo. ¿Por qué? Es que no lo entiendo.

—Porque Manolo me recuerda a Daniel y no quiero que tenga nada que ver con esto. Ni siquiera por mentarlo en mis pensamientos.

—No, no. Me refiero a por qué no le pediste que subiera y te quitabas los calores y las telarañas del toto de una vez por todas, mujer. Si ya tienes claro que quieres acostarte con él, no entiendo por qué no ayer mismo. Mírate, estás de los nervios, no has ganado nada posponiéndolo.

—Ya… —Me aclaré la garganta y recoloqué los marcapáginas en el expositor del mostrador—. Es que no estaba preparada y, además, llevaba las bragas desubicadas.

Mi amiga arrugó la frente.

—*Joer*, Lía, ¿qué significa eso?

—Que para cuando me di permiso y me dije que ese era tan buen momento como cualquier otro, me acordé de que llevaba unas bragas que compré en un paquete de siete en el H&M, sin fijarme en que tienen escrito el día de la semana en la parte delantera.

—¿Y? Vale que no llevaras lencería fina, pero me juego el culo a que eso a Adrián no le importa lo más mínimo.

—Pero es que esa mañana me había puesto las del viernes ¡y era martes!

—Ay, tía… —dijo antes de carcajearse al punto de llevarse las manos a la barriga mientras yo la miraba llena de indignación—. No puedo contigo, te lo juro.

—¿Qué iba a pensar de mí y de mi higiene personal cuando me bajara los pantalones y me quedara con el «viernes» en su cara?

—¿Que no llevas la colada al día? —preguntó a duras penas—. ¿Que no tienes secadora?

—No me hace gracia, Nat.

Tomó una bocanada grande de aire y suspiró en su intento de recuperarse del ataque de risa.

—Perdona, ya paro. En fin, hablando de todo un poco, así que ya te lo has imaginado y coreografiado, ¿eh?

—¿El qué?

—Eso de que Adrián se arrodille ante ti y te quite la ropa.

—Veo que llego en buen momento.

Ahogué un grito cuando escuché esa voz socarrona, ladeé la cabeza y lo vi por detrás de mi amiga. Al tío la sonrisa le daba la vuelta a la cabeza. Apoyó un hombro en el marco y se cruzó de brazos, como retándonos a negar la evidencia. Cuando miré a Nat para fulminarla con los rayos que me salían por los ojos, comprobé que estaba tan roja como debía estarlo yo.

—¿Qué tal, Adrián? —saludó mi amiga—. Justo estábamos hablando de un tocayo tuyo. Qué nombre más común, fíjate.

—¡Qué casualidad! —replicó él. Se quitó una pelusa de la camisa del uniforme y volvió a cuadrarse en su postura de trabajo, piernas algo abiertas, pulgares en torno al cinturón—. Venía a preguntarte cómo quedamos hoy.

—A las once directamente en mi casa —dije algo cohibida—, ¿te parece bien?

—Perfecto. Allí nos vemos. —Me guiñó un ojo e hizo su saludito militar—. Hasta pronto, Nat.

—Chao, Adrián —se despidió ella. Lo siguió con la mirada hasta que desapareció al otro extremo del escaparate y se giró hacia mí—. ¿Has quedado a las once para que te dé tiempo a preparar algo de cena o para poder ducharte y sacarle brillo al potorro?

—Vete a cagar, cabrona.



Era lo segundo, obvio. A primera hora de la mañana había dejado preparada una lasaña de verduras, que solo tenía que meter al horno el rato que me llevaría ducharme y perfumarme, además de revisar a conciencia que no hubiera pelos donde no los quería.

Quedar para cenar no había sido la mejor de las ideas, pero con mi horario y la escasez de tiempo de ocio disponible, era eso o

juntarnos solo para… lo otro. Y eso resultaría demasiado para mí. Me dolía la tripa y tenía el pulso descontrolado. Una parte de mí se moría por entrar en materia y soltarse tras tanto tiempo de sequía. Anhelaba los besos, las caricias, el cosquilleo, esa sensación de piel con piel… Y ese era el problema: no iba a experimentar ninguna de esas sensaciones con chicos de los que no estuviera enamorada. Porque, por fortuna, no estaba enamorada de Adrián. Enamorarme de él sería la mejor forma de volver a romperme el corazón que aún estaba reparando. El segurata era un diez como amigo y no podía ser otra cosa para mí. Qué suerte tenerlo tan claro, aunque no iba a correr riesgos. Ese sería el primero de nuestros tres encuentros. Ni uno más. Joder, quería disfrutarlo a tope, no estar histérica como estaba. Todo el mundo sabía tener relaciones sexuales sin sentimientos de por medio, yo también podría. O eso esperaba, porque la otra parte de mí, la que estaba reprimiendo, quería poner una excusa, meterse en la cama y enterrar la cabeza en la almohada para gritar su frustración.

El timbre sonó a las once, tan puntual que, mientras esperaba que mi cita de esa noche subiese, me pregunté si no habría llegado con antelación y esperado fumando un cigarro a que diera la hora para pulsar el timbre. Me di un último repaso ante el espejo del recibidor, tomé aire y el vestido que llevaba años sin ponerme, mis bragas más bonitas y yo fuimos a recibir a Adrián.

—¡Qué guapa, librera! —Fue todo lo que dijo él en cuanto me vio —. Guau, resulta que tienes piernas, y muy bonitas, además.

—Gracias. Tú tampoco estás mal, segurata.

No hizo falta más para reducir mi malestar a un mínimo de lo más llevadero. Así pudimos cenar acompañados de una atmósfera tan distendida como la de cualquier otro momento de los que compartíamos en la tienda.

La inquietud por lo que se venía latía en segundo plano con una mezcla de miedo y deseo. Miedo por todo lo que podía salir mal. Deseo acumulado tras todas las conversaciones, el visionado de

porno en aras del conocimiento al que me había expuesto ese chico, por todo lo que había imaginado que sería después de años viendo cómo las mujeres caían rendidas ante él.

Adrián se levantó conmigo para ayudarme a recoger la mesa cuando nos terminamos el postre, un par de pedacitos del turrón que trajo él. Según me informó: «en diciembre se toman postres navideños o no se toma postre».

—Voy un momento al baño —anunció después de meter los cacharros en el lavavajillas.

Aproveché para ir yo también al otro y lavarme los dientes con esmero.

Cuando salí al pasillo, él estaba esperándome allí, apoyado en la pared y con las manos en los bolsillos. Tan guapo con sus vaqueros rotos y una camiseta de algodón, pues su atractivo natural no necesitaba potenciadores de ningún tipo.

Me quedé parada cuando él vino hacia mí. Quería verme tan segura de mí misma como se le veía a él. Quería que me viera tan guapa como yo lo veía a él. Quería tener la experiencia y el *savoir faire* sexual que exudaba él.

Las rodillas me flaquearon cuando se detuvo a unos centímetros de mi cuerpo inestable y acunó mi rostro con ambas manos para clavar sus ojazos en los míos.

—Puedo irme ahora mismo a mi casa —susurró— y estará todo bien. Podemos dejarlo para otro día y estará bien, podemos olvidarnos de esto y hacer como que nunca planeamos nada parecido y estará bien.

—Podemos —musité yo, él asintió mientras su pulgar trazaba círculos perezosos en mi pómulo—. Pero no vamos a hacerlo.

—¿Segura?

«Ni por asomo». El corazón se me iba a escapar del pecho, me costaba respirar.

—Sí —respondí con más firmeza de la que me creía capaz.

Sin más preámbulos, Adrián me besó.





ENCUENTRO NÚMERO 1 - ADRIÁN

Adrián besaba con todo el cuerpo. No sabría explicarlo de otra manera.

Su pecho se apretaba contra el mío, su entrepierna empujaba la mía; las manos que habían recogido mi rostro, estaban de pronto en todas partes. En la cintura, en las caderas, las sentía tanteándome el trasero, subiendo por la espalda.

O quizá era yo, que no conseguía retener todo lo que estaba ocurriendo porque me había perdido en el beso. En la calidez de sus labios, en la incursión cauta de su lengua, en su sabor mentolado —sin rastro de tabaco— que me hizo pensar que no solo no había fumado, sino que, al igual que yo, había ido al baño a lavarse los dientes. Con solo unos segundos de magreo adolescente, a mí me sobraba hasta la piel. La sangre me hervía, el corazón la bombeaba a todos los rincones de mi cuerpo con el ritmo y el golpeteo de un tambor enloquecido.

Deslicé los dedos por las ondas suaves de su cabello, rasgué con las uñas la parte más corta encima de la nuca. Jadeé cuando metió esas manos traviesas por debajo del vestido que, en previsión de lo que iba a ocurrir, me había puesto sin medias. Adrián me tocaba por todas partes, sin embargo, no llegaba a adentrarse en las zonas… rojas.

Eso estaba bien, poco a poco. Así podía disfrutar de esos primeros besos después de tanto tiempo. Ya era un hecho constatado: Adrián besaba muy bien. Mucho mejor que Daniel.

«¡Eh! ¡Nada de pensar en Daniel!». No, nada de eso. Bajé las manos a su cintura y las metí por debajo de la camiseta, mis dedos confirmaron las teorías: había unos buenos abdominales ahí. Y unos buenos… ¿dorsales? No estaba yo para repasar viejos conocimientos de anatomía. Adri lo tenía todo muy bien colocadito. Me gustaba lo que palpaba y lo que prometía la dureza de sus pantalones contra la que me estaba frotando.

—¿Dormitorio? —preguntó sobre mi boca.

Me demoré un par de segundos en contestar.

—Vale. —Reforcé la afirmación con un cabeceo para contrarrestar el hecho de que me lo había tenido que pensar.

A la mierda lo de ir poco a poco, estaba lista para seguir.

—¿Este? —Señaló la puerta de la que yo acababa de salir con el mentón.

Me fijé en la oscuridad de su mirada, en sus labios hinchados. Joder, era guapísimo. Y más guapo era aún por dentro. ¿Cómo no iba a ser todo un *fucker*? ¿Cómo no iba a tener el éxito que tenía? Esas divagaciones me recordaron algo.

Todavía entre sus brazos, separé un poco la cara de la suya y le di una vuelta al punto de nuestro acuerdo que tenía una falla en la que no había caído hasta entonces.

—Adri.

—Dime.

—Tú nunca te acuestas más de una vez con la misma chica.

Con el ceño fruncido y todo, logró sonreír de medio lado.

—¿Vamos a hablar de eso *ahora*?

—Sí —dije con rotundidad—, porque si este va a ser nuestro único encuentro, quiero saberlo. No me acordaba cuando te dije que quería que fueses el primero y tampoco quiero que te obligues a romper tus propias normas por mi culpa.

—Mis normas no están escritas en piedra, librera —aseveró con la voz ronca—. Yo ni siquiera las considero como tal.

—¿Seguro?

—Muy seguro.

Yo no lo estaba para nada.

No obstante, lo agarré de la muñeca y tiré de él hacia el interior de mi cuarto. Ya era mayorcita, joder. Le subí la camiseta y él me ayudó a quitársela. Habría encendido la luz para poder contemplar en condiciones el cuerpazo que se intuía a duras penas bajo la tenue iluminación que nos brindaba la del pasillo. No lo hice porque pronto llegaría mi turno de quitarme la ropa y solo pensarlo me hizo estremecer, y no de un modo agradable.

Justo en ese instante, Adrián metió las manos por debajo del vestido, me pegó a su cuerpo y volvió a besarme hasta casi hacerme perder el sentido. Mi piel reaccionó a las caricias que me recorrieron los costados. Gemí cuando él ralentizó el beso y, tras dejar un último pico suave en mis labios, preguntó:

—¿Puedo quitártelo?

—Sí —musité antes de soltarme de su cuello y empezar a sacármelo yo misma por encima de la cabeza.

Adrián soltó un silbidito.

—Antes iba a decirte que deberías llevar falda más a menudo —dijo mientras su mirada me recorría de abajo arriba. Me había quedado justo en el área más iluminada del cuarto, si daba un paso adelante o atrás, me sumiría en la penumbra desde la que me observaba él—. Pero ahora creo que en realidad no deberías volver a llevar nada encima nunca más.

Salí de la zona iluminada y me arrojé contra él y su boca. Adrián respondió a mi provocación con más ímpetu del que había mostrado hasta ese momento. Me guio hacia la cama y yo me dejé hacer hasta terminar tumbada sobre la espalda, con él encima de mí. Con sus labios, su lengua y sus dientes recorriendo mi torso; con una de sus manos subiendo por la cara interior de mi muslo.

Dios, estaba semidesnuda debajo de un chico. Me lo estaba montando con un chico.

Podía hacerlo. Lo estaba haciendo. Todas las partes implicadas respondían de forma adecuada.

Estaba excitada.

Mi cuerpo disfrutaba con las atenciones de Adrián.

¡Joder! ¿Cuál era mi maldito problema? ¿Por qué no podía dejar de pensar que eso era un error? ¿Por qué no podía parar de preguntarme cómo íbamos a seguir viéndonos cada día en el centro comercial después de esa noche? ¿Por qué de repente me faltaba el aire?

Me había equivocado al pensar que la cosa iría mejor con él, que la confianza que ya nos teníamos me ayudaría. En realidad, era todo lo contrario, de pronto me aterraba la posibilidad de que esa intimidad se cargara todo demás.

«No, no, no…». No estaba haciendo nada malo. Y no podía echarme atrás, era demasiado tarde. Pero no tendría que haber metido a Adrián en ese brete, por satisfactorio que pudiera resultar, lo cierto era que le había puesto en una situación delicada. Pese a ello, tenía que ser consecuente, terminar con eso y apechugar con lo que esa idea de bombero pudiese conllevar en mi día a día.

—Lía.

El tono preocupado de Adrián me devolvió a la realidad. Abrí los ojos y busqué su mirada en la penumbra. ¿En qué momento se había acodado a un lado, con su rostro a la altura del mío?

—¿Qué? ¿Qué pasa?

El aire mentolado que exhaló por la nariz me hizo cosquillas en la mía. Me retiró un mechón de pelo de la frente y luego dejó la mano en el lateral de mi cuello.

—Vamos a dejarlo aquí.

Depositó un beso casto en mis labios secos, se levantó de un salto, se agachó a los pies de la cama y, acto seguido, me ofreció el vestido que habíamos dejado caer al suelo poco antes. Me levanté yo también, me vestí y me paré a su lado mientras él se ponía la camiseta.

—Lo siento, lo siento mucho —dije con un hilito de voz—. Me he bloqueado.

—No te disculpes. —Sonrió y puso los brazos en jarras—. ¿Tienes Disney +?





FRESCO COMO UNA LECHUGA

Preparamos unas bebidas y nos tiramos en el sofá a ver Eduardo Manostijeras, según sus palabras: un clásico navideño que no se podía creer que no hubiera visto nunca. No calló durante más de cinco minutos seguidos, sin embargo, no hizo ninguna mención a lo acaecido en mi cama. Ni sobre lo que *no* ocurrió allí, aun cuando era para lo que se suponía que había venido.

Nada, no dijo nada. Actuó con una normalidad que, en el fondo, agradecí. Estaba avergonzada por mi actitud. Me daba mucha rabia por él, por las expectativas que le pudiera haber generado y por lo mal que había salido todo. Y me daba rabia por mí, porque había fracasado. Porque seguía tan… virgen como el día anterior. Porque no había sido capaz de superar mis bloqueos y porque, aunque me doliera admitirlo, de verdad deseaba haber pasado una noche loca con Adrián. Una de esas que pudiera recordar siempre, máxime cuando ni siquiera estaba claro que fuésemos a repetir. Después de semejante fiasco, seguro que había tirado por la borda las pocas posibilidades que hubiera tenido.

No había contado con que Adri era… Adri. Era el segurata, el chico que se pasó por mi tienda al día siguiente como si nada hubiera pasado. Vino, hizo sus chascarrillos, su saludito militar y se marchó para proseguir con su ronda.

Incluso me preguntó si quería tomar algo al salir, haciendo un hincapié apenas velado en que su propuesta era ir a la que ya era también nuestra cervecería de referencia. O, lo que era lo mismo, me proponía hacer algo juntos en terreno neutral y amigo. Lejos de una cama y de recuerdos incómodos.

¿Qué hice yo? Poner una excusa barata y huir como la cobarde que era.

Y lo mismo al día siguiente.

Y habría hecho lo mismo al siguiente si él no me lo hubiera impedido presentándose en mi casa a las once de la mañana del último día libre que tendría hasta Navidad. Así que le abrí en camisón de franela, calcetines extragruesos y con las arrugas de la almohada escritas en la cara.

—Uy —dijo tras darme un repaso y constatar mis pintas—. ¿Demasiado temprano? Te llamé y envié mensajes, pero pensé que me ignorabas aposta, no que estarías dormida.

Me molestó verlo guapísimo y fresco como una lechuga; porque nunca había tenido buen despertar, eso era un hecho.

—¿Por qué iba a ignorarte? —pregunté todavía medio lela—. Anda, entra. ¿Ha pasado algo?

Adrián cruzó el umbral y me plantó un beso de esos a tope de contacto mejilla con mejilla. Su aroma me acarició la pituitaria y abrió la cajita en la que había metido las reminiscencias de nuestra noche de pasión frustrada. Sentí un calorcito agradable en el bajo vientre. Qué oportuno mi cuerpo, iba a su bola por completo.

—Que te estás rayando y me estás evitando, eso pasa. —Se metió en la cocina y empezó a cacharrear. Cuando entré tras él, vi que estaba preparándose un café—. Ve a ducharte, vamos a salir.

Lo dijo así, tan tajante y con tanto aplomo, que me di la vuelta e hice lo que me había ordenado. En efecto, estaba rayada y llevaba un par de días evitándolo, pero que me lo dijera en la cara me había hecho sentir mal. Si alguien no se lo merecía, era él.

Unos veinte minutos más tarde, salí de mi cuarto con el pelo mojado, vestida con una sudadera gruesa, unos vaqueros y calzado cómodo, por si nos íbamos a caminar al paseo marítimo o la locura que se le hubiera ocurrido. Me lo encontré en el salón leyendo uno de mis libros, ni siquiera retiró la vista de la página en la que estaba cuando le hablé.

—¿Qué vamos a hacer?

—Unos recados —contestó misterioso—. Tómate el café, que se nos hace tarde —añadió al tiempo que señalaba la taza de café humeante que había encima de la mesa.

Devolvió el libro al estante del que lo había retirado y me dedicó su sonrisa más neutra.

Lo único que me dijo fue que tenía que ir a comprar el pan, por lo que no dudé en seguirle cuando echó a andar calle abajo. Y yo no le di el gusto de seguir mostrando curiosidad cuando pasamos de largo tres panaderías. El muy sibarita nos dirigía a una de las panaderías y pastelerías más famosas de la ciudad, donde le dieron un bollo gigantesco de pan de pueblo, además de una bolsa voluminosa cuyo contenido debía de tener encargado. La mujer que le atendió lo había llamado por su nombre y le había aclarado que enseguida le daba lo suyo. Fuera lo que fuese lo suyo.

De regreso hacia mi barrio, sugirió parar a tomar unas cañas y yo acepté encantada. No porque tuviera sed, sino porque no había desayunado nada sólido y el estómago llevaba rugiendo en mi interior desde que había detectado el olor a pan recién horneado.

Me senté frente a él muerta de la risa por la forma tan peculiar que tenía da darle el toque de humor a todo lo que contaba. Me maravillaba su capacidad para relativizar el drama o para convertir cualquier historia en una anécdota divertida. O casi todas, pensé cuando le vi sacar su ya célebre libreta y el boli que siempre la acompañaba.

—Ay, no… —gimoteé con verdadera aprensión.

—Ay, sí —me reprendió y me apuntó con el bolígrafo—. Tú y yo estamos por encima de esto, nena. Si el tratamiento va a afectar a nuestra amistad, me bajo de él.

Jo, si es que ese chico no podía ser más mono.

Vinieron a atendernos y nos pedimos un par de cervezas y otros tantos pinchos de tortilla. Me llevé la mano al estómago encogido, ya no por el hambre, sino porque de pronto me angustiaba que Adrián se desvinculara de esta movida que no habría arrancado nunca sin él.

—¿Te bajas, entonces?

—Si hace falta, sí —respondió muy serio—. Aunque solo como sujeto de pruebas, seguiré al mando como el director de proyecto que soy. Si te parece bien. —Asintió cuando yo lo hice. Abrió el cuaderno y destapó el boli—. Vale, a ver… —Pasó de hoja y me di cuenta de que había muchas más escritas que la última vez—. ¿Te sentiste presionada a iniciar el encuentro número 1? Valora del uno al diez la presión que sentiste.

La angustia se me enroscó en las entrañas, me odié por haberle dejado sentirse culpable durante esos días en los que le había eludido.

—Cero. No me sentí presionada —negué con firmeza—. Nada más lejos, te lo prometo.

Adrián me miró durante unos segundos, como calibrando si me creía o no. Debió dar la respuesta por buena, pues se limitó a hacer una anotación y seguir con el cuestionario.

—Si todo iba bien al principio, ¿en qué momento dirías que comenzó a torcerse?

La camarera colocó sobre la mesa nuestro pedido. Adrián dio un sorbo a su cerveza y yo le imité. Ya más por ganar tiempo para meditar la respuesta que por otra cosa.

—Me atacó la inseguridad cuando me quité el vestido —mentí a medias.

Adrián arrugó el gesto.

—O sea, que fue mi culpa por hacer comentarios al respecto.

—¡No! —Me rendí cuando levantó las cejas, incrédulo—. No fue por eso, ¿vale? Fue por vergüenza, pero también porque de repente creí que la estábamos cagando. Me estoy acostumbrando a tenerte cerca y temí que acostarnos lo echara todo a perder.

—Lía, no vas a deshacerte de mí con tanta facilidad. —Estiró la mano por encima de la mesa y apretó la mía—. Nos acostemos o no. Y come, que oigo tus tripas protestar desde aquí.

Tomé un bocado de tortilla y bebí. Él me guiñó el ojo y volvió a sus notas.

—Del uno al diez, ¿qué tan excitada dirías que estabas antes de que se te cortara el rollo?

Los colores se me subieron antes incluso de calcular la intensidad de mi excitación.

—¿Y tú? —dije, quizá un poco a la defensiva.

—Nena, esto va de ti, no de mí —rebatió con sorna—, pero no tengo problema en decir que un diez. Puede que doce.

Su confesión me hizo reír. Era imposible que un tío con una experiencia como la suya a las espaldas estuviera tan interesado en hacérselo conmigo, no obstante, mi frágil ego acogió la cifra con una palmada victoriosa.

—Los reparos me lo ponían difícil y, aun así, digamos que un nueve.

Adrián apuntó en la libreta antes de continuar.

—Bien. Del uno al diez, ¿qué tal besaba el sujeto A?

Levanté despacio la vista del plato que acababa de acometer y lo miré con los ojos entornados.

—¿Te estás regodeando, segurata?

Adrián rio.

—Venga, no respondas. —Se encogió de hombros—. Es que se me ha quedado la autoestima tocadita… —Hizo un puchero—. Pero ya se me…

—Un diez —le interrumpí. No podía permitir que dudara ni un segundo más—. Puede que doce —añadí copiando su broma.

No exageraba, de verdad besaba muy, muy bien.

Adri hizo un bailecito ridículo e infantil con los hombros y saltando sobre el asiento. Luego recuperó al menos una fracción de la seriedad que requería su labor como terapeuta sexual de mercadillo.

—Va, la última pregunta por hoy. Del uno al diez, ¿cuántas ganas tienes de volver a intentarlo con cualquiera de los tres sujetos?

—Me sigue dando miedo, pero diez.

—Así me gusta, rendirse no es una opción.



De regreso hacia mi barrio, y a pocas calles de la mía, Adri se desvió por una que nos alejaba del que yo creía que era nuestro destino.

—¿A dónde vamos?

—Lo sabrás en breve.

Caminamos unos minutos más, nos detuvimos ante un portal como cualquier otro de esa calle, y abrió con sus propias llaves.

Aguantó la puerta para que accediera al interior y, después de seguirme, llamó al ascensor.

—No me digas que tienes un picadero compartido o algo así de *creepy*.

Soltó un bufido nasal y meneó la cabeza.

—¿Tú por quién me tomas? Tus prejuicios resultan un poco ofensivos, ¿eh?

Tal vez tenía razón, debía moderar mis comentarios.

Subimos hasta la quinta planta de ese viejo edificio y salimos a un descansillo en el que había dos puertas. Se oían voces y algunos golpes de dudosa procedencia. Un niño gritaba que tenía mucha hambre.

En esa ocasión, Adrián llamó al timbre.

¿A dónde me había llevado y a quién iba a conocer? No me dio tiempo de hacer conjeturas.

—No te asustes —pidió risueño—, en mi familia no todos tienen mi carisma y desparpajo, pero son muy buena gente.

—¿Cómo que *tu familia*? —La voz me salió más aguda de lo normal.

—Solo los de casa, tranquila.





¡QUÉ MONOS!

La chica que abrió la puerta me sonaba un montón, si bien mi cerebro estresado por la situación inesperada no lograba ubicarla.

Quizá, si solo fuera ella, podría haberlo hecho. Sin embargo, fui incapaz de retener los nombres de la desorbitada cantidad de personas que había en aquel piso, ni siquiera estaba segura de recordar bien los parentescos que los unían.

«Solo los de casa», menudo papo. Adrián me presentó, uno por uno, y por orden de aparición, a su hermana, su sobrino uno, su cuñado, su padre, su tía, su tío, su primo uno, su primo dos, su tía dos, su sobrino dos, al novio de su primo uno y a su abuela. Además de los dos gatos y un canario que había por ahí.

Aquella casa era el camarote de los hermanos Marx y, cuanta más gente veía, más aumentaba esa sensación de que me sonaban algunas caras. El cortisol estaba afectando a mi memoria a corto plazo, debía ser eso.

Porque estresada estaba un rato, incluso cuando Adri no se separó de mí más de un minuto seguido, y solo para ir al aseo o para hacer algo que le pedía su abuela. Me lo iba a cargar por la encerrona. Me sentía abrumada por aquella marea de desconocidos que me hablaban como si nos conociésemos de toda la vida, en especial la madre, la abuela y una de las tías. Los hombres eran un poco menos… invasivos, aunque igual de integradores.

Contra todo pronóstico, pronto consiguieron hacerme sentir una más en aquella vorágine de comida deliciosa y griterío generalizado. Para cuando nos sentamos a comer, en dos mesas de distintas alturas dispuestas en diagonal en el salón, ya me atrevía incluso a participar en las bromas y pullas cariñosas que no dejaban de lanzarse unos a otros.

Me levanté como pude —los asientos de diferentes tipos y hechuras estaban apiñados para dar cabida a todos los comensales — y me dispuse a ayudar a recoger a la madre de Adri y otros tres familiares. Él tiró de mi mano y estaba a punto de hablar cuando se le adelantó su abuela:

—Nene, dile a tu novia que se esté quietecita —comentó como si yo no estuviera delante.

Sentí cómo se me calentaban las mejillas ante la mención de la palabra «novia». Si ella supiera…

El «nene» se contorsionó para poder erguirse, me agarró de las caderas y me empujó hacia mi asiento. En la maniobra, gran parte de su cuerpo rozó el mío, al igual que mientras se deslizaba a mi espalda por el escaso espacio disponible y empezaba a recoger platos y cubiertos.

Ya creía que nadie la iba a corregir cuando él le dijo:

—No es mi novia, abuela. —Le dio un beso en la sien al pasar por su lado, cargado con una tonelada de loza—. No tengo tanta suerte.

—Pues como sea que lo llaméis ahora —murmuró ella—, pero quieta parada, que en esta casa los invitados no mueven un dedo.

El novio del primo uno dejó la fuente que había agarrado del centro de la mesa y puso los brazos en jarras.

—¡Pero bueno! ¿Eso desde cuándo?

La señora chasqueó la lengua y se aferró al pomo de su bastón.

—Chitón, que tú ya eres de casa y te fastidias —replicó—. A ella aún nos la tenemos que camelar para que formalice con el nene. —

Me miró y estiró los labios en una sonrisa que marcó las arruguitas en torno a sus ojillos traviesos, del mismo verde que los de Adrián—. Es muy listo y educado. Y muy bueno con su abuela, que eso siempre dice mucho de un hombre, ¿verdad? Y entre su madre y yo nos hemos asegurado de que sea respetuoso y limpio. ¿A que va siempre aseadito y perfumado? Lo nuestro nos costó, de pequeño era un guarrete de primera. ¿Te puedes creer que se comió los mocos hasta los ocho años?

—¡Abuela! —protestó él desde la cocina—. ¡No me estás ayudando!

—No te inquietes, nene. Tráemela a la comida de los domingos y para Navidad la tenemos *apañá*.

Me gustaba esa señora que le había pedido al *nene* que le abriera la galería de fotos de su móvil para poder enseñarme las fotos de los hijos, nietos y sobrinos ausentes, mientras se lamentaba porque ya nadie las imprimía en papel. Me recordaba a la mujer que me había criado y a la que tanto añoraba. Me gustaban todos ellos. Me gustaba cómo disfrutaban juntos, la confianza que tenían, el cariño que se intuía en sus interacciones, por nimias que fuesen.

Las familias como las de Adrián me parecían cosa de ciencia ficción, resultaba reconfortante comprobar que existían. Aunque estaba segura de que también tendrían sus diferencias y sus fricciones, era evidente que se respetaban y querían de verdad.



No me dejaron ayudar, ni entonces ni cuando, entre todos, con una precisión y fluidez fruto de quien lo ha hecho en mil ocasiones, se llevaron cada silla dispar a su sitio, una de las mesas a la cocina y la otra a la esquina que le correspondía en el salón. En un momento que me perdí por haber ido al baño, alguien trasladó un par de cajas

de cartón envejecidas y maltratadas por los años y tantas otras vueltas de celo. En otro parpadeo, Adrián montó un árbol de Navidad artificial, más alto que él, y se pusieron manos a la obra sin que nadie tuviera que organizarlos o dirigirlos. Cada uno de ellos tenía una tarea en la tradicional tarde de decoración navideña en la que mi nuevo amigo me había colado con calzador. Aunque lo cierto era que no me sentía una intrusa, pues su familia me había acogido como si fuera una más. Fue su madre la que me pidió que le ayudara con el espumillón que ponían alrededor de todas las puertas de la casa. Todas. Y fue ella la que me acribilló a preguntas tan aleatorias como cuántos años tenía, por qué me había mudado a la ciudad —mi acento siempre me delataba—, si añoraba a mi familia en esas fechas o si el castaño dorado de mi pelo era natural.

Adrián vino a salvarme del interrogatorio con la excusa de ofrecernos alguno de los dulces navideños que alguien había puesto en varias bandejas. Algunos de ellos eran los turrones y mazapanes artesanos que habíamos ido a buscar a la panadería esa mañana. Los favoritos de la abuela, me informó Adrián mientras yo dudaba cuál probar primero.

El timbre sonó poco después, con el árbol y como un cuarenta por ciento de las superficies del piso cubiertas de adornos. Ya solo faltaba terminar con el Belén que estaban montando encima de un aparador de un tamaño considerable, máxime para quien se había criado en una familia que solo ponía un pesebre de porcelana en la entrada.

Adrián protestaba porque su hermana siempre movía las figuritas que colocaba él y los que estaban por allí se mofaban de él y su costumbre de mancillar el nacimiento con el pastor y las ovejas. Yo me había puesto a jugar con sobrino uno y sobrino dos; este último —un bebé de siete meses— respingaba en mis brazos como si se quisiera escapar. No había calculado lo que pesaba, ni lo muchísimo que se movía cuando me ofrecí a sostenerlo y entretenerlo mientras su madre se peleaba con Adrián por la ubicación de los dichosos pastores.

—¿Llego a tiempo para el amigo invisible? —preguntó a mi espalda la persona que acababa de timbrar, supuse.

Me di la vuelta con una sonrisa y con esa tensión de nuevo en el estómago ante la expectativa de volver a ser el centro de atención cuando alguien me presentara a la recién llegada. Fruncí el ceño al verla. ¡La conocía!

Esa chica jovencita de preciosa melena rubia, larga y lisa, era una de mis mejores clientas. En el top cinco estaba. En el tres, quizá.

—Hola —saludé aún confusa.

Ella vino hacia mí con una sonrisa franca en la cara llena de pecas.

—¿Qué tal, Lía?

—Esta es mi nieta pequeña, Ana —informó la matriarca del clan desde el sofá en el que presidía la estancia.

—Ya nos conocemos —dijimos Ana y yo al unísono.

Y ahí me di cuenta de qué me sonaban las otras mujeres que también se me hacían conocidas: todas eran clientas. Ninguna tan VIP como Ana, aunque sí recurrentes. ¿Cómo no había caído antes? No era muy buena fisonomista, pero debería haberlas recordado.

La chica se acercó a mí y, después de besar y abrazar a sobrino uno, se sentó a mi lado para hacerle unas cucamonas a sobrino dos.

—No tenía ni idea de que eráis familia —comenté sin saber muy bien por qué.

Sentía que alguno de los dos debía habérmelo dicho, cuando, en realidad, no tenían por qué. Hasta una semana antes, yo no era más que otra dependienta del centro comercial para Adrián.

—¿Qué tal, prima? —curioseó él—. ¿Has encontrado ya donde hacer las prácticas?

Ana negó con la cabeza, su gesto se ensombreció.

—No hay manera, ninguna de las opciones que me dan se adapta a mis horarios y no quiero dejar colgada a mi jefa por unas prácticas no remuneradas de unos meses.

Adrián chistó, se volvió hacia mí y me explicó:

—Trabaja cuidando a unos niños a los que quiere más que a mí.

—Eso no es difícil, a ti solo te tolero lo justo —bromeó ella—. Y la madre de esos niños está sola y es genial, no voy a ser yo quien le falle.

—¿Qué estás estudiando?

—Un ciclo de Gestión de Ventas y Espacios Comerciales.

—Necesita encontrar una empresa que le ofrezca flexibilidad si por alguna urgencia tuviese que cuidar a los niños fuera de su turno habitual, o que le permitiese cierta laxitud en los horarios —me dijo antes de dirigirse a Ana—. Estoy seguro de que encontrarás, aunque sea, una tienda pequeña a la que le venga bien la ayuda que les puedes brindar mientras aprendes algo del negocio.

A continuación, volvió a mirarme mientras curvaba una de las comisuras y alzaba las cejas un par de veces. Entrecerré los ojos, él levantó las cejas casi hasta el nacimiento del pelo, ladeé la cabeza, él bajó la barbilla hacia el pecho y luego me señaló con ella…

—¡Qué monos! —exclamó alguien que no identifiqué.

—¿Verdad? —Esa fue la madre de Adrián—. Qué bonito cómo se comunican sin necesidad de hablar.

Mi interlocutor silencioso apretó los labios para reprimir la risa y puso los ojos en blanco.

—Mamá —rezongó—. Te estamos oyendo, deja de desvariar.

«Ay, Dios». Reforcé el agarre alrededor de la barriguita del bebé, me llevé una mano al rostro —como si así pudiera ocultar el rubor— y deambulé la mirada de Adrián a su prima en cuanto resolví que había pillado el mensaje, lanzado en ese silencio incómodo y ensordecedor para nuestros espectadores.

—A lo mejor yo puedo ayudarte con eso —ofrecí—. No sé cuánto podré enseñarte ni si será algo de valor, pero como poco conseguirías las horas de prácticas que te exigen.

La chica abrió muchísimo los ojos y me miró llena de ilusión.

—¿Harías eso por mí?

—Claro —contesté un poco contagiada de su entusiasmo—. Nunca he hecho nada parecido, pero si quieres mañana llamo al centro y lo vemos.

—No te preocupes, yo me encargo, es solo firmar un convenio. —Soltó un chillido de alegría y me arrebató a sobrino dos para levantarlo en el aire—. ¿Has oído, bebé *pesioso*? De verdad —se dirigió a mí—, me salvas la vida.

Yo no creía que fuese para tanto, no obstante, me hacía feliz ayudarla.

—No es nada.

—Después te paso un mail con la documentación para que puedas echarle un vistazo.

Tenía mi correo de antemano, ya que me hacía muchos encargos por esa vía.

—Muchísimas gracias, Lía —comentó desde la otra punta del salón la tía de Adri que, ahora que me fijaba en el parecido, debía de ser la madre de Ana—. Y, ahora, venga: a sacar las papeletas.





HA SIDO GENIAL

No era la primera vez que participaba en un amigo invisible, si bien era la primera que lo hacía con algo parecido a la ilusión. Que, a pesar de mi insistente oposición, todos hubieran insistido aún más en incluirme en el bote, me tocó la patata.

Que me hubiera tocado currarme un regalo de menos de quince euros para la abuela, se me antojó todo un reto. Me daba rabia por quien hubiera sacado mi nombre, aunque estaba segura de que Adrián le ayudaría. «Por favor, que no se le ocurra sugerir nada sexual», lancé en forma de plegaria al universo.

Adrián se emperró en acompañarme a casa y no fue hasta que estuvimos en el portal que retomó su particular terapia, en forma de consejo no solicitado.

—Si la confianza ha sido una traba, quizá sería bueno que lo intentaras con uno de los chicos antes de que los veas más veces —propuso, y no se detuvo ante la mueca de fastidio que no pude detener—. Además, he estado pensando y te voy a poner deberes: busca el vídeo que más te excitara y póntelo otra vez. Piensa qué es lo que te gustaría hacer o que te hiciera él. Mastúrbate, tócate, usa tu succionador o la alcachofa de la ducha. Da igual, lo que sea que te dé placer y aumente tus ganas de obtener más. Cuánto más sexo tengas, aunque sea en solitario, más querrás tener.

—¿De verdad no te dedicas a esto de forma profesional? —pregunté divertida por fuera, incomodísima por dentro y excitada un poco más abajo.

Necesitaba quitarle hierro al asunto, o hacer que pareciera que me lo tomaba a broma. Porque mi cuerpo había percibido la intensidad de su discurso e interpretado lo que no era: me había puesto a tono con solo un puñado de frases sin ninguna intención.

Seguía sin disociar sexo y sentimientos, pero mi cuerpo se disociaba él solo sin pedir perdón ni permiso. Bueno, supuse que era un paso en la dirección correcta.

—Si funciona, quizá me plantee formarme en ello. Tú prueba, ¿vale?

Saqué las llaves del bolso y asentí.

—Lo intentaré. —Iba a introducir la llave en la cerradura, me lo pensé mejor y me lancé contra su pecho para darle un abrazo apretado y un beso con mucho contacto en la mejilla. Tal como había aprendido de él—. Gracias por este día.

Él me rodeó la cintura y preguntó muy cerca de mi oído:

—¿Lo has pasado bien? El mío era un plan arriesgado.

—Ha sido genial.

Al llegar arriba encendí las luces del árbol y mi ordenador portátil.

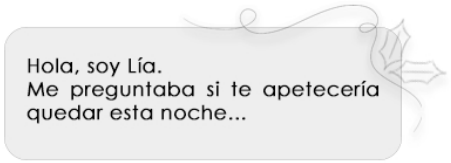
No me hizo falta ver el vídeo para querer masturbarme. Pero lo vi igual y me provoqué un orgasmo tras el cual dormí como un bebé.



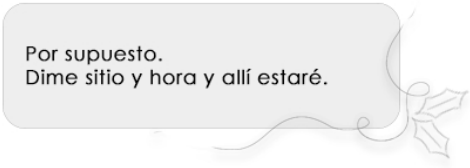
Llevaba varios minutos mirando la pantalla del móvil. Escribía, borraba y volvía a escribir. Salía de la aplicación de WhatsApp,

bloqueaba el teléfono, desbloqueaba y la volvía a abrir.

«Vamos, Lía, puedes hacerlo. Quieres hacerlo. ¡Hazlo, leches!». Escribí lo mismo una vez más y un par de chicas entraron en la librería justo cuando iba a borrarlo. Las saludé, le di a enviar y tiré el teléfono al cajón.



Cuando terminé de atenderlas y se marcharon con un par de las últimas novedades cada una, corrí a mirar si Aritz me había respondido.



El pulso se me descontroló y empezaron a sudarme las manos. Cogí el auricular del fijo de la tienda y llamé a la garita. El vigilante que estaba en cámaras avisó a Adrián de que necesitaba ir al baño. Qué suerte que fuese él quien estaba de ronda.

—Hola, librera —saludó tan solo unos minutos después, los que había tardado en pasar por la cafetería de la planta baja para comprarme mi café favorito. Dejó los dos vasos en el mostrador y me guiñó el ojo—. Necesitas salir, ¿no?

Rodeé el vaso de cartón con las dos manos y negué con un gesto antes de ponerle al día de mi *increíble hazaña*.

—Vale, tranquila —dijo después de haberme escuchado con atención y cero interrupciones—. Va a ir todo bien, nena. ¿Me permites algunos consejos extra?

Asentí y él no tardó en soltarme sus recomendaciones, como si hubiera reflexionado sobre ello antes incluso de venir en mi ayuda. Apunté en mis notas mentales todo lo que me aconsejó y me prometí hacerle caso. Como solía ocurrir con sus instrucciones al respecto de ese tema, lo que me decía tenía bastante sentido.



Lo primero que hice fue preguntarle a Aritz si le parecía bien que nos viésemos en su casa. Según mi segurata con ínfulas de terapeuta sexual favorito, me ayudaría que el encuentro se produjese fuera de la mía y me facilitaría la salida una vez que acabásemos. A mí también me parecía bien. Me haría más sencillo fingir que podía, que era capaz de actuar con normalidad y, luego, solo tendría que vestirme y marcharme a mi piso tras una despedida sencilla. Algo como: «oye, pues muchas gracias por acostarte conmigo y tal».

«Joder». ¿En qué momento me había metido en semejante jardín? ¿De verdad esos chicos habían entendido cuál era mi maldito problema? Era ridículo. Deseé con fuerza que ninguno de ellos se lo contara jamás a nadie. Yo no lo haría en lo que me quedaba de vida, eso lo tenía cristalino. Nat estaba al tanto, pero ella no suponía ningún peligro, al contrario, estaba deseando que pasara esa noche y verla en persona para desahogarme con ella. Presentía que lo iba a necesitar.

Aritz vivía en un barrio del extrarradio al que fui en taxi, hacía demasiado frío para hacer trasbordos y esperar autobuses a la intemperie. Y demasiado frío para pasearme por ahí con un vestido

corto y medias de liga. Porque la actitud era importante, ¿verdad? Y porque quizá así ni siquiera llegaba a desnudarme del todo. Agradecí bajarme del vehículo, la paranoia imperante en mi mente estresada me había hecho creer que el conductor conocía mis intenciones. Juraría que hasta me miraba raro.

El portal se abrió unos segundos después de haber timbrado al tercero B, y sin el típico «¿Quién?» que habría obtenido como respuesta el estúpido «Yo». Subí los tres pisos en el ascensor, salí al descansillo, me paré delante de la puerta, respiré hondo. La voz de Adri sonó en mi cabeza: «No te dejes vencer por la inseguridad, eres un sueño, nena, para Aritz y para cualquier hombre que merezca un mínimo la pena. Ten presente que no vas allí a hablar del tiempo y él lo sabe. Así que ve a saco, toma la iniciativa y pídele lo que quieras».

Era más fácil imaginarlo que llevarlo a la práctica. Traté de visualizarme entrando a matar, hecha toda una *femme fatale*. No logré verme en el rol. Ni por un segundo.

No importaba, tenía que intentarlo. Tomé una bocanada del aire rancio del pasillo y llamé a la puerta con un par de toques sobre la madera. Mi tutor de esa noche me recibió con una sonrisa picarona en la cara, el pelo aún mojado, una camiseta de algodón de color blanco que marcaba los ángulos y curvas de su torso esculpido en gimnasio, un pantalón de chándal negro flojo y los pies descalzos.

No era el típico chico guapo, como sí lo eran Adri o Jairo, sin embargo, era muy, muy atractivo. En especial con ese atuendo que tan poco pegaba con el mío, y que le quedaba de lo más apetecible. Tragué saliva cuando terminé de darle el repaso y, tras ver que él estaba haciendo lo mismo, recordé que ni siquiera nos habíamos saludado.

Farfullé un «hola» apresurado que él correspondió con una sonrisa más amplia.

—Pasa —dijo antes de hacerse a un lado.

Levantó una mano y me arrebató el bolso de la mía, helada y con los nudillos blancos de tanto apretar el cuero del asa. Se me puso todo el vello de punta cuando, después de dejarlo sobre el mueble que tenía en el recibidor, pegó su pecho al mío y metió ambas manos por debajo de mi abrigo para deslizarlo por mis brazos inertes, hacerse con él y colgarlo en el perchero que alcanzó sin necesidad de separarse de mí. Su silueta se tragó la luz tenue y ambarina de la única lamparita encendida.

La respiración se me aceleró y fue a peor cuando Aritz me sujetó por la cintura y cerró la escasa distancia que nos separaba. Mi pecho rozaba el suyo con cada inhalación descontrolada.

—¿Quieres tomar algo o…?

No le dejé terminar de hablar, me agarré al algodón suave de su camiseta y me arrojé contra su boca.





ENCUENTRO NÚMERO 2 – ARITZ

No fue un buen primer beso, no lo fue.

Entré demasiado fuerte, con pocos labios y muchos dientes. Aritz quiso adaptarse a la vehemencia con la que lo había atacado, lo que dio lugar a que nos descompasáramos todavía más.

—Ey, ey —murmuró sobre mi boca antes de dejar escapar una pequeña risa—, calma.

—Lo siento —musité al tiempo que me desinflaba por entero, en cuerpo y mente. Menuda inútil estaba hecha—. Estoy muy nerviosa.

Aritz subió una mano al lateral de mi cuello y me atravesó con su mirada avellana, algo más oscura de lo normal. Su voz también sonó más grave de lo habitual.

—¿Quieres seguir?

—Sí.

—¿Me dejas tomar el mando hasta que nos pillemos el punto?

—Sí, mejor.

—Si hago algo que no te gusta o que no quieres, dímelo enseguida.

—Lo haré.

Me relajé un poco tras oír sus palabras, me agradaba cederle por completo el testigo, aunque fuese solo por un rato. O tal vez hasta el final. Pensé que no estaba siguiendo las indicaciones de Adrián, pero seguro que no le molestaría.

Aritz se apretó contra mí y me empujó hacia atrás hasta que me di con la puerta con un sonoro clonc. Apoyó los labios en los míos y la punta de su lengua los tanteó, los abrió y los lamió. Mi propia lengua se unió al baile antes de ser consciente de ello, aún con cierta timidez. Sus dedos se cernieron alrededor de mi cuello. Los de la otra mano escalaban mi muslo por debajo del vestido.

Se entretuvo en el juego de nuestras bocas mientras sus dedos reptaban por la piel erizada y se hundían en mi trasero, muy al borde de mi entrepierna palpitante que, para variar, no estaba teniendo en cuenta mi inquietud. Lo cierto era que empezaba a sentirme mejor, el calor en aumento de mi sangre parecía desenredar los nudos de mis nervios crispados.

Aritz bajó la mano que tenía en mi cuello por el centro de mi pecho, abrió los convenientes corchetes del escote —la elección del vestido no había sido para nada al azar— y se hizo hueco para atraparme una teta por encima de la tela sedosa de mi mejor sujetador.

Eres un sueño, nena, para Aritz y para cualquier hombre que merezca un mínimo la pena.

Los dos pezones se pusieron firmes ante el contacto, barrera textil y todo. Mi pelvis onduló sobre la pierna que él encajó entre las mías en busca de fricción. Él tomó ese movimiento como la invitación que era y trasladó la mano de mi nalga hacia la cara interior del muslo y más arriba.

Me quedé sin aire cuando sus dedos se introdujeron por debajo de las bragas para luego agarrarme con toda la mano. El gemido que solté debió de resultarle confuso, porque se frenó y se separó unos centímetros de mi boca.

—¿Paro?

Así que ve a saco, toma la iniciativa y pídele lo que quieras.

—No —rogué casi lastimera—, sigue.

Me sorprendí a mí misma balanceándome sobre la palma de su mano, agarrándole del pelo de la nuca y tirándome a su boca para enredar la lengua con la suya, del mismo modo impetuoso y posesivo que lo hacía él.

Aritz volvió a romper el beso cuando dejó de amagar, me penetró despacio con dos dedos y yo gemí sin ningún control de los ruidos que hacía, con la espalda arqueada y la coronilla apoyada en la pared. Su boca, su lengua y sus dientes se pasearon entonces por mi cuello en el descenso hacia el pecho que, en algún momento que me perdí, había sido liberado del sujetador. Temblé de arriba abajo cuando succionó con fuerza la piel sensible de los alrededores del pezón, que después lamió y mordisqueó con la presión justa y necesaria. El placer empezó a arremolinarse entre el vientre y la base de la columna, y no hizo más que aumentar de intensidad cuando los dedos de Aritz comenzaron a entrar y salir, a pellizcar y estimular un clítoris que no se creía del todo que un extraño lo estuviera tocando.

—Oh, Dios… —exclamé bajito y con la mano delante de la boca.

Él emitió una risa queda, me rodeó el pezón con la punta de la lengua, levantó la cabeza para darme un beso húmedo y dijo a un volumen perfectamente audible:

—Aquí estamos solo tú y yo, Lía. —Comenzó a frotar en círculos los dedos que humedeció en mi interior—. No nos quites mérito.

Si añadió algo más no le escuché, el clímax me alcanzó de repente en una explosión cuya onda expansiva reverberó por toda la columna y se repartió desde ahí hasta la punta de los dedos de los pies. Aritz me sintió ceder y me sujetó con el brazo alrededor de la cintura.

Allá en las profundidades de mi alma convulsa, quise darle las gracias. Pero la respiración aún entrecortada no me lo permitió. Y él

tampoco, porque, en lo que duró un parpadeo, sacó un condón de uno de sus bolsillos. Y en lo que duraron otros dos, a lo sumo, lo abrió, se bajó un poco los pantalones y se la sacó para ponérselo.

Bajé la mirada y observé cómo lo hacía con una técnica muy depurada. No comenté nada, no era necesario, pero tal vez sonreí cuando vi que la tenía mucho más pequeña que Daniel. No es que fuese pequeña, tenía lo que imaginaba que era un tamaño estándar. Cero intimidante para alguien que había lidiado durante años con las dificultades que suponía un pene muy por encima de la media.

Aritz me agarró del cuello e inclinó mi cabeza hacia atrás para obligarme a encontrarme con sus ojos brillantes y una sonrisa lujuriosa que me provocó una contracción uterina.

—Espera a verla actuar antes de hacer comparaciones con el capullo de Rocco.

Sopesé decirle que no estaba comparando, pero, joder, era justo lo que estaba haciendo. No lo hice, por no mentir y porque no se le veía afectado por ello. Y porque me calló la boca con otro de esos besos guarros, en el mejor de los sentidos. Sin darme tiempo ni a pensar cuál era el siguiente paso, Aritz me dio la vuelta, me desplazó a un lado, me colocó las manos sobre el borde de madera y me presionó la espalda hasta que me quedé inclinada sobre el mueble del recibidor en el que mi bolso, de haber tenido ojos, me miraría con ellos abiertos como platos. A continuación, me levantó la falda del vestido por encima del culo, me bajó las bragas hasta la mitad de los muslos y me abrió las piernas de una forma que parecía calculada con precisión.

Entró de golpe y hasta el tope, hasta quedar bien pegado a mí. Se me escapó un jadeo entrecortado mientras acogía la deliciosa y placentera sensación de haber hecho el encaje perfecto. Sin medir ni controlar hasta dónde podía llegar, sin dolor ni la presión desagradable que era todo lo que conocía.

Él no tardó en moverse, agarrado a mí como si nos fuésemos a caer. A pesar de que me sujetaba por la cintura con una mano, la

otra se encargaba de atender mis pechos pesados y bamboleantes. En el silencio de ese piso que no había llegado a ver, el choque de nuestros cuerpos, y el del mueble contra la pared, sonaban atronadores y opacaban los gemiditos que no conseguía reprimir.

Desconocía si lo había hecho a conciencia, pero había sido un acierto hacerlo de manera que no le viera la cara. La vulnerabilidad me acechaba y la mantenía a raya gracias a eso y a la sorpresa que me causaba lo que ocurría entre mis piernas. Me estaba gustando, los últimos coletazos del orgasmo se alargaban con cada penetración en pequeñas descargas a modo de recordatorio. No al punto de poder correrme otra vez, pero sí disfrutaba con cada embiste. Podría aguantar sin problema lo que él necesitase para acabar. Me planteé incluso colaborar —yo apenas estaba contribuyendo—, aunque me refrené porque no sabía hacerlo bien y no quería que Aritz lo notara, si es que no lo había hecho aún.

Me estremecí de la forma más deliciosa cuando él se pegó a mi espalda, me apartó la melena a un lado, y me mordisqueó el cuello. Entretanto, subió una mano de mi pecho a la garganta e hizo una ligera presión para que me arqueara contra su cuerpo. Aumentó la velocidad con la que bombeaba en mi interior y, cuando creía que se iba a correr, lo que hizo fue llevar la mano al vértice de mis piernas y esperar a que otro orgasmo me hiciera convulsionar para dejarse ir él después, mientras yo recuperaba la respiración y me deleitaba con el gruñidito que dejó entre mis omóplatos cuando terminó.

Me quedé agarrada al borde de la consola, con la vista fija en el bolso para evitar buscar mi reflejo en el espejo que había encima. Estaba extasiada, feliz y a tope de oxitocina; no quería que nada lo estropeara. Mucho menos mis pensamientos intrusivos.

Aritz salió de mí con cuidado, escuché cómo se retiraba el preservativo y vi por el rabillo del ojo que lo depositaba en el suelo, a los pies del mueble al que me aferraba todavía temblorosa. Me subió las bragas, me colocó el vestido y me agarró de los hombros para darme la vuelta.

Suspiré y tragué saliva con pesadez, el tío ni se había despeinado para regalarme el mejor polvo de mi vida hasta entonces. ¡Ni siquiera se había quitado la ropa!

Me obligué a espabilar y metí las tetas dentro del sujetador antes de que él decidiera ayudarme también con eso. Lo hice con movimientos torpes y con una timidez que no estaba por ninguna parte tan solo unos segundos antes. Él se metió las manos en los bolsillos, yo me rasqué la nuca perlada en sudor y me mordí el labio inferior. Creí que me corría de nuevo cuando apreté las piernas. «Oh, joder. Joder. Joder».

—¿Estás bien? —preguntó ante mi mutismo.

—Gracias —dije yo sin pasar la palabra por ningún filtro.

Él rio con ganas.

—¿Gracias?

—Sí, gracias —confirmé avergonzada. Cogí el bolso y agarré la manilla de la puerta—. Será mejor que me marche.

—¿Ya?

—Ajá. —Abrí la puerta y, como una idiota, volví a decir—: Gracias. Em… nos vemos, ¿vale?

—Nos vemos —convino antes de añadir en tono jocoso—: Ha sido un placer.

—¿De verdad? —pregunté desde el fondo del cajón en el que guardaba mi dañada autoestima.

—La hostia, Lía, pues claro. Literal.

Sin perder la sonrisa, cogió mi abrigo y me lo entregó.

—Literal por dos para mí —dije para mi gran consternación. Al final sí que estaba disociando, pero el cerebro de la boca—. Dios, me voy, Aritz, no quiero seguir haciendo el ridículo.

Él cabeceó divertido, me deseó buenas noches y se quedó bajo el quicio hasta que se cerró la puerta del ascensor.





ME ALEGRO, NENA

Nat estaba en línea cuando me senté en el taxi que me llevaría a casa, así que le escribí sin más dilación. Me pasé todo el trayecto intercambiando mensajes llenos de emojis no aptos para menores de dieciocho y aguantándome la risa floja.

Por un momento me planteé llamar a Adrián para contarle cómo había ido la sesión de sexoterapia, así de contenta y emocionada estaba. Las hormonas me nublaban el juicio, me quedaba el mínimo necesario para frenar el dedo a medio milímetro del botón verde. No era justo ponerme a celebrar con el mismo chico al que había dejado colgado solo unos días antes.

Me fui a dormir dividida por los sentimientos encontrados. Por un lado, estaba feliz. Mi segunda primera vez había sido tan caótica como excitante, tan extraña como placentera, tan sorprendente como… sorprendente. No solo había logrado tener un encuentro sexual con un chico al que apenas conocía, sino que, además, había sido una auténtica pasada de satisfactorio.

Dios, había sido… uf. Vaya con Aritz.

Me daban ganas de llamar también a mi ex y contárselo. «Flipa, Daniel, un tío ha hecho que me corra. Dos veces en pocos minutos, de pie y con la ropa puesta. Sin tener que hacérmelo yo, sin tener que sacar a Manolo, sin protestar porque tardo mucho». En fin.

Por otro lado, endorfinas al margen, me sentía mal por no haber estado a la altura con Adrián.

Y, por otra parte, una muy chiquitina, todo en lo que podía pensar era en cómo sería Jairo en la cama. O en el recibidor, si acaso con él tampoco surgía la necesidad de ponernos cómodos y en horizontal. Por todos los santos, volvía a estar salida.

Me di una ducha, me metí en la cama y… soñé con Adrián.

En el sueño entraba en la librería con el uniforme y los pulgares enganchados en la hebilla del cinturón, se acercaba al mostrador, venía hacía mí, me acunaba el rostro con las dos manos y me besaba hasta que me quedaba sin aire. El despertador sonó cuando mi yo onírico acababa de tirar de él para meterlo en el almacén. Hasta en sueños seguía alimentando mi frustración.

Sin embargo, eso no impidió que me pusiera roja cuando lo vi aparecer al otro lado del escaparate, canturreando el villancico que supuse que sonaba en el hilo musical, con su sonrisa más pícara puesta y los malditos pulgares en el maldito cinturón.

—Bueno, bueno, bueno… —murmuró antes de pararse frente al mostrador en el que yo envolvía algunos encargos. Hizo un globo con el chicle de color verde y me miró divertido—. ¿Es cosa mía o tienes el cutis más brillante?

Ahogué un grito. Viéndole cara a cara ya no me sentía capaz de hablar de lo ocurrido la noche anterior con su amigo.

—¿Has hablado con Aritz? —quise saber al borde del ictus.

—Somos colegas, hablamos casi todos los días.

El celofán se rompió entre mis dedos crispados. ¿Le habría contado que me había limitado a dejarme follar, que era una sosaina y que me había ido nada más terminar, muerta de gusto y de vergüenza?

—Pero… —continuó— no hemos hablado de ti ni de lo que pasó ayer. —Su gesto perdió toda la picardía—. Jamás haríamos eso, Lía.

Lo que hagas con ellos se quedará entre vosotros —aseguró antes de recuperar esa sonrisa de medio lado suya—. Ahora bien, soy todo oídos si a ti te apetece contarme algo. O confirmarme, al menos, si estás así de radiante porque la noche se os dio como tenía que darse.

Me mordí el labio inferior mientras decidía cuánto le dejaba saber. Tiré el papel estropeado a la basura y cogí otro mientras él me retaba con la mirada.

—Estuvo bien —dije al fin.

Levantó una ceja, escéptico.

—Bien… ¿a secas? ¿En plan «bah, bien», o en plan «¡joder, bien!»?

Hice la caja a un lado y me acodé sobre el mostrador.

—En plan aún no me puedo creer cómo ha ido de bien.

Dio una palmada en el aire y se acodó carialegre frente a mí.

—Cuánto me alegro, nena.

Parecía sincero al cien por cien, de verdad se alegraba por el éxito del segundo encuentro.

—Gracias —dije toda colorada—. Es posible que a Aritz no le hayan quedado ganas de repetir, pero bueno, que me quiten lo *bailao*.

Adri resopló por la nariz.

—Lo dudo mucho.

Pensé que ojalá fuera cierto. También pensé que ojalá él estuviera dispuesto a intentarlo de nuevo. Guau, estaba desatada. No habían pasado más que unas horas desde Aritz y yo, y ya había fantaseado con Jairo y con Adri varias veces. Tal vez este último tenía razón y era cierto lo de que cuánto más sexo tuviese, más querría tener. Pues sí que empezaba pronto.



Ana, su escuela y yo firmamos el convenio al día siguiente. Ella consideraba esas prácticas un mero trámite, pero yo me había propuesto que le cundieran todo lo que fuese posible. Si había algo en lo que yo pudiera contribuir a su formación, lo haría sin dudar. Era lo mínimo, porque ella era mi mejor clienta y la más simpática, y porque la jodía aprendía muy rápido. Esa misma semana podría haberla dejado sola ya y no habría tenido problemas para cobrar en cualquier forma de pago, actualizar stock o hacer algún pedido. Como extra, era supervital y agradable con los clientes. Acordamos un calendario provisional y flexible en el que le asigné una franja horaria dentro de su disponibilidad y que coincidiese con las más flojas en cuanto a afluencia de clientela.

La carga de trabajo, el tema de Ana y la necesidad de ajustar mi centro con respecto a esa nueva y más salida yo, me tuvieron ocupada. No fue hasta el domingo siguiente que acepté la propuesta de Adrián de hacer algo juntos al cierre. Y fue la primera ocasión que tuve de charlar con Nat en persona, Bastián llevaba varios días con un virus que lo había dejado hecho polvo.

Así que dejó al niño, ya más recuperado, con su padre y se vino a comer conmigo en el almacén. Qué mala vida le daba y qué sacrificada era ella que, encima, se había traído táper casero para las dos.

—Mírate, tía —exclamó mientras yo ponía la mesa, si es que se le podía llamar así a la balda vacía de la estantería sobre la que solía comer y cenar—, hasta pareces más alta.

—Estas botas tienen la suela muy gruesa —alegué, siguiéndole el rollo.

—Ahora que sacas el tema del grosor… ¿Cómo me dijiste? Tamaño estándar era, ¿no?

—Supongo —reconocí—. Es la segunda que he tenido dentro en toda mi vida, eso me ha parecido.

—¿Pero juguetona?

—Sí. Aunque no es que jugáramos mucho. Fue como muy rápido todo.

—Un aquí te pillo aquí te mato en toda regla —afirmó, no preguntó, antes de ponerse a comer los ñoquis que había preparado. A pesar de que me había dado la receta mil veces, a mí no me quedaban igual.

—Sí, pero en el buen sentido. Te juro que no sabía que un tío podía hacer que me corriera así y menos en tan poco tiempo.

—Qué guay, ya era hora de que supieras cómo va lo de que un hombre se preocupe por tu placer. —Dio otro bocado, tragó y volvió a la carga—. ¿No te mueres por repetir?

Yo también comí un par de sus deliciosos ñoquis antes de contestar.

—La verdad es que sí.

—Y ¿entonces?

—Es que con Adri no quiero volver a intentarlo hasta estar segura de que no me voy a retirar antes siquiera de que empiece lo bueno. Y Jairo me impone un poco. Es tan grande y tan… circunspecto.

—Uy, creí que ibas a decir circuncidado.

Casi se me sale la comida por la nariz.

—¿Por qué iba a estar circuncidado? —pregunté con la mano delante de la boca y los ojos muy abiertos.

—Yo qué sé, Lía —dijo entre risas—. ¿Quién define a la peña como circunspecta, aparte de ti? Escuché el inicio de la palabra y el resto se lo inventó mi cerebro por contexto.

—Pues aún no se la he visto y no es algo que uno vaya anunciando. Lo mismo él es judío y tú una visionaria. ¿Te imaginas?

Reímos durante unos segundos y luego seguimos dando cuenta cada una de su plato. Nat terminó primero y preguntó:

—¿Por qué no lo llamas para quedar hoy mismo y salimos de dudas? Circunspecto o no, está tan metido en el ajo como los otros dos, o sea que seguro que está esperando a que des el paso.

—Al salir voy a ir a casa de Adri, me ha pedido que le eche una mano con algo que no me pudo explicar porque le sonó el *walkie* y se tuvo que ir.

Yo solo había oído el sonido de estática, él había entendido el mensaje y respondido que iba enseguida. Me iba a morir sin comprender jamás lo que salía de esos aparatos.

—Haces muchas cosas con *Adri* —enfatizó el diminutivo que había empleado, quizá por primera vez con ella—. ¿No te planteas dejarte llevar con él sin necesidad de agendarlo?

Tragué con dificultad mientras negaba con un la cabeza.

—No, no, ni de coña. Eso sería rarísimo.

Mi amiga me miró con las cejas alzadas y gesto de «¿En serio?».

—¿En serio? —dijo de todos modos—. ¿Tú crees que sería más raro eso que todo lo demás que ya estás haciendo?

Quería a Nat por muchos motivos, su sinceridad y su incapacidad para bailarle el agua a nadie eran dos de ellos. Incluso cuando iban en mi contra porque, me gustara o no, no le faltaba razón. No obstante, a mí tampoco. Enrollarme con Adrián, así como así, fuera de planificación, no entraba dentro del tratamiento. Ni de broma.

Mi amiga y yo agendamos otra comida para uno de los días en los que Ana estaría en la tienda para cubrirme. Me daba un pelín de ansiedad, pero iba a ser agradable salir a comer, aunque fuese a uno de los bares de la misma planta en la que estaba la librería. Aunque estuviese pendiente del móvil por si me necesitaba y debía acudir corriendo. Al fin y al cabo, era librera, no controladora aérea.

Esa noche no fuimos a casa de Adrián en su moto, ya me había avisado de que iríamos andando porque, de camino, quería parar a coger la cena: un par de kebabs del que, según él, era el mejor restaurante turco de la ciudad. En mi opinión, lo de «restaurante» le quedaba un poco grande. El local era poco más que un quiosco abierto a la calle y tenía solo dos mesas dentro. Si bien la fama en cuanto a la calidad de la comida debía de ser cierta, pues la cola daba la vuelta a la esquina.

—Mierda —masculló en cuanto ocupamos nuestras posiciones al final de la fila—. No pensé que haría tanto frío. ¿Lo dejamos para otro día?

La nubecita de vaho que salió de su boca chocó contra la que abandonó la mía.

—No, ya estamos aquí y, ahora que mi estómago ha captado el olor, ya no puedo cenar otra cosa —contesté, risueña, y me arrebujé en el abrigo.

La cola avanzó apenas un metro, nos movimos y Adrián se volvió hacia mí para rodearme, frotarme los brazos y darme calor. Una pequeña descarga de electricidad me recorrió de los pies a la cabeza cuando me apretó contra él, pegó la cara en el hueco entre el cuello y la clavícula y soltó una bocanada cálida de su aliento casi siempre mentolado. Se me puso la piel de gallina, y no por la temperatura ni por la brisa heladora que corría por aquella acera.

—¿Mejor?

Me colgué de sus ojazos y me limité a asentir.

Alguien se paró a nuestro lado, pero no me moví para verlo, estaba atrapada en la intensidad de la mirada de Adrián.

—¿Lía?

Me separé de él lo justo para poder girarme hacia esa voz que mi cerebro reconoció en el acto: la de Daniel.





QUE NO, QUE NO Y QUE NO

Daniel ni siquiera me miraba a mí, estaba inspeccionando al chico que tenía a mis espaldas. Menudo capullo.

—Hola. —La voz me salió desprovista de cualquier tipo de cordialidad.

—¿Qué haces aquí?

«¿Perdona?». Iba a soltarle que lo que me diera la gana, cuando Adri se me adelantó.

—Pues cumplirme un capricho porque es la mejor y no le importa congelarse por mí —dijo antes de depositarme un beso en la sien, pasarme el brazo por la cintura para pegarme a su pecho, y ofrecerle la otra mano a él para saludarlo—. Adrián, encantado.

A regañadientes, mi ex le estrechó la suya durante un segundo escaso y con su inconfundible mueca de asco. Como él no se presentaba, lo hice yo.

—Él es Daniel.

—Perdón, no sé si el nombre debería decirme algo —comentó fingiéndose avergonzado—, no me suena que Lía me haya hablado de ti.

—Soy su ex.

—Ah, pues será por eso.

Aun sin verlo, sabía que estaba sonriendo. ¿Yo por qué no me había hecho amiga de este chico antes?

La cola se movió y la pareja que teníamos delante avanzó, dejando un buen trecho entre ellos y nosotros. Aproveché la jugada para forzar la despedida.

—Bueno, chao, Daniel.

—Te llamo y nos vemos un día con más calma. —Tuvo los cojones de apuntar.

Adelanté un pie y le respondí sin mirarle a la cara esa tan dura que tenía, con el mismo nivel de educación y respeto que él había lucido segundos antes.

—Mejor no, gracias.

—¡Buenas noches! —canturreó Adri.

Alcanzamos a la pareja antes de que él llegara a salir de su estupor. No quise girarme para comprobarlo, pero juraría que se quedó allí parado un rato antes de aceptar que había pasado de su trasero. En el fondo, yo también estaba conmocionada. Solo nos habíamos visto un puñado de veces desde la ruptura, y esa era la segunda que lo hacíamos por mera casualidad.

Adrián rompió el silencio cuando nos encontrábamos a tres pedidos de que llegara nuestro turno. El contacto lo había roto un poco antes; había dejado caer el brazo con suavidad, aunque nuestros abrigos seguían tocándose por las mangas.

—¿Estás bien?

Levanté la mirada de los adoquines y le sonreí.

—Sí, tranquilo. Hace tiempo que ha dejado de afectarme.

No era cierto del todo, pero sí como a un noventa por ciento.

Adri acunó un lado de mi rostro con una mano que sentí calentita sobre mi piel aterida.

—¿Me perdonas?

Arrugué el ceño, confusa.

—¿Qué tengo que perdonar?

—El numerito que acabo de montar ahí detrás. —La intensidad de su mirada aumentó dos puntos, me acarició la mandíbula con el pulgar—. Es que me ha puesto enfermo la forma en que te ha hablado. Era eso o hundirle el puño en la nariz, y mi abuela me cuelga de los huevos si se entera de que me he liado a hostias con alguien. Pero te prometo que no volveré a hacer nada parecido nunca.

Le di un golpe con el hombro y le resté importancia con un aspaviento.

—En realidad, creo que me ha gustado. —Reí cuando él ladeo la cabeza, no muy seguro de la veracidad de mis palabras. Yo tampoco me podía creer lo que había dicho ni lo que solté a continuación—: Lo mismo me ha puesto un poco y todo.

—Ay, librera… —lloriqueó en tono afectado. Retiró la mano de mi cara, llevándose toda la calidez con ella, y se la puso sobre el corazón—. No me digas esas cosas, ¡no juegues con mis sentimientos!

La carcajada que se me escapó fue más una risa nerviosa que de cualquier otro tipo. Los dos reímos como bobos antes de suspirar de forma ridícula y volver a instalarnos en un silencio que, pese a todo, no era incómodo.



El famoso kebab estaba muy, pero que muy bueno, eso debía concedérselo. Nos los tomamos con calma y con la absoluta falta de dignidad intrínseca a ese tipo de comida. Para mi consuelo, Adrián

era incluso más torpe que yo y no tardó en rendirse ante su *döner*, que acabó comiendo deconstruido y por partes.

Después de recoger y limpiar el desastre, nos pusimos manos a la obra. Y la obra era nada más y nada menos que envolver para regalo varias montañas de juguetes que ocupaban, literal, cada superficie del salón. Adrián se encargaba todos los años de recopilar y preparar juguetes que después repartía, en los días previos a Navidad, en diversos centros y casas hogar.

—El primer año me lo pidió mi hermana —me explicó mientras despejaba la mesa en la que habíamos jugado al póker—, el hombre que iba a hacer de Papá Noel se había puesto enfermo y pensó en mí. Bueno, no me lo pidió, me sacó de la cama a rastras y me obligó a ponerme esa barba que solo de pensarlo me vuelve a picar.

—Espera —pedí atónita—, ¿también te disfrazas de Papá Noel?

—Y de Melchor cuando se acerca la noche de Reyes.

Puse los brazos en jarras a la espera de que terminara de colocar en la mesa los rollos de papel, las tijeras y el celo.

—No sé de qué me extraño —murmuré—, te pega todo, la verdad.

Adrián me caía bien desde el momento en que se asomó al local que aún estaba acondicionando para presentarse y ofrecerme su ayuda —fue un domingo de no apertura—, pero cada día, con cada gesto, cada guiño, cada pedacito de él que iba descubriendo, me gustaba más y más. Porque no solo tenía una personalidad arrolladora, es que su corazón era incluso mejor.

Y yo ya me consideraba una persona afortunada por tenerlo en mi vida.

Aunque me dolieran las puntas de los dedos de doblar papel y cortar celo. Aunque me tuviera que sonar la nariz cada tres minutos porque el polvo de las cajas me estaba dando una alergia terrible. A eso último estaba acostumbrada, lo sufría cuando recibía pedidos en la tienda.

Era casi la una y media cuando Adri volvió a insistir en que ya terminaría él y me sacó del saloncito a la fuerza. Estaba muy a gusto con él y el rato se me había pasado en un suspiro. Por otro lado, al día siguiente —como todos y cada uno— tenía que madrugar para abrir la librería. En cierto modo estaba deseando que llegara la Navidad de las narices, aunque solo fuese para librar un día. De hecho, pasarme el día veinticinco durmiendo se me antojaba un planazo total.

Las calles estaban tranquilas y silenciosas cuando salimos del piso de Adrián. Hacía todavía más frío que unas horas antes, sin embargo, eso nunca había sido un problema para mí y mucho menos me disuadía de pasear, siempre que llevara la ropa y calzado adecuados, eso sí.

Nuestros pasos resonaron contra los edificios durmientes cuando nos quedamos callados. Miré hacia mi compinche de caminata y el me miró a mí.

—¿Qué? —preguntó curioso.

—No hace falta que me acompañes siempre, ¿sabes?

—Claro que lo sé —respondió antes de volver la vista al frente.

—Imagínate que yo me siento igual y al llegar decido acompañarte a ti de vuelta y entramos en un bucle infinito —bromeé.

—No te acompaño porque piense que te pueda pasar algo, nena. —Me miró y me guiñó un ojo—. Mis razones son mucho más egoístas: lo hago porque me gusta estar contigo y este último paseo hasta tu portal es una forma de prolongarlo.

«Ay… jolín», suspiré para mis adentros.

—Qué zalamero eres —dije un poco demasiado tarde para que sonase espontáneo.

Adrián me echó un cable preguntándome qué tal me iba con Ana. Y de lo contenta que estaba con su genial idea fue de lo que

hablamos hasta llegar a mi piso.

Él se paró delante y se metió las manos en los bolsillos.

—Muchas gracias por ayudarme con los regalos.

—Gracias a ti por invitar a la cena.

Me mordí el labio y empecé a discutir con las dos partes en las que me había divido la noche que ese chico y yo nos besamos.

«Dile que suba, vamos, si lo estás deseando».

«No, no estoy preparada para improvisar».

«Los planes improvisados siempre son los mejores».

«Discrepo».

«*Porfavorporfavorporfavorporfavor*»

«Que no, que no y que no, leches».

«Aaag, te odio».

Imposible saber qué estaría pensando Adrián mientras me observaba allí parada, con un pie subido al escalón y el otro en la acera, manteniendo esa batalla conmigo misma.

—Buenas noches, librera. —Fue lo único que dijo.

—Buenas noches, segurata.

Esperó a que me metiera dentro y se marchó calle abajo.

Lo último que hice antes de dormirme fue enviar un mensaje, pero no a él, sino a Jairo.





TIENES RAZÓN

Menos de veinticuatro horas después, allí estaba: frente a la puerta de otro piso que nunca había visitado, con los nervios rotos de anticipación y vergüenza. Con medias de liga y otro vestido que hacía años que no me ponía, porque facilitar el acceso a ciertas áreas era una cuestión importante, a juzgar por lo ocurrido en los dos primeros intentos. O en el segundo, al menos. Lo cierto era que la intimidad que suponía eso de desnudarse en pareja, cuando la otra parte era cualquier cosa menos mi pareja, era algo que se me atascaba. Cuanto más sencillo fuera ese trámite, mejor para todos.

La puerta se abrió antes de que llamara y Jairo el circunspecto me miró desde allá arriba, con el ceño fruncido y una sonrisa tensa en la cara. Fijo que me había oído taconear por las escaleras y se preguntaba por qué narices no timbraba. «¡Qué buen comienzo, Amalia!», me reprendí en mi fuero interno.

—Bienvenida —dijo mientras se apartaba para dejarme pasar.

—Gracias —musité.

Me pasaba la vida dándoles las gracias a los donuts y a la caña bien rellena de crema, quién me lo iba a decir. Ojalá me marchara de allí sintiendo la misma gratitud que la última vez, pensé también.

—Puedes dejar el abrigo en esa silla —comentó antes de señalar la silla tipo *gamer* que tenía en lo que debería ser el comedor y no lo

era en absoluto.

Pasé por su lado y me adentré en su salón multifunción. Había un sofá de tres plazas, una mesa baja hecha con palés, una tele de chorrocientas pulgadas y lo que parecía una zona de trabajo. La televisión estaba encendida, el chico estaba viendo *Avatar: el sentido del agua*.

Me acerqué a las dos mesas desiguales colocadas en ángulo recto en las que había cuatro pantallas y varias CPU. Colgué el bolso del apoyabrazos y volví a mirar en derredor mientras me quitaba el chaquetón.

—¿Teletrabajas?

—No siempre, pero la respuesta corta es sí.

Jairo llevaba una camiseta de béisbol blanca con mangas largas en rojo, que le marcaba de una forma muy sexi los hombros anchos y fuertes; y unos vaqueros que se ajustaban a sus piernas kilométricas y musculadas.

Me di cuenta de que le había dado un repaso muy poco cortés, así que me apuré a hablar sin pensar ni lo que iba a decir.

—¿Eres judío?

«Mátame, camión». Eché una mano atrás para sujetarme al respaldo de la silla. Por un milisegundo contemplé la opción de fingir un desmayo y hacerme la muerta hasta que se me llevaran en la ambulancia. Jairo rio y ladeó la cabeza.

—¿Tengo pinta de judío?

—No creo que la fe dependa de un físico concreto —contesté con todo mi cuajo y casi sin que me vibrase la voz—. Podrías serlo perfectamente.

—Tienes razón —concedió antes de continuar en tono serio—. Por si es relevante para ti en algún sentido, te informo que no lo soy.

—Ah, no. No pasa nada. —Carraspeé—. Quiero decir, no pasa nada porque lo seas ni porque no lo seas. Era la típica pregunta para

romper el hielo.

—Por supuesto, no sé cuántas veces me lo habrán preguntado —rebatió jocoso—. He perdido la cuenta solo de las del último mes. —Sonrió y yo reí como una tonta—. Siéntate. ¿Qué bebes, cerveza, coca-cola?

—Agua, por favor —dije ya de camino al sofá.

Mientras esperaba calculé que, a esas alturas, Aritz ya tenía uno de mis pezones en la boca. Me entraron los calores y empecé a pensar cómo haría esas cosas la gente normal. ¿Cómo iba eso del cortejo y el apareamiento en la sociedad actual? ¿Y yo por qué me había sentado como si estuviera en la sala de espera del dentista? ¿No debería, tal vez, adoptar una pose un poco más sensual? Crucé las piernas. Las subí al sofá. Las bajé de nuevo. Entorné el cuerpo hacia el asiento que suponía que ocuparía él.

Para cuando regresó a la sala, yo volvía a tener las piernas juntas, la espalda recta en un ángulo muy poco natural y las manos sobre el regazo.

—¿Qué tal la librería? —quiso saber mientras me ofrecía el vaso de agua. Se sentó a mi lado y le dio un sorbo a un botellín de cerveza—. ¿Mucha venta navideña?

Jairo el circunspecto no estaba haciendo honor a su nombre, la verdad. Me gustaba el nuevo Jairo parlanchín.

Bebí un poco de agua, me incliné para dejar el vaso sobre la mesa y entorné el cuerpo hacia él.

—Va habiendo movimiento. Podría ser más, pero no me quejo.

Jairo subió una pierna flexionada al cojín del sofá y apoyó el brazo también doblado sobre el respaldo.

—He visto tu página web y creo que podríamos darle un toque más atractivo y funcional.

Me revolví en el asiento, avergonzada.

—Ya, es que la hice yo con un tutorial de YouTube como única formación previa.

—No está tan mal —rectificó, el pobre—. Es solo que podría optimizarse y quizá eso te ayudaría a vender más a través de ese canal. O a atraer clientes a la tienda física.

—Sí, sí, lo sé. Tengo esa tarea pendiente desde que abrí, pero nunca saco el tiempo ni el dinero, ¿sabes? —Me rasqué la nuca y estiré una sonrisa tensa—. Espero que del año que viene no pase, lo anotaré como propósito de Año Nuevo. Ahora que tengo algo de ayuda, seguro que encuentro el hueco.

—¿Has podido contratar a alguien?

Le conté cómo Adrián me había buscado una solución temporal mientras, ya de paso, solucionaba también las prácticas de su prima Ana.

—Parece que Adrián es todo un experto en buscar prácticas a la peña —comentó con una ceja levantada.

Me atraganté con mi propia saliva cuando me di cuenta de que las otras prácticas que había organizado su amigo eran las mías. Lo que me recordó el propósito de mi visita, que no era la charla agradable, sino convalidar un rato de sexo sin sentimientos.

—Ya ves… —murmuré.

Se me escapó una respiración entrecortada cuando observé el cambio en su postura. Percibí una ligera tensión donde unos segundos antes solo veía relax. En la enorme tele los hijos de Jake Sully y Neytiri aprendían a bucear. Tuve que recordarme a mí misma que yo no tenía por qué aguantar el aire.

—¿Hay algo que quieras hablar o preguntarme? —Sonrió—. Aparte de mis creencias religiosas.

«Ay, dios». Tragué saliva y me mordisqueé el interior del carrillo mientras me rascaba la nuca.

Respiré hondo por la nariz y le solté:

—¿Nos enrollamos?





ENCUENTRO NÚMERO 3 – JAIRO

Al contrario de lo que hubiera podido imaginar, Jairo no se partió de risa. Ni se levantó, señaló la puerta y exigió que recogiera mis cosas y me marchara de su casa. Lo que hizo fue ampliar la preciosa sonrisa de dientes de anuncio y arrastrarse unos centímetros hacia mí. Nuestros muslos entraron en contacto. El calor se extendió desde ese punto en el que sus vaqueros me rozaban las medias hasta el resto de mi cuerpo. El latido frenético de mi corazón redobló la intensidad cuando su mano voló hacia mi rodilla.

—¿Podemos apagar la luz?

Sus dedos se frenaron en seco y, aunque trató de ocultarlo y se recuperó pronto, un destello de una emoción que no identifiqué, cruzó su semblante.

—Claro —aceptó.

—Estoy segura de que me voy a arrepentir de no verte con suficiente claridad —le dije—. Pero es que tengo una autoestima un poco cabrona y no quiero que me estropee la noche.

Jairo me había hecho estar tan a gusto como para hacer confesiones de ese calibre sin despeinarme ni pasarlas por el filtro.

Él se levantó y me tendió la mano que acepté con más ganas que reservas. Me guio hacia el pasillo, dejamos dos puertas atrás y entramos en un dormitorio. No encendió la luz del cuarto en el que

la persiana estaba ya bajada, y entornó la puerta hasta dejar solo una rendijita mínima, la justa para ver el contorno de los muebles y no matarnos de camino a la cama, que parecía bien hecha y estirada.

Se paró cuando llegamos al borde de esta y se quitó las deportivas de un par de puntapiés, se agachó para quitarse los calcetines y se arrancó la camiseta con un movimiento fluido mientras se alzaba en toda su estatura. Se me secó la boca ante la visión, incluso en esas condiciones. Di un paso hacia él y levanté las manos hacia su abdomen casi en un acto reflejo.

Jairo las atrapó en el aire, tiró de mí con suavidad, las subió a sus hombros y se inclinó para fundir nuestros labios en un beso tentativo y tierno que me hizo suspirar.

El beso evolucionó despacio, se hizo más profundo, más intenso. Más ardiente. Acaricié los montes y valles de su torso desnudo cuando sus manos recorrieron el mío sobre la ropa. Rodé los ojos cuando su lengua recorrió la piel sensible de mi cuello, por debajo de la oreja. ¿Gemí? Quizás.

Intenté estabilizar la respiración en cuanto sentí que me acercaba al pie de la cama. Me invitó a sentarme con una ligera presión en los hombros y lo hice sin dudar. A continuación, hincó una rodilla en el suelo y me quito los zapatos. Lo siguiente fueron las medias, sus dedos subieron por el nailon de la pierna derecha, lo deslizaron sin prisa hasta liberarme de él, y repitieron la operación con la pierna izquierda.

El pulso se me desbocó y el bajo vientre se me contrajo mientras él enroscaba los dedos en la cinturilla de las bragas y las arrastraba por debajo de la tela del vestido y por mis piernas trémulas. Tenerlo allí, arrodillado ante mí, besando y lamiendo y mordiendo y subiendo… me hizo sentir tan excitada como ¿poderosa? Sí, algo así.

Me acodé sobre el colchón mientras me dejaba hacer, ya que no tenía ni idea de que las corvas fuesen tan sensibles. «¿Nadie me ha besado ahí antes?», me pregunté al borde de la indignación. Pues

no, qué fuerte, la única persona que podía haberlo hecho, no lo había hecho nunca.

No pude seguir pensando en lo triste que había sido mi vida sexual hasta entonces, me distrajeron un par de manos enormes alzándome el culo y un lengüetazo audaz e inesperado que me arrancó un jadeo nada contenido. La lengua hábil y osada de Jairo no me dio la oportunidad de pararlo. Si lo hubiera visto venir, si me hubiera preguntado antes de atreverse a hundir la cabeza entre mis piernas, le habría dicho que no quería que lo hiciera.

No obstante, si en ese momento en el que su cabeza se movía debajo de la tela del vestido, conforme lamía y succionaba el clítoris y sus alrededores —y en el que acababa de subir una de mis piernas sobre un hombro— se hubiese detenido a preguntarme si debía parar, le habría implorado que siguiera. Porque no me lo esperaba, no me lo había planteado e incluso era una práctica que, hasta ese preciso instante, rechazaría de plano. Hasta. Ese. Preciso. Instante.

Porque a mí el sexo oral no me gustaba. «Gustaba», en pasado. Jairo me estaba descubriendo un mundo nuevo de placer y sensaciones. Mi antigua yo miraba desde un rincón y me impelía a que lo detuviese, en cambio, la nueva Lía estaba perdida en el disfrute, y llena de gozo. Qué suerte la mía no haberme dado cuenta de lo que se proponía él y haberme topado con tan agradable sorpresa. Aunque mi vieja yo tenía razón y debía pararlo antes de que la situación se volviese embarazosa.

Ahogué un chillido cuando sus dedos se unieron a la actividad incesante en mi entrepierna. Me contraje en torno a ellos y arqueé la espalda hasta que esta perdió todo contacto con el edredón.

«Dios… qué maravilla. Ponle fin ahora que está en lo mejor o te vas a arrepentir».

—Jairo —gemí su nombre porque tenía que decirle que parase.

Ya era suficiente, lo estaba disfrutando muchísimo. Más de lo que nunca había conseguido con tal práctica. Pero empezaba a

agobiarme, porque sabía que debía de estar cansándose. Tenía que advertirle que yo no me corría nunca con el sexo oral.

—Jairo —repetí justo antes de sentir cómo se acumulaba de pronto la tensión en mi centro.

Apreté los dedos en torno al edredón y clavé el talón en la espalda del chico que solo necesitó unos cuantos segundos, la presión adecuada en mi interior y dos o tres trazadas con la punta de la lengua para hacerme gritar una maldición muy grosera. El orgasmo me recorrió el cuerpo entero en una descarga algo más suave y mucho más prolongada de lo habitual en mí.

—Madre mía —susurré todavía jadeante y medio conmocionada.

Logré contenerme a tiempo y callar lo siguiente que iba a decir: «quiero más». De modo que bajé la pierna y me erguí sobre los codos para encontrarme con su enorme… sonrisa. Jairo parecía complacido por, a su vez, haberme complacido así a mí.

Contemplé cómo se limpiaba la boca con el dorso de la mano en un gesto que, si bien me avergonzó un poquito, también me pareció supersexi.

—Perdón —dije con un hilo de voz.

Él frunció el ceño en la oscuridad.

—No hay nada por lo que debas pedir perdón, Lía.

La intimidad del momento amenazó con quebrar la parte de mí que había emprendido ese encuentro llena de resolución. Si seguíamos hablando, cogería los zapatos de mala manera y escaparía de ese piso sin siquiera detenerme a recuperar las bragas.

Así que me senté de nuevo al borde del colchón, tiré de él y estampé los labios en los suyos mientras tanteaba la bragueta de sus pantalones. Cuando al fin colé una mano dentro de los calzoncillos no pude evitar acordarme del vaso de tubo que había utilizado a modo de unidad de medida con Adrián. Jairo era grande y todo su cuerpo guardaba proporciones similares. Lo que tenía en la

mano que balanceé de arriba abajo, y de vuelta, no era tan grande como el de Rocco, pero intimidaba más que el de Aritz.

Al menos tenía la tranquilidad de estar más que dispuesta y aún mejor lubricada, no me iba a amilanar. Jairo palpitó en mi mano mientras la suya subía por mi costado y acariciaba el contorno de uno de mis pechos.

—¿Sigues pensando que hay algo por lo que debas disculparte, o te tranquiliza ver cómo me tienes?

Bueno, visto así… Dejé escapar una risita nerviosa por toda respuesta.

—He traído condones en el bolso —anuncié en voz tan baja que dudé si me habría escuchado.

—Hay en la mesilla —indicó muy cerca de mi boca y antes de volver a besarme y terminar de quitarse los pantalones y los calzoncillos—. Ven aquí —murmuró ronco.

Me agarró del culo, me levantó en el aire y nos trasladó a ambos al lateral de la cama en el que estaba la mencionada mesilla. En la maniobra, la cabeza de su pene se restregó con mis pliegues y yo jadeé en respuesta mientras, ya de paso, lanzaba una plegaria al universo para que no me doliera.

Me tumbó en la cama de nuevo con cuidado y, todavía entre mis piernas, alargó un brazo para abrir el cajón y sacar un preservativo. Abrió el envoltorio y se lo puso sin prisa.

—¿Estás bien? —quiso saber—. ¿Seguimos?

—Sí, sí, sí —respondí entre tímida, excitada e histérica, con el vestido puesto, la entrepierna al aire y una teta fuera del sujetador, asomando por el escote abierto. El sumun de la sensualidad era yo. Menos mal que apenas éramos siluetas en la penumbra.

Sopesé moverme, no lo hice porque, en vista de su tamaño, un misionero sin florituras siempre era la opción menos arriesgada. Jairo deslizó las manos despacio por mis piernas hasta las nalgas,

volvió a sujetarme del trasero y lo alzó para dejarlo caer sobre sus muslos. «Oh, oh, esto no va a ser un misionero tradicional», pensé, pero no dije nada porque, qué coño, yo había ido ahí a jugar. Y porque estaba encendidísima, por eso también.

Enrosqué los dedos de los pies, además de las piernas alrededor de sus caderas, cuando Jairo se agarró el miembro y jugueteó con él entre los labios y el clítoris, que daba palmas cada vez que lo rozaba. Después de unos pocos segundos de esa deliciosa tortura, me penetró sin prisa, pero sin pausa, pues enseguida empezó a mecerse a un ritmo que me permitió adaptarme a él y disfrutar mientras lo hacía. No era tan grande, no me dolía, ni siquiera me molestaba. Estaba bien, encajábamos bien.

Y Jairo se movía muy, muy bien. Me agarró por las caderas con sus grandes manos y hacía la fuerza justa para contrarrestar sus propios empellones y esa especie de contoneo circular del que los acompañaba. Yo apreté las piernas a su alrededor y arqueé la espalda para ayudarle y porque no quería perderme ni un ápice de toda aquella fricción.

En un momento dado —no mucho más tarde—, no pude evitar gemir con cada una de las embestidas con las que chocaban nuestros cuerpos. Fue entre un gemido y otro cuando descubrí que Jairo también gemía conmigo. Y eso me gustó, me encantó escucharlo cada vez un poquito más alto, cada vez un poco más seguido y al compás de sus arremetidas. Pronto aceleró los movimientos y yo me mordí el labio y traté de acompañarle en el esfuerzo. Justo cuando parecía estar a punto de correrse, soltó una de las manos y la trasladó al lugar en el que nuestros pubis colisionaban. Vi estrellitas ante los párpados apretados cuando me corrí como una loca, tan solo unas cuantas respiraciones agitadas antes de que lo hiciera él.

Me puse un brazo ante los ojos mientras trataba de recuperar el aire y aquietar los latidos frenéticos del corazón —tan poco acostumbrado el pobre a ese tipo de ejercicio—, como si al no verlo,

él tampoco pudiera verme a mí ni a la vergüenza que me invadió antes incluso de que dejara de palpitarme la vagina.

Jairo se retiró de mi interior, posó mi trasero sobre el edredón y se dejó caer a mi lado, también boca arriba. Yo me recoloqué el vestido, que se había arremolinado bajo la parte alta de la espalda, y lo estiré como pude para taparme. Porque así podía fingir que el chico que yacía a mi lado no había tenido su lengua dentro de lo que acababa de ocultar bajo la tela.

Él se giró, se levantó sobre el codo y apoyó los rizos afro en la mano cuando me entró la risa tonta. Una risa fruto de los nervios acumulados y provocada por lo absurdo de mis propios actos.





RARO DE NARICES

—A ver, espera —me pidió Nat—. ¿Cómo que te dio la risa?

Había hecho turno de tarde hasta el cierre en su plataforma y tenía los biorritmos demasiado acelerados como para irse a dormir. O eso me había dicho cuando, tras leer el wasap en el que le informaba de que ya estaba en casa —y de que Jairo no estaba circuncidado—, me había hecho una videollamada. Y yo la había respondido mientras me ponía el pijama y me cepillaba el pelo, porque entre el mensaje y su llamada, me había dado tiempo a darme una ducha rápida.

—Sí, tía, me dio la risa. De nervios y de alivio al mismo tiempo, ¿sabes?

—¿Y él cómo se lo tomó?

—Muy bien, me preguntó si debía preocuparle que me estuviera riendo, aunque no se le veía preocupado en absoluto.

—¿Qué hicisteis después?

—Ah, nada.

—¿Saliste corriendo otra vez?

—Más o menos. Me fui al baño a vestirme y al salir le dije que mejor me iba ya.

—Lo dejaste allí tirado con el condón aún puesto.

—¡No! Bueno, creo que no. Cuando volví al dormitorio llevaba ya los calzoncillos, quiero pensar que se había deshecho de él.

—Esperemos que sí. ¿A él también le diste las gracias antes de irte?

—Por supuesto, dos veces. La última cuando me acompañó sin vestirse a la puerta y nos despedimos con dos besos en la mejilla tan normales y tan de colegas. A mí aún me temblaban las piernas al bajar por las escaleras.

Las dos reímos, solo yo suspiré.

—Dios, Nat…

—¿Qué?

—El sexo es… es… —vacilé un momento, no encontraba las palabras para expresar lo que quería decirle—. ¿Cómo es posible que haya sentido más en unos minutos con estos chicos que apenas conozco de lo que sentí después de más de una década de relación con Daniel? —Se hizo un silencio mientras, al otro lado de la pantalla, mi amiga apretaba los labios en una línea y yo seguía divagando para mis adentros—. El sexo es una puta maravilla, tía. Y yo me he pasado casi media vida pensando que no era así, que no lo era para mí. ¡Me culpaba! Creía que era cosa mía, que mi cuerpo no funcionaba. Y ahora, de repente, resulta que hasta me gusta el sexo oral. ¡No lo entiendo! —resoplé frustrada.

—Amiga, no hay nada que entender. Tú nunca has sido el problema, porque el problema siempre fue el idiota de Daniel.

—Ya… Empiezo a darme cuenta.

Y eso significaba que todo mi sistema de creencias en cuanto al sexo se fundamentaba en lo que Daniel me había hecho creer. Que no lubricaba bien, que tardaba mucho, que era un poco frígida… ¡Patrañas y más patrañas!

No quise dedicarle más pensamientos a un pasado al que no podía regresar y del que nada podía cambiar. Me metí en la cama

satisfecha, agotada y feliz de haber involucrado a Adrián en mis tribulaciones. Ni en mis mejores sueños habría pensado que las prácticas —o el «tratamiento»— saldrían así de bien, mucho menos desde el mismo principio.

Y, aunque Adrián parecía siempre muy seguro de sí mismo y de sus ideas, el síndrome del impostor del terapeuta sexual de mercadillo también le debía de lanzar sus ataques de cuando en cuando. O eso pensé cuando entró en la librería y, sin más preámbulos, me preguntó cómo había ido la sesión con su amigo Jairo, alias el más alto de los donuts.

—Bien —dije antes de aclarar—: Bien en plan genial, todo perfecto.

Adri sonrió de lado a lado y dio una palmada antes de volver a meter los pulgares tras la hebilla del cinturón y dedicarme una mirada ufana.

—Puedes decírmelo —comentó.

—¿El qué?

—Que soy el mejor y mis amigos son la hostia, entre otras muchas cosas.

—La verdad es que moláis un montón —le concedí.

—Gracias, gracias —dijo mientras se retiraba unas motas invisibles de la hombrera—. Ana viene en un rato, ¿no?

—Sí, vendrá tres horitas hoy.

Se acercó al mostrador y tamborileó con los dedos en la superficie.

—¿Te apetece comer conmigo?

—Me encantaría, pero ya he quedado con Nat.

—Ah, vale, no pasa nada. —Comenzó a recular. Ese chico nunca salía de la tienda como la gente normal—. Pero entonces no te va a

quedar más remedio que aceptar una nueva invitación a la timba de esta noche.

Estaba cansada, quería dormir más de cinco horas, tenía que poner una lavadora, cambiar las sábanas, quizá también pasar el aspirador, pero le dije que sí. Nada me apetecía más que intentar darles otra paliza. Y quería estar con los tres juntos de nuevo, quería saber si conseguíamos que fuese igual a la noche que jugamos cuando aún no habíamos metido el sexo en la ecuación. Para ser sincera, lo que me temía era que iba a ser raro de narices.

Los treinta minutos que dejé a mi nueva ayudante sola para comer y charlar con Nat me sentaron como cuatro horas de spa y desconexión. Y la tarde se pasó en un suspiro porque el desparpajo de Ana resultaba refrescante, me ayudaba incluso a rememorar por qué me había dejado los ahorros y la ilusión en montar mi propia librería. Una vez sola de nuevo, había habido un flujo considerable de clientes —potenciales en su mayoría, aunque también alguna venta real—, por lo que, para cuando pude meterme en el almacén a beber agua y echarle un ojo al móvil, faltaban solo diez minutos para el cierre.

Bajé la persiana, corrí a los aseos más cercanos y luego corrí con algo más de dignidad hacia la puerta lateral en la que solía quedar con Adrián. Entre tanto, recreé en mi imaginación cómo recibiría a Aritz y Jairo cuando estos llegasen a su casa. En mi mente todo transcurría con una normalidad tensa. Ellos entraban, me saludaban con dos besos y eran solo ellos siendo ellos, mientras yo sonreía con cara de desquiciada y temblaba por dentro.

—¡Ey, ey, ey! —La voz alegre de Adrián sonó a mi espalda—. ¿Dónde vas tan apurada, librera?

Iba vestido de calle y llevaba un par de bolsas de papel grandes en una mano. Él había terminado su turno a las dos, así que había vuelto para hacer algunas compras.

—Pues a buscarte, segurata.

Me alcanzó y me colocó el brazo libre por encima de los hombros antes de depositarme un beso en la sien. No me pasó desapercibida la mirada que nos lanzó Lidia, una de las camareras del Starbucks cuya terraza rebasamos justo cuando ella recogía una mesa. Le sonreí cuando el propio Adrián levantó las bolsas en el aire para decirle adiós. No supe definir si la sensación que me recorrió el pecho al ver que nos observaban me desagradaba o no. En realidad, no quise darle pábulo a esa especie rara de orgullo que sentí. Hasta donde yo sabía, Lidia y él habían tenido su *one hit wonder*. Y yo era solo la chica con la que tenía una extraña y muy reciente amistad con derecho a tres prácticas sexuales. O dos y media, en realidad. Todavía me costaba entender cómo habíamos llegado a eso.

—¿Qué llevas ahí? —pregunté.

—La cena.

Volví a mirar las bolsas y vi el logo de una cadena que solo vendía sándwiches.

—¿Alguna vez cocinas?

Atravesamos la puerta automática acristalada y el frescor de la noche invernal nos acarició los rostros. El aire era muy, muy frío ahí fuera; pensé que, si hubiera precipitación, podría ser nieve. Llevaba tantos años sin ver nevar…

—Has probado la comida de mi madre, jamás estaré a la altura de eso, así que prefiero no arriesgar y mejor te ofrezco algo que hayan hecho otros.

—Yo diría que hay poco margen de error en preparar bocadillos.

Adrián se detuvo y se separó de mí para mirarme con recelo fingido.

—¿Y si la salsa está caducada? ¿Y si me da por combinar chorizo con Nocilla?

Alguien habló a un par de metros de nosotros:

—¿Y si te dejas de tonterías y nos vamos ya, que nos estamos pelando de frío?

Me volví de inmediato y me topé con Aritz y su sonrisa vacilona, acompañado de Jairo y esa timidez adorable que desaparecía en las distancias cortas.

«Uf. No te pongas las cosas difíciles tú solita, Amalia, por favor».

En fin, para tímida yo, que no fui capaz ni de moverme cuando ambos se acercaron para saludarme con dos besos. No pude evitar revivir en mi imaginación las dos experiencias que había tenido con ellos, aun cuando los dos chicos se comportaban como lo habían hecho antes de que me metiera en sus camas. Bueno, antes de que me hubiera derretido en el recibidor del primero y sobre el edredón del segundo.

Después de que los tres se saludasen con unas cuantas palmadas ruidosas en las espaladas, Aritz informó a nadie en particular de que tenía el coche al final de la calle. Adrián me envolvió con un brazo otra vez y echamos a andar mientras Jairo se frotaba las manos para calentarlas y maldecía la caída acusada de las temperaturas.

—He visto en las noticias que dan nieve a partir de seiscientos metros —comentó escandalizado.

—¿De verdad? —pregunté tan emocionada por la idea como afligida por no poder verla, aunque así fuera. No podía permitirme ni salir de excursión unas horas hasta después de las rebajas de enero.

—¿Te gusta la nieve?

—La amo —confesé con nostalgia—. Es lo que más echo de menos de… —vacilé un segundo—. De mi vida anterior.

Aritz resopló y habló al tiempo que sacaba la llave del coche del bolsillo, pulsaba el botón y abría el Kia Sportage de color azul que estábamos a tres pasos de alcanzar.

—Te gusta hasta que vives en un lugar que se pasa todo el invierno bajo cincuenta centímetros de nieve. En especial si es una

ciudad. La primera nevada de la temporada es preciosa, te parece toda una postal —continuó relatando con la voz preñada de hastío—. A las pocas horas el manto blanco se vuelve gris y asqueroso, los carámbanos y las placas de hielo hacen que caminar por la acera sea un deporte de riesgo y te pasas el día con los pies helados y los bajos de los pantalones empapados.

—Perdónale —pidió Adrián—. El chaval se pasó la adolescencia en Ginebra y se cree con derecho a amargarnos a todos el sueño de unas navidades blancas.

Mi segurata favorito me guio hacia la puerta de copiloto y la abrió para mí. Iba a protestar, pero Jairo ya estaba metiendo sus larguísimas piernas en los asientos traseros.

Aritz arrancó el motor en cuanto nos pusimos los cinturones y bajó el volumen de la radio antes de hablar.

—Por cierto, al final no me voy en Navidad a casa de mis padres.

—¿Y eso? —preguntó el otro donut.

—Ya van mis hermanos y a mí me salían los vuelos carísimos, así que me he comprado billetes para ir a verlos un finde de febrero y en Semana Santa por menos de la mitad.

—Entonces vamos a estar todos en la ciudad, al final —apostilló Jairo.

Aritz se paró en un semáforo y volvió la cabeza para dirigirse a mí:

—¿Qué planes tienes tú?

Entreabrí los labios y comencé a balbucear, no es que me gustara sacar el tema. Sintiéndome un poco acorralada, miré por la ventanilla y solté un rápido:

—Para mí son días como cualquier otro, no hago nada especial.

—¿Tampoco celebras Hanukkah? —La salida de Jairo me hizo soltar una carcajada que él correspondió con su sonrisa perfecta.

Los otros dos nos miraron sin comprender.

—Tampoco —respondí en cuanto dejé de reír.

Si tenían curiosidad, se la guardaron para sí. Y yo agradecí no tener que dar detalles sobre nuestra pequeña broma. Preferí cambiar de tema y evitar dar más explicaciones sobre mis solitarias y tristes navidades de pijama, Netflix y autocompasión.

Ya en el piso, la cena y posteriores partidas de póker transcurrieron entre bromas, anécdotas inocuas y muchas risas. Al menos hasta que Aritz soltó su mano sobre las demás cartas en el centro del tapete y dijo:

—Bueno, he perdido todo el dinero que estaba dispuesto a apostar. —Se dejó caer sobre el respaldo y subió a este uno de sus brazos fornidos—. ¿Nos pasamos al *strip póker*?





TENÍA UN DON

Estaba casi segura de que el movimiento que registré bajo la mesa era una patada de Adrián en la espinilla de su amigo más desvergonzado.

—¿Qué? —preguntó Aritz—. A estas alturas ya tenemos todos la confianza suficiente, ¿no? La que peor podría pasarlo es Lía, pero lo más probable es que nos dejara a todos en gayumbos antes de quitarse el jersey. —Miró hacia mí con una ceja levantada—. ¿Tú cómo lo ves? ¿Te animas? —añadió en un tono que no dejaba del todo claro si era broma.

Lo cierto era que había vuelto a ganar, sin embargo, empezaba a temer que estuvieran perdiendo a propósito. Para complacerme o para desnudarme, quizá. Qué fuerte. Más tarde culparía a la cerveza y al buen ambiente en el que habíamos estado jugando juntos —hasta ese preciso momento, nadie había hecho ninguna mención al respecto de los encuentros sexuales que habíamos compartido— de haberme atrevido a decir sin tapujos:

—¿Me habéis dejado ganar para que acepte el *strip poker* y luego darme una paliza entre los tres para que me quede en bolas?

—Yo no —dijo Jairo.

—Ni se me ocurriría —respondió Adrián.

—Puede —confesó Aritz.

—No hay huevos a jugar al *strip* Trivial —les retó mi nueva y muy audaz yo—. Por cada respuesta fallida, una prenda fuera.

El silencio cayó sobre la mesa, pesado y sofocante. No podía saber qué se les pasaba por la cabeza mientras desplazaba por sus rostros la que esperaba que fuese una mirada retadora y un poquito sexi. Supuse que valoraban si iba en serio o estaba de broma.

Iba muy en serio. Me había levantado juguetona esa mañana. Era otra persona, en general, desde que había dejado entrar en mi anodina vida a Adrián primero, y a sus amigos después. Además, el Trivial se me daba mucho mejor que el póker. Tenía un don para retener datos aleatorios que no me servían para nada más que ocupar espacio en mi cabeza. Y para ganar ese tipo de juegos a los que mi abuelo tenía verdadera afición, y a los que habíamos jugado incontables horas juntos.

El primer álbum de Radiohead, la capital de Sri Lanka y la distancia entre la Tierra y su satélite natural fueron las preguntas que los dejaron en calzoncillos, mientras yo les observaba y me partía de la risa todavía vestida casi por completo. Vale que llevaba una capa más de ropa que los chicos cuando empezamos, pero es que a ellos les quedaba una última prenda y yo todavía tenía los pantalones, la camiseta y uno de los calcetines puestos. Me había quitado el otro cuando Adrián me dio un empujón con el que hice clic en la casilla que no era, aunque sabía de sobra que la respuesta correcta era Ronald Reagan.

Estaban tan graciosos casi desnudos y sentados en el sofá, apretujados para ver bien el portátil que habíamos puesto sobre la mesita baja, y en el que habíamos iniciado partida en una web de Trivial *online* gratuito. La verdad es que tenían unos físicos tan diferentes como sus calzones, pero igual de atractivos. Jairo, con su piel morena y su paquete bien marcado en unos slips negros. Aritz, con su *bóxer* holgado de rayas azules y el maillot del ciclismo, que practicaba a menudo, pintado por el sol en su figura esculpida por el deporte y por largas sesiones de cardio y pesas. Y Adri, con su *bóxer* gris pegadito y ocultando esa parte de él que todavía no había

llegado a ver y que me apostaba mi vivienda hipotecada a que iba en consonancia con el resto de su maravillosa anatomía.

Me había bebido dos cervezas y no había comido más que un par de sándwiches pequeños, me dije que esa leve alcoholemia era la que me tentaba a empezar a fallar en mis respuestas. La que se preguntaba cómo sería una orgía de esas que Jairo practicaba con asiduidad. La que empezó a imaginar cómo respondería mi cuerpo a los besos y caricias de esos chicos. De los tres al mismo tiempo. El porno que Adri me había enviado me ayudaba a visualizarlo. La garganta se me secó y una oleada de deseo me caldeó las entrañas.

La maldición de Adrián me sacó del peligroso —y fogoso— ensimismamiento en el que me hallaba de repente. Aritz se atragantó con la risa y yo me di cuenta de que ni siquiera sabía cuál era la pregunta ni cuáles las opciones.

—¡Tío! ¿Britney Spears, en serio?

—¡Yo quería presionar la opción de Madonna!

—Ha sido el karma —apuntó de nuevo el más bajito de los donuts —, por empujar antes a Lía para hacerla fallar.

Jairo rio también y jaleó a nuestro amigo común mientras este se ponía de pie, resignado y divertido a la vez, metía las manos por debajo del elástico y…

—¡Quieto, quieto, quieto! —chillé a un volumen demasiado alto para esas horas—. Se acabó la partida, he ganado.

Los tres me miraron contrariados. Adrián se quedó con las manos y el calzoncillo a la altura de las caderas, me mordí el labio inferior cuando me fijé en la uve perfecta de su cinturón de Adonis, las luces de su bonito árbol de Navidad se reflejaron en ese torso perfecto. Fuera podía estar a punto de nevar, pero en ese minúsculo piso hacía demasiado calor.

—¿Paro? —preguntó con lo que supuse que sería una mueca socarrona en la cara, no lo sabía porque yo seguía enganchada en la contemplación de su cuerpo.

Sacudí la cabeza y levanté la vista.

—¡Claro! —Les di la espalda, fui a por el calcetín que me había quitado y me senté en una silla del minicomedor a ponérmelo y calzarme—. Me tengo que ir, que mañana no va a haber quien me levante y tengo mogollón de cosas que hacer antes de abrir.

No quise mirar para comprobarlo, pero, a juzgar por el sonido, los chicos habían empezado a vestirse también.

Por el rabillo del ojo vi que Aritz se sentaba a mi lado para calzarse, sin camiseta y con los pantalones aún sin abrochar.

—Te llevo a casa —se ofreció.

Adrián le interrumpió desde el otro lado de la estancia, es decir, a poco más de dos metros de nuestra posición.

—Tú lleva a Jairo, que te queda más de camino. Yo acerco a Lía.

—No hace falta que os molestéis.

Me pasé el jersey por la cabeza a tiempo de ver a Adri subirse los vaqueros y guiñarme uno de sus brillantes ojos verdes. Mis ovarios le devolvieron el guiño y agregaron por su cuenta un contoneo sensual.

—Sabes de sobra que no es molestia, librera.

Estaba demasiado cachonda como para que no me afectara verlo subirse a la moto; era consciente, pero no hice nada más por impedirlo cuando lo propuso con el pretexto de que era ya muy tarde para pasear. Solo me subí tras él, me aferré a su cintura e incluso apoyé la cabeza en su espalda mientras nos deslizábamos bajo las luces de colores que engalanaban las calles. Con lo que, para cuando se detuvo delante del portal, además de caliente empezaba a estar también frustrada y enfadada conmigo misma. ¿Por qué no era capaz de quitarme esa espinita dejando que él me metiera la suya? ¿Por qué no podía estar con él como había estado con sus amigos? ¿Por qué quería esperar a sentirme más segura para poder… impresionarlo, por decirlo de alguna manera?

Me apeé de la moto, me quité el casco y se lo entregué de vuelta. Él se levantó para guardar el que había llevado en el compartimento a tal efecto y me dio un abrazo apretado antes de ponerse el que me había prestado.

—Buenas noches —dijo mientras terminaba de ajustarlo.

«Pregúntale si quiere subir».

«Ni de coña».

«Agárralo de la mano y tira de él hacia dentro».

«Que no».

«Eres mala. Y tonta. Y te odio».

«¡Cállate!».

«Soy tu maldito subconsciente, cállame tú».

—Buenas noches —musité. Abrí el portal y volví a girarme—. ¡Adrián!

Bajó la pierna a la acera, había estado a punto de arrancar.

—Dime.

—He… He visto que aún te quedan regalos por envolver. —Su salón seguía atestado de paquetes envueltos y otros todavía sin papel—. ¿Quieres que vaya mañana a ayudarte a terminar?





ALUCINA, LIBRERA

Ana llegó a la librería puntual y con esa vitalidad tan característica que parecían llevar impresa en el código genético todos los miembros de su familia. Me ayudó a preparar los encargos y aprovechamos los momentos sin clientes para resolver algunas dudas que tenía sobre aspectos muy concretos de la actividad con la que me ganaba la vida. O lo intentaba.

—Por cierto —le dije mientras comprobaba que la que tenía entre manos era la última caja que debíamos preparar—, ¿puedo pedirte ayuda con el regalo de mi amigo invisible, o estaríamos rompiendo alguna norma?

La chica apartó su preciosa melena a un lado y me miró sonriente.

—Sí que romperíamos alguna regla, pero las normas están para romperlas y es una putada tener que hacerle un regalo a alguien que no conoces casi de nada. Dime quién te ha tocado y te guío un poco.

—No, no. Si ya sé lo que le voy a regalar, lo que pasa es que necesito algo que yo no puedo conseguir por mis propios medios. Y no quería involucrar a tu primo.

Cosa que no me atreví a desarrollar porque no quería explicarle que me hacía ilusión ver qué cara ponía él cuando su abuela lo abriera.

Ana me facilitó lo que necesitaba en cuestión de un minuto y unos cuantos correos electrónicos. ¡Qué eficiencia! Y qué bien me vino, no iba sobrada de tiempo. Nat se pasó a buscarme poco después, nos comimos una tapa de tortilla a la velocidad de la luz y dedicamos otro cuarto de hora a buscar la camiseta roja y los pantalones verdes que su hijo debía vestir para la función de Navidad del cole. Me moría de ganas de hacerla partícipe de lo sucedido la noche anterior, no lo hice porque quería explayarme y no teníamos tiempo. Y porque no era una conversación que me agradara tener en público. Ni cerca de la dependienta del H&M que le cobró y que, cómo no, había tenido a Adrián dentro.

De regreso a la tienda, me sorprendí canturreando por Michael Bublé y, lo que era aún más grave, por primera vez en la historia de la librería, puse una lista de reproducción con el mismo tipo de música que se me había pegado del hilo musical del centro comercial. Me dije a mí misma que no eran villancicos, solo música de artistas que ya me gustaban de por sí, como Sia o Pentatonix.

Una clienta se había despedido de mí deseándome felices fiestas y yo le había respondido «¡Feliz Navidad!». De locos; para esa enajenación transitoria no había encontrado excusa, la verdad.

Cerré con tres minutos de retraso y corrí hacia la salida cargada con una bolsa del supermercado. Ana me había hecho el favor de quedarse sola el ratito adicional que necesité para aprovisionarme.

Adrián había conseguido que le pillara el truco a ir de paquete en la moto. Ya no me daba miedo, más bien al contrario, me daban ganas de aprender a pilotar una.

Subimos a su minipiso, coloqué la bolsa en la encimera y empecé a sacar fuera el contenido: tagliatelle, beicon, nata…

—Vaya —dijo él a mi espalda. Muy pegado a mi espalda, esa cocina era estrechísima—. Cuando me dijiste que hoy te encargabas tú de la cena, no pensé que fueses a prepararla de cero.

—Es lo que suele hacer la gente, ¿sabes? Es más sano y más barato —expuse antes de girarme hacia él y rozarle la entrepierna

con el culo sin querer. Todas las células de mi cuerpo registraron el contacto. Carraspeé con la misma naturalidad de quien tose para disimular un pedo y me puse roja en el acto—. Em… dime que tienes una olla y una sartén.

Adri amplió su sempiterna sonrisa.

—Alucina, librera —dijo muy cerca de mi cara, tanto que no pude evitar fijar la vista en sus labios—, tengo hasta un colador para la pasta.

Alargó el brazo, abrió una puerta sobre mi cabeza y extrajo el dichoso colador. Lo puso a mi lado, se agachó y se hizo con lo que le había pedido en el mueble bajo. Dejó los cacharros sobre la vitrocerámica y se separó para mirarme con aire de suficiencia y tras levantar un par de veces las cejas.

—Flipando me hallo, segurata.

Mi estúpido comentario le hizo reír.



Y no fue la única risa que compartimos mientras cocinábamos, recogíamos, envolvíamos regalos y charlábamos de cualquier tontería. Adrián era la persona más buena, divertida y entrañable que había conocido desde Nat. Y eso que mi amiga era muy, muy guay, incluso a través de la pantalla del móvil que, a la mañana siguiente, había apoyado contra un bloque de libros apilados en la estantería del almacén. No podía esperar más para ponerla al corriente de las locas aventuras con mis nuevos amigos.

La diferencia entre ella y Adrián radicaba en los efectos que tenían en mí. Quería a Nat con toda mi alma. En cuanto a él… le estaba tomando muchísimo cariño, pero también quería arrancarle la ropa y cederle mi cuerpo para que me hiciera lo que quisiera. Si iba salida

era justo por su culpa, por ser tan molón, por su exitoso tratamiento y por incitarme a acostarme con sus habilidosos colegas.

—Qué interesante que, a pesar de que tus horarios no hayan cambiado, ahora saques tiempo incluso para cocinar —dijo la versión digital y algo pixelada de mi sarcástica amiga.

—¿De todo lo que te he contado eso es lo que más te llama la atención?

Nat asintió al otro lado de la pantalla.

—Es que lo del *strip* Trivial aún lo estoy procesando.

—Lo que me reí, tía, en serio.

—Ya, ya. Si fuera solo reír.

—¡Calla! No me lo recuerdes. ¡Qué mal rato!

—O qué buen rato, según por donde lo mires. Chica, no pongas esas caras, ahora mismo eres mi ídolo. Eres como las protagonistas de mis libros cochinos favoritos, alguien debería escribir tu historia.

Sacudí la cabeza y me forcé a cambiar de tema, ya notaba cómo se me contraía el bajo vientre solo con revisar en mi mente las imágenes de los donuts y la caña bien rellena de crema deshaciéndose de la ropa prenda a prenda.

—¿Cuándo os vais al pueblo?

—Mañana. Edgar y Bastián me vienen a buscar a la plataforma y así arrancamos en cuanto salga.

—Genial.

Asomé la cabeza porque me pareció que entraba alguien. Falsa alarma.

—¿Estás segura de que no puedes cerrar a mediodía el veinticuatro? Te daría tiempo a venir a pasar la Nochebuena con nosotros.

—No puedo, ya sabes cómo es la gente. El año pasado vendí ese día el doble de lo que había vendido las dos semanas anteriores. Y las últimas ventas las hice con la persiana ya bajada y con el mítico —puse voz de pito e hice un montón de aspavientos para ilustrar el mensaje—: ¿Estáis cerrados ya? No, no, es que bajo la persiana así porque si entras haciendo el limbo te hago un descuento y te regalo un marcapáginas.

—Qué asco de pobreza, coño —maldijo ella.

Callamos durante unos segundos. Al final, opté por decirle lo que, en un principio, había decidido no mencionar.

—Adrián me ha invitado también a unirme a él y su familia.

—¿Sí? Estaba casi segura de que lo haría, pero como no me decías nada.

—Me lo dijo ayer.

Nat levantó las dos manos con los dedos cruzados y murmuró mirando al techo.

—Por favor, diosito, que haya aceptado.

Arrugué el gesto y me rasqué la nuca.

—Una cosa fue lo de acoplarme el otro día cuando, además, me llevó engañada, y otra muy diferente es acoplarme en plena Nochebuena.

—Amiga, si te ha invitado es porque quiere que vayas.

—Lo sé, porque este chico es un ser de luz. Pero no voy a ir.

—Dale una pensada, anda. No seas cabezota.

No era cuestión de cabezonería. O sí. Tal vez. Daba igual, estaba resuelta a mantenerme en mis trece y pasar las fiestas sola, a mi bola, libre de fingir que no me afectaba haber perdido a todos los que, en algún momento, habían deseado festejar conmigo. No iba a hacer un viaje relámpago al pueblo en el que vivía la familia de Nat, ni me iba a meter en el piso atestado de la de Adrián. Sabía que me

invitaban porque les salía del corazón, pero también sabía que lo hacían movidos por la lástima que sentían por mí.

Esa noche me fui a mi piso directa, sin escalas para departir con los chicos ni para realizar prácticas tan extrañas como placenteras. Me preparé la cena, me la llevé al salón y encendí las luces de mi nuevo y precioso árbol. Era tan bonito. Había sido tan bonito que Adrián se molestase en comprarlo para mí y decorarlo conmigo. Allí sentada, bajo la colorida y tenue iluminación parpadeante, mientras veía en la tele una comedia romántica, una parte de mí decidió reconciliarse con la Navidad y aceptar que pasarla en soledad no era lo peor que podía suceder. Aunque cenara sola en Nochebuena, tenía gente —poca, pero menos era nada— que me quería a mi alrededor, tenía salud y tenía un negocio que no podía definir como próspero, aunque suficiente para cubrir mis necesidades. Sería injusto y egoísta pedir más.

Me quedé dormida en el sofá y me desperté con el sonido de notificación del WhatsApp. Era un mensaje de Adrián y me preguntaba si me atrevía a escaquearme una hora del trabajo para ir con él a un sitio. Mi primer instinto fue decirle que no. No me parecía bien dejar a Ana sola tanto tiempo y encima sin estar cerca como para poder acudir si me llamaba por algo. Por otro lado… los planes con Adrián siempre eran planazos.





NOTA MENTAL

No era broma: Adrián me había dado una bolsa y me había pedido que me vistiera con lo que iba dentro. Y, una vez me encerré en aquel baño, vi el contenido y sospeché qué era lo que íbamos a hacer, ¿cómo negarme? Tenía que hacerlo, no obstante, enfrentarme a mi tremendo y muy arraigado miedo al ridículo me costaba horrores. Me cagué en su estampa mientras me subía los pantis de rayas horizontales rojas y blancas. Por fortuna el disfraz no era el típico de *putielfa* de Papá Noel. Era una elfa tradicional sin más, con una confección de calidad y bastante discreta y asexuada, a decir verdad. Lo cual tenía mucho sentido, claro. Aunque, tratándose de Adrián, una nunca sabía lo que podía esperar.

Pese a lo apropiado del corte y el largo del vestido de ayudante de Papá Noel, abandoné el aseo con mis pertenencias en la bolsa que me había dado Adrián y las mejillas coloradas de una vergüenza anticipada que pronto sería vergüenza a secas. Al menos, el chaval había acertado con la talla, eso debía concedérselo.

Adrián no estaba por ningún lado, por lo que pensaba esperar a que fuese a buscarme. La persona que apareció en el pasillo no era él, pero se le parecía un poco: era su hermana, Tamara, alias «la psicóloga que tal vez sospeche algo sobre los tratamientos del nene».

—¡Ah! Ya estás lista, ven que te tuneo un poco.

—No sabía que ibas a estar aquí —dije resignada a dejarle hacer conmigo lo que quisiera.

Tamara sacó un lápiz de ojos marrón del bolsillo y me pintó unas pecas en los pómulos.

—Estás monísima —apreció carialegre—. Muchas gracias por colaborar con esto.

Me encogí sobre mí misma, no poco azorada.

—Si te soy sincera, no sabía a qué venía. Acabo de deducirlo por el disfraz.

El local social al que me había llevado Adri, situado a dos minutos del centro comercial, no daba muchas pistas tampoco.

Tamara soltó una risotada, se puso detrás de mí y empezó a trenzarme a ambos lados el pelo que sobresalía por debajo del gorrito verdirrojo que, junto con los patucos terminados en punta, completaba mi *look* Polo Norte. Pensé que podía hacerme las trenzas yo sola, aunque no la interrumpí.

—Pues gracias por aceptar las peticiones de mi hermano, incluso cuando no sabes de qué van.

«Siempre», pensé, y la velocidad, rotundidad y honestidad de tal pensamiento me apretaron el estómago encogido. Qué intenso todo, por dios, qué poco acostumbrada estaba a tener amigos. Y cómo la iba a cagar si el tratamiento se me iba de las manos, joder. Aparté el pánico a perder a Adri a un lado y traté de comportarme como una persona normal.

—Con él nunca te aburres, desde luego —dije en un tono que pretendía sonar jovial. No estaba segura de haberlo conseguido.

Tamara terminó de trenzarme el cabello, me rodeó y se paró frente a mí con una sonrisa dibujada en la cara.

—Lista, vamos. —Me dio la espalda y yo la seguí por los pasillos hasta que se detuvo frente a unas puertas dobles. Al otro lado se oían voces y chillidos infantiles—. Los niños irán hablando con Papá

Noel y, cuando terminen y dejen paso al siguiente, tú les entregas uno de los paquetes que va a llevar él en el saco, ¿vale?

—Entendido.

—Ah, si tienes la oportunidad, elogia la decoración del trono y del resto del escenario, llevan toda la semana trabajando en ella.

—Lo haré.

—Bien —dijo.

Me asusté y di un respingo cuando alguien proclamó desde el fondo del corredor:

—¡Ho, ho, ho!

Adrián caminaba hacia nosotras con el saco al hombro y agitando una campanilla con una mano. Al otro lado de las puertas, los gritos de emoción se volvieron atronadores. Observé a mi amigo de arriba abajo, alucinada con la calidad de los acabados, tanto los de la ropa como los de la peluca y la barba. Aquel no era el típico disfraz cutre que se podía comprar en un bazar.

—Guau, qué currado el traje —exclamé a media voz al tiempo que introducía los dedos entre los bucles de la barba. Salvo por los ojazos verdes, Adri parecía recién extraído del mejor y más nostálgico anuncio navideño de Coca-Cola. Si hasta la barrigota parecía suya.

Tamara dejó escapar una risita queda.

—Se lo compró él con su dinero el año pasado, por lo visto el que teníamos en la asociación no era lo suficientemente bueno.

Adri se inclinó hacia nosotras para responder en un susurro indignado y dirigido solo a mí:

—La Navidad anterior un niño me llamó Papá Noel de pacotilla y me dio un tirón en la barba que me dejó la goma escrita en el pómulo hasta Reyes. —Repasó con un dedo enguantado la una línea invisible en la escasa porción de rostro que le quedaba a la vista—. Esta va con pegamento —añadió ufano.

—Luego le cuentas eso con más detalle, venga —protestó su hermana—, que se nos vuelven locos los niños.

Abrió las puertas y se desató el caos.

No tuve la oportunidad de sentir vergüenza, nadie me hacía demasiado caso, en realidad. Podía haberme escabullido por una ventana y nadie se habría dado cuenta. En aquel salón de actos, maravillosamente decorado con cartulina mal recortada y pegotes de cola blanca por doquier, los asistentes más bajitos —los verdaderos protagonistas— solo tenían ojos para él, para el Papá Noel más molón que verían en su vida.

Era el más molón que había visto yo en la mía, eso lo tenía claro. ¿Cómo conseguía modular la voz de esa manera? ¿Por qué narices me lo imaginaba diciéndome guarradas al oído con esa misma voz? De repente era fan de Santa Claus, joder. Qué fuerte.

Disfruté como una verdadera elfa norteña viendo cómo conseguía arrancar una carcajada a cada uno de los chavales, niños de entre tres y diez años, en su mayoría. Me dolía la cara de sonreír, me dolía el pecho de la ternura que me inspiraban los chiquitines, de ver con qué alegría abrían el pequeño detalle que les entregaba cuando se bajaban de las rodillas de Papá Noel. Eran paquetitos con una bolsita de chuches y un cochecito, un puzle o algún otro juguete similar.

Los conté: había entregado veintitrés regalitos a veintitrés niños hiperexcitados. Veintitrés niños bajo la protección del estado porque sus propios padres no podían o no querían protegerlos, a los que el altruismo de Adrián hacía felices al menos por unos instantes. Haber sido testigo de esas diminutas explosiones de felicidad me había tocado por dentro. Haberme llevado unos cuantos abrazos, aunque fuera de rebote, había sido lo más de lo más.



Miré el reloj antes de entrar en la librería, al final habían estado fuera casi dos horas. Y no me importaba, ojalá hubieran sido tres. Ana estaba cobrando a un par de chicas, llegué justo a tiempo de ayudarle a envolver el atril y la luz de lectura que se llevaban, además de un par de juegos de imanes de temática lectora y unos marcapáginas de silicona.

—Perdón, perdón, perdón, perdón —supliqué con las manos juntas delante del pecho—. Se nos fue un poco la hora.

Ana le quitó importancia con un ademán y comenzó a guardar las tijeras y demás en su sitio.

—¡No te preocupes! A mí se me ha pasado el tiempo volando y encima ha habido movimiento y un poco de caja. ¿Qué tal la experiencia con los niños?

Abrí los ojos y la boca por la sorpresa.

—¿Sabías a dónde me iba a llevar tu primo?

—Sí, pero no. O sea, no.

Terminamos de recoger y me fui hacia el almacén para dejar el bolso y el abrigo allí mientras le decía entre risas:

—Me queda clarísimo, oye.

Salí de nuevo hacia el mostrador, ella rio antes de continuar explicándose.

—No lo sabía de antemano, pero hace un buen rato que sois la comidilla en el chat familiar. Tamara nos ha enviado incluso fotos.

«Nota mental: no volver a pisar esa casa».

—¡¿Qué dices?!

—Las pecas te quedan genial, por cierto. ¿Te las vas a dejar o se te ha olvidado que aún las llevas?

—Oh, joder… —murmuré de vuelta al almacén para limpiarme la cara con una toallita.

Ana siguió hablando, ignorante del mal rato que me estaba haciendo pasar.

—No se lo digo a menudo para que no se le suba a la cabeza, pero Adri es muy guay. ¿Sabes que el traje que usa se lo compró él?

Grité la respuesta desde el rincón entre estanterías en el que me daba más luz, para comprobar con la cámara del móvil si el lápiz se borraba bien.

—Sí, bueno, me lo dijo tu prima.

—¿Te dijo por qué?

—Por un niño que lo acusó de cutre.

—No fue exactamente así.

Comprobé que no me quedaba ninguna peca pintada en el rostro y salí a la tienda.

—¿No fue porque un niño le tiró de la goma de la barba falsa?

Ana negó con un gesto.

—Fue por un chavalín que le dijo que sabía que no era Papá Noel de verdad, que otro chiquillo le había dicho que a los centros nunca iba el verdadero, que iban siempre los ayudantes con sus disfraces cutres porque ni siquiera a Papá Noel le importaban los niños como ellos.

—Pobrecillo —dije con el corazón en un puño.

—Adri se sintió fatal y no paró hasta conseguir el disfraz más realista posible. Al año siguiente ese niño estaba ya en una casa de acogida, pero Tamara intercedió por él, habló con la familia y le dejaron ir a visitarlo. Como tenía miedo de que le reconociera, obligó a nuestro tío a que acudiese en su lugar y le pidiera perdón al crío por no haber podido ir antes en persona a verlo. Ya conoces a mi tío, es un personaje de *cuidao*, así que lo clavó, y el niño no solo entendió que ese señor no puede visitar en persona a todo el mundo justo en vísperas del día más atareado del año para él, sino que se

fue a la cama convencido de haber sido uno de los suertudos que sí vieron al de verdad una vez en su vida.

«Y yo soy tan afortunada de tener a alguien como Adrián en la mía», pensé con un nudito en la garganta.





TENGO QUE IRME

Los donuts y la caña bien rellena de crema vinieron a buscarme unos minutos antes del cierre. No me avisaron, no me enviaron un mensaje, ni siquiera esperaron en el acceso del centro por el que solía salir y que era algo así como mi punto de encuentro con Adrián.

Me los encontré a los tres ojeando los expositores mientras yo terminaba de cobrar la que creía que sería la última venta del día y que, para mi sorpresa, no lo fue. Los chicos se dejaron una importante cantidad de dinero en lo que definieron como compras navideñas de última hora. No cedieron ante mis ruegos por más que les insistí en que no debían verse obligados a gastar en la tienda, ni cuando les recordé que todavía les quedaban cuatro días para hacer esas supuestas compras de última hora. Así que me afané incluso más de lo que lo hacía de por sí con los paquetes, y les entregué a cada uno la bolsa con sus adquisiciones y todo el *merchan* gratuito que pude añadir.

Adri me echó el brazo por los hombros en cuanto salimos de la librería y lo mantuvo ahí hasta que llegamos a la tapería nueva que le habían recomendado a Aritz. Nos tomamos unas cañas en la barra hasta que se desocupó una mesa del fondo, una circular y rodeada casi por completo por un banco corrido con respaldo alto que, a pesar del lleno del local, le daba cierta intimidad. Tal vez fue ese

ambiente el que animó a Aritz a sacar un tema que ya me extrañaba a mí que no hubiéramos tocado antes.

—Hablando de todo un poco —dijo como si hubiéramos estado hablando de algo similar, cuando lo que comentábamos era la última temporada de la serie favorita de Jairo—, ¿cómo va tu tratamiento? ¿Lo has parado por algo?

Y yo, que llevaba una caña y media encima, respondí:

—¿Estáis preocupados, acaso?

Aritz rio por la nariz.

—Siempre es agradable tener confirmación —dijo antes de mirar a Jairo primero y a Adrián después—. ¿No?

Adri hizo el más leve de los asentimientos y, acto seguido, fijó la vista en la botella que agarró para comenzar a despegarle la etiqueta. Su extraña actitud me hizo pensar que sus amigos no estaban al corriente de lo que había ocurrido entre nosotros. Tal vez debía abandonar mis resistencias y creer a pies juntillas que, tal como me había informado, no estaban hablando entre ellos de lo que hacían —o no hacían— conmigo.

—El tratamiento va muy bien —ratifiqué sin atisbo de duda y, ya de paso, aproveché para compartir con mis terapeutas lo que llevaba días pensando—: De hecho, creo que deberíamos reducir los encuentros a dos.

No me pasó inadvertida la mirada fugaz y esquiva que me dedicó Adrián, quien rápido regresó a su tarea de arrancar trocitos de papel a la botella. Sus dedos se movían nerviosos y algo temblorosos, y se había comido los ganchitos que nos habían puesto de cortesía casi él solo. ¿Cuándo le había visto fumar por última vez?

En fin, que no había encontrado otro momento para comunicarles que solo les necesitaría una vez más y ya podría liberarlos de la carga de sacarme el candado de las bragas. Lo había decidido así porque, la verdad, las experiencias con Jairo y Aritz habían sido de lo más placenteras. Y porque me habían hecho ver que *yo* no era el

problema. Había decidido concederme otra ronda porque… bueno, porque quería disfrutar un poco más y porque… quería tener mi noche loca con Adrián. Otra cosa era que él quisiera. No había dado ni un solo paso más en esa dirección y eso me daba a entender que, en realidad, no solo no le había molestado interrumpir el tratamiento la primera vez que intentó administrármelo, sino que, además, se sentía aliviado de haberse quedado fuera de mi circuito sexual. No me lo quería creer del todo, una parte de mí se aferraba a esa idea de que se acostaría conmigo como lo hacía con tantas otras, para luego seguir con su vida como si nunca hubiera ocurrido. Lo cual haría sencilla la tarea de volver a ser solo amigos. Amigos de los que no se acuestan juntos. Amigos de los que solo pueden ser eso: amigos. Porque ni él ni yo queríamos ser otra cosa, por Dios, estaba clarísimo. De modo que no había riesgo. Si él aún quería, nos acostaríamos, sería maravilloso y único e irrepetible. Y ya.

Jairo agachó la cabeza para situar sus ojos a la altura de los míos y me miró como si me hubiera hablado antes y me lo hubiera perdido.

—¿Eh?

Pues sí que me lo había perdido.

—Perdón, ¿qué?

—Digo que por qué quieres reducir los encuentros, ¿es por algo que te haya molestado o hayamos hecho mal?

Negué con un cabeceo y me apuré a contestar.

—No, no, no, qué va. Al contrario, estar con vosotros ha sido tan fácil y satisfactorio, que no será necesario extenderlo más.

Miré hacia el segurata un solo segundo, suficiente para ver cómo cambiaba el gesto y me dedicaba una amplia sonrisa.

—Lo que tú veas estará bien —convino Aritz—, creo que puedo hablar por los tres y decirte que estamos a tu entera disposición. Pero también creo que deberíamos asegurarnos de que ya estás lista con una prueba final.

Entorné los ojos y ladeé la cabeza, curiosa y temerosa de lo que se le podría haber ocurrido.

—¿Una prueba final? ¿Como un examen?

Aritz asintió ante la confusión que le mostrábamos los otros tres. Jairo fue el que se animó a indagar más.

—¿Qué es lo que tienes en mente?

—Una vez que haya terminado la segunda ronda con los tres, lo suyo sería que salieras y echaras un polvo de una noche. Esa sería la verdadera forma de medir el éxito del tratamiento.

A ver, no le faltaba razón, se suponía que ese era el objetivo. Jairo se mostró de acuerdo, Adrián no dijo nada y volvió a su montón de papelitos, y yo…

—Bueno, tampoco nos vengamos arriba. —Fue todo lo que dije.

—Piénsalo —insistió él—. Por el momento, si te apetece retomar las sesiones, a mí ahora mismo me vendría estupendo.

—Tío —refunfuñó Adri—, no la presiones. No funciona así.

—No —apoyó Jairo—, ya nos avisará cuando ella quiera.

Di un trago a mi cerveza para humedecerme la garganta seca. Y para refrescar de dentro afuera la piel que comenzaba a calentarse solo por haberme planteado la cuestión. ¿Por qué no? Podría irme a casa con uno de ellos. Podría pedirle a uno que me llevara a su piso para un ratito de sexo impersonal y a buen seguro satisfactorio. Por poder… podía. Por poder… podía incluso…

«Madre mía, ¿qué me está pasando? ¿Cómo se me ha ocurrido eso siquiera?».

—Vale —dije para sorpresa de todos mis acompañantes—. ¿Quién se animaría? ¿Solo Aritz?

De uno más que de los otros, quizá. Adrián apoyó la botella en la mesa y retiró las manos a su regazo con expresión inescrutable.

Ojalá fuera tan fácil leerla como era interpretar el entusiasmo de Aritz o la anticipación contenida de Jairo.

Los chicos se miraron entre ellos. Jairo habló primero:

—Aritz se ha postulado ya —comentó divertido—, pero a mí también me viene bien.

Adri se revolvió en el asiento y sacó la cartera del bolsillo trasero de los pantalones.

—Yo tengo que irme.

Que me tirara a la cara lo que le quedaba en el vaso me hubiera afectado menos.

—¿Ya? —quiso saber el donut más bajito.

Yo habría querido preguntar lo mismo, y también por qué. ¿Por qué se retiraba de esa manera tan evidente? ¿Era por algo que había hecho yo? ¿No tenía ni las más mínimas ganas de acostarse conmigo? ¿Las había tenido alguna vez, o era todo mentira?

—Ser Papá Noel es un trabajo duro y mañana tengo otras cuatro visitas a centros y a niños hospitalizados.

«Oh. ¿Ves? Y tú pensando mal», me reprendió la Amalia que habitaba en un rincón de mi mente, siempre preparada para hacerme sentir mezquina. No obstante, el resto de mí seguía pensando que no podía tratarse solo de eso. Las dudas, la angustia y la inseguridad se me hicieron una bola en el estómago, al punto de provocarme dolor.

—Pues un candidato menos —celebró Aritz como si nada—. Lía, tú dirás.

De pronto ya no estaba del humor adecuado para un polvo ocioso sin sentimientos.

—Mierda —conseguí decir con bastante naturalidad—. Acabo de recordar que mañana tengo que ir al banco y a la gestoría antes de abrir. Debería retirarme también y dejarlo para otro día. ¿Os importa? —pregunté ya con el bolso en la mano.

Por supuesto que no les importó.

Salimos del local y nos quedamos parados bajo el alero del edificio, acobardados por el frío y la lluvia que repiqueteaba sobre todas las superficies. Me abracé a mí misma para tratar de conservar el calor corporal que ya había comenzado a perder antes de salir al exterior, a causa de la extraña conducta de Adrián.

Como si lo hubiera percibido, se puso detrás de mí y me rodeó con ambos brazos antes de depositarme un beso en la sien. Ese besito tierno e inocente fue todo lo que necesité para reducir a menos de la mitad la bola que me bailaba en el estómago.

Aritz dejó de mirar hacia el cielo con desconfianza y se giró hacia nosotros.

—¡Eso! Compartamos calorcito humano.

Jairo rio, pero se unió a él cuando me pasó un brazo por la cintura y se pegó a mí con la cara apoyada contra la mía. El más grande y alto de los chicos nos cubrió a los otros tres con sus enormes y largos brazos.

—Mierda —murmuró desde allá arriba—, el que ha traído el coche he sido yo. Me toca mojarme y venir a buscaros, ¿verdad?

—¡Qué menos! —exclamó Aritz.

El moreno se separó del grupo, cabeceó resignado, aunque sonriente y me pellizcó la barbilla con el pulgar y el índice.

—Lo hago encantado —aseguró—, pero solo por ti, a estos dos podían darles por el culo.

Me dio un beso en la punta de la nariz, se subió la capucha y cruzó la calle en un par de larguísimas zancadas.

Al principio no entendí a qué se debía la tensión que envaró el cuerpo de Adri, no fue hasta que Aritz —que también debió notarla — se apartó un poco y deshizo el sándwich en el que me tenían protegida del frío, que vi a Daniel parado frente a nosotros y refugiado bajo el abrigo de un paraguas negro. Tenía el gesto

arrugado y el labio superior retorcido en una mueca de asco que me llevó la sangre al punto de ebullición.

—Parece que ahora nos vemos en todas partes —dijo casi que ofendido y alternando la vista entre el chico que me abrazaba con todo su cuerpo y el que había estado haciéndolo hasta unos segundos antes.

Adri me aferró con más fuerza, aunque no de un modo que mi ex pudiera haber observado, solo lo suficiente para darme confianza y dejarme saber que estaba ahí conmigo y para mí.

Aritz, que aún tenía una mano en mi cadera, ignoró a Daniel y, señalándolo con el pulgar sobre su hombro, nos preguntó:

—¿Este quién es?

—Nadie importante —contesté a un volumen audible para todos —. Buenas noches, Daniel, continúa, no hace falta que te mojes más por nosotros.



Por suerte, Nat estaba despierta y con ganas de cháchara cuando llegué a casa después de que los chicos me acercaran en el coche de Jairo. Cuando la pantalla del móvil me mostró el rostro ojeroso de mi amiga, pensé que quizá la urgencia implícita en mis mensajes la había alertado y había optado por fingir que se encontraba mejor de lo que se encontraba. La pobre estaba en pijama y se había sentado a escuchar mis tribulaciones —las importantes, pues obvié la parte relativa a Daniel; me negaba a darle un protagonismo que no se merecía— en el inodoro de un baño que no reconocí y con los auriculares puestos.

—Lía, dime una cosa —pidió en tono paciente—. ¿Tú quieres algo con Adrián? Algo en plan romántico, quiero decir.

—¡No! ¿Qué dices? —Me quité el jersey y me puse la parte de arriba del pijama—. No se trata de eso.

—¿De qué se trata si no? Que no quiera tener sexo contigo es buena noticia, así no hay opción de cagarla mezclando las cosas.

—Ya, sí. Visto desde esa perspectiva…

—Es que no hay otra forma de verlo, deja de darle vueltas y disfruta de su amistad mientras también disfrutas del folleteo con sus amigos. Cuando termines con el tratamiento seguirás teniendo a Adrián en tu vida y podréis contaros vuestras respectivas batallitas sexuales de *singles* sin cargas familiares. Qué envidia me dais, joder.

Todo lo que decía tenía sentido, ¿por qué me dolía la tripa, entonces?

—Tú nunca has estado insatisfecha con Edgar —repuse por no quedarme callada con mis mierdas.

—No, si el problema no es que no nos lo pasemos bien en la cama, el problema es que lo único que hacemos en ella es dormir. Y muy poco.

Me metí bajo el edredón y traté de recomponerme mientras mantenía el móvil en lo alto frente a la cara. A todas luces estaba sufriendo una rabieta infantil e injustificada.

—¿No tendréis ocasión de descansar y daros un poquito de amor ahora que estáis con tu familia y pueden encargarse de Bas?

Nat resopló.

—Estamos al completo, de hecho, Bastián duerme con nosotros porque no quedan más camas libres.

—Uy, vaya.

—Pues sí, vaya. Y a ver si esto no echa por tierra lo avanzado y no me lleva otro año entero conseguir que vuelva a dormir en su cuarto, al menos las tres horas que es capaz de dormir sin llamarnos para pedir un vaso de agua. O que le acompañe al baño. O que

repasemos juntos la lista de invitados de su próximo cumple, aunque falten seis meses.

No pude evitar reír, la maternidad era muy graciosa desde el otro lado. Recordé las caritas de los niños que habían recibido la visita del Papá Noel más guay de la historia y sentí la necesidad de decirle:

—Lo estáis haciendo muy bien, Nat. Bastián es un niño muy afortunado por teneros como padres.

Tras despedirnos y desearnos buenas noches, me levanté de la cama y me senté delante del ordenador para diseñar e imprimir un talonario de bonos canguro. Ya tenía el regalo de Navidad de Edgar y Nat.

Después, me obligué a actuar con madurez, cogí el móvil de la mesilla y le envié un mensaje a Aritz para saber si le venía bien quedar al día siguiente.

Y, dos minutos más tarde, Adrián me escribió para preguntarme si me atrevía a dejar a Ana sola de nuevo para volver a ejercer de elfa.





ENCUENTRO NÚMERO 4 – ARITZ

Esa segunda vez no dudé en llamar a la puerta con los nudillos en cuanto llegué al piso del chico que había derribado una década de mentiras en pocos minutos y sin quitarme la ropa. Me abrió con su sonrisa seductora puesta, la que iba a juego con la camisa azul remangada y los *joggers* color camel. Iba decidida a repetir, a echar un polvo tan rápido como excitante que me dejara los ojos y la mente en blanco.

Adrián era feliz con mi felicidad, se alegraba de mis avances como si fueran suyos. Todavía vestido de Papá Noel, me había preguntado si había puesto fecha para la siguiente sesión y había dado una palmada festiva cuando le contesté que la había fijado para unas horas más tarde. Me había animado a innovar, a decirle a su colega lo que quería. A estirar los límites de mi ya dilatada zona de confort un poquito más. No hizo ningún comentario sobre nosotros ni sobre la posibilidad de repetir o no, lo cual me hizo entender que ni tan siquiera contemplaba volver a intentarlo. Y eso estaba bien, joder. Por algún motivo que desconocía, y que no aplicaba para sus amigos, me preocupaba defraudarlo con mi inexperiencia y mis escasas habilidades en el terreno sexual. Ninguna presión, entonces, con Adri fuera de la ecuación, lo único que debía preocuparme era disfrutar y aprender.

La voz grave de Aritz me sacó del bucle de pensamientos al que llevaba todo el día enganchada.

—¿Vas a pasar o esta vez prefieres que lo hagamos directamente en el rellano?

Sonreí y me colé por el hueco entre su cuerpo y el marco, con lo que esperaba que fuese un contoneo sensual. Dejé el abrigo y el bolso en los mismos sitios que la otra vez y me giré hacia él cuando escuché la puerta cerrarse.

—Me gustaría probar una cosa hoy.

Aritz se lamió los labios y abrió los brazos con las palmas hacia arriba.

—Lo que quieras.

—Vale, genial. ¡Ah! —Me giré para rebuscar en mi bolso y saqué un preservativo que le mostré sujeto entre el índice y el corazón. Reí con una timidez que no tenía sentido ninguno, menos en tales circunstancias—. Hoy invito yo.

Aritz sonrió, cogió el condón y se lo guardó en el bolsillo.

Carraspeé, miré a mi alrededor y, pese a la penumbra del salón al que apenas llegaba la suave luz del recibidor, me pareció que la butaca cuya silueta se recortaba contra la luminosidad de la calle era perfecta para lo que me proponía. Alargué una mano que él enseguida rodeó con la suya y lo guie hacia el mueble. Nos paramos delante y, todavía de pie, comencé a desabrocharle los botones de la camisa. Se la quité y subí después las manos desde los abdominales marcados hasta el cuello, con una parada en los pectorales que le puso la piel de gallina. Para cuando él me agarró de una nalga, tiró de mi cuerpo hacia el suyo y chocó sus labios contra los míos, yo ya sentía los pechos llenos y humedad en la ropa interior.

Iba a hacerlo. Necesitaba saber si era tan horrible como me habían hecho creer y que me ayudara a mejorar. «Venga, allá voy. No puedo desaprovechar la ocasión».

Me separé de su boca, empecé a desabrocharle los pantalones y tragué saliva con cierta dificultad antes de atreverme a preguntarle:

—¿Te importa si te la chupo?

Aritz respiró de forma entrecortada, abrió mucho los ojos y luego hizo un par de pestañeos muy rápidos.

—Perdona, me he quedado un poco pillado, es que es la primera vez que me preguntan eso.

Mi resolución se desinfló y hundí la cabeza entre los hombros, porque esconderla en el suelo de parqué iba a ser complicado.

—Eh —susurró con suavidad. Llevó los nudillos a un lateral de mi mandíbula y me obligó a enfrentarme a su mirada oscurecida—, no pasa nada. Y no, por supuesto que no me importa. Dudo que nadie le diga que no a una mamada, francamente.

—Es que yo no sé hacerlas muy bien —confesé muerta de vergüenza—, por eso quería que me dijeras qué es lo que hago mal.

Bajó la mano hasta detenerla en mi garganta y me besó con esa lengua suya, tan atrevida y posesiva, mientras con la otra me amasaba una teta y me endurecía el pezón.

—Yo te ayudo encantado de la vida —afirmó ronco.

La caricia perezosa que trazó su pulgar en mi labio inferior me encendió y me proporcionó el impulso que necesitaba. Dejé de flaquear, terminé de desabrocharle los pantalones y se los bajé hasta la mitad del trasero junto con los calzoncillos. A continuación, le di un leve empujón y él se dejó caer en la butaca, apuntándome con su erección.

Me arrodillé entre sus piernas y traje a mi mente todas las notas que había hecho mientras veía algunos de los vídeos que me había enviado Adrián. La agarré por la base y moví un par de veces la mano arriba y abajo.

—Voy —le advertí—, ¿vale?

Él asintió, se dejó caer contra el respaldo y acercó el culo al borde del asiento; no tanto por su comodidad como por la mía, o eso me pareció. Me incliné y deslicé la lengua alrededor de la punta varias

veces antes de introducírmela casi entera en la boca. ¡Casi entera! ¡Y sin provocarme una arcada! Me cabía todo el tronco, podía subir y bajar a lo largo de su longitud sin tener que ayudarme con la mano, aunque lo hice de igual modo, por costumbre y porque lo había visto en el porno.

Aritz introdujo los dedos entre mis cabellos y dijo muy bajito:

—No aprietes tanto con la mano.

«¡Ay, mierda!». Cesé toda la actividad en su entrepierna y me erguí de inmediato.

—¡Lo siento, lo siento!

Me alivió un poco verle sonreír.

—Tranquila, te aseguro que lo estoy disfrutando. Es solo que la presión resulta un poco incómoda, afloja solo un pelín. Y no bajes tanto la piel.

La envolví de nuevo y reinicié el movimiento. No solo no sabía hacer mamadas, tampoco se me daban bien las pajas.

—¿Mejor así?

—Sí —respondió, aunque la palpitación que sentí en la mano respondió por sí misma.

—¿Sigo? —me cercioré de todos modos.

—Por favor.

La respiración se le aceleró después de que volviera a estimularlo y succionarlo con las mejillas ahuecadas mientras me afanaba en trabajar todo lo que pudiera también con la lengua. Tiré de todos mis trucos, que no eran muchos, porque de verdad quería hacerlo lo mejor posible. Al cabo de un minuto, Aritz comenzó a mover las caderas y lo que interpreté fue que mi esfuerzo no era suficiente. Sin embargo, no me detuve a preguntar.

Apoyé la mano libre en su vientre y me afané en coordinar la succión con la estimulación manual, al tiempo que aumentaba la

velocidad con la que subía y bajaba. Concentrada como estaba y todo, sus pequeñas reacciones me resultaron superexcitantes.

La presión de sus dedos en mi cuero cabelludo aumentó y se le escapó un gemido grave.

—¡La hostia, Lía! —jadeó—. ¡Para, para, para!

Se retrepó en el asiento antes de que yo lo soltara, alarmada. Iba a preguntarle si le había hecho daño cuando él cerró el puño alrededor de la punta, echó la cabeza atrás y se puso a murmurar.

—Mi abuela en bolas, mi abuela en bolas, mi abuela en bolas…

—Eh… ¿estás bien?

Expulsó una gran cantidad de aire antes de contestar.

—Joder si estoy bien —dijo antes de abrir los ojos para clavarlos en los míos y pasarme de nuevo el pulgar por el borde del labio inferior—. Casi me corro, Lía.

—¿En serio? ¿Te ha gustado?

Aritz cabeceó y se agarró por la base el miembro bien erecto.

—Por poco no he tenido tiempo de avisarte y parar, no sé si eso te sirve como respuesta.

Sonreí como una idiota, todavía arrodillada entre sus piernas.

—Siento la torpeza y lo… lo de apretar de más y eso.

—Déjate de disculpas, ha sido una mamada espectacular. —Se echó hacia delante, me agarró por los costados y me hizo ponerme en pie. Coló las manos por debajo del vestido y yo temblé cuando lo levantó para dejar un camino de besos húmedos desde el borde de las bragas hasta el esternón. Su voz grave me vibró en el pecho cuando volvió a hablar—. El puto Rocco es gilipollas y debe de tenerla de esparto de tanto tocársela de chavalín. O igual es que la tiene tan grande que no le riega bien, se le queda insensible y se pierde cosas. Me daría pena si no le tuviera tanto asco.

Me subió más el vestido y se cubrió con la tela mientras me liberaba los pechos del sujetador. Gemí cuando se metió uno en la boca y su lengua replicó con mi pezón lo que yo había hecho con su pene. Sin dejar de lamer y darme unos mordisquitos deliciosos en la teta, deambuló una mano por mi torso en dirección descendente, se adentró bajo el algodón de las bragas e introdujo con mucho tiento dos dedos en mi interior.

—Joder… —murmuró debajo de la tela. Después salió de la tienda de campaña improvisada y me miró con los ojos negros y un labio apretado entre los dientes. Sacó los dedos y los restregó por mi entrada y por el clítoris antes de volver a meterlos, arrancándome un gemido en el proceso—. ¿Eres consciente de lo mojada que estás? ¿Crees que te has curado de tu supuesta semifrigidez por arte de magia, o, como yo, tienes claro que tu cuerpo reacciona perfectamente ante la situación y los estímulos adecuados? —No contesté, pero él debió de tomar mi silencio y mis débiles jadeos como la respuesta correcta y continuó—. He estado otra vez a punto de correrme solo con tocarte y escucharte gemir.

Volví a callar porque no encontraba nada que replicar a eso.

Él me atrajo más hacia sí, se echó atrás en el asiento y recuperó el condón del bolsillo. Después de ponérselo, metió las manos bajo el vestido, me bajó las bragas hasta los tobillos y esperó a que levantara primero un pie y luego el otro para cogerlas y dejarlas encima del sofá del al lado. Aguanté la respiración cuando me agarró por las caderas para girarme hasta que le di la espalda, y después tiró de mí para que me sentara sobre él.

No fue un acto consciente, fue mi cuerpo moviéndose encima de él en busca del placer que hasta hacía unos instantes me daban sus dedos. Aritz me levantó un poco y se ayudó con una mano para lubricarse con mi propia humedad. Ahogué un grito cuando, sin previo aviso, me penetró con fuerza.

Me moví en un pequeño círculo para acomodarme en torno a él y dejarme caer del todo. Un latigazo de placer me recorrió la columna

cuando hicimos tope. Sin tensión ni dolor, solo gustito. Guau.

—Junta las piernas —me ordenó en ese tono ronco que usaba durante el sexo.

Obedecí y aferré las manos a los reposabrazos de la butaca cuando él empezó a golpear la pelvis contra mis nalgas. El ruido del choque de nuestras pieles rebotaba contra las paredes casi desnudas de ese salón. Tardé en darme cuenta de que nos movíamos tan coordinados porque, en realidad, yo apenas era una muñeca en sus manos. Era él quien me levantaba y luego percutía a un ritmo demencial y al que nunca podría acompasarme, menos con las piernas cerradas y las articulaciones reblandecidas por la languidez que me invadió cuando el placer comenzó a arremolinarse en mi centro. Aritz no era grande, pero era fuerte, era duro y, joder, sabía lo que hacía. Lo sentía en cada milímetro de mi interior y, en esa postura, de una forma mucho más placentera que la de nuestra primera vez juntos. Llegaba a sitios a los que no había llegado ni él ni nadie antes. Llegaba a ese punto que…

—Ay, Dios… —dije en un jadeo entrecortado—. Me voy… me voy a…

Lo siguiente fue una «a» prolongada en un chillido que no pude evitar y que tuvo sus tímidas réplicas cuando, poco después, Aritz bombeó más rápido y más enérgico y se corrió también.

Había tenido un orgasmo sin estimulación directa del clítoris y había sido tan repentino, sorprendente y novedoso, que se me escaparon las lágrimas.





ERES UNA SUERTUDA

—¿Cómo que lloraste? —preguntó mi mejor y ligeramente pixelada amiga desde el cuarto de baño de la casa de su infancia.

—Tengo que buscarlo en Google, seguro que hay una explicación científica —expuse tan avergonzada como risueña. Todavía estaba de subidón poscoital, la había llamado antes incluso de entrar en el piso—. No es que llorara de la emoción, que también podía ser. Yo creo que fue del *shock*, tía. ¡Hizo que me corriera usando solo el pene y la fricción apropiada! Pensaba que eso era imposible.

—Si te digo la verdad, a mí también me parecía un mito.

—¡Pues, flipa, amiga, se puede! ¡Cómo no iba a llorar! Cada célula de mi cuerpo estaba alucinando en colores, semejante hazaña se merece al menos un par de lagrimillas.

—¡Total! —Rio con ganas—. Si es que eres una suertuda.

—Ya ves.

—Y ¿además de correrte volviste a salir corriendo?

—No, no. Estoy madurando —le aseguré—. No sé cómo conseguí levantarme, coger las bragas y caminar hasta donde me dijo que estaba el baño para marcarme un bailecito triunfal, como si hubiera anotado un *touch down* en el último segundo. Y después de fibrilar un rato allí, salí y me lo encontré en la cocina haciendo unos

sándwiches de pavo y queso, vuelta y vuelta en la sartén, con su mantequilla y todo.

—Qué majo.

—La verdad es que sí. Me dijo que el buen sexo le daba hambre y que imaginaba que yo no había cenado, lo cual era cierto, así que hizo para los dos y no dejó que me marchara hasta que me acabé el mío.



Las jornadas maratonianas de trabajo, ocio y vida social me pasaron factura y ese domingo se me hizo larguísimo. Odiaba trabajar los domingos, en general, aunque un poco más los de esas fechas. Las temperaturas volvían a ser muy frías y, aunque no nevaba, sí granizó varias veces; por lo que la gente se había tirado a los centros comerciales más por salir de casa sin tener que mojarse, que para comprar libros ni cualquier otro tipo de artículos.

Recordé que esa iba a ser una Navidad diferente, y sonreí con sinceridad por primera vez en la jornada, cuando Adrián llegó a la tienda portando un par de vasos llenos de café humeante.

—¿Cómo está mi librera favorita? —preguntó antes de tenderme un vaso y darle un sorbo al suyo.

No me había atrevido a continuar trabajando en mi regalo para su abuela en el mostrador, y menos mal que no lo había hecho o me habría pillado con las manos en la masa.

—Aquí, echando la tarde y tratando de no desmayarme de puro sueño —reconocí—. No sabes cómo necesito esta dosis de cafeína.

—Nena, cuando sea así llama a la garita y te lo traemos, si no estoy yo lo hará un compañero sin problema.

Agradecí el gesto con una sonrisa e hice un ademán para restarle importancia a lo que acababa de decirle.

—Bastante venís ya cuando lo necesito para salir al baño, no pienso llamaros también para suplicaros cafeína. —Como vi que pensaba seguir insistiendo, decidí cambiar de tema—. ¿Qué tal tu segundo trabajo encubierto? ¿Te quedan muchas visitas por hacer?

—Unas cuantas. ¿Te apetece venir a alguna más? No te lo he propuesto porque las que me quedan son en sitios algo más alejados, y supondrían dejar más tiempo a Ana sola.

No pensaba indagar sobre ello de forma directa, no obstante, me había preguntado por qué no me ofrecía acompañarlo a más visitas cuando sabía que hacía muchas más de las dos a las que me había llevado, y que cada vez me gustaban más.

—Ya, ya. —Recoloqué los expositores del mostrador y me rasqué la nuca—. Me encantaría ir contigo, pero no me parece bien dejarla sola tanto tiempo. No porque no me fíe de ella, sino porque no me parece justo hacerlo cuando solo está de prácticas y lo que le doy a cambio apenas le cubre los desplazamientos.

—A ella no le importa, estoy seguro.

—Pero a mí sí.

—Vale, lo entiendo. —Apuró lo que le quedaba de café de un solo trago y bordeó el mostrador para tirarlo en el cubo de la basura que ocultaba bajo la caja. Sin más, enroscó los dedos en el cinturón del uniforme y caminó hacia la salida—. He traído la moto, si quieres luego te acerco a casa y así puedes descansar cuanto antes.

Acepté, y no por los diez minutos de diferencia entre que me llevara en la moto o me fuese yo paseando. Acepté porque quería estar con él, que me contara sus batallitas y ver si de ese modo se me pasaba esa sensación incómoda que se me había instalado en el pecho desde hacía unos días. Lo que no calculé fue que durante el trayecto no podríamos charlar, por lo que me supo a menos que poco.

—Gracias por traerme.

—Ya ves, ni que te hubiese traído en brazos.

Le di un beso en la mejilla cuando le entregué mi casco y él se deshizo del suyo para intercambiarlos. Me lo quedé mirando mientras se lo ajustaba y, por una vez, no luché contra mí misma ni contra mis deseos.

—¿Te apetece subir? Podemos preparar algo de cenar y ver una peli.

—Hoy no —dijo con una amabilidad que no evitó que la negativa se me clavara en las entrañas—. Tú estás agotada y yo también necesito descansar.

Cogí aire por la nariz y lo solté muy despacito.

—Buenas noches, entonces. —Esbocé una sonrisa tensa y me dirigí hacia el portal.

No debería dolerme tanto. Si tuviera más de dos amigos —cuatro si podía llamar así a los donuts—, no me sentiría tan… abandonada.

—Que duermas bien —dijo cuando abrí.

Me giré y las palabras abandonaron mis labios sin avisar.

—¿Por qué ya nunca te pillo con un cigarro en la boca?

Adrián me mostró su sonrisa más encantadora y revolucionó el motor con un sonoro bruum.

—Será porque ya no fumo.

—¿Y eso?

—Porque fumar mata. —Giró el manillar hacia la calle—. Y porque hay una chica a la que no le gusta que lo haga.

Me guiñó un ojo y yo me metí dentro sin mirar atrás, sin esperar a que arrancara y con las mejillas encendidas. ¿Esa chica era yo? ¿O se refería a alguien con quien estaba saliendo?

A ver quién le decía a mi cerebro que necesitaba dormir; con toda esa nueva e inesperada información estresando a las pobres neuronas encargadas de todo lo relativo a la inseguridad y la ansiedad, sería misión imposible.

Dejé el bolso y el abrigo en el armario de la entrada y encendí las lucecitas del árbol. Probaría a relajarme con una ducha calentita y leyendo un rato antes de tirarme de cabeza en la cama e intentar dormir. Estaba a punto de abrir el grifo cuando sonó el timbre de la puerta de arriba.

«Adri. ¿Se lo ha pensado mejor?».

Troté hacia la entrada y abrí con una sonrisa en los labios.

La sonrisa murió y se escurrió hacia abajo por las comisuras cuando me vi frente a Daniel.

—¿De verdad has cambiado la cerradura? —preguntó con el viejo juego de llaves en la mano.

—¿De verdad ibas a abrir con tus llaves como si esta todavía fuese tu casa? —quise saber yo, rabiosa por su osadía y porque tuviera los huevos de hacerse el ofendido—. ¿Qué haces aquí?

—¿Me dejas pasar o esperamos a que salga a insultarnos un vecino?

Lo mismo había alzado demasiado la voz. Me hice a un lado, esperé a que me rebasara y cerré la puerta con la mitad de la mitad de la mitad de fuerza que me habría gustado. Daniel miró hacia el salón, señaló mi precioso árbol y se rio.

—¿Y esa horterada?

Apreté la mandíbula para controlarme, no eran horas de ponernos a discutir.

—¿Puedes decirme qué quieres y marcharte, por favor?

Daniel cambió el peso de una pierna a la otra y metió las manos en los bolsillos. No se merecía ni un segundo de mi atención.

—He hablado con mis padres y venía a invitarte a pasar las Navidades con nosotros.

«Joder, qué fuerte». Solté una carcajada amarga y puse los brazos en jarras.

—Ah, que has hablado primero con tus padres.

—Vamos a pasar las fiestas en su casa, qué menos que tener su aprobación.

—Y te la han dado, qué honor.

—Dime a qué hora cierras en Nochebuena y nos organizamos.

—¿Por qué, Daniel? ¿A qué viene esto?

—He pensado que son fechas delicadas y no quiero que las pases sola.

Volví a reír descontrolada, no me podía creer el cuajo que tenía.

—Y eso te importa ahora que me has visto con otros, no el año pasado cuando estaba hecha mierda por tu culpa.

—Eso no tiene nada que ver.

Meneé la cabeza, alargué el brazo sin siquiera mirarle a esa cara suya tan dura y abrí la puerta de la calle.

—Sal de mi casa, por favor.

Él se movió hacia el descansillo, pero aún tuvo el papo de añadir antes de irse:

—La oferta sigue en pie, piénsatelo.

Nat iba a alucinar cuando se lo contara, pero lo primero que pensé fue lo bien que me sentaría hablar de ello con Adrián. No le llamé porque no sabía si quizá estaba ya con esa chica a la que no le gustaba que fumase y que podría no ser yo.





EL RESTO DE MI VIDA

Odiaba admitirlo, pero ver a Daniel me afectaba. Me desestabilizaba todos los chacras y por mucho más tiempo del que admitiría nunca. Había superado la ruptura, de hecho, casi agradecía la torpeza que había destapado sus continuas infidelidades, porque, gracias a ella, me había enterado por fin de quién y cómo era la persona con la que creía que pasaría el resto de mi vida.

Los primeros meses habían sido muy duros, sin embargo, acabé por entender que terminar con esa relación era lo mejor que me podía haber pasado. Y que «el resto de mi vida», fuese esta más o menos larga, solo podía mejorar. Que sola estaba mejor que con alguien que me mentía y que no me respetaba como era debido. Había conseguido incluso amar mi soledad. Estaba orgullosa de ser una superviviente, de haberme repuesto a las pérdidas y de ser independiente, pues me habían implantado la idea de que no lo era en absoluto.

Ya no tenía dudas de ello, mis inseguridades ya no pasaban por ahí. Los monstruos que me acechaban habían mutado. Se habían vuelto más pequeños, más discretos y menos intimidantes, aunque seguían siendo monstruos, al fin y al cabo. Y Adri y los donuts —no sabía qué tan conscientes serían de ello— me estaban ayudando a erradicar unos cuantos.

En fin, con eso y todo, la visita y posterior propuesta de Daniel me dejaron tocada, que no hundida. En menos de un minuto había conseguido reavivar las llamas de un rencor que creía del todo apagado. Y que me obligué a apagar una vez más.

Me convencí de que lo que más me molestaba era haber logrado despertar la misericordia de alguien como él, que apenas veía más allá de su ombligo. Ya me costaba procesar la lástima que le provocaba a Nat o a Adri, a pesar de que la de ellos nacía del cariño; por eso la toleraba con facilidad. En cambio, la de Daniel… ¿en qué se sustentaba? ¿En los celos injustificados? ¿En su necesidad de sentir que el mundo giraba a su alrededor?

Me arrastré a mí y a mis ojeras por el centro comercial y traté de imbuirme del ambiente festivo y consumista de los días previos a la Navidad. La electrizante presencia de Ana me levantó un poco el ánimo, su alegría y entusiasmo eran contagiosos, como los de su primo, que vino a saludar cuando acabó el turno y me preguntó si había aprovechado ya para hacer algún recado o salir a hacer pis sin necesidad de correr por los pasillos del centro comercial.

—Acabo de salir al baño, sí —le confirmé—. Pero la verdad es que aún no he comido.

¿Solté ese comentario con segundas intenciones? Por supuesto.

—Mmm… ¿quieres que te acompañe a tomar algo?

«¡Toma! Ha funcionado».

—Si te apetece, por mí genial.

—Claro que me apetece, librera.

Sonreí como uno de los niños con los que hablaba cuando ejercía de Papá Noel, cogí el móvil de debajo del mostrador y me giré hacia Ana:

—Vengo enseguida y me llevo el teléfono, ¿vale?

—Tranquila, jefa. ¡Pasadlo bien!

Salimos de la tienda, caminamos hacia las escaleras mecánicas y subimos a la planta en la que estaba el 100 Montaditos al que acordamos ir. Me acompañó mientras hacía la cola para pedir y se ausentó para atender una llamada telefónica justo cuando ya me tocaba.

—Dos coca-colas con hielo y esto —le entregué a la persona que me atendía el papel con mi selección de minibocadillos. Solo pedí dos, lo cierto era que tampoco es que tuviera mucha hambre.

La chica tomó la nota y comenzó a teclear la comanda.

—¿Estáis juntos? —preguntó de repente.

Levanté la mirada de la superficie del mostrador con el ceño fruncido y el labio retorcido.

—¿Perdona?

—Que si estás con Adrián. —Mi cara debió de traslucir mis pensamientos, porque enseguida continuó—: Eres Lía, la de la librería pequeñita de la segunda planta, ¿no? Venga, que somos casi como compañeras, me lo puedes decir.

—No, no estamos saliendo —respondí sin saber muy bien por qué —. Somos amigos.

—¿Con derechos?

—¿Qué? ¡No! —Me puse roja porque, de alguna manera, sentía que estaba mintiendo, si bien eso era lo que éramos: amigos de los normales. De los que habían intentado acostarse y, por lo visto, ya no lo iban a intentar más.

—¡Lo sabía! Ya decía yo que ni de coña, si no pegáis ni con cola.

La chica no se cortaba un pelo.

—La sinceridad está sobrevalorada, ¿sabes?

—No, mujer, entiéndeme —dijo mientras ponía los vasos con hielo en la bandeja—. Adrián es una especie de leyenda viva, la tía que lo

atrape tiene que ser otro ser mitológico, no alguien como tú. O como yo —añadió para arreglarlo.

—Qué bien —dije sin molestarme en esconder mi desagrado por los derroteros que estaba tomando esa conversación indeseada—, porque yo no tengo la más mínima intención de atrapar a nadie, y menos a alguien como Adrián, alérgico al compromiso, a las relaciones románticas y a todo lo que no sea el sexo por el sexo.

Lo supe en cuanto terminé de soltar mi discurso improvisado, fue un pequeño escalofrío, una sensación en la nuca; y me lo confirmó la mirada que ella echó a un punto a mi espalda. Adrián había vuelto a la cola y no sabía si con el tiempo suficiente para escucharme rajar de él. Ni siquiera sabía por qué había dicho eso, joder. En realidad, no lo pensaba. O sí, pero no importaba, no era relevante, eso no lo hacía mejor ni peor persona. No había nada malo en él, era el chico más honesto y noble que conocía. «Mierda», pensé antes de girarme y toparme con él.

—Hola, Adrián —saludó la camarera cotilla.

—Hola, Melisa.

La conocía por el nombre, estaba claro. Se sabía el de todos los trabajadores del centro.

—Seis con noventa —anunció ella después de que su compañero añadiera los pinchos a la bandeja.

Saqué la tarjeta de la cartera con una mano temblorosa para acercarla al TPV, y no fue hasta que nos sentamos que me atreví a mirarle a la cara. Si me había escuchado, nada en su expresión ni en su comportamiento me lo hizo saber.

Era el mismo chico sonriente, amable y divertido de siempre.

—No tengo aquí mi libreta, pero cuéntame, ¿cómo te sientes ante el final inminente del tratamiento? Del uno al diez, ¿cómo valorarías su efectividad hasta ahora?

Adri lo daba por finiquitado cuando estaba al tanto de que me quedaba un encuentro con Jairo, conque él daba por anulados los suyos. No pasaba nada, era lo normal. No iba a llorar tampoco, por Dios. Qué triste era lo mío.

Cogí uno de los montaditos y le di un bocado mientras hacía como que meditaba mi respuesta, lo que necesitaba era unos segundos para deshacer el nudo de la garganta.

—¿Doce?

—Caray, qué bien.

—La verdad es que el tratamiento ha superado todas mis expectativas.

Adri bebió de su coca-cola y yo me terminé el bocadillo.

—¿Nerviosa por el examen?

—Un poco. —Acabé de tragar y bebí también—. No estoy muy convencida de encontrar siquiera un candidato con el que poner a prueba mis nuevas habilidades. Hace como doscientos años de la última vez que ligué. ¿Cómo se hace eso hoy en día? ¿Se sigue usando lo de estudias o trabajas? ¿Debería descargarme alguna aplicación?

Dejó escapar una leve risita por la nariz, apoyó las manos en la mesa y se levantó para arrastrar el taburete y sentarse a mi lado. Superpegado a mí, tanto que tuvo que meter una de sus piernas entre las mías y rodearme con la otra. Levantó una mano y deslizó las yemas de los dedos por el dorso de la mía y por la porción de piel del antebrazo que la manga de mi jersey no cubría. Se me erizó el vello de todo el cuerpo ante la electricidad del contacto.

Después agarró mi taburete y tiró para acercarme todavía más a él. Tuve que echar la cabeza unos centímetros hacia atrás para no bizquear al mirarle a esos ojos de un color que, a tan escasa distancia, era incluso más bonito: tenía vetas de castaño y manchitas verde musgo que no había descubierto hasta entonces. Estaba tan perdida en su mirada y en la exposición al calor de su

cuerpo, que tardé en darme cuenta de que me rodeaba con uno de sus brazos por la cintura, y que los dedos de la mano libre dibujaban círculos en mi muslo.

—Llevo tiempo observándote —ronroneó ahí, muy cerca de mi boca—. Y me provocas mucho más que curiosidad. —Ladeó la cabeza y se humedeció los labios en un gesto tan peliculero como sensual e hipermasculino. La vista se le fue a los míos cuando yo, hipnotizada por completo, imité el movimiento—. Me estaba preguntando si has venido sola y si tal vez te gustaría irte acompañada.

Mi cuerpo y mi raciocinio se desconectaron, y el segundo se puso en modo avión. El barullo, las conversaciones circundantes, el ajetreo de los pasillos y hasta el ruido de la máquina de café se desvanecieron a nuestro alrededor. Nos quedamos él y yo solos en una burbuja muy fina e inestable, inundada de su olor a Only the brave, en la que solo se oía el latido errático de mi corazón y mi respiración entrecortada.

Se me escapó un suspiro que me subió los colores y tragué saliva con dificultad antes de susurrar muy bajito para no explotar la pompa en la que nos hallábamos:

—¿Esta mierda suele funcionarte?

—Dímelo tú —respondió conteniendo a duras penas la risa—, es la primera vez que la uso.

Me contagié de su actitud jocosa, pues tomármelo a broma era una alternativa mil veces mejor que la de sentirme a punto de sucumbir a su intento de seducción de mentirijilla.

—Ya ves —dije a un volumen solo un poco más alto—, estoy sentada en un charquito ahora mismo, segurata.

Adrián rompió a reír con verdadero estrépito, se levantó y regresó a su asiento. Yo intenté acompañarlo en las risas, pero no me salió con naturalidad porque la tensión en el bajo vientre y el calor entre las piernas eran demasiado reales.

Mi cuerpo y mis hormonas se habían declarado en rebeldía y habían decidido que no los iba a reprimir más. Por lo que no fue decisión mía escribir a Jairo para preguntarle si podíamos vernos esa noche, fue de mi útero. Si bien había de reconocer que estaba de acuerdo con él. Me apetecía un ratito de desahogo y, además, quería ponerle fin a nuestra extraña terapia sexual cuanto antes. Necesitaba despejar el sexo de la ecuación. Lo ocurrido en el primer encuentro con Adrián afectaba a nuestra… amistad, cuando menos por mi parte. Una vez que nos sacásemos la sombra de lo sucedido de encima, me sería mucho más fácil centrarme en lo que él me ofrecía en calidad de amigo, en el sentido más tradicional de la palabra.

¿Verdad? Sí, fijo que sí.





ENCUENTRO NÚMERO 5 - JAIRO

Para ser sincera, podría acostumbrarme a eso de llamar a las puertas de mis *terapeutas* con la única intención de compartir un par de orgasmos y después irme a mi cama a dormir. ¿Qué pensarían ellos? ¿Lo veían tan normal? ¿Acaso habían hecho algo similar antes?

—¿Habéis hecho esto antes? —Bueno, pues ya lo había preguntado.

—Buenas noches a ti también, Lía —comentó Jairo carialegre antes de invitarme a pasar a su salón oficina con un ademán—. ¿Cómo ha ido tu día? El mío bastante bien. ¿Puedes decirme a qué te refieres?

Dejé mis cosas sobre la carísima silla *gamer* de su escritorio esquinero, cogí un condón del bolso y me giré hacia él mientras me lo metía debajo de la goma del sujetador, como una abuela guardando un billetito doblado para luego dárselo al nieto.

—El tratamiento —dije—, un tratamiento como el mío, quiero decir.

El pecho se le movió con una suave risa.

—Sí, claro —bromeó. Me encantaba verlo tan suelto, con lo tímido y seriote que era al principio. Qué poco quedaba del Jairo circunspecto—. Estamos subvencionados por la Seguridad Social.

—Es que se os da tan bien y os lo tomáis con tanta naturalidad que cuesta creerlo.

—Porque no había nada que tratar, ¿no te das cuenta? Nosotros no hemos hecho nada más que liarnos con una chica preciosa que nos cae de puta madre. Tenemos muy poco mérito.

La cosa estaba muy lejos de ser así de simple, aunque me gustó su visión. Y como mi cuerpo no quería perder el tiempo, la Lía desinhibida que estos chicos me habían descubierto en los recovecos más alejados de mi personalidad tomó el control.

—Discrepo, pero no vamos a discutir. —Me acerqué a él hasta casi tocar su torso con mi pecho, y hablé con una seguridad que ni yo me creía del todo—. ¿Listo para administrarme una última dosis?

—Para ciertas cosas siempre estoy preparado. —Estiró el brazo hacia atrás y apagó la luz, lo cual me pareció un detalle muy dulce —. ¿Y tú? —Usó el mismo brazo para rodearme la cintura y atraerme hacia él. En efecto, al menos una parte grande y dura de él estaba ya lista para nuestra sesión de despedida—. ¿Hay algo que quieras probar?

—¿Hay algo con lo que te gustaría sorprenderme?

—¿Estás abierta a las sorpresas?

Solté una risita medio tímida, medio idiota para luego contestar la primera estupidez que se me pasó por la cabeza:

—Abierta todavía no estoy, pero estamos en ello.

Ahogué un chillido cuando me levantó en el aire y estrelló su boca con la mía. Enrosqué los brazos en su cuello y las piernas en torno a sus caderas, y traté de seguirle el ritmo a su lengua cuando se trasladó al dormitorio conmigo encima. De alguna forma, que me llevara en volandas, como si no costara, era una fantasía en sí misma. ¿Quién no fantaseaba con que un hombretón la sujetara así y la empotrara contra la pared? Y ni siquiera tuve que morir de vergüenza y pedírselo, porque encastrarme en la pared fue lo que

hizo en cuanto entramos en la penumbra del cuarto, iluminado por la luz de la calle que tamizaba un estor blanco.

En la vida real era más incómodo que en los libros o las películas, la verdad. El vestido se me engurruñó por encima de los riñones cuando él me agarró de las nalgas, y se enganchaba en el gotelé, que también empezaba a rozarme la piel expuesta. ¿Me importaba? Tampoco tanto, porque mi atención se distrajo con lo que una de sus enormes manos comenzó a hacer en mi entrepierna. Jairo me acarició por debajo de las bragas, sin adentrarse todavía, mientras su lengua hacía lo que podía con mi cuello y con lo que alcanzaba de uno de mis pechos por la exigua abertura del escote. Valoré decirle que parase un segundo para quitarme el maldito vestido, pero al final no me atreví. Temí que me atacara la inseguridad, lo cual era una bobada, pues Jairo ya había visto por partes todo lo que quedaría al aire si me desnudaba. Aun así, preferí no arriesgarme. Y a él no parecía limitarle la tela, sus manos y su boca campaban a sus anchas por las partes más lúdicas de mi anatomía. Sus dedos se internaron entre mis pliegues, gemí en su cuello cuando me estimuló el clítoris con la base de la palma; protesté cuando sentí que me sujetaba más fuerte, con la intención, comprendí, de trasladarme a la cama.

—Espera —jadeé y me apreté en torno a sus dedos traviesos—. ¿Te peso mucho?

—¿Qué? No, ¿por?

—¿Podemos hacerlo… —vacilé un segundito— así?

Jairo sonrió y sus dedos entraron y salieron de mí varias veces, al tiempo que se restregaba contra mi entrepierna. El preservativo seguía donde lo había dejado, una de las esquinas el envoltorio se me clavaba en la piel sensible del esternón. Lo busqué e intenté abrirlo.

—No hay prisa —dijo él.

Aceleró el movimiento con el que me frotaba allí donde más lo quería y pronto sentí cómo se concentraba la ola de placer, que

todavía tardó menos en romperse y dejarme sin apenas fuerzas para agarrarme al artífice de ese primer orgasmo que, lo sabía bien, no sería el último de esa noche.

Despegué la coronilla de la pared, restablecí la respiración y abrí el envoltorio. No fue fácil sin bajarme de su regazo, pero conseguí ponerle el condón. Y se le ajustaba bien, había estado acertada comprando esa talla para él. Después podría dejar en la mesilla los que nos iban a sobrar, ya los usaría él con sus futuras conquistas. Individuales o en grupo.

Jairo volvió a pasarme el brazo por la espalda, me apartó las bragas a un lado, y me sujetó por la nuca, colocando el dorso de la mano entre la pared y mi cuero cabelludo. Después jugueteó con el pene sin llegar a invadirme del todo; mi reciente orgasmo se repitió en pequeños ecos cada vez que rozaba la nueva capital de mi sistema nervioso.

—Métemela —pedí casi en una orden que a él le hizo gracia.

«Guau, ¿acabo de decir eso?». No solo estaba teniendo sexo, sino que también había pedido tenerlo de una forma concreta, había experimentado un orgasmo tremendo —que no sería el único ni obra de Manolo—, y acababa de pedirle al chico en cuestión que me la metiera. Así, con todas las letras. No me reconocía a mí misma.

—Impaciente —refunfuñó sin hacerlo en realidad.

—Capullo —le devolví en el mismo tono desenfadado.

De haber querido regalarle algún otro insulto, habría sido incapaz. Me quedé sin aire cuando me penetró de una estocada hasta el tope. Lo cual era mucho en esa postura con la que le sentía tan dentro como era posible, aunque de la forma más placentera.

Gemí, eché la cabeza atrás y me permití disfrutar del empotramiento por mí y por todas mis compañeras lectoras de literatura romántica. Tras unos cuantos empellones comedidos y deliciosos, Jairo bajó la intensidad aún más y preguntó:

—¿Estás bien? —Abrí los ojos y vi que me observaba preocupado. Me apresuré a asentir, porque estaba muy, muy bien—. ¿Segura? ¿Te gusta así, tan… profundo?

Me di cuenta, en ese preciso instante, de que los cuatro encuentros con los donuts habían sido —sin contar mis prácticas de felación— ellos dándome placer y preocupándose por mí, mientras yo me dejaba hacer y ni siquiera los miraba a los ojos. No lo había hecho a propósito, pero era yo la que daba la nota fría e impersonal a nuestros calentones programados. Era mi forma inconsciente de protegerme de los posibles efectos secundarios de la *terapia*. Y era superinjusto para con ellos.

—Me está flipando, Jairo—susurré—. Estás cumpliendo una fantasía y encima la estás mejorando.

Me sujeté con fuerza para balancear la pelvis y moverme sobre su asumible longitud. Como el movimiento no era demasiado amplio, apreté los músculos vaginales todo lo que pude para acompañarlo. Sonreí ante el jadeo que se le escapó e hice una nota mental para no olvidar retomar los ejercicios de Kegel. Me los había recomendado la ginecóloga cuando le hablé de las dificultades durante el coito con Daniel y, aunque ya no los necesitaba para corregir nada malo en mí, sí los podían disfrutar mis futuras, menos egoístas y más comprometidas parejas sexuales.

Jairo la sacó casi del todo para luego volver a entrar una, dos, tres veces, quizá, antes de que yo me olvidara de qué mierda era eso de Kegel, de que antes de ellos el sexo me parecía un trámite necesario, y de que tal vez no eran horas de gemir como si no hubiera dos viviendas por planta en ese edificio. Ni siquiera me acordé de aquel hombre de mi pasado que me pedía que no me tocara durante el sexo porque lo distraía; así que arqueé la espalda y deslicé una mano hacia el lugar en el que nuestros cuerpos chocaban con una fricción que necesitaba una pequeña ayuda para llevarme de nuevo al precipicio. No tardé más que unos pocos segundos en caer por el borde.

Jairo se corrió justo después y jadeó con la frente pegada a la mía:

—Joder, no hay nada que me ponga más que ver a una mujer tocarse mientras estoy dentro de ella.





LA BRASAS

Ana insistió en ayudarme en Nochebuena. Su jefa tenía el día libre y no la necesitaría para cuidar a los niños, por lo que se ofreció a pasar la jornada conmigo, aunque fuese —según sus palabras— para envolver las compras de los clientes para regalo, o hacerme la cobertura para salir a comer o ir al baño. Le pedí que no viniera, sin embargo, llegó antes incluso que yo y ya tenía en la mano dos vasos de café de la misma cafetería en la que los compraba su primo.

—¡Café! —exclamé en cuanto llegué a su altura—. No sabes cuánto le agradezco al universo que siempre haya alguien de tu familia que percibe cuándo necesito remontar mis niveles de energía. —Abrí la persiana y entramos en el local—. Tenemos que avisar a tu primo de que ya has adelantado su trabajo antes de que nos los vaya a buscar él.

—Hoy no trabaja. —Mi nueva y dispuesta becaria dejó el café en el mostrador y se dirigió al almacén para dejar sus cosas. Su voz me llegó amortiguada desde el interior mientras yo encendía las luces y los equipos—. Y por lo que comentó en el grupo, tiene bastante lío. Dudo mucho que se acerque por aquí.

«Oh», no me había avisado. Sabía que no trabajaba de tarde porque me había dicho que me venía a buscar al cierre si aceptaba la invitación de su familia, pero había supuesto que trabajaría de mañana. Había imaginado que se pasaría al menos un par de veces

a alegrarme la jornada con sus bromas. Había pensado pedirle que comiera conmigo, si le apetecía…

—¿Lía? —preguntó Ana a mi espalda.

—Perdona, ¿decías algo?

—Que si estás preparada para poner villancicos a *full* desde ya.

«Qué remedio», pensé, si bien era verdad que la lista que cierto segurata había creado para mí no era tan terrible. Estaba muy bien. Molaba, incluso.

Las ventas tardaron en arrancar, pero estuvimos muy entretenidas con los encargos de mi clientela más fiel y el goteo de los rezagados, desesperados por encontrar los últimos regalos pendientes. Nos turnamos para salir a comer y yo me limité a meterme en el almacén y llamar a Nat, mientras me comía un bocadillo que me hice con el pan y el embutido que Ana me trajo del supermercado.

—Perdona que ayer no pudiéramos hablar —dijo nada más saludar, en esa ocasión sentada en el porche de la casona y envuelta en tres mil capas de ropa—. Bastián se despertó con los nervios de la llegada casi inminente de Papá Noel, y no veas para que se durmiera otra vez.

—No pasa nada. Perdóname tú por ser tu amiga la brasas.

—¡Boh! Cuéntame, ¿qué tal ayer con Jairo? ¿Te ha descubierto el sexo tántrico y los orgasmos *pa'dentro* infinitos o algo así?

Solté una carcajada y le bajé el volumen al teléfono, ya solo me faltaba que Ana escuchara la conversación desde la tienda.

—No, no. Me empotró como en los libros y eso que me llevo, porque se me acabaron los *tickets* ya.

—Les has dado muy buen uso, amiga. Sin arrepentimientos.

—Ya, ya, desde luego.

—¿Crees que podrás seguir viéndote con ellos con normalidad, después de todo lo que habéis hecho juntos?

—No solo lo creo, estoy segurísima —afirmé convencida—. No siento nada por ellos. Quiero decir, claro que siento, me parecen muy buenos chicos, son majísimos y les tengo ya aprecio. Pero han debido de transferirme su superpoder de superdisociación, porque es como que tengo un interruptor yo también. Puedo activar y desactivar el modo sexo con ellos cuando y donde quiera. ¿Me explico?

Nat asintió, se colocó la melena caoba sobre un hombro y comenzó a desenredarla con los dedos.

—Creo que sí que te entiendo. —Hizo una pausa, como si dudara si decir algo o no. Cuando al fin se lanzó, lo hizo sin rastro de acritud ni sarcasmo, ni siquiera arrogancia en la voz. No había más que sana curiosidad—. ¿Por qué será entonces que no te pasa igual con Adrián?

Eso mismo me preguntaba yo.

Di un respingo cuando Ana metió medio cuerpo en el pequeño cuarto después de llamarme por el nombre.

—Perdona, es que hay una chica que pregunta por ti.

Me despedí de Nat y salí a atender sin haberme comido ni la mitad del bocata.



No volvimos a tener descanso hasta la hora del cierre, con lo que agradecí sobremanera la ayuda de Ana. Habría perdido ventas sin ella, eso lo tenía claro. Hice el cierre de caja y, mientras ella se ponía el abrigo en el almacén, metí un par de marcapáginas de resina que le había visto observar varias veces junto con un billete de cincuenta euros en un sobre. Se merecía mucho más, pero ya casi nadie pagaba en efectivo y en la cartera solo llevaba monedas de cobre.

Vi que su novio la aguardaba fuera y la apuré a marcharse.

—Vamos, Ana, vete ya, que te están esperando.

—¡Voy, voy! —Salió del cuarto y me dio un abrazo apretado antes de plantarme un beso en la mejilla, tan ruidoso que me pitó en el oído. No me quejé, me gustaba su efusividad—. ¡Feliz Navidad, jefa!

—Feliz Navidad. —Tomé el sobre del mostrador y se lo metí en el bolso—. Pasadlo genial esta noche.

Sentí una punzada en el estómago por no haber podido decirle lo mismo a su primo en persona.

—¿Qué es esto?

Detuve la mano con la que iba a sacar mi discreto aguinaldo y la empujé hacia la salida, obstruida por la persiana ya bajada hasta la mitad.

—Nada, un cariño navideño.

Ella me dio un apretoncito en el antebrazo.

—Fíjate el Grinch, que cada día lo es un poco menos.

Levantó las cejas un par de veces en mi dirección y después se agachó para salir. Yo recogí el almacén, metí los desperdicios de mi comida interrumpida en una bolsa y salí también tras apagar todo.

Si la hora del cierre era mi favorita y la de la mayoría de las personas que trabajaban en el centro comercial, la hora de cierre en Nochebuena y Reyes eran las reinas de los cierres. Ni siquiera la primera jornada de cada temporada de rebajas rivalizaba con ellas.

No quise darle vueltas a por qué se sentía tan diferente ese año para mí. Atravesé el centro comercial bajo esa atmósfera especial que era algo casi palpable, tangible. El aire arrastraba esa mezcla de emociones que, en condiciones normales, eran todas positivas. Y yo respiré ese aire y me dejó un regusto amargo. Donde el año anterior no había sentido nada más que la desidia e indiferencia habituales, esa tarde sentía… desazón. Nostalgia de algo que no había llegado a tener nunca.

Procuré sonreír a cada persona que me dedicó una despedida con la mano o sus deseos de pasar una feliz Nochebuena. Intenté no ceder a la autocompasión. Estaba sola, no en soledad, que no era lo mismo.

A pesar de que salí mucho más temprano de lo normal, fuera era noche cerrada y hacía muchísimo frío. Tiré la bolsa al contenedor, me cerré bien el abrigo y eché a andar con las manos hundidas en los bolsillos y con la vista nublada por mis propias nubecitas de vaho.

A pocos metros de mi portal, el móvil me vibró en el bolsillo. Lo saqué con una ilusión que se desvaneció igual que lo hacía el calor del aire que respiraba en cuanto se encontraba con el del ambiente. Era un wasap de uno de los contactos más antiguos de mi agenda y decía: «¿Te voy a buscar o no? Si vas a venir hay que subir una silla del trastero».

«Daniel: olvídame. Feliz Navidad», fue todo lo que respondí antes de bloquearlo.

Ya en casa, puse a precalentar el horno porque me moría de hambre y así podría acostarme a las nueve, encendí las luces de mi árbol y me di una ducha. Estaba poniéndome el pijama cuando el teléfono volvió a sonar: era Nat y llamaba desde el baño de siempre.

—¿Cómo estás? Veo que ya en casa, qué gusto, ¿no?

—Sí, se me hace rarísimo —contesté mientras me sentaba a lo buda en mitad del sofá—. Me siento como si hubiera hecho pellas. ¿Qué tal todo por ahí? ¿Cuántos sois hoy?

—Veintiocho. No, espera… —Nat se llevó los nudillos a los labios y empezó a hacer números—. Treinta y uno.

—Madre mía —reí—. Qué locura.

—Un poco, pero mola.

Ya. Después de la comida en casa de Adrián me hacía una mejor idea de cómo era eso de pertenecer a una familia grande.

—¿Qué estáis preparando para cenar? ¿Un mamut?

Nat tuvo la decencia de reírme el chiste.

—¿Y tú?

—Lo mismo que el año pasado, una caricatura de lo que querría y que no tuve tiempo de aprender a hacer.

Mi amiga ladeó la cabeza en la pantalla.

—Jo… ¿Estás bien?

El corazón se me saltó un latido cuando alguien llamó con los nudillos a la puerta de arriba.

«No será capaz», pensé al imaginar a Daniel al otro lado.

—¿Qué pasa? —No debía de haber escuchado los toques sobre la madera.

—Ha pitado el horno. Te dejo ir a ayudar con el mamut y hablamos luego, ¿vale?

—Vale. ¡Te quiero!

—Y yo, pasadlo muy bien.

Mentí para no preocuparla, ya la pondría al corriente a toro pasado.

Dejé el móvil sobre la mesa y me levanté justo cuando el muy impaciente presionó el timbre.

—¡Ya voy! —chillé enfadada, qué poca paciencia.

Puse mi mejor cara de culo y abrí la puerta. Y mi pobre corazón se volvió a parar antes de ponerse a latir como un tambor.

—¡Ho, ho, ho! —canturreó esa voz grave impostada que habría reconocido entre otras mil.

—¡Feliz Navidad! —corearon los otros dos.





NOCHEBUENA

«No voy a llorar, no voy a llorar, no voy a llorar». La garganta se me apretó cuando los vi a los tres cargados con un par de bolsas reutilizables de supermercado cada uno, capitaneados por un Papá Noel guapísimo y jovencísimo, sin barba ni peluca ni barrigota, pero aún vestido con su traje rojo de la mejor calidad.

—Chicos… —tragué saliva—. ¿Qué hacéis aquí?

—Celebrar la Nochebuena con una amiga —respondió Adri—. ¿Podemos pasar?

Me hice a un lado y ellos entraron uno por uno después de dejar un beso en mi mejilla colorada, más por la emoción que por ningún tipo de vergüenza.

Tomé un par de bocanadas de aire y me froté los ojos mientras los seguía hacia la cocina, donde habían entrado con Adrián a la cabeza.

—¿Qué habéis traído?

Aritz fue el primero en ponerse a sacar cosas de las bolsas, Jairo abrió la nevera e hizo hueco para lo que fuese que pensara meter dentro. Adrián dejó lo que cargaba encima de la mesa y se quedó con una bolsa de tela en la mano.

—Hemos traído nuestra cena de Nochebuena especial —dijo risueño—, cada uno ha aportado algo de lo que se suele comer en

su casa.

—¿Habéis cocinado? ¿Tú también?

Adrián se llevó una mano ya sin enguantar a la elaborada pechera del disfraz.

—¡Au! Cómo me duele tu desconfianza.

—El único que ha cocinado ha sido Jairo —aclaró Aritz. Levantó la esquina del papel aluminio que tapaba la bandeja que le estaba pasando al otro donut para que este la metiera en la nevera—. Yo he traído los típicos langostinos de mi casa, que puede que no sean muy elaborados, pero los comemos cada Navidad. Y los he comprado cocidos porque no pensé que dejarlo para última hora limitase mis opciones, francamente. —Se encogió de hombros bajo el grueso anorak—. La falta de costumbre.

Jairo guardó la bandeja de su amigo, agarró un táper de cristal y lo volteó para mostrarme el contenido.

—Yo he hecho arroz navideño dominicano con la receta ancestral de mi familia materna. —Lo metió en el frigo e hizo el gesto de la victoria, todo chulito.

Aritz resopló, me miró y murmuró entre dientes:

—No quieras saber cuántas veces llamó a su madre durante el proceso.

Su amigo alargó los brazos por delante de él y se hizo con una botella de champán que metió también en la nevera mientras hablaba.

—Las veces que me hizo falta para estar seguro de que os vais a chupar los dedos con el resultado, porque algunos no tenemos la masculinidad tan frágil como para no pedir ayuda cuando la necesitamos.

—¡Uuuuuuuh! —aulló Adrián divertido—. Esa ha sido dura, colega. —Pasó por mi lado, tan cerca como para que mi nariz detectara algunas notas de su colonia y mi cerebro me regalara un revisionado

acelerado de lo acaecido en el 100 Montaditos. Levantó en el aire la bolsa de tela que aún llevaba en la mano—. ¿Puedo ir a tu cuarto a cambiarme?

—¡Claro! Ve. —Le observé internarse por el pasillo antes de volverme de nuevo hacia los otros dos, que seguían vaciando bolsas, por lo que me dispuse a colaborar en la tarea.

Jairo aceptó el brazo de gitano industrial que le pasé, dentro del plástico transparente que lo protegía, lo guardó con cuidado y cerró la puerta.

—Eso lo hemos comprado —confesó como si fuese necesario.

Retiré de la bolsa una última fuente de cristal de un tamaño considerable y tapada también con papel de aluminio.

—¿Esto no necesita frío?

—No —respondió también el más cocinillas de los tres—. De hecho, necesita horno y veo que ya está encendido. Hemos llegado justo a tiempo de evitar que añadieras otro plato a nuestro menú, ¿no?

Empecé a retirar el papel que alguien había colocado con gran meticulosidad.

—¿Esto de qué casa es?

Aritz me respondió mientras se sacaba la cazadora.

—De ninguna, Adrián compró el brazo de gitano porque es el postre que toman en la suya, pero eso es un encargo que le hizo a su madre.

La curiosidad me juntó las cejas sobre la nariz y me impelió a deshacerme de la envoltura con más rapidez. El nudito de la garganta regresó a su posición cuando vi lo que había en esa bandeja. La dejé sobre la encimera, salí de la cocina y atravesé el pasillo a un ritmo que casi, casi se podía considerar correr. Abrí la puerta sin tan siquiera llamar y me lancé hacia Adrián para rodearle el torso con fuerza y hundir la cara en su cuello. Él, que por lo poco

que pude ver con la vista empañada por la emoción, estaba abrochándose los vaqueros e iba aún desnudo de cintura para arriba, me envolvió entre sus brazos y apoyó una mejilla en mi pelo.

—Ey… —dudó—. ¿Y esto?

—Gracias —dije a duras penas.

—Eh… De nada, librera. Los tres queremos estar aquí contigo.

Negué con un cabeceo y me separé un poquito de él para poder mirarle a los ojos.

—Gracias por eso, pero… —Se me escapó un suspiro—. Gracias por los canelones.

—¡Mierda! —masculló—. Se suponía que era una sorpresa.

—Y lo ha sido —aseguré antes de volver a apoyar la cara contra la piel cálida de su cuello y su pecho.

Todavía estaba sorprendida, no me podía creer que él hubiera tenido tan presente un comentario sin importancia dentro de una conversación banal. Ni que se hubiera tomado la molestia —él y su madre— de preparar el plato favorito de mi abuela. Los canelones de aprovechamiento que en su tierra de origen se hacían después de las fiestas, y que ella elaboraba con los restos de la cena del día veintitrés, que era el cumpleaños de mi abuelo. En nuestra casa, en Nochebuena siempre se servían canelones adelantados. Y a mí me encantaban, pero nunca me había puesto a hacerlos con ella porque siempre habría tiempo más adelante. Hasta que dejó de haberlo y mi abuela ya no me pudo enseñar su receta.

—Llevan cerdo, ternera y pollo, como me dijiste, y alguna cosilla que ha improvisado mi madre. —Su pecho se movió cuando soltó una risa ligera—. Porque ya sabes que soy un chef de primera, pero mis otros trabajos me han tenido ocupado y he tenido que subcontratar.

—Ya —murmuré contra su piel—, comprensible.

Permanecí allí, emocionada y pegada a él como un cromo, durante los segundos que me demoré en apaciguar el pulso y el remolino de emociones que me sacudía por dentro. Antes de llegar a conseguirlo, levanté la cabeza y me moví para darle un beso en la mejilla. Solo que él también se movió, como si hubiera tenido la misma intención, y el beso se produjo sobre la comisura de su boca. Me quedé paralizada a unos centímetros de donde una porción mínima de nuestros labios se tocaron un microsegundo. Adri tampoco se movió ni dijo nada. Nuestros pechos se juntaron cuando tomó aire.

Todas y cada una de las células de mi cuerpo se morían por repetir y mejorar ese beso.

La voz de Aritz a mitad del pasillo fue lo que me hizo separarme de un salto, como si hubiera estado haciendo algo malo.

—¡Lía! —repitió justo antes de pararse bajo el quicio—. ¿Dónde tienes un…? —Entrecerró los ojos y sonrió con picardía—. Eh, ¿interrumpo?

Se me escapó una risita histérica y terminé de alejarme de Adrián.

—¿Qué dices? —Más risas tontas—. ¿Qué ibas a interrumpir?

Mi Papá Noel favorito se limitó a agacharse, sacar una camiseta de la bolsa y ponérsela con toda la parsimonia. Aritz sacudió la cabeza en un gesto con el que me pareció que desechaba sus sospechas y me preguntó dónde guardaba los manteles.

—¡Los he encontrado! —informó Jairo al otro extremo del piso.

—¡Voy! —dije de todos modos.

«¿Qué acaba de pasar?».

Pasé al lado de Aritz con una sonrisa de dibujo animado en la cara y corrí a ayudar a Jairo a poner la mesa del comedor, que ellos ya habían abierto y separado de la pared.

Después de tener la decencia de ponerme algo de ropa acorde con el *dress code* informal que llevaban los chicos, mis tres nuevos

amigos y yo pasamos las siguientes horas preparando alimentos, compartiendo anécdotas, riendo, comiendo, bebiendo y, solo en mi caso, dando las gracias al universo por haber puesto a ese trío en mi camino. Y por esos canelones que no sabían ni parecidos a los de mi abuela, aunque también estaban muy buenos. Y por el resto de la comida que nos metimos entre pecho y espalda, todo buenísimo, con mención especial al arroz dominicano de Jairo.

No me los merecía, no me merecía que hubieran plantado a sus familias para acompañar en esa noche tan especial a alguien como yo, alguien que había rechazado invitaciones por el puro placer masoquista de regodearse en su dolor. Sin embargo, allí estaban, cantando frente a la tele éxitos del pop español de las últimas décadas, con las copas de champán vacías haciendo las veces de micrófono, y tirando de mí para que me uniera a su alocada *performance*.

Fue Aritz el que me agarró de la cintura y me llevó al centro de la alfombra que era su escenario. En la pantalla había una rubia y una morena cantando que querían bailar toda la noche.

—Vamos, librera —me arengó usando el apelativo que tanto escuchaba en boca de Adrián—, relájate y disfruta. ¡Suéltate! ¡Baila, baila, bailando, *ba*, baila, baila, bailando, hey!

De verdad que lo estaba pasando bien tan solo con verlos hacer el ridículo, y lo que menos quería era cortarles el rollo, pero yo odiaba el karaoke y así se lo hice saber:

—Odio cantar, lo odio mucho.

—Odias muchas cosas —repuso divertido—, vamos a tener que cambiar eso, ¿eh?

Jairo se puso delante de mí, me sujetó por los hombros y me dio un meneo acompasado con la música.

—¿También odias bailar? —preguntó desde allá arriba.

Me encogí y asentí. Así era yo de aburrida, qué le íbamos a hacer. Lo peor era que, en realidad, me encantaba bailar, solo que me daba

vergüenza y por eso no solía hacerlo.

—A ver —dijo Adri, se agachó a por el mando de la televisión y le bajó el volumen al mínimo audible—, dinos qué te gusta, venga.

«Vosotros», dije solo para mis adentros y desde el fondo de mi corazón.

Cogí la goma del pelo que llevaba en la muñeca y empecé a hacerme una coleta alta.

—Pues… no sé.

Jairo quiso ayudarme y comentó:

—Podemos jugar a algo. —Agarró las copas de sus amigos y las dejó, junto con la suya, sobre la mesa del comedor—. Al póquer o al Trivial o a cualquier otra cosa que te apetezca.

Aritz ahogó una exclamación y salió del salón a toda prisa, para volver tan solo un instante después con un fardo en la mano.

—¡O podemos jugar al Twister! —Desenvolvió lo que traía y lo dejó caer como una persiana ante él. El rectángulo blanco tachonado de topos de colores se desplegó hasta el suelo—. Me había olvidado de que lo había traído.

—Ya me tardaba —farfulló Adri.

—¿Jugáis mucho o qué?

—Está como obsesionado con ese juego —respondió Jairo—. Lo intenta siempre que puede, pero hace años que no le cuela.

—Va, una partida —rogó el más bajito de los donuts—, que es Nochebuena y ni siquiera hay bares abiertos. ¿Qué podemos hacer, si no?

—Ahí tiene razón —le concedí solo para hacer rabiar a los otros.



Lamenté haberle apoyado en cuanto me dejé la barbilla en la alfombra, después de que se me resbalara la mano que tenía en el rojo. Cosa que nada tuvo que ver con que alguien que me perdí en aquel amasijo de cuerpos, hubiera rozado no quería saber qué con mi culo. De pronto en mi piso hacía mucho calor y el salón era demasiado pequeño para semejante exhibición de contorsionismo grupal. Y ellos se descojonaban de la risa y seguían moviéndose y cambiando las manos y los pies de color como si no les afectara lo más mínimo tanto roce. ¿Qué me pasaba? ¿Podía culpar a la fase del ciclo en la que me encontraba? ¡Como si recordara cuándo había sido mi última regla! Tenía el cerebro en modo adolescente en viaje de fin de curso, todo hormonas y exaltación de la amistad.

—¡Oye! —protestó Jairo—. Que soy largo, pero no de goma. Me vas a… ¡Mierda!

Le falló el brazo y colapsó, grande como era, provocando que todos acabáramos tirados sobre el plástico en una maraña de piernas y brazos flácidos por el cansancio. Lo cual agradecí, me dolían los hombros y las rodillas ya.

—He ganado de paliza —dijo Aritz—, tenéis la elasticidad de una vara.

Al cerrar los ojos fui hiperconsciente de todos los puntos en los que estábamos de nuevo en contacto. Aritz estaba recostado sobre mis muslos; Jairo, tumbado a mi derecha y su brazo descansando sobre mi vientre; Adrián yacía a mi lado, yo tenía la cabeza sobre su hombro y él paseaba las yemas de los dedos en círculos perezosos sobre la piel desnuda de mi antebrazo. Nos habíamos quitado los calcetines para evitar resbalones, y su pie rozó el mío cuando flexionó la pierna.

Hice un par de respiraciones profundas antes de poder hablar.

—No entiendo por qué te gusta este juego, Aritz.

—Nadie lo entiende —convino Adrián—. Tenemos la teoría de que le mola porque es lo único a lo que puede ganar.

—Venga, no me jodáis —refunfuñó el aludido—. Hace menos de un minuto estabais descojonados de la risa.

—La mía era una risa nerviosa —expliqué—, alguien tenía la cara pegada a mi culo.

Nos quedamos en silencio después de que Aritz soltara una carcajada. En la tele seguían poniendo fragmentos de actuaciones musicales.

Adrián se movió con cuidado y entornó el cuerpo hacia mí. Abrí los ojos y me encontré con los suyos muy, muy cerca. Se me puso la piel de gallina cuando, después de darme un toquecito en la punta de la nariz, colocó la mano en el lateral de mi cuello y su pulgar comenzó a acariciar el contorno de mi mandíbula.

—Estás cansada —afirmó con dulzura y una sonrisa en la cara. ¿Cómo podía ser tan guapo? Y tan bueno conmigo y, en definitiva, un tío tan genial. Ajeno a mis pensamientos, amplió la sonrisa, se acercó y depositó un beso suave en mi frente—. Terminamos de recoger todo y te dejamos irte a dormir.

Retiró el brazo de debajo de mí y se levantó. Los donuts le imitaron y se pusieron en pie justo antes de que él me tendiera los brazos para ayudarme a incorporarme. Perdí el equilibrio y casi me caí cuando me paré sobre los talones, suerte que él me sujetó por la cintura con ambas manos.

—Ey —dijo—, que te me caes. ¿Estás bien?

Tenía sueño y me dolían partes del cuerpo que no me habían dolido desde el instituto, pero estaba bien. Estaba muy bien. Estaba exultante. Estaba feliz.

Tan, tan feliz, y tan, tan cerca de él y de su olor a Only the brave, del calor de su piel, de sus ojos brillantes, de sus labios sexis y casi siempre sonrientes…

En ese momento ya no me permití dudar, no lo pensé, no calculé las consecuencias y no detuve el impulso. Solo le agarré la pechera

de la camiseta, introduje los dedos de la otra mano por el pelo corto de su nuca y le besé.





NO LO SABES

Por unos segundos, y como por arte de magia, en mi piso solo estábamos él y yo y ese beso. Fueron unos segundos en los que se creó una brecha en el continuo espacio-tiempo. Toda la galaxia se redujo a nuestros cuerpos unidos por ese punto en el que sus labios se toparon con el anhelo de los míos. Por un momento fugaz, flotamos ingrávidos en la nube resultante tras esa explosión de espontaneidad inusitada, nada propia de mí.

Me caí de la nube —y di con el trasero en el suelo de esa realidad paralela que me había montado— cuando me separé de Adrián lo justo para tomar aire y me percaté de que él no había participado en el beso en la misma medida que yo. Ni de lejos. Sus manos seguían en mi cintura, su rostro no se apartó del mío y su mirada estaba fija en mi boca, sin embargo, era evidente que su inacción se debía a la mera sorpresa. Para él era un beso más, sin consecuencias, sin las implicaciones que lo ocurrido tenía para mí.

«Amalia, querida, ¿qué coño acabas de hacer?». Dejé caer las manos a los costados y di un pasito atrás, con lo que él hizo lo mismo con las suyas. No se alejó ni dijo esta boca es mía. Solo se quedó allí de pie, analizándome, supuse. Y yo valoré mis opciones: a)pedirle perdón, b)correr a encerrarme en el baño hasta que se aburrieran de esperar y se marcharan, c)romper una de las copas que había a mi alcance y hacerme el harakiri con un fragmento de cristal, d)todas las anteriores.

Al final me pudieron la prisa y la enajenación hormonal transitoria, y me decidí por la más loca de las vías de escape: e)restarle importancia y demostrar la poca que tenía, de un modo bien convincente. ¿Cómo?

Me giré a mi derecha, extendí el brazo y tiré de una de las trabillas del pantalón de Aritz para atraerlo hacia mí. Él sí pudo verlo venir y no es que me devolviera el beso, es que me devoró la boca antes de que pudiera pararme a pensar en lo que estaba haciendo. Puse la palma en el centro de su pecho y me volví hacia la izquierda para buscar al otro donut del paquete. Me costó la vida no mirar a Adri en mi camino hacia su amigo. Jairo me observaba con la cabeza ladeada, los labios estirados en una sonrisa torcida y las manos hundidas en los bolsillos de sus vaqueros negros. Con una seguridad que no había sentido jamás en un contexto tan… íntimo, avancé hacia él y me puse de puntillas para besarlo como jamás había besado a un amigo.

Rompí el beso con Jairo y reculé hacia la ventana cuando este preguntó:

—¿A qué ha venido esto?

Me detuve cuando mis pantorrillas chocaron con el baúl que tenía delante del ventanal. Tras reunir la poca dignidad que me quedaba, elevé un hombro y fingí toda la indiferencia que fui capaz.

—Mmm… No sé…

—No lo sabes —repitió Aritz, no sin cierto tonillo.

Sí que lo sabía. Y no era solo la forma que se me había ocurrido de disimular el arrebato que me había hecho besar a Adri. Era algo sobre lo que había fantaseado ya en varias ocasiones, aunque no había tenido el valor de reconocérmelo a mí misma. Y, por otro lado, acababa de comprender que tal vez sería la única forma de desquitarme con Adrián. De modo que recurrí a esa nueva Lía que no había existido hasta que comenzó el *tratamiento*, me quité los pantalones con el que pretendía que fuese un movimiento sensual, los recogí del suelo y los dejé caer encima del baúl.

—He estado pensando —dije antes de darme la vuelta y bajar la persiana, porque una cosa era que los vecinos de enfrente nos vieran bailar y otra muy distinta que nos vieran… haciendo otra cosa.

Aritz me instó a continuar con un gesto cuando regresé a la posición anterior.

—Ajá.

Tragué saliva y me solté el pelo para ganar tiempo mientras me lo atusaba un poco.

—He pensado que no sé si quiero hacer el examen final. No en los términos que hablamos.

La vista se me fue hacia Adrián cuando se adelantó y habló, mucho más serio que su amigo.

—No tienes que hacer nada que no quieras.

—Lo sé. —Le sonreí—. Pero he descubierto que hay algo que sí que quiero hacer —vacilé y casi me reí al ver sus caras expectantes —. Con vosotros. Con los tres. Al mismo tiempo.

Solo una vez y nunca más. Si ellos también querían, lo haríamos, lo pasaríamos lo mejor posible y luego haríamos como si eso, e incluso la terapia, nunca hubieran tenido lugar. De ahí en adelante, seríamos solo cuatro amigos más.

Si ellos estaban de acuerdo, obvio. Y no me era fácil leer sus expresiones desconcertadas para saber si lo estaban o no. Por eso seguí explicándome, con la voz vibrante y las mejillas ardiendo.

—Creo que sería una buena prueba final y una forma genial de terminar el tratamiento. —Paseé la mirada de uno a otro varias veces. No se movieron, no dijeron nada. Me mordí el labio y me rasqué la nuca con fruición. ¿Podía alguien morir a causa de un episodio grave de humillación? Era lo que me iba a pasar si me rechazaban—. Estaría guay que alguien dijera algo. —Intenté descifrar sus pensamientos cuando empezaron a mirarse entre ellos

—. Vosotros habéis hecho esto antes, ¿no? Os tengo por expertos… —Abrí los brazos y los dejé caer de nuevo. Después cabeceé y me dispuse a recoger los pantalones y mi dignidad. Tal vez eran expertos, pero eso no quería decir que quisiesen hacerlo conmigo—. Bueno, no pasa nada, olvidad lo que…

Como venía siendo habitual, fue Aritz el que intervino primero.

—Espera. —Me señaló con un dedo y se dirigió a sus amigos—: ¿Cuánto ha bebido? ¿Alguien ha controlado el alcohol que ha tomado?

Adrián negó con la cabeza, todavía impertérrito. No entendí si esa negación respondía a la pregunta de su amigo, o si intentaba disuadirme a mí. No había tomado apenas alcohol y, aunque aún no me podía creer que me hubiera atrevido a tal cosa, estaba muy segura de lo que les estaba planteando.

—Ha bebido una copa de vino y se ha mojado los labios con el champán —aclaró al fin.

Jairo rio y se cruzó de brazos.

—No está borracha —comentó este.

Adrián dio un par de pasos hacia mí.

—¿Estás hablando en serio?

—Totalmente. —Di un pasito yo también, cerré la distancia entre ambos y clavé los ojos en el verde oscuro de los suyos—. Si a vosotros os apetece.

«Sobre todo, si a ti te apetece», pensé. Necesitaba que le apeteciera a él más que a ninguno. ¿Por qué? No tenía ni idea, pero así era.

—Yo estoy dentro —canturreó Aritz—. En serio y en el doble sentido en cuanto pueda, también —añadió jocoso.

—Y yo—se sumó Jairo.

Adrián no dijo nada. «Mierda, no quiere», lamenté en mi fuero interno.

—¿Estás segura? —preguntó muy, muy bajito.

Asentí muy convencida.

—¿Recuerdas que una vez me dijiste que tomara la iniciativa y que pidiera lo que quería?

—Sí.

—Pues esta soy yo tomando la iniciativa.

—Y ¿qué es lo que quieres pedir?

—Que tú participes. —Tomé aire—. Conmigo y con ellos.

Aritz carraspeó a escasa distancia de nosotros.

—Siento interrumpir, pero quisiera dejar claro que yo solo disfruto mirando y compartiendo. Por lo demás, solo Lía puede hacerme cositas.

Jairo rio a su lado, Adrián puso los ojos en blanco. Yo me mordí el carrillo por dentro para evitar reír, había ciertas cuestiones que debían quedar claras.

—¿Alguna vez habéis hecho esto los tres juntos?

El más bajo de los donuts respondió:

—Adrián y yo estuvimos una noche con la misma chica. —Señaló con la barbilla a sus amigos—. Estos dos han tenido sus más y sus menos también.

No me dio tiempo a preguntar a qué se refería con eso, porque Jairo intervino antes:

—Y yo llevé a Aritz al club *swinger* una vez.

—Fue la hostia de interesante, la verdad. —Aritz le dio con el puño en el hombro—. Este tío es la puta estrella allí dentro.

Volví a centrarme en Adrián, seguía más serio que sus amigos.

—Ese superpoder de superdisociación vuestro, ¿aplica entre vosotros?

—¿A qué te refieres?

—A que… bueno, exceptuando a Aritz, que ya ha aclarado ese punto, me gustaría que esto fuera algo, ya sabes… coral.

Porque la idea era de lo más excitante y porque, de alguna manera, pensé que, si Adrián lo veía como una oportunidad de explorar los límites difusos de su sexualidad, le tentaría más que si solo se trataba de acostarse conmigo.

Jairo no dudó en emplear las palabras que yo no me había atrevido a pronunciar:

—Lo que quieres es que también nos enrollemos entre nosotros. —Adrián se volvió hacia él y se comunicaron con esa habilidad muda, fruto de años de amistad—. Ya me conocéis, yo no tengo ningún problema.

Por primera vez en lo que se me antojaron horas, Adrián estiró los labios en una sonrisa cargada de promesas lujuriosas.

—Eres una caja de sorpresas, librera.

Se aproximó hasta que nuestros cuerpos chocaron entre sí, me pasó el brazo por la cintura y me dio un beso caliente y húmedo que me aflojó todas las articulaciones. Abrí los ojos cuando sentí que suavizaba el agarre y, tambaleante, vi cómo reculaba hasta llegar a Jairo. Después, observé atónita cómo sujetaba a su amigo por la garganta y cómo compartían un beso casi tan ardiente como el que me acababa de dar a mí.

Fueron solo unos segundos, pero los suficientes para que todo mi cuerpo activara el modo sexo. La boca se me secó, la piel se me erizó, los pezones se me endurecieron cuando el vientre se me contrajo y sentí la humedad en la ropa interior.

—¿Era esto lo que querías? —preguntó.

Con la respiración acelerada, respondí:

—No, quiero mucho más.





FELIZ POLVORÓN

Por el rabillo del ojo vi a Aritz quitarse la camisa y el cinturón antes de sumarse a mi mayor fantasía de todos los tiempos.

—Muy bien, Lía —dijo mientras venía hacia mí—. Tú pide por esa boquita, no te cortes.

Me acunó la cara con las dos manos y me plantó un morreo que casi me dejó sin respiración, después, se situó a mi espalda, me apartó la melena sobre una clavícula y metió las manos por debajo de la blusa, para luego subirlas lentamente por mis costados hasta detenerlas bajo mis pechos. Dios, se me iba a cronificar la piel de gallina.

Adri caminó hacia nosotros y Jairo se fue hacia la puerta, pero solo para apagar la luz y regresar. Se deshizo de la camiseta en un movimiento fluido y yo alargué las manos para ayudar a Adrián a hacer lo mismo con la suya.

Suspiré y ladeé la cabeza cuando Aritz comenzó a besar y mordisquearme el cuello que había librado de mi melena antes. El plástico sobre el que habíamos jugado al Twister crujió bajo mis pies descalzos cuando enrosqué los dedos, encendida como no recordaba haberlo estado en mi vida.

Claro que nunca me había visto en tal situación. Tampoco me había imaginado jamás que ver a Jairo acariciando desde detrás el

torso de Adrián —espectacular bajo la única iluminación de las lucecitas del árbol— me haría sentir tanto deseo. Estaba tan excitada que me dolía, aunque de un modo agradable. Y extraño. Mi sistema no terminaba de decidirse.

Jairo sí que se decidió. Empujó con suavidad a Adrián hasta que nuestros pechos entraron en contacto y coló la cabeza entre los dos para besarme mientras le tomaba la mano y la llevaba hacia mi bajo vientre. Adrián rotó la muñeca y coló las puntas de los dedos bajo la cinturilla de las bragas.

—¿Puedo? —preguntó este en un susurro suave.

No le respondí porque las señales de mi cerebro no funcionaban como era debido y no llegaron a mi boca, por lo que me limité a poner mi mano encima de la suya y guiarlo hacia el epicentro de mi deseo. Ahogué un gemido cuando sus dedos me acariciaron tentativos. A él se le oscureció la mirada cuando comprobó de primera mano —literal— lo preparada que estaba para sus dedos y para todas las partes de él que quisieran unirse a nuestra fiesta. Apretó los párpados con fuerza cuando Jairo le lamió el cuello por debajo de la oreja, le bajó la cremallera y deslizó una mano por dentro de sus vaqueros. Se humedeció los labios cuando Aritz, después de abrirme la blusa hasta el ombligo, sacó mis pechos por fuera del algodón y el encaje del sujetador, y se puso a jugar con mis pezones tiesos.

Adrián introdujo dos dedos en mi interior y comenzó a entrar y salir sin dejar de estimular el clítoris en ningún momento. Si me hubieran dado un millón de euros por adivinar con exactitud cómo lo estaba haciendo, seguiría teniendo una hipoteca que pagar, porque todo mi ser estaba perdido en las sensaciones y en los fogonazos de placer que me recorrían la columna de cuando en cuando. Estaba extasiada por lo que me ocurría en la entrepierna, en la piel sensible del cuello, en los pechos.

Madre mía, tenía a tres hombres para mí sola y yo apenas estaba haciendo nada por ellos.

Así que arrimé el culo a la bragueta endurecida de Aritz, me froté contra él y no tardé en sentir que me apartaba las bragas para hundir la punta entre mis nalgas. Alargué el brazo y metí como pude la mano en los calzoncillos de Jairo. Y estampé los labios contra los de Adrián, ávida de su lengua y su sabor.

Mover el culo y la mano a distintos ritmos, mientras intentaba seguir a la lengua de Adrián, no se me daba bien, y la descoordinación empeoró cuando sus dedos aceleraron el ritmo y centraron la estimulación en dos puntos muy concretos de mi vagina y alrededores. Me abandoné al remolino de placer que no dejaba de crecer en mi centro y me olvidé de todo lo demás cuando empezó a desperdigarse en todas direcciones.

—Perdonadme, chicos —gemí ya quieta, con una mano entorno al miembro de Jairo y agarrada con la otra al brazo de Adrián—. Me voy a… a… ¡aaaah! —Lo sentí en el vientre, en torno a sus dedos, en el medio del pecho, en los pezones y hasta en la muela que tenía empastada. Gemí más alto, jadeé y, un buen rato después, apoyé la frente en el pecho del chico que me acababa de provocar un orgasmo brutal, y casi incapacitante, con los músculos internos todavía apretándole la mano. Me habría caído si Aritz no me estuviera sujetando—. Dios… —Tragué saliva—. Madre mía…

No me di cuenta de que había soltado a Jairo y de que se había ido hasta que él regresó, con los pantalones desabrochados y lo que parecían varios preservativos en una mano. Aritz seguía con la bicicleta aparcada en mi culo y la mano de Adri aún acariciaba mis pliegues vergonzosamente húmedos. Le di un pico suave y musité:

—Gracias.

Adrián soltó una risita baja.

—No me las des.

Aritz me soltó los pechos y llevó las manos a mis nalgas sin dejar de moverse entre ellas.

—¿Por qué hará eso siempre? —le preguntó solo a él antes de morderme el lóbulo de la oreja y deslizar una mano por mi pubis todavía cubierto por las bragas—. Como si no lo estuviéramos gozando tanto como tú, Lía.

Jairo llegó a nuestro lado, sujetó a Adrián por la nuca y pegó su cara a la mía para después unir también la suya y darnos un beso a tres bandas, y a tope de lengua, que fue una de las cosas más raras y excitantes que había hecho nunca.

—¿Cómo estás? —preguntó antes de tomar la mano de Adrián y llevarla a mi teta izquierda, mientras él se encargaba de la derecha y de frotarse con el trasero del segurata.

Aritz aprovechó la vacante y me agarró la entrepierna con toda la mano. Gemí cuando introdujo un dedo y palpité en torno a él.

—Estoy muy bien —conseguí responder. Porque, por todos los dioses, nunca había estado mejor.

—¿Quieres seguir? —preguntó también Jairo, quien parecía estar al mando allí.

Supuse que era bueno que hubiera alguien al cargo de la organización de nuestro pequeño —no tan pequeño— evento sexual. Conforme recuperaba la capacidad de hilar un pensamiento con otro, comencé a preocuparme por la logística. Si el sexo ya se me hacía cuesta arriba en condiciones normales, no sabía cómo leches lo íbamos a hacer con tanta gente metida en faena. En cualquier caso, era tarde para ponerme a hacer cábalas. Además, confiaba en ellos. Y estaba muy cachonda.

—¿Lía? —Adrián fue el que me arrancó de mis pensamientos.

Aún no había respondido a la pregunta de Jairo.

—Quiero, quiero —balbucí—, sí que quiero seguir. —Suspiré muy alto a consecuencia de lo que Aritz hizo entre mis piernas. Tal vez incluso rodé los ojos—. Dios… por supuesto que quiero seguir.

Me arrojé contra la boca de Adri y gemí contra sus labios cuando Jairo lamió y mordisqueó uno de mis pechos. Aritz, todavía a mi espalda, me agarró la garganta con delicadeza cuando eché la cabeza atrás y la dejé expuesta. El techo de mi salón era una sinfonía de colores en movimiento. Las luces de mi precioso árbol bañaban también las pieles de tres tonos muy distintos de esos chicos que, entonces me di cuenta, aún llevaban demasiada ropa.

Agarré la cintura de los vaqueros de Adrián y le insté a bajárselos.

—Pantalones fuera —dije para enfatizar la idea.

Aritz fue el más rápido en moverse y deshacerse de los suyos.

—¿Calzoncillos también? —bromeó muy cerca de mi oreja.

No esperó a que contestara y yo no lo hice, estaba ocupada viendo a sus amigos despojarse de la ropa restante y quedarse desnudos por completo delante de mí.

Se me secó la boca de nuevo al ver por primera vez el cuerpazo de Adri. Era tan… perfecto. Todo él, de la cabeza a los pies, porque hasta sus pies eran agradables a la vista, me había fijado mientras jugábamos al Twister y uno de ellos estuvo en el verde mientras mi mano estaba en el amarillo contiguo. Aunque, por otro lado, ¿qué narices hacía yo mirándole los pies, cuando había tanto de él por descubrir? Cuando…

«Oh… ¡Oh!». Aritz estaba bajándome las bragas. No obstante, fue Jairo quién habló.

—¿Qué quieres que hagamos?

Miré a Adrián. Él no dijo nada, no hizo nada. Así que contesté:

—Quiero veros.

De nuevo, no se movió ni un centímetro cuando Aritz hincó una rodilla en el plástico, me levantó un tobillo y luego el otro para recoger mis bragas del suelo y dejarlas encima del baúl. Ni cuando me llevó de la mano hacia el sofá, se sentó, alcanzó uno de los

condones que Jairo había dejado en el reposabrazos y, después de ponérselo, me colocó a mí sobre sus muslos.

Aritz me abrió las piernas con las dos manos hasta dejarme tan abierta como era posible, me alzó un poco por las caderas y gruñó en bajito cuando me penetró sin ninguna dificultad.

Jairo se agarró el miembro y movió la mano a lo largo de su longitud mientras nos observaba con el labio inferior entre los dientes. Sin embargo, tardó solo un par de las lentas y profundas penetraciones de su amigo en volverse hacia la caña bien rellena de crema. Y yo casi me corrí al verlo besar a Adri. Al ver a Adri devolverle el beso sin apartar la mirada del espectáculo que debíamos de ser Aritz, mi vagina totalmente expuesta, mis gemidos y yo. Jairo cortó el beso y recorrió su cuello, pecho y vientre con la lengua y las manos.

Adrián inhaló con fuerza cuando el más alto de los donuts se lo metió entero en la boca, con una rodilla en el azul, la otra en el amarillo, una mano en la base del pene que succionaba y la otra en el trasero firme y perfecto de mi segurata favorito.

¿En qué momento se había convertido mi salón en el escenario de la peli porno más excitante que había visto? Y eso que había visto unas cuantas en los últimos tiempos. ¿Era también así de estimulante para Adrián? ¿Por eso no me quitaba los ojos de encima ni cuando enredó los dedos entre los rizos del chico que estaba entregado a su placer? Pues si le estaba gustando lo que veía, creía que podía incluso mejorarlo. Tenía mucho calor, y no creía que la calefacción alta, debido al frío glacial del exterior, fuese la única culpable. Abrí los botones inferiores de la blusa y me la quité con toda la dignidad que pude entre un bote sobre el pene de Aritz y el siguiente. Fue el propio Aritz el que me retiró el sujetador cuando vio que yo iba a hacerlo. Estaba en mitad de una orgía, era ridículo seguir medio vestida.

Sin dejar de mirar esos ojos verdes nublados por la excitación, arqueé la espalda, dejé caer la cabeza al lado de la de Aritz y me

acaricié el pecho que este no estaba amasando. Después, bajé la otra mano por mi vientre y me toqué hasta que el orgasmo me obligó a cerrar los ojos y desengancharme de los de Adrián.

—¡Para, para! —casi gritó él. Pude verlo sonreír a su colega y ayudarlo a levantarse—. Joder, ha faltado poco y no me quiero correr aún.

Yo, todavía recuperándome, noté que Aritz también ralentizaba el ritmo, conque me incorporé y me moví en círculos sobre su hábil pene, cuya habilidad no había tenido paciencia de esperar. Me habían podido las ganas de provocar a Adrián, si bien era evidente que estaba centrado en la satisfactoria mamada de Jairo.

Tal y como mi madre me trajo al mundo, me levanté con las rodillas temblorosas y fui a por dos condones al montoncito que había en el reposabrazos. Cogí uno normal y uno XL, y luego vi que también había un sobrecito de lubricante en monodosis. «Qué preparado iba Jairo», pensé.

Levanté el lubricante ante su pecho.

—No me veo tan preparada como para usar esto. He tenido sexo anal alguna vez y no me gusta nada.

Jairo rio y me lo quitó de la mano.

—Otra cosa que no te mola —rio de nuevo—. Suerte que no eres la única con culo en esta habitación —aclaró—. Y a mí sí me gusta.

Y Adri era del *método empírico* y había cosas que aún *no había probado*. Las palabras que me había dicho una vez resonaron en mi mente. Abrí el condón más grande, manoseé el pene de Jairo uno segundos y se lo puse con cuidado. Después, hice la misma operación con Adrián y le entregué el lubricante.

—¿Te parece bien? —pregunté en bajito. Estaba claro que a Jairo sí.

Adrián asintió, me estrujó una nalga y me dio un beso largo y caliente, del que no me hubiera bajado si no lo hubiera interrumpido

él. Loca de deseo, me di la vuelta y me arrodillé delante de Aritz para retirarle el preservativo. Empecé a masturbarlo con cuidado de no apretar ni bajar demasiado, y miré por encima del hombro a los otros dos chicos. A continuación, me coloqué a cuatro patas —tres, en realidad, porque no solté el pene de Aritz mientras él acercaba el trasero al borde del sofá para facilitarme la labor—, abrí las piernas y puse el culo en pompa.

—Cuando queráis.

Una parte de mí gritaba escandalizada en un rincón de mi mente, alteradísima e impresionada por lo que estaba haciendo con una naturalidad que se me antojaba digna de admirar. Jamás habría imaginado que algo así pudiese desarrollarse de un modo tan sencillo y espontáneo. Temí que la burbuja de irrealidad en la que estábamos inmersos me explotara en la cara en cuanto terminásemos. O al día siguiente, al despertar. Temí juzgarme, temí arrepentirme.

Por fortuna, no tuve tiempo de seguir dándole bola a esas preocupaciones, a las que ya volvería más tarde. O quizá no, ¿quién lo sabía? Jairo, después de arrodillarse entre mis piernas, las apartó todas de mi mente con los besos que regó por la parte baja de mi espalda y con el modo en que sus dedos me tantearon antes de pegarse a mí, para luego penetrarme lento y hasta el fondo.

Ahogué el jadeo que me subió por la garganta y me quedé muy quieta cuando él me lo pidió: era el turno de Adrián. Miré de nuevo por encima del hombro e interpreté, por el movimiento de sus brazos, que estaba lubricándose a él y a Jairo antes de subir una mano al cuello de este y entrar en él también muy despacio y solo un poco agachado, sin llegar a arrodillarse. La maniobra subió a los primeros puestos de las imágenes más sexis que había visto en toda mi existencia. Adrián era el tío más sexi que conocía, lo era vestido y desnudo, encima de mí o detrás de Jairo.

Lo era con una mano en la parte posterior del cuello de su amigo, y, aún más, con la otra apretando mi cadera. Con los ojos clavados

en los míos mientras empujaba y el movimiento hacía que Jairo me empujase a mí, como si fuese él quien me lo estuviera haciendo entre tanto nos mecía a los dos con embestidas lentas. Me fijé en que, de manera inconsciente, habíamos formado una especie de media luna que nos permitía mantener el contacto visual, gracias, en gran parte, a que yo había adoptado una postura curvada muy poco natural. Porque sí, quería verlo, aunque me dejase las cervicales en ello.

Me obligué a apartar la vista de él y regresé a Aritz, aunque no pude evitar cerrar los ojos para seguir viendo al segurata impreso en los párpados, al tiempo que deslizaba la lengua por el miembro que tenía en la mano y me lo metía en la boca. Al contrario de lo que había creído durante años, me gustaba practicar y que me practicaran sexo oral. Y el sexo en grupo, quién me lo iba a decir. Aunque no en cualquier grupo, sino con ellos. Solo con ellos. Y solo porque Adrián era uno de ellos.

Ese fue mi último pensamiento consciente y racional. Pronto todo fueron jadeos, gemidos, sonidos de succión y los propios del entrechocar de los cuerpos de los tres que estábamos en el suelo, jugando la partida de Twister más cochina de la historia.

Me contorsioné para mirar hacia Adri cuando apretó la mano con la que seguía sujetándome la cadera, y me encontré con su mirada enturbiada por el sexo fija en mí. Comenzó a bombear más rápido y más fuerte y yo, entornada hacia a él y sin romper el contacto visual, trasladé ese cambio al modo en que mi boca y mi mano trabajaban sobre Aritz. No sabía ni cómo era capaz de seguir haciéndolo así de ladeada, ni si a él le estaría gustando. Con el aumento de la velocidad, Jairo también me había levantado un poco las caderas, con lo que la fricción resultante fue aún más placentera y pensé que tal vez conseguía llegar al orgasmo así. Iba a decirle que creía que no era necesaria esa mano que llevó a mi vértice cuando Aritz me agarró del pelo.

—Me voy a correr, Lía.

Seguí subiendo, bajando y succionando, y me lo tragué todo sin dejar de mirar —de medio lado y con gran dificultad— al chico que percutía detrás del que, a su vez, me imprimía a mí sus movimientos.

—Joooooooder… —murmuró el más bajito de los donuts.

—Mierda —maldijo Adrián antes de echar la cabeza atrás y emitir unos jadeos tan quedos que no supe cómo los había escuchado entre todo lo demás.

Yo ni maldecir pude cuando los dedos largos de Jairo me hicieron explotar en un nuevo orgasmo demoledor. Los músculos de todo el cuerpo me fallaron y tuve que inclinarme para apoyar los antebrazos en el suelo, pues las manos no me sostenían y no podía absorber sus empellones ya menos comedidos y más frenéticos. En lo que me llevó tomar un par de respiraciones entrecortadas, Jairo también terminó.

Me recosté sobre el plástico y la alfombra que este no cubría cuando salió de mí. Él se dejó caer a mi lado al mismo tiempo que Adrián se tendía al otro, con la cabeza a la altura de mi vientre y una mano encima de mi muslo. Sentí en el pubis el aire que exhaló al hablar:

—Feliz Nochebuena.

Jairo rio y le corrigió:

—Feliz Navidad.

Y Aritz añadió desde el sofá:

—¡Y feliz polvorón!





SIN REGALOS

Tan solo unos segundos más tarde, Aritz se levantó y nos echó por encima la manta que siempre tenía doblada en el respaldo del sofá.

—Os va a pillar el frío.

Adri se la retiró de la cara y replicó:

—Pero si hace un calor…

Yo sí que agradecí la manta, no tanto por el frío que no sentía como por el repentino pudor que me sobrevino cuando todo lo que vi al mirar hacia el lugar en el que Aritz se disponía a vestirse, fue su culo. Lo cual me recordó que yo también estaba desnuda. Desnuda del todo.

Jairo se incorporó sobre los codos y destensó las cervicales.

—No hace tanto calor, colega —comentó divertido—, eres tú el que aún está caliente.

—Puede ser —reconoció.

Los chicos se levantaron con toda la naturalidad y se quitaron los condones; Jairo buscó su ropa con la mirada, Adrián me tendió una mano y me ayudó a ponerme en pie. Incluso se agachó para sujetar un extremo de la manta y mantener así cubierta mi desnudez. Un detalle que le agradecí un montón.

Pese a ello, habría agradecido más, incluso, que la hubiera usado él para taparse, porque la vista se me fue a sus abdominales. Y un poco más abajo, también.

Carraspeé y me solté de su mano para envolverme en la dichosa manta.

«En fin. Bueno… ¿nadie va a hacer ningún comentario ni nada?». Pues no, por lo visto, lo habitual después de una flipante sesión de sexo en grupo entre amigos era vestirse y seguir con la velada como si nada.

—Si no os importa —dije mientras recogía las bragas y la blusa—, paso de formalidades y me pongo el pijama otra vez.

Los chicos rieron por toda respuesta y siguieron vistiéndose. Yo salí del salón, llevé las prendas al cubo de la ropa sucia y fui a mi habitación a *empijamarme*, previo paso por el baño para refrescarme un poco. Si ellos no se hubieran levantado y comenzado a hablar como si no acabara de vivir la experiencia más límite y surrealista de mi vida, estaba segura de que yo me habría quedado allí tirada como una hora o dos. Lo que me llevase salir del *shock* por mí misma, así como analizar en qué me convertía lo que había sucedido y cómo me afectaría eso de ahí en adelante. Sin embargo, el momento había pasado y como que ya no me salía ponerme en ese plan; no del todo, al menos.

Antes de regresar al salón, me paré frente al espejo del armario y miré a los ojos a la chica anodina que me devolvía la mirada con su cara de no haber roto nunca un plato.

—No me puedo creer lo que acabas de hacer —le susurré.

—¡Lía! —El grito de Aritz me hizo dar un respingo—. Si estás dormida te quedas sin regalos.

«¿Regalos?».



Los chicos habían terminado de recoger y me esperaban sonrientes, vestiditos y sentaditos frente al árbol como tres niños buenos; Adrián en el asiento central, con un donut a cada lado. No estaban ni despeinados. Y yo me paré ante ellos con el pijama de Arale y el pelo enmarañado recogido en un moño alto.

—¿Cómo que regalos? —Puse los brazos en jarras—. Yo no os tengo nada, no me hagáis esto.

Adrián le restó importancia con un ademán y señaló los tres sobres que habían colocado entre las ramas más bajas.

—Venga, ábrelos —pidió.

Me incliné para alcanzarlos y me senté frente a mis amigos en la mesa de centro que habían vuelto a colocar en su sitio. Ni rastro del tapete del Twister que no podría ver nunca más sin sufrir una contracción uterina.

Con el pecho calentito y la emoción atascada en la garganta, abrí el sobre que tenía escrito el nombre de Aritz en el reverso. Saqué la cartulina impresa del interior y leí en voz alta:

—Vale por un plan de *marketing* estratégico e imagen corporativa.

—No te ofendas —dijo con las palmas de las manos por delante—, pero lo necesitas.

Asentí carialegre y guardé el vale dentro del sobre.

—Lo sé —admití—, y no sabes cuánto te lo agradezco. —Abrí el sobre con el nombre de Jairo, retiré otra cartulina y leí—: Vale por una web atractiva, intuitiva y profesional.

—En realidad ya la tengo lista —me informó con una sonrisa de oreja a oreja—, solo falta añadir la pasarela de pago y que la pongamos cien por cien a tu gusto.

Me mordí los carrillos e hice una inhalación profunda. Al final iba a llorar.

Abrí el último sobre, leí lo que ponía y miré a Adrián mientras me esforzaba por reprimir una carcajada. Él subió los brazos al respaldo del sofá y me invitó a leer en voz alta también su vale con un gesto de la barbilla.

Me aclaré la garganta y leí:

—Vale por diez horas de reparto de *flyers* sin camiseta a las puertas del centro comercial.

Los donuts se giraron hacia él con la confusión escrita en sus rostros.

—¿Qué? —preguntaron al unísono.

—¿Qué? —repitió la caña rellena de crema, encogida de hombros y fingiendo no saber de qué iban sus amigos.

—¿Qué? —pregunté yo antes de partirme de risa—. No puedes repartir folletos de mi librería sin camiseta —logré decirle—. Qué menos que hacerlo en taparrabos.

—Lo que tú mandes, librera —convino con chulería—. Pero dale la vuelta al cupón.

Obedecí y, curiosa, leí de nuevo en voz alta:

—Vale por servicios de imprenta.

Lo siguiente era una lista detallada del obsceno montonazo de unidades de diferentes ítems que incluía mi regalo, tales como los *flyers* que él prometía repartir a pecho descubierto, tarjetas, detalles para empaquetar y demás papelería corporativa.

Debí de poner cara de susto, porque enseguida aclaró:

—No fibriles, nena, la dueña de la imprenta es amiga mía y me lo deja todo a precio de coste.

—Jo… —musité mientras devolvía el vale al sobre, solo para hacer tiempo y parpadear muy rápido para deshacerme de la humedad

que se me acumulaba en los ojos—. Es demasiado, los tres regalos son demasiado, chicos.

Adrián se acercó a mí y posó la mano sobre mi rodilla.

—Te mereces eso y mucho más, Lía.

Me levanté de la mesa, me senté en sus piernas y estiré los brazos para achucharlos a los tres en un abrazo grupal que, de alguna forma, se sintió más íntimo y especial que lo que habíamos hecho en esa misma habitación tan solo un ratito antes.

Salí de aquel tierno abrazo porque mi cara volvía a estar demasiado cerca de la de Adrián y tuve miedo de volver a enajenarme, besarlo como si estuviéramos solos —y él tuviese las mismas ganas que yo—, y hacer que las cosas se salieran de madre otra vez.

Tampoco me fui muy lejos, solo me reacomodé sobre las piernas de Adri, con la espalda recta y lejos de su boca.

—Me da mucha rabia no tener nada para vosotros.

Aritz dejó escapar una leve risa.

—Si lo prefieres tómatelo como un regalo por las buenas notas —dijo. No se detuvo cuando Adri murmuró algo por lo bajini—, porque el examen ha sido de matrícula de honor y lo hemos disfrutado todos.

Yo no tenía tan claro ni que hubiera aprobado con un *sufi* raspado. Me quedaba mucho por aprender. O sea, con eso no quería decir que fuese a repetir la experiencia, me refería a que mi grado de participación era muy mejorable. O así lo sentía cuanto más lo analizaba. De hecho, ¿se podía considerar sexo en grupo lo que habíamos hecho? No pude evitar compararlo con el porno de Adrián y, si ese era el estándar, me había quedado muy por debajo. Ni doble penetración ni uno de esos momentos que tan incómodos y estresantes me parecían, en los que la chica se entrega a todos los chicos al mismo tiempo. Lo nuestro había sido más… *light*. Más

sencillo. Más a mi nivel, supuse. Y para mí había sido muy guay, pero seguro que para ellos…

—Lía.

La voz de Adrián me sacó de esa avalancha de pensamientos intrusivos. Ya no tenía la espalda recta, me di cuenta de que me había encogido sobre mí misma cuando me acarició la parte baja, por encima de la tela suave de mi vergonzoso pijama. Alisé el dobladillo de la camiseta y me volví hacia él, aunque sin terminar de atreverme a mirarle a los ojos.

—Dime.

—Mírame. —Carraspeó y me sujetó la barbilla con el pulgar y el índice para obligarme a cruzar mi mirada con la suya—. Míranos. Somos solo nosotros cuatro después de haberlo pasado bien. No hemos hecho nada malo y esto no va a cambiar nada.

Tragué saliva y enrosqué los dedos alrededor de su muñeca. Dado que ya tenía mi atención, Adri dejó caer la mano sobre mi regazo y la entrelazó con la mía.

—¿De verdad lo habéis disfrutado?

—Joder —maldijo Aritz—, yo me estoy empalmando otra vez solo por haber sacado el tema.

Al otro lado, Jairo resopló.

—Vamos a tener que trabajar esa autoestima, Lía.

—Nena, eres una diosa —aseguró Adrián, el único de los tres que aún no lo había hecho conmigo—. No vuelvas a dudarlo.

No lo era para nada, pero siempre resultaba agradable escucharle decir eso.

Sonreí con timidez y me llevé la mano a la boca para ocultar el bostezo que fui incapaz de reprimir.

—Perdón —farfullé y, en un intento pésimo de aligerar el ambiente, proseguí—: Pero es culpa vuestra: los orgasmos me dan

sueño.

Los chicos rieron, Adri me apretó la mano.

—Pues ve a dormir —sugirió—. Mañana a las nueve vengo a recogerte.

«¡Ay, claro!», me había olvidado por completo.





AMIGO INVISIBLE

Por suerte, había terminado de preparar el mío a tiempo para la entrega de regalos del amigo invisible de la familia de Adri. Me había planteado dárselo a él para que se lo entregara a la buena y entrañable de su abuela. Había llegado a proponérselo, incluso. Él me había mirado con las cejas muy juntas sobre esa nariz recta y perfecta suya, con los pulgares en torno a la hebilla del cinturón del uniforme, y me había dicho: ¿Vas a hacerle ese feo a una anciana adorable?

No, no, por supuesto que no. De modo que, después de ver las tres llamadas perdidas de Nat, le envié un wasap para informarle de que seguía viva y animada, me despedí de mis invitados —autoinvitados— con abrazos sentidos y besos castos, y me metí en la cama a dormir. Bueno, a intentarlo. Lo que hice en realidad fue revivir en mi mente, una y otra vez, la inesperada y excitante velada. Nat iba a flipar cuando se lo contara. Si se lo contaba, pues tal vez fuese mejor no informarle de lo ocurrido. Sería más fácil fingir que no había hecho tal cosa si no hablaba de ello… ¿Por qué me moría por llamarla, entonces? Porque era mi mejor amiga y se lo contaba todo. Y porque, en el fondo, me hacía hasta ilusión darle la chapa con movidas tan bizarras. La pobre llevaba años aguantando mis mierdas y, hasta el momento, eran siempre mierdas terriblemente aburridas.

Bajé al portal unos minutos antes de las nueve, con el pelo todavía empapado y el estómago encogido. En parte por mi ansiedad social, en parte por si lo de la noche anterior no era tan fácil de superar como los chicos se empeñaban en demostrar. Porque, en eso de la superdisociación, yo aún estaba en pañales y nunca iba a alcanzar su maestría. Porque, en cuanto lo vi a lomos de la moto, algo dulce y cálido se me deslizó por la garganta y el pecho, hasta depositarse en mis entrañas. La amistad que tenía con él era la más extraña que había tenido jamás; nuestro vínculo era tan imprevisto y joven como bonito y especial.

No iba a ponerlo en riesgo por un calentón. No. Ni de broma.

Me coloqué una sonrisa en la cara, me puse el que ya era mi casco y, un cuarto de hora después, entré en aquel piso atestado de gente ya de tan buena mañana. La familia de Adrián me recibió con la misma calidez de la ocasión anterior, con una docena o dos de estridentes «¡Feliz Navidad!», así como con la misma cantidad ingente de dulces navideños. Tras los saludos iniciales, y después de haber tomado asiento allí donde creía que se esperaba que lo hiciera, dio comienzo la entrega de regalos. La madre de Adrián se había encargado de recepcionarlos y disponerlos en la mesita de la sala. Sentados a su alrededor, ocupando cada centímetro del sofá, de la alfombra y de un batiburrillo de sillas de distintos tipos, nos fue entregando los presentes, con un orden que solo ella comprendía y que nadie rebatió.

Hubo quien recibió una corbata y quien obtuvo un paraguas, hubo también entradas para un monólogo y un set de acuarelas. Fuera lo que fuese, los agradecían con lo que se me antojaba verdadera sinceridad. Casi todos adivinaron quién era su respectivo amigo invisible, hasta la abuela de Adrián supo que yo me había encargado del *scrapbook* que recibió. Quizá porque me puse roja cuando le llegó su turno, quizá porque ya quedábamos muy pocos. Daba igual, lo importante era que le gustase, y a ella se la veía encantada mientras lo ojeaba y se iba topando con las fotos de cada uno de los miembros de su tribu. Estaba muy orgullosa del resultado y me lo

había pasado bomba confeccionándolo, no obstante, lo mejor había sido la emoción en los ojillos de la mujer. Le debía una muy grande a Ana.

Estaba tan pendiente de la reacción de la matriarca, y tan contenta con que no dejara de pasar las páginas y toquetear los detallitos que las decoraban, que no caí en que me habían dejado para el final y que mi amigo invisible era mi anfitrión.

Su madre me tendió un sobre y yo sonreí, segura de que había un vale dentro. Lo que no imaginaba era cuál sería su valor.

—Nene, ¿un sobre? —rezongó su abuela—. Como le hayas metido quince euros dentro, te levantas y te vas para no volver a pisar esta casa, ¿eh?

Él rio antes de contestarle.

—Abuela, ¿de verdad me crees capaz?

Ella no respondió y yo no vi qué cara le ponía, estaba concentrada en sacar la cartulina del sobre y en leer lo que ponía, de su puño y letra: Vale por una Navidad muy especial.

«Joder, y tanto», pensé.

—¿Qué es, nena? —preguntó la abuela.

Adrián saltó de una forma muy poco propia de él:

—Es secreto.

La mujer agarró con discreción —mentira— el bastón que tenía apoyado a su lado y, con más discreción todavía —ninguna—, me dio un golpecito en la canilla con la goma de la base.

—¿Es algo guarro? —preguntó en un susurro nada disimulado.

—¡Mamá! —la reprendió su hija mientras los demás reían y yo devolvía la tarjeta al interior del sobre.

Adrián se levantó, depositó un beso en la coronilla cana de su abuela y se volvió para darle otro a su madre en la mejilla.

—Nosotros nos vamos —anunció para mi total sorpresa.

—¿A usar el regalo guarrillo?

—Abuela —murmuró el segurata—, Lía sigue siendo solo mi amiga.

—Como si eso fuera un impedimento hoy en día.

«Tierra, trágame y escúpeme en Narnia, por lo menos», cuánta razón tenía esa señora y qué al pelo nos venían sus comentarios. Sonrojada hasta la punta de las orejas, me levanté para acompañar a Adrián y para huir de la atmósfera asfixiante que, de repente, se respiraba en aquel salón abarrotado.

La mujer volvió al ataque:

—Digo yo que, si no la ha conquistado por el estómago, que pruebe un poquito más abajo.

Su nieto más guapo cabeceó, me agarró por los hombros y me llevó al pasillo.

—Ve al baño, vas a tardar en poder hacerlo de nuevo —me advirtió.



Se negó a decirme a dónde íbamos cuando salimos, ni cuando bajamos al garaje y nos montamos en el coche de su padre. Tampoco quiso explicarme qué llevaba en las dos bolsas que cargaba, una de supermercado con las asas atadas y metida en otra bolsa plástica, y una de rafia bastante grande y cerrada con corchetes. No logré atisbar el interior de ninguna.

—Vamos a usar tu vale. —Fue toda la información que me dio antes de arrancar el motor e iniciar la marcha hacia nuestro destino incierto.

—¿Estás de vacaciones estos días? —pregunté solo por hablar de algo mientras dejábamos el barrio de su familia atrás.

—No, hoy trabajo de noche.

—Hmmm… no vamos muy lejos, entonces, ya que tendrás que volver para dormir, aunque sea unas pocas horas. —Me di unos golpecitos en los labios mientras meditaba nuestras opciones y contemplaba el perfil de su sonrisa terca. No pensaba darme ni la más mínima pista—. Vas a tener que mantener mi interés con una buena charla o me dormiré. Si me llevas, podría dormir como un bebé en una carretilla. Lo que me cuesta horrores es no hacerlo en cualquier tipo de vehículo. Podrías probar a decirme a dónde vamos, quizá con la emoción consiga aguantar despierta.

Adri frenó en la cola de un semáforo en rojo y me miró.

—En realidad, deberías descansar. Es tu último día libre hasta Año nuevo, no te cortes y aprovéchalo.

—Ni de coña.

Spoiler: me dormí poco después de entrar en la autopista. Ni tiempo tuve de ver qué dirección tomaba en el primer peaje.

Me desperté con mi nombre en sus labios y una de sus manos tapándome los ojos.

—Ya hemos llegado —anunció.

El coche estaba apagado, la radio sonaba muy bajita y todo el habitáculo olía a Only the brave y a él. Los nervios por la anticipación que me burbujeaban en el estómago me hicieron espabilar en el acto.

—¿Y todavía no puedo mirar? No me digas que me vas a vendar los ojos.

—Lo he pensado, pero tienes que cambiarte antes de salir y va a ser complicado con los ojos tapados.

—¿Cambiarme? ¡Ah! —exclamé con ilusión y las manos juntas delante del pecho—. ¿Voy a acompañar a Papá Noel a entregar regalos?

El aire que se escapó de su risa me acarició la barbilla.

—No, para eso tendrás que esperar ya al año que viene, aunque aún nos quedan los Reyes Magos. —No tenía ninguna prueba de ello, sin embargo, me pareció que se ponía serio cuando continuó hablando ahí, muy pegado a mí—. Voy a retirar la mano, pero abre los ojos despacio para acostumbrarte a la claridad, molesta un poco.

—Vale —respondí alargando las vocales.

¿Una luz brillante? Qué misterioso todo.

No mentía, la luminosidad era tan potente como para hacerme ver un naranja muy vivo a través de los párpados.

Sentí cómo ponía distancia y regresaba al asiento mientras yo abría una rendijita los ojos. Parpadeé una vez, dos, y fui consciente de qué era lo que nos rodeaba justo al tiempo que él me decía:

—Feliz y blanca Navidad.





BLANCA NAVIDAD

Estábamos aparcados contra el muro de piedra que cerraba una finca llena de árboles vestidos de blanco, en la cuneta de una carretera por la que parecía haber pasado la quitanieves tan solo unos momentos antes, ya que la franja gris de asfalto era lo único que cortaba el manto níveo y esponjoso que nos rodeaba.

—Adri… —musité con la garganta atascada por la sorpresa—. ¡Me has traído a la nieve!

No sabía ni cómo era eso posible. ¿Cuánto tiempo había dormido? Miré el reloj del salpicadero para salir de dudas: estábamos a poco menos de un par de horas de la ciudad.

—No es una estación de esquí glamurosa, ni la mayor cantidad de nieve que habrás visto —se disculpó sin ninguna necesidad, por Dios —. Es lo que podía darte sin tener que hacer noche.

Le interrumpí, no tenía que justificarse, mi regalo no podía gustarme más.

—Es perfecto.

Alguien debería haberme avisado para que esa sonrisa que me dedicó no me cegara, pues era más brillante aún que el fulgor del mediodía reflejado en las superficies cargadas de nieve.

—Entonces deberíamos prepararnos y bajarnos del coche.



Adrián tenía una muda completa de ropa y calzado adecuados para cada uno. La suya era de su cuñado; la mía de su hermana y, aunque era un poco grande porque ella era más alta y llevaba un número más de pie, me iba bastante bien. Fue sencillo ponérmela incluso por encima de la ropa y dentro del coche, mientras él hacía lo mismo de pie al lado de la puerta y saltando a la pata coja.

Me venían bien las capas extra, la temperatura era bajísima y el aire cortante me congeló la nariz en cuanto salí al exterior. Me encantaba esa sensación, la del frío en la cara, la tibieza de los tímidos rayos de sol luchando contra la frigidez de la brisa, el sonido del crujir de la nieve bajo los pies…

—¡Aaah! —grité cuando la bola de nieve que me lanzó, sin previo aviso, impactó en mi rostro descubierto—. ¡Te vas a cagar! —le amenacé antes de recolocarme el gorro, los guantes y estirarme para tomar un montoncito de la nieve inmaculada que había sobre el muro.

No le di. Ni con esa bola ni con la mayoría de las que le sucedieron. Él, por el contrario, me atinó en plena cara varias veces durante la batalla que trasladamos al prado que había al otro lado de la carretera. Harta de que se fuera de rositas, agotada por el ejercicio inesperado y sudando debajo de toda aquella ropa, hice como que me tropezaba con algo oculto por la manta de nieve que habíamos bordado por doquier con las suelas de nuestras botas, me tiré de rodillas y fingí un gran dolor.

—¿Estás bien? —preguntó preocupado, a la carrera y ya casi a mi lado.

Se acuclilló frente a mí y me puso una mano en el hombro y la otra sobre las mías, alrededor de la rodilla que había doblado tras dejarme caer de culo en el suelo congelado. Los pantalones

aguantarían eso y más. Al igual que la cazadora, de modo que me lancé contra él, lo aplasté con mi cuerpo y le metí un par de puñados de nieve en el hueco del cuello.

—¡Ay, joder! —chilló—. ¡Eso ha sido jugar muy sucio! —protestó entre risas mientras se revolvía debajo de mí.

Alargué el brazo para pillar más nieve, pero no pude porque él, en una maniobra tan veloz como efectiva, me sujetó las muñecas a la espalda y me inmovilizó. Mi ventaja se había desvanecido en cuanto perdí el factor sorpresa.

—Todo vale en el amor y la guerra —dije en medio del forcejeo—. Y yo casi no me puedo mover, pero tú todavía tienes el cuello lleno de hielo. Y, además —añadí en tono de villana Disney—, como me sueltes las manos para hacerme lo mismo, te clavo la rodilla, en la que nunca me hice daño, aquí. —Subí la pierna flexionada y tracé un círculo con la articulación en su entrepierna.

Adri me soltó y abrió los brazos a los lados.

—No, no, no —lloriqueó con exageración—. Mis preciadas pelotas no, por favor.

Reí con ganas, lo cual fue un error, porque él aprovechó ese momento de debilidad para cerrar de nuevo los brazos a mi alrededor, girarnos a ambos e intercambiar nuestras posiciones. Me quedé sin aire, no por la rapidez con la que me sometió, sino por el latigazo de deseo que sentí cuando me rodeó las muñecas con una mano, me estiró los brazos y las pegó al suelo, por encima de mi cabeza.

—Ahora eres mía —anunció con la voz ronca—. Yo también sé jugar sucio.

Dios… ¿eso era su rodilla amenazando también mi entrepierna? Tuve que reprimir la ondulación que mi pelvis estuvo a punto de hacer. O tal vez no conseguí reprimirla del todo, porque su gestó se tornó de repente serio, se aclaró la garganta, me soltó las muñecas

y, tras levantarse con agilidad, me ofreció la mano para ayudarme a hacer lo propio.

«Menuda cagada, Amalia. ¡Qué bien estamos llevando lo de la superdisociación!». Quizá debería proponerme como reto disociar a secas. Ni súper ni nada.

Ya estaba de pie frente a él cuando me sonrió de nuevo.

—¿Hacemos un muñeco de nieve? —propuso—. He traído una zanahoria y todo.

—Vale —dije, porque cualquier distracción era bienvenida.



Al final hicimos dos muñecos, uno masculino y otro femenino con su buen par de pechos, cortesía del segurata que se partía de la risa mientras les daba forma y yo trataba de currarme unos genitales colganderos a su compañero. Para cuando los terminamos, a mí me rugía el estómago como si no hubiera desayunado unas horas antes los dulces navideños favoritos de la abuela. No dije nada cuando nos quedamos mirando con diversión nuestras ridículas obras de arte efímero; estábamos en una aldea que parecía deshabitada y en mitad de ninguna parte, ya comeríamos a la vuelta.

Error. Debía recordar que era Adrián el que había organizado esa excursión. El chico que no solo se había llevado a ese lugar perdido un menú de dos platos, sino que había conseguido que alguien le cediera un viejo chamizo para poder comer sentados. De hecho, había logrado que alguien pusiera allí un par de sillas y una mesa con mantel y todo. Si hasta había un fuego encendido en lo que más bien parecía un viejo horno de piedra, aunque cumplía su cometido de caldear la estancia. No sabría decir qué me había llamado más la

atención, ese fuego o que hubiera un aseo funcional —y bastante limpio— en aquella precaria y antigua construcción.

Di una vuelta por el chamizo mientras él abría las bolsas, que no me dejó ayudarle a cargar, y me aproximé a la lumbre. Me saqué los guantes y acerqué las manos al fuego que devoraba un tronco de gran tamaño y que, a juzgar por su estado, ya debía de llevar un buen rato ardiendo allí.

Me giré y le observé poner los cubiertos y demás en la mesa.

—Confiesa —le dije—, este sitio pertenece un familiar tuyo.

Me costaba creer la versión que me había dado de la historia. Adrián meneó la cabeza y sonrió sin dejar de prestar atención a su tarea.

—Ojalá, habría sido más fácil coordinarlo todo.

—¿De verdad te pusiste a hacer llamadas al azar?

—Más o menos. Llamé a un bar que hay a unos kilómetros de aquí para preguntar si había nieve.

—Ajá.

Me moví hacia la mesa y tomé los platos de cartón de sus manos para ponerlos al lado de los cubiertos; él se agachó para hacerse con un par de termos para sólidos y unos cuencos.

—Y la persona con la que hablé conocía a alguien que tiene una casa en esta aldea.

—Ajá.

—Y esa persona conocía a otra que disponía de un galpón en el que podríamos cobijarnos. A esta última no le importó que me dieran su teléfono ni tampoco cedernos este espacio un ratito para comer en condiciones. —Le echó un vistazo a la mesa e hizo un gesto de aprobación tras el que se deshizo de la chaqueta. Después de colgarla de un madero que sobresalía de una de las paredes, me pidió con un ademán que le entregara la mía y hasta separó la silla

para que me sentara—. Lo del fuego ni se me había ocurrido, ha sido cosa suya.

Me senté y le vi bordear la mesa para sentarse él también frente a mí.

—Pues ha sido un puntazo de su parte.

No habríamos podido comer sin las chaquetas de no ser por ese fuego.

—Luego le llamo para darle las gracias. Me ha dicho que no iba a estar hoy porque se iba con la familia de su hija.

Lo normal, vamos, pasar esas fechas con los suyos. Dejé escapar un larguísimo suspiro.

—Gracias, Adri.

—No tienes que dármelas. —Me guiñó un ojo y vació sopa de un termo en los cuencos—. Espero que no te importe repetir canelones.

Por supuesto que no me importaba comer esos canelones que su madre había hecho expresamente para mí a petición suya. Deslicé la mano por el mantel y entrelacé mis dedos con los suyos.

—Adri, en serio. —El corazón se me saltó un latido cuando sus ojos se fijaron en los míos con la misma intensidad con la que le hablé yo—. Gracias por todo esto, pero gracias, sobre todo, por dedicarme estos días tan especiales y en los que deberías estar con tu familia.

Me apretó la mano y acarició el dorso con el pulgar.

—Estoy justo donde y con quien quiero estar, Lía. —Tragó saliva, yo le imité—. ¿Dónde íbamos a estar mejor? Aquella araña negra enorme de la esquina que nos mira de reojo, y la decoración de casa del terror rural están incluidas en el paquete.

Ambos nos echamos a reír y seguimos de risas durante la comida, amenizada por las hilarantes anécdotas que ese chico tenía a montones. De su infancia, de su familia, de sus amigos. Por cada momento divertido o entrañable que yo pudiera recordar haber

vivido, apostaba a que él atesoraría diez o veinte más. Adrián tenía ese carácter abierto, generoso, espontáneo y disfrutón con el que yo solo podía soñar; y eran esos rasgos de su personalidad los que le granjeaban la mayoría de sus experiencias más locas.

Me lo pasé tan bien durante la comida que no volví a pensar en lo que le pasaba a mi corazón cuando Adrián estaba cerca. O cuando me perdía en el verde de sus ojos.

Volvió todo de golpe cuando, después de recoger, dejar el galpón tal y como estaba a nuestra llegada, hacernos mil fotos y observar durante unos buenos diez minutos la nieve que había empezado a caer, nos metimos en el coche para regresar a la ciudad.

—Puedes dormir —me dijo un cuarto de hora y cinco bostezos más tarde.

—No quiero. —Aunque el estómago lleno de comida rica me lo iba a poner difícil. Giré el cuerpo hacia él para ver bien ese bonito perfil suyo—. No quiero que se acabe este día.

Adrián apartó la vista de la estrecha carretera y me sonrió, diría que complacido por mis deseos imposibles de prolongar la jornada. Fuera, una gruesa capa de nubes había apagado las últimas luces del día de forma anticipada y, lo que en la parte alta de aquella zona montañosa era nieve, pronto fue solo lluvia. El golpeteo de las gotas contra el cristal y el sonido rítmico del limpiaparabrisas activaron el modo sueño de mi cerebro a la máxima potencia. Los párpados me pesaban y mi respiración se tornó más profunda.

Pese a todo, conseguí hablarle:

—Tenías razón.

Él soltó una risita y me dedicó una mirada breve.

—Suelo tenerla —bromeó ya con la atención puesta en la vía—, pero ¿te refieres a algo concreto?

Junté las manos y las metí entre las piernas cruzadas. Me tragué el enésimo bostezo.

—Tenías razón con lo que me dijiste… Me has regalado las Navidades de mi vida. Gracias.

—Deja de darme las gracias, librera. Saber que lo he conseguido es el mejor premio. Y las fiestas ni siquiera han terminado aún.

Un parpadeo lento, dos… y las palabras salieron de mi boca sin pedirme permiso:

—No entiendo por qué no quieres tener pareja. ¿Por qué saltas de flor en flor sin llegar a intimar de verdad con nadie? —Cerré los ojos, incapaz de mantenerlos abiertos ni un segundo más—. Serías el mejor novio del mundo.

Lo siguiente no estaba segura de si lo había oído o lo había soñado, en ese límite de la inconsciencia no me atrevería a afirmar que había sido lo uno o lo otro.

—Tal vez, lo que pasa es que la persona que yo quiero no me quiere a mí.





COMO SI FUERA LA PRIMERA VEZ

Adrián me despertó con un toquecito suave en la punta de la nariz.

—Nena —susurró—, hemos llegado.

Abrí los ojos y comprobé que era noche cerrada, que chispeaba un poco y que estábamos ya en mi calle.

—Mierda —farfullé antes de revolverme en el asiento y volver a mirar por la ventanilla, para asegurarme de que, en efecto, ya habíamos llegado—. Lo mío con lo de dormirme en los coches tiene que ser algún tipo de enfermedad con nombre en latín —murmuré con verdadero disgusto—. Dios, lo siento muchísimo. Soy la peor copiloto de la historia de la automoción.

Él sonrió.

—Es posible.

Me llevé las dos manos a la cara y gimoteé.

—Ay, perdóname, por favor.

—No hay nada que perdonar, que no estábamos de *rally*.

—Ya, pero… jo… después de todo lo que has hecho por mí ayer y hoy, qué menos que amenizarte el trayecto. ¡Hacerte compañía, como mínimo!

«Joder, Amalia, haz el favor de no recordar lo que habéis hecho las últimas veinticuatro horas». ¿Qué pensaría él? ¿Lo habría olvidado? ¿Sería otra de sus numerosas experiencias sexuales, sin más?

—No te preocupes, en serio, me relaja conducir.

Suspiré, cogí el bolso del asiento trasero para ponerlo en el regazo y volví a suspirar. Solo entonces, al enfrentarme de nuevo a su mirada, reparé en los evidentes signos de cansancio de su rostro.

—Se ha hecho tardísimo. —Casi como por instinto, me incliné hacia él, alcé una mano y pasé la punta del índice por encima de las sombras bajo sus ojos en una caricia delicada—. Debes de estar hecho polvo y aún te queda una jornada entera de trabajo.

Adrián me agarró la mano antes de que la bajara y depositó un beso en el dorso. La electricidad me recorrió desde los dedos de esa mano hasta los de ambos pies.

—Cuando llevas años trabajando a turnos, dormir deja de ser una prioridad.

Bajé la vista a nuestras manos todavía entrelazadas sobre el cuero del compartimento entre los asientos. Su pulgar me acariciaba la piel alrededor del lunar que tenía entre la base del mío y la muñeca. Yo restregué con lentitud los dedos entre los suyos antes de volver a mirarle a los ojos, tras una brevísima parada en su boca. Él apartó con cuidado un mechón de pelo que se me había pegado al pómulo durante la siesta involuntaria.

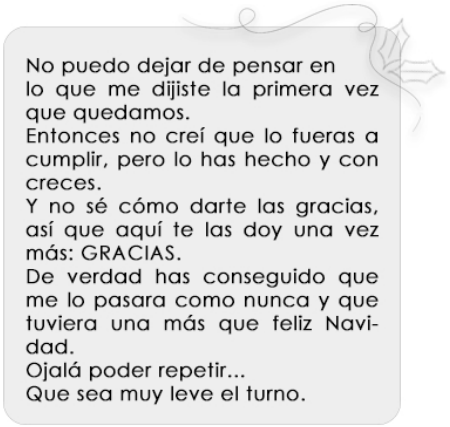
Durante un instante fugaz, imaginé que él quería besarme como si fuera la primera vez. A solas. Sin mis inseguridades, sin *tratamiento* de por medio, sin compartirme con nadie. No era un pensamiento al azar, era un anhelo machacón y persistente.

Me soltó, la ensoñación se disolvió y, avergonzada, me alejé para abrir la puerta. Tenía ya un pie fuera cuando me giré, le di un beso rápido en la mejilla y le dije:

—Gracias por la mejor Navidad de mi vida adulta.

Sin más, me apeé del coche y corrí bajo la fina lluvia hasta el portal.

Me di una ducha calentita, avisé a Nat de que ya estaba disponible para hablar —mis mensajes anteriores habían sido un poco crípticos y la tenía en ascuas—, me metí en la cama y, mientras le daba un tiempo a mi amiga antes de decidir que ya estaba dormida, mis dedos abrieron el chat con Adrián y le escribieron:



«¿Ojalá poder repetir, Amalia? ¿Ojalá poder repetir? ¿El qué?». Dios, a saber qué interpretaba él.

Estaba seleccionando todas las líneas para eliminarlas a la mayor brevedad, cuando los *checks* se tornaron azules y perdí la oportunidad y gran parte de mi dignidad.

—¡Mierda! —exclamé en voz alta.

Y me habría quedado a esperar una respuesta por su parte si Nat no hubiera elegido también ese mismo momento para entrar en videollamada.

Acepté la llamada y enseguida pude verla sentada en el baño que ya era algo así como nuestro centro de operaciones en la casa de su familia. Estaba en pijama y tenía la espesa melena recogida en un moño alto y despeinado.

—¡Al fin! —proclamó en un susurro forzado.

—¿Te ibas a dormir ya?

—No, pero no iba a tardar mucho. Bastián se ha quedado roque en el sofá y hace nada que lo hemos metido en la cama.

—Demasiadas emociones navideñas para el enano, ¿no? Si quieres hablamos mañana.

La cara de Nat ocupó todo el encuadre cuando se pegó al teléfono.

—Ni de coña, amiga. Cuéntame cómo ha sido eso de que los chicos pasaran la Nochebuena en tu casa. Quiero todos los detalles.

Se me escapó una risa histérica que ella, que me conocía bien, supo identificar.

—Uy… Los quiero, ¿verdad? —preguntó suspicaz—. Los detalles, digo. Lía, ¿qué has hecho?

Me llevé las manos a las mejillas coloradas y negué con un cabeceo.

—No sé ni por dónde empezar.

—No puede ser tan difícil. A ver… ¿te has acostado con Adrián por fin? ¿Es eso?

Comencé a dudar, me vibraba la voz cuando le intenté responder.

—No… O sea, sí… Pero no. Es decir… creo que se podría considerar que sí, pero no del todo.

Nat dejó caer la espalda contra el inodoro en el que se sentaba y me miró con los ojos entornados.

—No me digas que tuvo un gatillazo. O peor, que es eyaculador precoz.

—No, no —me apuré a aclarar—, qué va, para nada. Ninguna de las dos cosas.

—Pues si no sabe dónde está el clítoris me caigo muerta aquí mismo.

Apreté las piernas al recordar lo bien que sabía dónde estaba y cómo hacerlo funcionar.

—Tampoco, lo tiene ubicado. —Se me escapó un suspiro entrecortado—. Doy fe.

Mi amiga ladeó la cabeza, las cejas se le arrugaron por debajo del flequillo.

—A ver que me entere… No os acostasteis, ¿pero te hizo un dedo o qué? —Antes de dejarme contestar continuó—: Como la cosa vaya de que no os acostasteis, porque lo hicisteis de pie, me voy a enfadar por todo este *hype* injustificado.

No había una forma suave ni fácil de contarle lo que había pasado, así que me armé de valor y lo solté sin paños calientes. Como quien arranca una tirita.

—Adri me hizo un dedo antes de que yo me lo montara con Aritz, mientras Jairo se la chupaba a él; y luego lo hice con Jairo mientras Adri le daba a él y yo se la chupaba a Aritz.

Nat abrió mucho los ojos y apretó los labios en una línea muy fina. La escuché hacer una inhalación profunda y luego soltar el aire muy despacio. Me había pasado, tenía que haber preparado un poco el terreno antes de soltarle semejante barbaridad.

Como ella no decía nada, volví a hablar:

—Técnicamente, con Adri no me acosté.

«Porque él no parece estar interesado. Porque ha tenido relaciones sexuales con el ochenta por ciento de las solteras de la plantilla del centro comercial y se pasó meses insinuando que querría hacerlo también conmigo, pero ahora, de repente, ya no».

Mi interlocutora tragó saliva y parpadeó varias veces.

—Ya… ya veo, aunque para visualizarlo bien, creo que voy a necesitar un croquis. Tía… — Volvió a acercarse a la cámara de su

teléfono para susurrar—. Vives en una simulación. En una muy guay, la verdad sea dicha. Y yo que me creía intrépida porque el otro día aprovechamos que Bastián estaba fuera jugando con sus primos para meternos en la ducha juntos y hacernos unos trabajitos manuales.

—Eh, ¡qué bien! —celebré—. Recuperando la pasión.

—No cambies de tema. Para pasión la tuya con esos tres. Me va a llevar un tiempo asimilarlo, pero creo que estoy muy orgullosa de ti. ¡Espera! —Se puso muy seria y levantó un dedo delante de la cara —. Dime que no estabas borracha.

Negué con un gesto.

—Te prometo que estaba en pleno uso de mis facultades.

—Y de la boca —apostilló divertida—. Y del potorro, claro.

—Ay, Dios… —lloriqueé mientras ella se partía de la risa.

—Tengo tantas preguntas… —Hizo otra respiración profunda con el ánimo de apaciguar la risa que a duras penas contenía y prosiguió —: Pero empieza por el principio, anda, ¿se presentaron en tu piso sin avisar?



Pasaba de la medianoche cuando finalizamos la llamada y dejé caer el móvil a mi lado sin acordarme de comprobar las notificaciones. Y era mucho más tarde cuando por fin conseguí conciliar el sueño. Se lo había contado todo: desde la visita y cena sorpresa, a la Blanca Navidad, pasando por los canelones, el dichoso Twister y la sesión de sexo grupal.

Una vez terminé de detallar todos los pormenores, y por si mis tribulaciones no fueran pocas, a mi querida y muy equivocada amiga

se le ocurrió decirme que Adrián estaba enamorado de mí. Justo después de preguntarme, no por primera vez, si estaba segura de que no sentía nada romántico por él.

Por supuesto que no. Lo mío con Adrián era cariño y admiración mezclados con atracción y con una pizca de… ¿frustración? Sí, eso era. No había nada más. No podía haber nada más, porque él tampoco correspondería otra cosa. Poco importaba lo bueno que fuese conmigo, lo bien que lo pasáramos juntos, los detalles con los que me sorprendía o esa forma tan suya de hacerme sentir especial y merecedora de sus atenciones. Adri era así, era de esas personas que se dan por completo a los suyos las veinticuatro horas de los siete días de la semana.

Qué suerte poder decir que era mi amigo, era muy, muy afortunada.





MIS PEORES TEMORES

Mi *amigo* había respondido a mi último mensaje con un emoji de pulgar alzado. Gesto que, en sí, solo significaba que lo había pillado en horario laboral. No era plan de estar respondiendo mensajes durante la jornada, como hacíamos otras.

Me costó la vida y media salir de debajo de mi grueso edredón nórdico y ponerme a funcionar. La mañana se me hizo larga y lenta, lo cual nada tenía que ver con la esperanza de que cierto vigilante de seguridad se pasara a regalarme un café antes de entrar. Si no le había entendido mal, volvía a estar de turno esa misma tarde. Sin embargo, las horas pasaban y nadie vino a verme. Quizá le había entendido mal; en realidad, no tenía mucho sentido que sus turnos estuviesen tan próximos entre sí. Eso pensé mientras procesaba algunas devoluciones, realizaba cambios y gestionaba los escasos pedidos que entraron durante las horas centrales de la jornada posnavideña.

Ana llegó puntual, con dos cafés humeantes en las manos y al límite de mi vejiga dilatada, conque, tras un saludo y agradecimiento apresurados, metí el móvil en el bolsillo y salí en dirección a los aseos más cercanos a todo lo que me daban las piernas apretadas para no hacerme pis encima.

Caminaba de regreso a la tienda, y con muchísimas ganas de tomarme el café, cuando lo vi: Adrián al final del pasillo de enfrente.

Con la encargada del Sephora. Con la boca de ella muy cerca de la suya. Dejé de mirar cuando ella le dio un beso en la comisura de los labios y llamé al orden a mis emociones. No tenía derecho a estar celosa. Ni ninguna maldita necesidad de estarlo. ¿Desde cuándo sentía celos de mis *amigos*? Ni siquiera era celosa con mis parejas —con la única que había tenido—, por favor, qué ridiculez. No obstante, no volví a mirar hacia ellos, porque una cosa era tratar de ser racional, y otra conseguir que mis entrañas encogidas estuviesen de acuerdo.

Para ser sincera, no eran celos *per se*, no me molestaba tanto que estuviera roneando con sus grupis, como que no se hubiera dejado caer por la librería para saludarme y hacer algún comentario de esos que me sacaban los colores. Me conformaría con que hubiera venido solo a saludar. ¿Por qué no lo había hecho? ¿Por qué justo ese día, después de todo lo que habíamos vivido juntos en los dos anteriores?

Mi instinto me decía que algo iba mal, que quizá había hecho algo que le había molestado. Quizá… quizá se había visto forzado y después, en frío, se había molestado conmigo. O, tal vez… tal vez esa chica era la que… ¿cómo había dicho? La que no le quería como él querría que le quisiera…

«¡Ay! ¿Por qué me duele tanto? ¿Qué me pasa?». Estaba hecha un lío, lo que me hacía pensar que podía ser bueno tomar algo de distancia con él. Más que nada para aclararme y dejar de enmarañar las cosas.



Mi segurata favorito no se acercó ese día ni al siguiente, aunque el viernes tampoco lo vi ignorándome por el centro, por lo que deduje que quizá le tocaba librar o trabajar de noche. Abrí nuestra

conversación de WhatsApp tropecientas veces y todas y cada una de ellas me encontré el maldito emoji de pulgar alzado riéndose de mí. No encontré el valor para escribirle, por lo que opté por enviarle un mensaje a otra persona: a Jairo. Me había dicho que debíamos vernos pronto para trabajar en mi nueva web y fue por ahí por donde le entré, aunque mis intenciones fueran otras muy diferentes.

Quedamos ese mismo sábado al cierre, en el acceso que ya había sido nuestro punto de encuentro en otras ocasiones, aunque nunca a solas los dos. Cerré la librería pasados tan solo unos segundos de las diez, atravesé el centro comercial casi al trote y me topé con Jairo en cuanto se abrieron las puertas correderas.

—¡Hola! —saludé cuando él ya se estaba agachando para darme un abrazo—. Qué puntual.

—Siempre —aseguró risueño antes de plantarme un beso en la mejilla.

Cuando se separó me di cuenta de que llevaba una bandolera con pinta de alojar un portátil dentro. Obvio, habíamos quedado para trabajar.

Señalé la bolsa y le pregunté:

—¿Dónde quieres que lo hagamos?

—Cualquier sitio está bien para mí, ya lo sabes.

Su respuesta me hizo gracia, así que le seguí la bola e incluso me permití deslizar un dedo por su torso y bromear en tono sensual.

—Entonces, ¿en tu casa o en la mía?

Si Jairo contestó, me lo perdí. De pronto mis sentidos se pusieron de acuerdo para centrarse en el chico que se había parado a pocos centímetros de donde mi índice todavía tocaba la gabardina de Jairo, a la altura de su ombligo.

La piel se me erizó ante su cercanía, como si mi subconsciente hubiera sentido su presencia. Olí su embriagador aroma personal mezclado con su colonia. Escuché mi nombre en sus labios.

—Has salido superpronto hoy —dijo después.

Jairo le dio un medio abrazo de esos con palmada en la espalda. Me pareció que Adrián no se lo devolvía con la familiaridad de siempre. Jairo frunció el ceño y le preguntó.

—¿Y tú aquí? ¿No librabas?

Adrián se encogió de hombros. Vi que llevaba una bolsa del puesto de sushi del que era cliente habitual, a juzgar por los montones de palillos que había visto en su cajón de los cubiertos.

—Sí, eh… —Echó un vistazo rápido en mi dirección, regresó a su amigo y se aclaró la garganta—. He venido a por algo de cenar.

Cuando levantó un poco la bolsa de papel en el aire, observé que, como mínimo, llevaba cena para dos. «Mierda, ¿por qué me duele la barriga otra vez?». Preferiría culpar a un virus estomacal que a esas estúpidas punzadas de celos que no debería sentir.

Jairo imitó su gesto y levantó la bandolera.

—Nosotros vamos a terminar de pulir la web que le trajo Papá Noel.

—Ah… claro. —Levanté la vista del maldito sushi a tiempo de verle dar un paso hacia un lado—. Qué bien, cuanto antes mejor.

Yo no dije ni una sola palabra, no podía pensar con claridad. Adrián ni siquiera me había saludado. Ni un beso, ni un abrazo, ni una de sus sonrisas pícaras.

—Bueno —dijo para el cuello de su chaqueta—, mejor os dejo ir a trabajar. —Chocó los puños con su amigo y amagó con acercarse a mí, pero no lo hizo—. Chao, Lía. Pasadlo muy bien.

En la calle hacía mucho frío, pero lo que de verdad me dejó helada fue su actitud.



Había pensado invitar a Jairo a tomar unas tapas y me obligué a mantener el plan, incluso cuando, de repente, lo único que quería era meterme en la cama y dormir un mes. O correr detrás de Adrián y exigirle que me explicara a qué venía su actitud.

No le puse ni un pero al trabajo de Jairo. Me encantó todo lo que me mostró, e hice mi mejor esfuerzo por retener lo que me enseñó para que pudiera manejarme con la web y mantenerla al día. El ánimo no me acompañaba, eso estaba claro. Mi cabeza quería aprender. Mi corazón tenía otras prioridades.

Aparté el portátil de nuestras caras con cuidado de no tirar los vasos que había sobre la mesa.

—¿Qué haces? —preguntó mi acompañante e informático personal—. Todavía tenemos que configurar el resto de formas de pago.

—No quiero abusar —dije con lo que pretendía que pasara por despreocupación mientras apagaba el equipo—. Creo que ya sé cómo hacerlo —mentí con la esperanza de encontrar otro tutorial en YouTube o atreverme a pedirle ayuda de nuevo.

Entorné el cuerpo hacia él cuando se echó hacia atrás y apoyó la espalda en la trasera del banco corrido que ocupábamos. Jairo levantó su botellín vacío para indicarle al camarero que le trajera otro.

—¿Tú quieres otra coca-cola?

—No, no.

—Entonces lo dejamos por hoy —convino con una sonrisa—. Podemos seguir mañana o puedes llamarme en cualquier momento si prefieres hacerlo tú y tienes alguna duda.

—Dudas tengo un porrón.

—Pues, venga, dispara.

Me mordí el carrillo por dentro y me rasqué la nuca con más fuerza de la necesaria.

—Lo del otro día… la otra noche… ¿Estuvo bien? Para vosotros, quiero decir.

Jairo puso los ojos en blanco y después hizo una respiración lenta y profunda.

—Lía, corazón —clavó sus ojos oscuros en los míos—, tienes que dejar de rayarte por lo de Nochebuena. Y por todo lo demás, en realidad. Los cuatro estábamos excitados, todos lo disfrutamos y todos habíamos tenido sexo juntos de alguna manera con anterioridad, ¿cuáles son tus dudas?

Por lo visto, Adrián seguía sin contarles a sus amigos que nosotros no nos habíamos llegado a acostar. Si lo ocultaba por mí o por él, era un misterio para mí.

—¿Adrián y tú os habíais liado antes?

—Nos enrollamos una vez, antes de ser colegas. —Amplió la sonrisa cuando vio el pasmo en mi cara—. Estaba en una fase experimental y quería comprobar qué le gustaba y qué no.

Alcé las cejas, confusa.

—Tenía la sensación de que todavía no estaba seguro —confesé —. ¿Él mismo se considera también bisexual, entonces?

—Puede que aún le cueste un poco, porque no tiene problema en liarse con un tío cuando surge, pero no surge a menudo porque su pene, y lo que sea que hace que alguien nos llame la atención, van por caminos diferentes. De base solo le atraen las mujeres y no creo que pudiera llegar a enamorarse de un hombre.

«Ah, eso explica lo que me dijo una vez», pensé, si bien no muy convencida. Seguía sintiendo que, de un modo u otro, le había presionado a hacer algo que no le apetecía.

—¿No os habíais vuelto a enrollar desde aquella primera vez?

—Oh, sí, un par de veces más. Aunque siempre con una chica, o dos, a las que les gustaba ver a dos tíos juntos. —Me guiñó un ojo, como si tamaña revelación no tuviera ninguna importancia.

«Mierda». Acababa de confirmar mis peores temores.





YO YA NO ME PODÍA BAJAR

Cómo odiaba trabajar los domingos. Máxime si lo mejor de mis jornadas en la librería no venía a vacilarme. Sobre todo, cuando me moría por verlo llegar con su sonrisa pícara y ese caminar relajado de quien parece ser feliz en todo momento con lo que la vida le va poniendo por delante.

Ya estaba bien, él me había dicho una vez que nuestra amistad estaba por encima del tratamiento, pues en lo que a mí respectaba, eso seguía siendo así. Nuestra amistad estaba por encima del tratamiento y de lo que fuese que habíamos jodido en Nochebuena. Y así se lo iba a hacer saber. Él se había bajado del tratamiento para evitar que le rehuyera y que nuestra incipiente amistad se fuera al garete. Yo ya no me podía bajar de lo que ya estaba hecho, pero sí podía pedirle perdón e intentar arreglar lo que fuese que hubiera roto.

De modo que agarré el teléfono fijo y llamé a la garita.

—Soy Lía, la de la librería —dije en cuanto escuché que descolgaban. Cómo odiaba también que me saliera un pareado sin haberlo planeado las pocas veces que les llamaba por algo.

—Muñoz, dime. ¿Algún problema?

—¿Está Adrián en turno?

—Sí, debe de estar en la tercera.

—¿Puedes llamarle para decirle si me cubre un momento, que estoy sola y necesito salir un minuto?

—Claro, ahora se lo digo.

—Gracias. Dile que me urge, porfa —añadí aun a riesgo de que el hombre se pensara que estaba sufriendo un episodio de diarrea.

Estaba siendo una mañana tranquila y Ana no venía los domingos, por lo que contaba con poder disfrutar de cierta intimidad para la conversación que no podíamos posponer más.

Adrián tardó solo un par de minutos en anunciar su presencia en el local.

—¿Lía? —preguntó ya casi a la altura de la puerta del minúsculo almacén.

Saqué medio cuerpo por el vano para comprobar que no tenía pinta de entrar nadie, tiré de él agarrándolo por un brazo y después empujé la puerta hasta casi cerrarla del todo. Esperaba poder enterarme si alguien entraba.

—¡Ey! —Adrián me miró con los ojos como platos y los brazos abiertos a los lados.

Joder, estaba guapísimo. Y olía tan bien, ahí pegadito a mí en ese espacio estrecho. «Haz el favor de centrarte, mujer».

Tragué saliva y le pregunté en un hilo de voz.

—¿Por qué me estás evitando?

Él juntó las cejas sobre la nariz. Aun en la semipenumbra del almacén, aprecié el verde brillante de sus ojos.

—No te estoy evitando —respondió con mucha más firmeza que yo, aunque la rápida justificación le restó efectividad—. Se me han solapado algunos turnos y he estado ocupado.

Mi yo más mezquino tomó el mando y le soltó:

—Cenando sushi con otra amiga, ¿no? —Y, no contenta con eso, continué—: Y departiendo entre rondas con todas las empleadas del

centro menos conmigo.

«¡Amalia! ¡Cállate y pídele perdón ahora mismo, loca!».

Adrián se puso muy serio justo antes de exhalar y transformar la línea fina de su boca en una de sus sonrisas torcidas.

—¿Me has estado espiando, librera?

Su expresión socarrona, sumada a la vergüenza y a los nervios acumulados en el estómago, me arrancaron una carcajada.

—Claro que no, idiota. —Y, como ya estaba lanzada, seguí—: Es que te echo de menos, Adri. Y una vez me dijiste que tú y yo estábamos por encima del *tratamiento*, ahora yo te digo que tú y yo estamos por encima de lo que sea que te ha molestado. —Me vine abajo cuando su sonrisa se le escurrió por las comisuras hasta desaparecer—. Dime qué he hecho mal y cómo puedo arreglarlo, por favor.

Hundió los hombros y movió una mano para acunar mi rostro compungido con ella. La corriente eléctrica que solo sentía cuando él me tocaba, me recorrió de arriba abajo y me hizo dar un respingo muy poco digno.

—No has hecho nada mal.

Se me escapó un suspiro entrecortado y puse mi mano encima de la suya.

—Entonces, ¿por qué te has alejado de mí?

—No me he…

—No lo niegues. El último mensaje que me has enviado es un emoji solitario de la noche de Navidad. Y creo que, a excepción de cuando libras, es la primera vez casi desde que abrí la tienda que pasas más de un día sin venir a verme. Juraría que, incluso librando o teniendo vacaciones, nunca has estado más de cuarenta y ocho horas sin entrar aquí para soltarme un comentario vacilón. Deberías desconectar y alejarte de este lugar cuando no curras, también te lo di…

Adrián movió la mano y puso el pulgar sobre mis labios para callarme.

—Lía. No has hecho nada mal. He sido yo, que he estado disperso y que… en fin, quería darte espacio por si te sentías abrumada.

Separó los dedos de mi boca y los bajó para entrelazarlos con los míos. Los estreché con fuerza y las palabras salieron de mí sin pasar por ningún filtro.

—No quiero espacio, Adri, no lo quiero. Sabes que no soy muy sociable y que mi gente se cuenta con los dedos de una mano. No me quites a mi mejor amigo.

—No lo haré. —En el silencio que se hizo nuestras respiraciones casi se superpusieron sobre la versión de *El tamborilero* de Pentatonix. Fue él quien lo rompió—. Pero también tienes a Jairo. —Carraspeó—. Y a Aritz. Los dos te aprecian de verdad.

—Lo sé, y yo a ellos —admití—. Pero no son tú.

No eran él. No me provocaban como lo hacía él. No me hacían sentir tantas cosas como hacía él. Sus cuerpos no me llamaban como lo hacía el suyo en esos instantes.

«Dios… ¿qué me pasa?».

«Que te mueres por besarlo».

«¿Serán las hormonas?».

«¿Qué hormonas ni qué hormonas? ¿Tú no escuchas tus propios pensamientos? No son las hormonas, es él».

«No importa, yo no soy su "ella"».

«Bésalo y después se lo preguntas».

«Cállate, no me ayudas nada».

«Aaaaag. Te odio».

Ajeno a los reproches de mi conciencia, Adrián dio un minipasito hacia mí antes de humedecerse los labios, bajar la vista a mi boca

entreabierta y…

—¿Hola?

«¡Mierda!». Salté hacia atrás con tanto ímpetu que a punto estuve de derribar la estantería cuya balda me clavé en los riñones.

—¡Voy! —exclamé mientras se me subían los colores y me cagaba en el don de la oportunidad del visitante. La sonrisa de Adrián me hizo sonreír a mí. Estiré la blusa y salí casi vociferando—: Ahí estaba la otra caja que me falta, pero estuve fuera del local apenas un minuto, me cuesta creer que alguien se la pudiera llevar sin que me diera cuenta.

El segurata, muy metido en su papel, se agarró a la hebilla del cinturón y salió con paso seguro y a tope de profesional.

—Revisaré las cámaras en torno a esas horas.

—Genial, gracias.

Me dedicó su clásico saludo militar y salió de la librería.

—Disculpa, —me dirigí a aquel cliente potencial, todavía colorada y, pese a todo, con el corazón loco de contento—, ya estoy contigo. ¿Estás buscando algo concreto?





SIN PEPITAS

Hice una recaudación bastante discreta ese día, pero poco me importó. El café que me trajo Adri cuando terminó su jornada lo compensó. Y que me preguntara si me apetecía hacer algo con él al cierre me hizo más feliz que una perdiz, aunque ya me sentía mucho mejor desde los wasaps que me envió en cuanto salió después de que interrumpieran nuestra conversación, varias frases comentando que éramos los reyes de la improvisación y unos cuantos emojis llorando de la risa.

Yo misma era un emoji, el de los corazones en los ojos, por ejemplo. Qué poquito me había hecho falta para soltar las toneladas de lastre que había llevado a la espalda en las últimas horas. Menuda ida de olla la del cuartito de almacén. Estaba convencida de que Adrián se me iba a tirar a los morros. Qué manera la mía de proyectar mis anhelos y convencerme de que venían en el sentido contrario, por favor. Qué suerte que ese chico, que había venido a recoger el encargo de su novia, hubiera entrado justo a tiempo de ahorrarme la humillación.

Adri vino a buscarme en la hora más feliz. No a nuestra puerta habitual, estaba delante del local cuando me acerqué a bajar la reja a las diez en punto. Llevaba un casco en la mano y mascaba uno de sus adorados chicles.

—Pasa —le pedí—. Apago el equipo y listo.

Esperé a que accediera al interior para bajar la reja hasta la mitad y pasé por su lado para apagar las luces, dejando la tienda iluminada por la claridad del pasillo exterior, el destello azul de la pantalla del ordenador y la guirnalda del escaparate.

—¿Nat vuelve para Fin de Año? —preguntó mucho más cerca de mí de lo que había calculado cuando me incliné sobre el mostrador.

—No. —Apagué el monitor y me erguí a su lado—. Vuelven el día dos. —El corazón se me paró, para luego ponerse a latir como si acabara de correr los cien metros libres, cuando Adrián se me acercó con mi bufanda en las manos y se cernió sobre mí para ponérmela.

—Hoy el grajo ha volado muy, muy bajo —dijo.

Sentí el tacto de sus manos en la piel del cuello al retirarme el pelo que se había quedado atrapado debajo de la bufanda. Y yo, que volvía a estar bloqueada, solo pude balbucir:

—¿Qué?

—Que ha hecho y sigue haciendo un frío del carajo.

Dejé salir una risa más por los nervios que porque me hubiera hecho gracia estar en la parra total. Al menos conseguí volver a hablar con cierta normalidad.

—¿Se supone que eso era un chiste, segurata?

—No. —Amplió su preciosa sonrisa—. Y volviendo al tema de Fin de Año… ¿Vas a aceptar a la primera pasarlo con nosotros, o prefieres que aparezcamos en tu puerta cargados con comida y uvas sin pepitas?

—¿Por qué asumes que han de ser sin pepitas? —le pregunté porque… ni idea, la cabeza no me funcionaba bien cuando las hormonas tomaban el control. Se lo estaban pasando bomba calculando las posibilidades de que se replicase lo sucedido en Nochebuena.

—Te he visto comer muchas veces —aseguró—. Simplemente lo sé.

Lo peor era que tenía razón. No solo no soportaba las pepitas, es que, además, tenía que pelarlas y partirlas en dos. O sustituirlas por Lacasitos, dependía del grado de confianza que tuviese con quien celebrara esa noche.

—Eres un listillo.

—Y tú una tiquismiquis. —Se agachó y cogió mi cazadora de donde solía guardarla doblada bajo el mostrador—. ¿Nos vamos?

—Nos vamos.

Me abrigué, salimos al pasillo y abandonamos el centro comercial sin más conversación. Era imposible mantener una con todas las interrupciones que sufrimos durante el camino: dos de cada tres personas con las que nos cruzamos hicieron el amago de pararse a charlar con él. Varias llegaron a hacerlo. No debí ponerme la cazadora hasta llegar a las puertas.

Me paré delante de la moto, acepté el casco que me tendió y le dije:

—Madre mía, tío, ir contigo por ahí dentro es como pasear con el alcalde por la plaza Mayor.

—De eso nada —repuso al tiempo que sacaba la llave para abrir el cajón de la moto y coger el otro casco—. La diferencia entre ir con el alcalde e ir conmigo radica en que a mí todo el mundo me adora.

Cierto, así era.

—Ay —suspiré con exageración—, listillo y, además, modesto como él solo.

Adrián rio y a mí se me fueron las ganas de guasa cuando se subió a lomos de la moto, todo sensualidad y gallardía.

Dio un toquecito al espacio de cuero que quedaba detrás de su culo, invitándome a subirme.

Me monté y me agarré a su cintura como si me fuera la vida en ello.



Tomamos algo en la cervecería en la que quedamos la primera vez y abrimos un grupo de WhatsApp con los donuts para ultimar los detalles de Fin de año. Porque sí, acepté. No se me ocurría un plan mejor. De hecho, había fantaseado con ello antes incluso de que él me lo propusiera. ¡Qué ganas de que llegara el martes! Hacía mucho que no sentía tanta emoción por despedir el año y darle la bienvenida al siguiente con la mejor de las ilusiones. Ayudaba eso de hacerlo en tan buenísima compañía. Y, ya que estaba, le confirmé también que iría a comer con su familia en Año nuevo, porque… ¿por qué no?

Adrián me llevó después a casa y, tras concretar sitio y hora para el último día del año, me despedí de él con un rápido abrazo y me metí en el portal. Había sido buena idea cenar en un lugar público. Había estado muy bien lograr contenerme, no imaginar besos imposibles, no toquetearlo de más y no invitarle a subir. «Muy bien, Lía, lo estás haciendo guay. Sigue así y seguro que logras reconducir lo que sea que te pasa con este chico».

Pese a que una parte de mí seguía pensando que lo había presionado la noche del Twister cochino, conseguí dormir con facilidad. Haber compartido un rato agradable y cero tenso con él, me había dado paz.

Tras un comentario de Adrián en el grupo, Aritz me propuso vernos al día siguiente en su casa para empezar a trabajar en la estrategia de *marketing* que, según él, sacaría mi negocio de la pantanosa zona roja en la que me movía desde los inicios. Me gustaron sus propuestas, algunas de ellas estaban en mi plan inicial, pero no habían llegado a concretarse porque… bueno, porque acababa de inaugurar cuando comenzaron los meses convulsos previos y posteriores a la ruptura con Daniel. Me había costado mucho recuperar el ímpetu y la emoción que tenía cuando me había

lanzado a emprender, una decisión difícil, porque no contaba con el apoyo del que creía que sería el único hombre de mi vida.

Dioses, qué ciega estaba. Qué suerte la mía haber salido de allí. Y qué urgencia la que sentía por sacar la librería adelante y demostrar a mis detractores, y a mí misma, que era posible. Que podía hacerlo.

Aritz se levantó para recoger los platos en los que había servido unos ricos macarrones boloñesa que ya tenía preparados cuando llegué, a las diez y media de la noche. Esos chicos y la comida siempre iban de la mano. Aunque tenía sentido porque, con mi horario y mis hábitos, o metíamos la comida en la ecuación o me moría de hambre. Y ellos lo sabían y estaban pendientes de que eso no ocurriera. Si es que eran monísimos.

Me levanté yo también, recogí los vasos, las servilletas y le seguí a la cocina.

Metió los platos en el fregadero, se volvió hacia mí y apoyó los riñones en la encimera.

—¿El club de lectura funciona bien?

—Ha ido decayendo con el tiempo —reconocí, aunque eso de que había decaído era un eufemismo. La mitad de los miembros ya ni se apuntaban a ninguna lectura y hacía meses que no teníamos una comentada presencial.

Dejé los vasos en la pila y estiré el brazo para hacerme con el estropajo. Aritz me sujetó por la muñeca para detenerme y chistó un par de veces para disuadirme.

—Deja eso. —Esperó a que me acomodara imitando su postura contra la mesa, frente a él—. Hay que reactivarlo. No tienes la típica librería, no te dedicas solo a vender libros. Tenemos que poner en valor todo lo que te diferencia del resto de librerías de la ciudad.

Su móvil emitió el sonido de una notificación que tuvo un eco cuando el mío sonó, acto seguido, en el mueble de la entrada. Entre tanto yo recordaba lo que había vivido con las tetas aplastadas contra aquel mueble —y me regodeaba en lo poco que eso afectaba

a mi relación de amistad con ese chico—, él lo sacó del bolsillo y desbloqueó la pantalla.

—Son estos —me informó—. Jairo quiere saber si mañana preferimos carne o pescado. —Le entró la risa—. Ya sabes, a ellos les cuesta decidirse.

—¿En serio?

Levantó la mano derecha con la palma extendida por delante.

—Palabrita, si es que me han hecho el chiste ellos solos.

Debía reconocer que tenía su gracia.

—Qué capullo eres —dije sonriente y sin acritud—. Yo prefiero pescado.

Aritz volvió a reír mientras sus pulgares se deslizaban por la pantalla.

—Pescado para todos —canturreó—. Adrián pregunta cómo vamos.

Miré el reloj, era tarde ya. Aritz no trabajaba al día siguiente, pero sí lo había hecho ese día. Tenía que estar tan cansado como yo.

—Dile a mami que no se preocupe, que ya me voy a *mimir*. —Deshice la postura y le di un abrazo que no se esperaba, porque se demoró un par de segundos en corresponderlo—. Gracias por ayudarme con esto, eres un crac.

Me acarició la espalda, me dejó un beso en la mejilla y se separó para mirarme a los ojos y prometerme:

—Lo vas a petar, ya verás.

No supe en qué momento informó a nuestro amigo común de que me iba, solo que, en efecto, lo había hecho porque, cuando salí a la calle, unos quince minutos más tarde, Adri me esperaba en la moto para llevarme a casa.





NOCHEVIEJA

Adrián me había recogido frente al portal de su amigo y, diez minutos después, me había dejado en el mío. Y yo subí al piso con el estómago burbujeante y muy orgullosa de mí misma por haberme conformado con haber ido de mochila. Ni siquiera nos habíamos despedido con dos besos, pues él no había llegado a quitarse el casco. Nos limitamos a darnos un abrazo torpe, él sentado en la moto y yo de puntillas para envolverlo bien con ambos brazos. Suficiente. Sin problema. Los abrazos de amigos eran todo lo que podía permitirme y me conformaría con ello hasta que el cuerpo se acostumbrara y dejara de pedir lo que no podía ser.

Volví a verlo unas horas después, cuando se acercó a la librería a mitad de su turno de mañana para traerme un café y llevarse mis llaves. Por una cuestión logística relacionada con el tamaño de la cocina, habíamos acordado celebrar la Nochevieja en mi piso. Y, por una cuestión de horarios, los chicos se iban a encargar de comprar todo y de ir adelantando los preparativos para que, literal, no nos dieran las uvas antes de terminar de cenar.

Fue rarísimo llegar a casa y tener que timbrar, pero más lo fue que me recibiera el olor a comida —¿a pimiento?—, la música, las luces de colores y los besos castos de los donuts y la caña de crema. Fue raro y muy grato a la vista ver a los chicos de camisa y con pantalones planchados.

—¡Al fin han llegado los refuerzos! —rezongó Jairo todavía pegado a mí—. Estos dos mamones me tienen loco ya.

Nos separamos y me quité la cazadora para colgarla en el perchero, donde ellos habían dejado las suyas. Señalé a Aritz y a Adrián con cara de madre a la que le han pisado lo fregado.

—Tú y tú. ¿Qué le estáis haciendo a mi pobre Jairo?

Este último me abrazó desde atrás, apoyó la cabeza en mi coronilla y comenzó a lloriquear sin apenas contener la risa.

—¡Se están metiendo con mi ensalada de patata dominicana!

Adrián se defendió enseguida:

—¡Eh, yo no he dicho nada de la ensaladilla de tu familia!

El más bajito de los donuts contraatacó:

—¡Es que es rosa, colega! ¡Rosa!

Y Jairo volvió a fingir indignación entre risas.

—¡No es ensaladilla, es ensalada! ¡Y es rosa porque lleva remolacha!

No pude evitar romper a reír. Me aparté de él cuando hizo el amago de darle una colleja a Aritz y, por instinto o cualquier cosa que me sirviera de excusa, me escabullí para refugiarme junto a Adrián.

—¿Cuánto rato lleváis así?

—Desde que entramos y Jairo sacó la ensalada para meterla en la nevera. —Me echó un brazo por encima de los hombros—. Ojalá la tapa no fuera transparente. Vamos, anda, date una ducha mientras yo averiguo cuánto tiempo hay que cocer el marisco, internet y Aritz arrojan datos contradictorios.

—Vale, dame diez minutos y te ayudo. —Alargué el cuello para atisbar el interior de la cocina—. ¿A qué huele?

—Jairo ha preparado una salsa de pimienta verde para las lubinas.

Los donuts seguían intentando *collejearse* el uno al otro en el recibidor. Aritz se agachó justo a tiempo de esquivar a Jairo, que, pese a su altura y complexión, no lo tenía tan fácil porque el más pequeño era también más ágil.

—Ah, Lía.

Me giré de nuevo hacia él, tenía una expresión extraña, parecía ¿avergonzado?

—Dime.

—Te hemos dejado una cosa encima de la cómoda. —Se acercó para continuar explicándose en voz muy baja—. No le des importancia ni pienses nada raro, por favor. Es solo una tradición y, con tus antecedentes, hemos pensado que no tendrías. No hay intenciones ocultas. Ninguna.

Amusgué los ojos, muerta de curiosidad.

—Vaaaleee…

Le di la espalda y caminé hacia mi dormitorio esforzándome en no correr. Encendí la luz y agarré la bolsita que me esperaba donde me había dicho. No me hizo falta abrirla para saber qué contenía ni qué era ese regalo tan misterioso y susceptible de emparanoiarme: la bolsa era de una tienda de lencería. Y dentro había un conjunto de braga y sujetador de color rojo Ferrari.

Si Adri no me hubiera prevenido, habría pensado mal, sí. Sin embargo, una parte de mí sabía que no había nada oscuro detrás de sus motivaciones, que solo me habían comprado ropa interior roja porque alguno de ellos —si no los tres— también la llevaba. Porque era una tradición tan arraigada como la de las uvas. Y es que ni siquiera me habían comprado uno sexi a tope de encaje; era de algodón, sencillo y, salvo por el color, de lo más discreto. Si alguien había dedicado algún pensamiento a que la noche derivara en algo similar a lo sucedido en Nochebuena, seguro que era solo yo.

Así que me duché, estrené el conjunto —a pesar de que nunca lo hacía sin lavarlo antes—, y regresé a la cocina para reunirme con

ellos. Con el pelo aún empapado y vestida con unos vaqueros y una camiseta sencilla, me paré ante los chicos y les mostré la tira del sujetador.

—Gracias. Me queda perfecto.

Aritz levantó una ceja y, con las manos en garra levantadas a la altura del pecho —del mío—, comentó:

—Soy un hacha calculando tallas.

—¿Hay algo en lo que no seas el mejor? —pregunté jocosa.

—Ahí le has dado.

—¿Vosotros también lleváis gayumbos rojos?

Como si lo hubiera pedido de forma expresa, los tres se bajaron unos centímetros la cinturilla de sus pantalones para mostrar el color de los calzoncillos. Rojo vivo muy similar al mío para Adri, rojo casi granate en el caso de Aritz y, oh, sorpresa, amarillo para Jairo.

—¡Jairo! ¿Amarillo?

—Puedes sacar a mi madre de Republica Dominicana, pero jamás sacarás a la Quisqueya de mi madre. En mi familia hoy todos llevamos algo amarillo puesto.

Lo que me recordó que, una vez más, al menos dos de esos tres hombres habían dejado a sus familias para estar conmigo. Y el tercero lo habría hecho también si la suya no estuviera en otro país, estaba tan segura como feliz de contar con su generosidad y compañía.

No nos sentamos a cenar hasta que estuvo todo listo, para que nadie tuviera que estar levantándose todo el rato, así que lo hicimos a una mesa atestada de bebidas, copas, pan, entrantes, varios primeros y con el plato principal esperándonos al calor del horno.

Nos pusimos las botas y aún tuvimos tiempo a dar cuenta también de una buena cantidad de dulces navideños y turrón de diferentes tipos antes de levantarnos a por los cuencos con las doce uvas que Adrián se había encargado de preparar. Eran todas sin

pepitas, pero las mías, además, estaban peladas. El chico que las había dispuesto como si fueran para una niña de cinco años, me pilló mirándolas con cierta aprensión. No era mi fruta favorita, precisamente.

—¿Seguro que no prefieres tomar doce trocitos de Suchard con las campanadas?

Jairo estaba sirviendo cuatro copas de champán con el que brindar durante esos primeros segundos del nuevo año. Aritz zapeaba delante del televisor en busca de la mejor opción para ver la retrasmisión en directo del reloj de la Puerta del Sol. Yo dejé de darles vueltas a las uvas dentro de mi cuenco y alcé la mirada hacia él.

—Me las voy a tomar como una campeona, que ya soy mayor —bromeé—. Y es tradición. Y si llevo bragas rojas y he sido capaz de encontrar al menos cuatro piezas de oro entre toda mi bisutería para meterlos en las copas, pues también puedo comerme las doce uvas más pequeñas que he visto en toda mi vida.

Si es que eran mínimas, del tamaño de perlas. ¿Cómo había conseguido pelarlas sin destrozarlas en el intento?

Adrián me dedico una sonrisa más brillante que las luces que parpadeaban en el árbol que había decorado conmigo.

—Lo que sea para maximizar las posibilidades de que el año que entra sea el mejor hasta el momento.

—Eso es.

Aritz llamó nuestra atención desde el centro del salón.

—¿Las vemos aquí?

En la pantalla había un par de cómicos metidos a presentadores de televisión y vestidos con sus mejores galas.

—A mí me vale —respondí.

—Lo que queráis —confirmó Jairo.

—Hostia —maldijo Aritz—, apurad, que queda medio minuto.

Adrián dejó escapar una sonrisa, puso la palma de la mano en la parte baja de mi espalda y la mantuvo ahí mientras nos desplazábamos hacia delante de la tele. Jairo corrió a dejar las copas en la mesita mientras Aritz cogía los cuencos de ambos y regresaba a la posición anterior.

—¡Apuesto por un seguro de vida! —chilló antes de sujetar la primera uva entre el pulgar y el índice.

—¿Qué?

Jairo respondió por él.

—El primer anuncio del año. —Tomó también una uva de tamaño estándar entre los dedos y prosiguió—: Yo apuesto por… un perfume, por ejemplo.

—Yo por una marca de cerveza —dijo Adrián—. ¿Lía?

—Eh… —No se me ocurría nada que no hubieran dicho ya.

La mujer anunció que ya estaba bajando el carillón y este pasó a ocupar el encuadre al completo.

Aritz me metió prisa:

—Di algo ahora o calla para siempre, Lía.

—Mmm… no sé. —Comenzaron los cuartos—. Venga, yo digo Coca-Cola.

—Apuesta de bajo riesgo —me acusó el pequeño de los donuts.

Jairo resopló.

—Dijo el que apostó por una compañía de seguros.

Nadie añadió nada más y no tardó en sonar la primera campanada.

Me pasé de frenada y me terminé mis doce miniuvitas cuando mis amigos y la mayoría del país iban aún por la séptima. De ese modo

pude dejar de prestar atención a la emisión y echar un vistazo a los chicos y sus carrillos llenos como si fueran hámsteres.

Adri fue el primero en terminar, quizá por eso fue a él a quien le di el primer abrazo del año en cuanto sonó la última campanada. Y a quien le di también el primer beso de ese año que comenzaba tan bien rodeada. Un beso sentido, largo y muy cerca de su boca. Al contrario que en Nochebuena, pude corregir en el último momento la trayectoria y posar mis labios a unos milímetros de donde estos habían planeado su aterrizaje.

«Ahí, cari, ahí. Justo donde le besa la chica de Sephora».

«Mierda».

«Exacto. ¡Un aplauso para Lía!».

«¡Cállate!».

«¿Vas a plantarle un beso en los morros y luego disimular besando a los demás? Porque me suena la movida y si se pone igual de interesante…».

«Eres insufrible».

A pesar de la metiche de mi conciencia, y de que la música de la retrasmisión pareció sonar más alta que las anteriores felicitaciones jubilosas de los presentadores, pude escuchar la voz ronca de Adrián muy cerquita de mi oreja:

—Feliz año nuevo, librera.

Me aparté lo justito para poder mirarle a esos ojos suyos tan verdes y bonitos.

—Feliz año nuevo, segurata.

—¡Vamos, no me jodas! —prorrumpió Aritz.

Giré la cabeza hacia él, que aún tenía un brazo en la espalda de Jairo, y me encontré con que, aunque Aritz estaba mirando la pantalla, el alto de los donuts sonreía y me miraba a mí. Nos miraba

a Adri y a mí, todavía abrazados y tal vez un poco más pegados de lo socialmente aceptado entre dos amigos… sin derechos.

Carraspeé antes de preguntar:

—No me jodas ¿el qué?

Aritz señaló la imagen sobrecargada de color rojo y refrescantes burbujas del televisor.

—Has ganado, cabrona.

Terminé de apartarme de Adrián incluso cuando cada célula de mi cuerpo luchó por que no lo hiciera, le di un abrazo cariñoso y sincero a Jairo y, cuando iba de camino a hacer lo mismo con Aritz, quise saber:

—¿Y qué he ganado con mis evidentes dotes de clarividencia?

Él me achuchó y contestó:

—Una noche de diversión con los solteros más cotizados de esta puta ciudad. —Volvió a dejarme en el suelo y continuó—: Venga, quítate esa ropa.





VENGO AHORA

«Ay, Dios». Noté como todo el cuerpo se me ponía rígido y cómo la sangre me huía del rostro.

¿Me acababa de decir que me sacara la ropa?

Adrián me posó una mano en el hombro.

—No fibriles —pidió a mi espalda y casi en un susurro, quizá solo yo pude escucharlo.

Aritz soltó una carcajada y luego extendió los brazos para mostrarme las palmas por delante.

—Lía, si hay algo que quieras hacer, solo tienes que pedirlo. —Me guiñó un ojo—. Pero lo que quería decir es que te cambies porque vamos a salir.

El segurata le cortó para aclarar:

—Solo si te apetece, no es obligatorio.

—Claro que le apetece salir con nosotros —repuso el otro, muy seguro de sí mismo—. ¿Cuánto hace que no sales de fiesta?

Uf, desde la universidad, y tampoco es que hubiera salido mucho mientras estudiaba. Mis amigos de por aquel entonces tenían un concepto de diversión que no casaba demasiado con el mío. Incluso estando ya con Daniel, la mayor parte de los fines de semana me retiraba la primera y los dejaba dándolo todo donde fuese. La fiesta

se acababa para mí en cuanto las risas y el baile se cambiaban por las vomitonas y la falsa exaltación de la amistad. En algún momento había dejado de acompañarlos, sin más. Y Daniel había seguido saliendo con sus colegas, también después de mudarnos y retomar sus viejas amistades. Esos amigos que no me habían vuelto a llamar ni escribir un wasap desde que rompimos.

Jairo bromeó frente a mí.

—Sí que debe de hacer tiempo, sí.

—Perdón —dije avergonzada por mi repentino ensimismamiento —. Hace como diez años de la última vez. Pero, qué coño, me apetece.

—¡Toma! —celebró Aritz.

Yo le ofrecí una sonrisa sincera y después bajé la vista a la ropa. Como de costumbre, Adrián se adelantó a mis propios pensamientos.

—No hace falta que te cambies, estás preciosa.

Mentía, y yo me puse roja igual, así que musité un agradecimiento apenas audible y hablé ya de espaldas a ellos.

—Dadme un momento para intentar ponerme algo a la altura de vuestros modelitos.



Un cuarto de hora más tarde salí de la habitación metida dentro del vestido que me había puesto para el primer e infructuoso encuentro con Adrián. Era mi mejor trapito, en realidad. El menos veraniego, cuando menos. Bueno, era negro y sencillo, pero le añadí mi último par de pantis de media pierna decentes, negros también, y un poco de esa bisutería que había revuelto para encontrar algo de oro y,

como no era cuestión de salir de casa a las tres de la mañana, me dejé el pelo suelto, solo me pinté los labios de rojo muy oscuro y me puse tres capas de máscara de pestañas. A lo loco. Volví atrás para mirarme de nuevo en el espejo y resolví que mi atuendo era medio pasable para el estándar de Nochevieja. Lancé una oración a los dioses de la farra para que ningún portero pensara lo contrario y nos negara la entrada por mi culpa.

Taconeé hacia la cocina atraída por el ruido y me los encontré a los tres enfrascados en diferentes tareas. Adrián estaba anudando una bolsa de basura que ya no permitía el cierre del cubo, Aritz metiendo cubiertos en el lavavajillas y Jairo tapando con papel de aluminio la bandeja de dulces y turrones que nos fue imposible terminar.

—¿Queda algo en el salón? —pregunté por si quizá era mejor que me descalzara para meterme en faena y no seguir molestando a los vecinos del piso inferior con los tacones.

Algo vibró en mi estómago al ver el modo en que Adrián me recorría de abajo arriba con una mirada que sentí como una caricia suave y lenta. Aritz silbó como un pícaro de película de los setenta. Jairo fue quien me respondió:

—Nada, ya está todo recogido. —Deslizó la bandeja cubierta hasta el centro de la mesa y se limpió las manos con un trapo—. Estás impresionante, corazón.

Sujeté dos pellizcos de tela e hice un amago cutre de genuflexión.

—Gracias, amor —canturreé contenta.

Trasladé la mirada a Adrián, deseosa de que me dedicara otro piropo —me había encantado el «estás preciosa» anterior—, y llegué a tiempo de verle el ceño ligeramente fruncido, aunque se recompuso tan rápido que creí haberlo imaginado.

No hubo más lisonjas por su parte. Me aclaré la garganta para bajar la decepción que me subía por el pecho y cambié de tema:

—¿A dónde vamos a ir?



Como todos habíamos cenado con vino y brindado con champán, nos desplazamos en taxi a un club del centro cuyo dueño era cliente de la empresa de Aritz, y que no solo nos facilitó entrada gratuita en una noche en la que el precio de esta era de locos, sino que, además, nos dio barra libre y acceso a un pequeño reservado en el que había una mesa baja y unos sillones. Como colofón, nos entregaron también unas bolsas de cotillón de lo más completas, que incluían un montón de complementos a tope de purpurina y hasta unas boas de plumas con las que posamos, guapísimos los cuatro, en el *photocall* que a tal efecto había en un rincón.

De pronto me sentía como viviendo una experiencia extracorpórea, como si yo no fuera yo. Esa chica que se había pintado los labios y lucía piernas mientras bailaba —¡bailaba!— con sus amigos, no era la misma Lía que solo unas semanas antes preferiría arrancarse un brazo a mordiscos que verse en tal situación. ¡Y qué bien lo estaba pasando, joder! No había necesitado añadir ningún complemento a los dos refrescos que me habían traído los chicos, ni el tercero al por el que había ido yo, para desinhibirme y disfrutar del ambiente y de la música. Me gustaba la selección musical, me gustaba cantar a voz en grito cuando uno de ellos se emocionaba y hacía lo propio, quizá un poco demasiado cerca de mi oído. Me gustaba bailar con Adri. Y con Jairo y con Aritz. En un momento dado, me gustó bailar con los tres una canción de esas que te trasladan a un chiringuito caribeño y que invita a restregar los cuerpos con el decoro bajo mínimos.

Y sí, me restregué contra ellos un poco. Bastante, la verdad. Porque había confianza, porque ellos también querían, porque lo estábamos pasando bien y porque nos daba la gana. De modo que ya no volví a bailar sola ni despegada de ellos. Me dolían los pies y me daba igual. Era tan tarde que casi era temprano, y me daba

igual. Estábamos rodeados de gente que podía hacerse ideas equivocadas —no tan equivocadas— sobre nosotros cuatro, y me daba igual.

El gesto de Adrián se contrajo en una mueca de disgusto mientras yo le miraba embobada, deslizaba las manos por la pechera de su camisa y me contoneaba con Aritz sujetándome la cintura y… no me dio igual. En especial cuando, sin apartar la vista de donde algo llamaba su atención, me agarró por las muñecas para bajarme las manos y comentó algo que sonó como:

—Vengo ahora.

Sin soltarme, se inclinó hacia Jairo, que también había dejado de moverse, y le dijo algo al oído que me fue imposible escuchar por encima de la música. En una maniobra a todas luces pactada, Adrián me soltó, se alejó hacia algún punto a mis espaldas y Jairo le sustituyó frente a mí.

El alto de los donuts forzó una sonrisa falsísima, entrelazó los dedos de las dos manos con los míos y subió nuestros brazos a su nuca para seguir bailando en el sándwich que formó conmigo entre él y Aritz, que también había disminuido la intensidad del bailoteo.

«Esto es rarísimo».

—¿Qué pasa? ¿Se encuentra bien? —pregunté preocupada.

—Sí, tranquila. Ha ido al baño.

Mentira. Si solo había ido al baño, ¿por qué lo seguía con la mirada?

Confirmé que algo sucedía, y que no querían que supiera de qué iba, cuando traté de volverme para buscar a Adrián entre la marea de personas que cercaban nuestro reservado y los chicos trataron de impedírmelo.

—¿Qué os pasa?

Me solté con cierta brusquedad y me di la vuelta. Aritz tenía las cejas muy juntas y parecía intentar comunicarse por telepatía con

Jairo. Los ignoré y deambulé la vista por el espacio abarrotado, oscuro y fragmentado por las luces estroboscópicas que barrían el lugar en oleadas, en función de la intensidad de la música y que, hasta entonces, no me habían molestado tanto. En esos instantes lo hacían y mucho, porque me dificultaban la labor de ubicar a Adrián.

Lo localicé al fondo del club, hablando con alguien que quedaba oculto por una de las columnas que flanqueaban el acceso a los aseos. Podría haber sido un colega o uno de sus miles de conocidos, sí, solo que eso no explicaba la tensión de sus hombros ni el cabeceo enérgico, ni que acabara de cortarle el paso cuando el otro quiso salir de nuevo al pasillo.

Jairo volvió a taparme la vista con su enorme anatomía. Me pasó un brazo por los hombros y trató de guiarme hacia los sillones.

—Venga, vamos a sentarnos un poco. ¿Te apetece otra bebida?

Me desembaracé de él y dejé que mi rostro mostrase lo mucho que me estaba molestando tanto misterio. Un grupo de chicas salió del baño en tropel y empujaron sin querer a Adrián hacia un lado, lo que me permitió ver la cara del tipo con el que hablaba. A veces olvidaba lo pequeña que era esa ciudad.

—No me lo puedo creer —murmuré antes de echar a andar a trompicones entre todos aquellos cuerpos.

—¡Lía!

—¡Lía, espera!

Aunque los chicos venían detrás de mí, no pudieron detenerme en mi carrera hacia el capullo de Daniel.





TÚ NO ERES ASÍ

Mi ex me vio venir y tuvo la desfachatez de sonreírme y abrir los brazos como si de verdad se alegrase de habernos encontrado allí. No habló hasta que llegué a la altura de Adrián y me paré a su vera. Allí la música no sonaba tan alta y permitía mantener una conversación sin necesidad de pelarse la laringe a gritos.

—Lía, ¡feliz año! —Se adelantó con intención de abrazarme, la llegada de Aritz y Jairo, que tomaron posiciones a los dos lados, le disuadió de saludarme de un modo físico—. Cielo, dile a tus guardaespaldas que se piren, por favor. Quiero hablar contigo.

Sentí cómo se me cerraban las manos en puños al mismo tiempo que la postura de Adrián se envaraba aún más. Odié que se hubiera dirigido a mí con ese apelativo.

—Sí, es mejor que se vayan —repliqué—. Y yo me voy con ellos.

Abrí la mano y busqué a tientas la de Adrián, que tardó medio segundo en cerrar los dedos alrededor de los míos.

Daniel arrugó la nariz y enroscó los labios.

—¿Qué estás haciendo con estos?

Chasqué la lengua y rodé los ojos antes de tirar de la mano de Adrián y girarme para largarme de allí.

—Tú no eres así, Lía… Debería darte vergüenza. ¿Qué pensaría tu abuela si te viera guarreando de esa manera?

La rabia inundó mi sistema. No iba a permitir que me avergonzara ni pensaba dejar que me estropease la entrada en el nuevo año.

Adrián me apretó la mano, Aritz me puso una de las suyas en el hombro y Jairo me sujetó la que tenía libre. Ninguno dijo nada, me ofrecían su apoyo silencioso y me dejaban lidiar una batalla que era solo mía. Listos para saltar ante la más mínima señal por mi parte.

—No soy así, ¿cómo? —Di un paso hacia él para eliminar el riesgo de que se perdiera algo, aunque no me solté de los chicos—. ¿Una mujer satisfecha? ¿Una mujer feliz? —Hice una pausa dramática, para que calara el mensaje y para aquietar mi corazón acelerado por la incómoda situación—. Es verdad que no *era así*, pero ahora sí que lo soy. Las dos cosas.

Me di la vuelta y tiré de los tres hacia el reservado de nuevo. Como me hubiesen robado el bolso por su culpa, me iba a oír.

Casi me dio un ataque cuando llegamos y descubrí que el bolso no estaba. Aritz me vio la cara y se apuró a entregármelo, ya que había tenido la previsión de cogerlo y llevárselo con él. Le agradecí sobremanera el gesto y me senté en el sillón, todavía abrumada por el desagradable encontronazo. Qué bajo había sido lo de mentar a mi abuela.

Adrián se arrodilló entre mis piernas y los donuts se sentaron uno a cada lado. Fue el segurata el primero en hablar:

—El puto Rocco es muy, muy gilipollas.

—Lo sé. —Tragué saliva e intenté esbozar una sonrisa que diera el pego—. Estoy bien. —Tenía que recuperarme, no quería que encima pudiese verme afectada y regodearse por ello. Me levanté, dejé el bolso de nuevo encima del abrigo y deambulé la mirada por los gestos contritos de mis tres amigos—. En serio, no pasa nada. ¿Queréis algo de beber?

—¿Y si cambiamos de sitio? —propuso Aritz.

Jairo miró la hora en el reloj de pulsera.

—¿Y si nos vamos a tomar un chocolate con churros?



No fuimos los primeros en llegar a la churrería, aunque por poco. Acababan de abrir y, además del escaso personal, solo había una cuadrilla de adolescentes gritones y un poco perjudicados que nos hicieron sentir mayores.

Ocupamos una mesa, hicimos nuestro pedido y yo me disculpé para ir al baño. Tenía la mitad de la máscara de pestañas pegoteada alrededor del párpado inferior y el carmín seco y agrietado, menudo cuadro. Me adecenté como pude y le pedí a la Lía del espejo que olvidara a Daniel y cómo me había afectado lo que me había dicho. Incluido el insulto implícito.

Los chicos no se merecían ese fin de fiesta. Y yo tampoco.

Cuando regresé había sobre la mesa cuatro humeantes tazas de rico chocolate y una montaña de churros a punto de desmoronarse y llenarlo todo de azúcar.

—Oh, podíais haber empezado —les dije mientras me sentaba—. Después de la cena que nos hemos metido, no creo que pueda comer más de un par.

Para nada tenía el estómago cerrado por lo sucedido en el pub, qué va…

Adrián cogió un churro, lo mojó en el chocolate y, con la boca llena, comentó:

—No hace falta tener hambre para comer churros.

Aritz rio.

—Ni para comer porras. —Levantó las cejas para enfatizar el doble sentido que todos habíamos pillado.

Quise reírle la gracia, sin embargo, no fui capaz; el reproche de Daniel sonó como un eco en mi cabeza abotargada por el cansancio. Qué poco había necesitado para hacerme sentir… sucia.

Mordisqueé uno de los churros mientras mis amigos iban saqueando el plato poco a poco, alternándose entre ellos para entretenerme con sus divertidas intervenciones. Y yo quería pasarlo bien, dejar de sentir esa presión en el estómago, esa angustia que se me había instalado en el pecho.

—Nena.

Levanté la vista de la capa superior y ya fría del chocolate que apenas había probado.

—¿Qué?

—¿Nos vamos?

Quise responder que no, que no hacía falta. No quería fastidiar la noche y cortarles el rollo después de todo lo que habían hecho por mí…

Jairo se estiró y apostilló:

—Yo lo siento, pero necesito irme a dormir.

Aritz se mostró de acuerdo.

—Yo también.

Nada en sus actitudes, caras o posturas delataba pizca de cansancio, fingían para ayudarme, y eso me daba mucha rabia.

Adrián se levantó a pagar y dos minutos más tarde estábamos montados en un taxi que paramos por pura chiripa. No nos arriesgamos a tener que esperar dos horas hasta conseguir otro, por lo que nos subimos los cuatro juntos y pedimos al conductor fuese haciendo paradas. Dejamos a Aritz primero, a Jairo después. Yo sería la siguiente y Adri continuaría después hacia su piso.

No quería quedarme sola, no quería irme a la cama y seguir escuchando las palabras de Daniel en bucle.

—Adri.

El conductor arrancó cuando el último semáforo antes de llegar a mi calle se puso en verde, y yo me quedé absorta en el modo en que las luces de las farolas y el tráfico iluminaban la curva suave de esa sonrisa que podría contemplar durante el resto de mi vida sin cansarme. Esa que se elevó por una de las comisuras ante mi parálisis.

—Dime.

—Quédate conmigo.

Él alargó el brazo para tomar la mano que deslicé por el cuero de los asientos traseros hacia la suya.

—Siempre. —Hizo una inhalación profunda—. Siempre que me necesites.

Pagué la carrera y subimos a mi casa en silencio.

Mientras yo me quitaba los zapatos con un suspiro de placer, Adrián dejó la cazadora en el perchero. Colgué también mi abrigo y el bolso, volví a tomarlo de la mano y tiré de él hacia mi dormitorio. No encendí la luz, la de las farolas de la calle era suficiente para ver que apretaba la mandíbula cuando me quité el vestido y lo dejé caer a los pies de la cama. No se movió mientras me quitaba las medias. No opuso resistencia cuando lo empujé hasta el borde del colchón y le pedí que se sentara para quitarle los zapatos. Ni cuando me metí entre sus piernas y comencé a desabrocharle la camisa. O cuando la tiré al lado de mi ropa, me subí a horcajadas sobre él y acaricié la piel de gallina de sus costados y su abdomen. Todavía sentía la presión en el centro del pecho, sin embargo, mi sangre bullía de excitación. Era una combinación difícil de gestionar.

Estaba a punto de tirarme a su boca cuando vi cómo se le movía la nuez al tragar.

—¿Qué estamos haciendo, Lía?

«No lo sé, no entiendo lo que me pasa ni lo que provocas en mí, pero sé que estoy mejor cuando estoy contigo. Y sé que puedes hacer que me sienta buena y válida. Y querida y respetada».

No encontré la voz para decirle nada de eso, conque opté por emplear mi boca inútil para besarlo como llevaba mucho tiempo queriendo hacerlo. Adri respondió al beso, si bien lo hizo con cautela. Dulce y tierno. Contenido. Y, aun así, logró incendiarme por dentro.

—Lía… —susurró a milímetros de mis labios—. ¿Por qué ahora?

Volví a estampar la boca contra la suya mientras me pegaba a su cuerpo y le hundía los dedos en el pelo.

—Lía —insistió.

—Te necesito, Adri.

Llevó una mano a mi cuello, acunó mi rostro con la otra y me obligó a enfrentarme a su mirada.

—No me necesitas, Lía. No me necesitas ni a mí ni a nadie para saber que eres una mujer libre de hacer lo que quiera cuando quiera. Tu ex es un capullo integral y un cobarde de mierda que ha ido a darte donde sabía que te dolería más. No puede hacerte más daño que el que tú le permitas. —Me sujetó por la barbilla cuando intenté bajar la mirada—. No dejes que te lo haga, sabes que no tiene razón.

—Pues ayúdame a olvidarme de él y de lo que me ha dicho.

Bajé las manos por su torso y traté de evitar que rebatiera mi pobre argumento con otro beso apasionado. Adri lo rompió con un último pico suave, se retiró y me impidió seguir tanteando el borde de sus calzoncillos.

—No me uses, por favor —rogó muy bajito—. Esto no significa lo mismo para ti que para mí, y cada vez me cuesta más fingir que no me afecta.





QUÉ PUNTERÍA

«Oh… ¿Cómo? ¿Qué acaba de decir?».

No podía ser real. El *shock* que me produjo esa revelación no me dejaba pensar ni actuar, casi no me permitía respirar. No ayudaba el golpe que había supuesto escucharle pedir que *no lo usara*. ¿Lo estaba usando? No. No obstante, era consciente de que, de un modo del todo involuntario… sí. Desde luego, podía parecerlo. «Mierda».

Como si mis miembros se resistieran a obedecer las órdenes de mi cerebro, me bajé de su regazo con lentitud y cierta rigidez, para quedar sentada sobre los talones a su lado, en mitad de la cama. De pronto sentía frío, la piel se me erizó y me abracé a mí misma, tan ridícula vestida solo con el conjunto de ropa interior rojo que él y los chicos me habían regalado.

—Lo siento, yo… yo no pretendía… —musité sin atreverme a mirarle a la cara—. Lo siento muchísimo.

—Ey, tranquila.

Por el rabillo del ojo vi que se erguía para coger la manta que tenía extendida a modo de cubrecama y sobre la que había estado sentado. A continuación, se arrodilló a mi lado y me cubrió con ella.

—Adri…

—Ya está, no pasa nada. —Me apartó el pelo de la cara con delicadeza y una tímida sonrisa que no le llegaba a los ojos, y por mucho—. Ha sido un día largo y estamos cansados.

Me arrebujé en la manta y me dejé caer con la cabeza en la almohada. Él echó una pierna atrás, supuse que con la idea de vestirse y marcharse. Como tantas veces me pasaba con él, mi boca habló sin pedirme permiso:

—No te vayas.

Tras unos segundos de duda que se me hicieron eternos, se tumbó frente a mí. Me deslicé sobre el edredón para eliminar los pocos centímetros que nos separaban, le eché la mitad de la manta por encima del torso desnudo y me pegué a su pecho, incapaz de seguir mirándole a la cara, y muy necesitada del contacto de su piel. Me dormí los dioses sabían cuánto tiempo después, arrullada por su aroma y el latido de su corazón.



La melodía de un móvil que no era el mío me arrancó de mi reparador sueño. Sonaba cerca, aunque amortiguado. Abrí los ojos y parpadeé varias veces para acostumbrarme a la claridad que entraba por la ventana. Tardé unos segundos en caer en que la calidez que me rodeaba provenía del cuerpo del chico que me había abrazado durante lo que quedaba de noche y lo que había transcurrido desde la salida del sol. Me habría quedado allí todo el día si aquel teléfono no hubiera empezado a sonar otra vez. No quería levantarme por muchos motivos, el principal: todavía no me creía lo que Adrián me había dicho. ¿Nos debíamos una conversación al respecto? Por supuesto. ¿En ese mismo instante? Mejor que no.

—Adri —susurré. No pude evitar sonreír al verle hacer un puchero contrariado—. Adri, eso que suena es tu móvil.

Se llevó la mano al bolsillo y parpadeó también para enfocar la vista cuando alzó el teléfono.

—Mierda —murmuró antes de aclararse la garganta y aceptar la llamada—. ¡Feliz año, mamá! —Hizo una mueca de dolor—. Sí, lo siento. —Negó con la cabeza—. ¿A qué hora cierran? —Cogió aire entre dientes—. Creo que puedo llegar.

Terminó la llamada y dejó caer el móvil para frotarse la cara.

—¿Todo bien?



No era nada grave, solo que se nos habían pegado las sábanas y su familia llevaba quince minutos esperando por nosotros. Adrián estaba encargado de comprar el pan en la única panadería abierta en varios kilómetros a la redonda, y cerraban en cuestión de minutos.

Me envolví en la manta y me paré a su lado mientras él se vestía y se calzaba a toda velocidad.

—Si prefieres que no vaya, puedes decírmelo. Lo comprendo.

Introdujo el talón en el zapato, se levantó y se paró delante de mí.

—Oye, me voy a ir corriendo a por el dichoso pan porque, si no hay pan, a mi abuela le va mal y nadie quiere que mi abuela sufra. —Me apartó un mechón de pelo de la cara y me dio un toquecito en la nariz—. Te da tiempo a darte una ducha y vuelvo a por ti.

—No. No tiene sentido que vayas y vuelvas atrás. Nos vemos allí, aprovecha para ir a cambiarte a tu piso.

—Prométemelo —pidió con un dejo de inseguridad.

—Te lo prometo.



Ya no era solo que había mucha prisa, sino que, en aquel momento, me pareció bueno evitar estar a solas con él. Y seguía pensándolo cuando llegué a la casa de su familia y fue él quien me abrió la puerta —guapísimo y con el pelo todavía húmedo— y me dejó un beso tímido en la mejilla enrojecida por el aire helado del exterior; y por la carrera que me había pegado para llegar cuanto antes.

Claro que era imposible estar a solas en un piso de ochenta metros cuadrados en el que se duplicaba el aforo máximo permitido.

Nerviosa y, por qué no decirlo, un poco ansiosa, saludé como pude a todo el mundo, me disculpé por el retraso y ayudé a trasladar al comedor lo poco que faltaba por poner en la mesa. Pronto me sentí como en mi propio salón, porque esa forma que tenían de tratarme y de actuar conmigo como si me conociesen de años y fuera una más, resultaba un poquitín invasiva, aunque también de lo más integradora.

Allí había tanta gente que, cuando la madre de Adrián me pidió que me sentara, no encontré dónde hacerlo. Estaba buscando algún hueco libre cuando advertí que la abuela me hacía señas desde la cabecera.

—Ven aquí a mi vera, nena.

Sonreí y me deslicé —con grandes dificultades y mucho contacto físico— entre la pared y los cuerpos de los familiares que se habían sentado en ese lateral.

Una vez me hube aposentado, la buena mujer me palmeó el muslo que, debido a la escasez de espacio, se tocaba con el suyo, ladeó la cabeza y me preguntó con discreción:

—¿Cómo se está portando mi nieto contigo?

Junté las manos sobre las piernas y, sin poder controlarlo, busqué a su nieto predilecto entre aquella caterva de rostros amables y conversaciones a gritos. Lo localicé en el extremo opuesto, bregando por abrirse hueco entre su cuñado y su prima, haciéndole cucamonas a su sobrino pequeño. Alzó a este en brazos y, como si lo hubiera llamado con algún gesto inconsciente, movió la cabeza hacia mí, me pilló observándolo y me guiñó un ojo. La imagen era tan sexi y tierna a la vez, que sentí cómo uno de mis ovarios liberaba un óvulo y me guiñaba un ojo también, para asegurarse de que pillaba la indirecta.

Como tardaba en responder, la abuela del chico que me alteraba las hormonas y lo que no eran las hormonas, preguntó de nuevo:

—¿Está siendo bueno? Porque si no es así, me lo dices y lo pongo a andar.

Me volví hacia su rostro surcado de arruguitas y le solté:

—No puede ser más maravilloso.

El respingo que dio provocó que el bastón que tenía apoyado en la silla se escurriese hasta el suelo. Yo noté calor en la cara y me rasqué la nuca con fuerza. La abuela se acercó todavía más y bajó la voz al mínimo.

—¿Ya les puedo contar a las chicas de piscina que por fin tiene novia?

«Ay, Dios». Debería estar muy incómoda —un pelín sí que lo estaba—, debería huir o cambiar de tema —aunque no tenía escapatoria y subirme a la mesa para correr entre los platos y los vasos no sería fácil—, debería… comportarme y salirme por la tangente —*spoiler*: no lo hice.

Bajé la cabeza hasta casi tocar su frente con la mía, miré por el rabillo del ojo hacia Adrián y, como parecía distraído con el baile de comida, bebida, platos y bandejas que se había iniciado…

—Es que la cosa es que yo creía que él no quería saber nada de parejas ni de relaciones estables.

De hecho, hasta hacía tan solo unas horas, estaba convencida de ello.

La mujer empleó el mismo tono para continuar esa inesperada conversación.

—Ah, no, no quería —confirmó antes de dejar escapar una risa traviesa—. Hasta que, hará un par de años o así, se nos enamoró hasta las trancas.

«Uy, esto se pone interesante», pensé mientras aceptaba la bandeja de gambones que me pasaba el novio del primo uno. Le serví a ella unos pocos y un par en mi plato, seguía sin demasiado apetito. Pasé la bandeja al siguiente y me metí otra vez de lleno en ese momento de comadreo que me tenía *living*.

—¿Y qué pasó? ¿Por qué no funcionó? —quise saber en modo cotilla total.

—Al principio el problema era que ella tenía novio.

—Vaya por Dios, qué puntería.

La mujer alzó la voz para exclamar:

—¡Eso mismo le dije yo! —Continuó ya más bajito y sin necesidad de tirarle de la lengua—. Pero al final no era un problema, porque se separó de él poco después.

—Ah, ¿entonces?

—Que la muchacha no le hacía caso. Nada, como si mi nene fuera invisible.

—Pobre, ¿cómo la superó?

—No lo hizo. Se dedicó a hacer el pendón todo lo que pudo y más. Ni que eso hubiera curado el mal de amores alguna vez.

Me eché atrás de golpe y de forma inconsciente, como si el comentario hubiera desarrollado una mano invisible y me hubiera

abofeteado con ella.

—Oh —musité.

—No veas la manía que le tuve durante mucho tiempo. ¿Por qué no se enamora de mi Adri? ¿Es tonta?

Hice un asentimiento, también fuera de mi control, y con el que me mostraba de acuerdo con esa suposición. Desde luego que yo me sentía muy tonta. Debía de ser muy idiota si había necesitado la noche anterior para darme cuenta de que eso que sentía por su nene no era amistad en ninguna dimensión ni plano existencial. Y más tonta era por estar al borde del llanto solo de pensar en que Adrián arrastraba ese mal de amores consigo todavía, incluso cuando empezaba a sentir también algo por mí.

—Abuela, ¿mayonesa?

Ni siquiera supe quién lo había preguntado.

—Sí, hija. Gracias.

Levanté la vista y observé que la tía de Adrián le ponía como medio bote en el plato. No me pareció que nadie nos estuviese prestando atención. En esa estancia abarrotada había demasiados estímulos con los que entretenerse.

—Mi pobre nene —prosiguió ella con un gambón ya en las manos angulosas y llenas de manchitas—, condenado a verla casi a diario en el trabajo y a rondarla sin descanso y sin éxito ninguno.

«Ay, lo que ha dicho». El estómago se me contrajo, el pulso se me aceleró al punto de ocasionarme dolor en el pecho. Busqué su mirada para ver si algo en ella me indicaba si se refería a mí o si acaso estaba hablando, yo qué sabía, de la encargada del Sephora. La mujer me torturó poniendo su atención en pelar el maldito gambón con toda la parsimonia y tirones muy poco eficientes.

Resistí la tentación de quitárselo de la mano y pelarlo yo misma. Esperé a que terminara. Esperé a que lo untara bien en la salsa. Esperé a que se lo comiera. ¿Me iba a obligar a preguntarle?

Por suerte, optó por apiadarse de esa idiota que no paraba de mover la pierna arriba y abajo a toda velocidad. Tomó otro gambón e inició la misma maniobra exasperantemente lenta, aunque también se giró hacia mí, clavó los ojos de ese verde que Adrián había heredado en el castaño de los míos y, con las cejas pintadas formando un arco apuntado, me dijo:

—Menos mal que la chiquilla al final cayó de la burra, ¿verdad? —Miró hacia su nieto y añadió—: Y ahora solo falta que él se entere.





HABLAMOS

Huelga decir que apenas probé bocado. Ni siquiera cuando la mujer decidió que ya me había dado bastante en qué pensar, cambió de tema, como si tal cosa, y no volvió a decir ni a insinuar nada al respecto. Yo tampoco hice preguntas, claro. Me dediqué a escuchar las conversaciones cruzadas, a reír las bromas continuas e incluso a tratar de entretener a los benjamines de la familia.

Cualquier cosa que me distrajera de Adrián y del bucle que sonaba en segundo plano en mi cabeza:

«Tal vez lo que pasa es que la persona que yo quiero no me quiere a mí».

«Esto no significa lo mismo para ti que para mí, y cada vez me cuesta más fingir que no me afecta».

«Hasta que, hará un par de años o así, se nos enamoró hasta las trancas».

Era mucho con lo que lidiar. Estaba nerviosa, ansiosa y… joder, feliz. Lo único que empañaba mi estado de ánimo era la falta de confirmación por parte de Adrián. Quería hablar con él, oír de su boca lo que ya me había adelantado su abuela. Porque una parte de mí aún se mostraba reticente y me impedía experimentar el subidón al cien por cien.

Debí imaginar que la sobremesa en esa casa sería extralarga, tanto como para que a Adrián se le echara encima la hora de entrar a trabajar.

—Si salimos ya, me da tiempo a llevarte.

—No te preocupes, no andes apurado. —Eché un vistazo en derredor—. Me quedo a ayudar a recoger.

Porque había faena y porque no había tiempo para someterlo al interrogatorio que me moría por iniciar, así que la mía era la opción más sensata.

Ana se acercó al rincón del recibidor en el que estábamos hablando.

—Yo puedo llevarla luego.

—No hace falta, gracias.

La chica se encogió de hombros y se metió en la cocina. Una vez a solas en la pequeña entrada, es decir, todo lo solos que podíamos estar en aquel piso lleno hasta los topes y con tráfico permanente entre las distintas estancias, Adrián se puso la cazadora y se acercó para hablarme a unos centímetros de mi cara.

—Siento tener que irme y dejarte sola, han hecho ajustes en los horarios por culpa de las vacaciones y la baja de Gómez, y tenemos unos turnos rarísimos.

—No te preocupes.

Tras unos segundos de vacilación por ambas partes, nos dimos un abrazo torpe y algo frío que no satisfizo ni un poquito las ganas que tenía de tocarle.

—Hablamos —dijo él antes de abrir la puerta

—Hablamos.



Ya me había dicho que tenía el mismo turno al día siguiente, lo cual reducía mis opciones de verlo en las condiciones propicias hasta… no me atreví a preguntarle cuándo. Me fui a mi piso bien entrada la noche y solo después de aceptar un táper con sobras que al final fue una bolsa llena de envases reutilizados y rebosantes de comida. Conseguí convencer a los anfitriones de que no era necesario que nadie me llevara en coche, aunque tuve que prometerle a la abuela que les enviaría un mensaje cuando llegara.

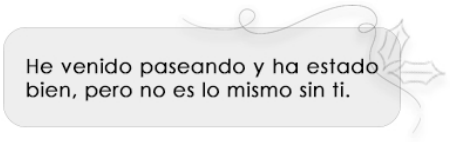
En esas estaba cuando me llegó un wasap que me hizo sonreír como una boba y que rezaba así:

Gracias por llevar tan bien la intensidad de mi familia, eres la mejor. ¿Ya en casa?

Al que yo respondí:

Gracias a vosotros por acogerme, he estado muy a gusto. Justo estaba escribiéndole a tu madre para confirmarle que ya he llegado.

Y después añadí:



¿Por qué? Porque de pronto tenía un propósito de Año Nuevo: ADRIÁN.

No me iba a engañar más a mí misma, al fin lo tenía claro y ya era capaz de identificar y poner nombre a lo que ese chico me hacía sentir. Y si él sentía algo parecido, ¿qué más podía pedir?

Pues el maldito momento de tenerlo conmigo para poder alejar las dudas y la inseguridad. Lo cual no era fácil si él trabajaba o dormía cuando yo estaba libre y él estaba libre cuando yo estaba atada a la tienda.

Ya sabía que no podríamos quedar a la jornada siguiente, pero eso no evitó que mi corazón alocado y efervescente albergara la esperanza de que se pasara a verme durante el rato que ambos coincidiríamos en el centro comercial, o por sorpresa antes de que entrara a currar; no sería la primera vez que me visitaba aun cuando no le tocaba trabajar. Además, habíamos quedado bien, sería algo normal en nuestras dinámicas. ¿Por qué no lo había hecho?

Estaba casi segura de que no se había enfadado por lo sucedido en mi cama…

«*No me uses, por favor*».

Dios, ¿y si estaba molesto? ¿Y si al tomar tiempo y distancia se sentía aún peor? ¿Y si lo de Año Nuevo lo había hecho sin puñeteras ganas, solo para no dejarme sola en una fecha tan señalada?

Valoré llamar a la garita y hacerlo salir, valoré enviarle un mensaje, valoré incluso llamar a Jairo para tantear qué sabía él de lo que nos traíamos. Y resolví que la primera opción no era ni siquiera tal, que la segunda no procedía y que la tercera no tenía sentido. Ni

Jairo ni Aritz estaban informados, mucho me temía que la persona que más sabía al respecto en el círculo de Adrián era su abuela.

Menos mal que Nat ya estaba de vuelta y que habíamos quedado para vernos, porque acababan de regresar del pueblo y porque, de forma muy conveniente, su vuelta coincidía en jueves, que era nuestro día. Salí puntual y corrí al exterior, ella me esperaba donde siempre, envuelta en lana y con la cara tapada hasta los ojos.

Le di un abrazo largo y apretado muy poco usual entre nosotras, porque mi amiga no era muy de tocar. Sin embargo, no lo rechazó ni protestó, solo esperó a que me separara de ella para mirarme con los ojos entornados y la cabeza ladeada.

—¿Estás bien? —preguntó debajo de la bufanda.

Miré a los lados para asegurarme de que no había nadie tan cerca como para poder escuchar mi contestación.

—Creo que Adrián… siente algo por mí.

Nat cruzó los brazos y cambió el peso de una pierna a la otra.

—Vale. Dime algo que no sepa.

Me aclaré la garganta y agregué un poco más bajito:

—Estoy enamorada de Adrián.

Nat levantó ambas cejas.

—Insisto: dime algo que no sepa.

«Qué mamona».

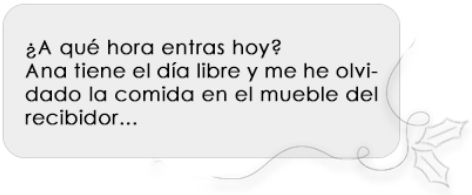


Como la tía, más que mi amiga, era mi hermana de otra madre, no se lo tuve en cuenta. Ni eso ni la actitud de «te lo dije» con la que amenizó la cena mientras me sonsacaba y no paraba de repetir

cosas como: «lo sabía», «no hay más ciego que el que no quiere ver» o «estaba a punto de regalarte una sesión de hipnosis, a ver si así salías del bloqueo».

Pese a todo, hablarlo con ella me hizo bien, lo hizo todo más real.

Qué remedio me quedaba, pues a esa realidad intangible era lo que me agarraba, ya que tampoco pude ver a mi nueva obsesión el viernes y a mí la cosa empezaba a alterarme de verdad. El sábado ya no pude contenerme más y le envié un wasap bien mentiroso y cobarde:



El doble *check* estaba azul cuando lo comprobé por tercera vez en pocos minutos, sin embargo, no había respuesta. Ni siquiera el triste emoji de pulgar alzado que tanto me había torturado. La cosa iba de mal en peor y a mí se me llevaban los demonios. Para calmar la desazón, o al menos dejar de regodearme en ella, me paseé por la tienda recolocando aquí y allá expositores que, a decir verdad, ya estaban tan bien dispuestos como podían estar. Razón por la que me pasé al almacén, ya que allí el orden no era una de mis prioridades y se notaba. Con la puerta abierta, y pendiente por si entraba alguien, empecé a ordenar las cajas con mercancía y a repasar el *stock* antiguo de libros que debería ir devolviendo a sus autores.

Estaba pensando en lo mucho que me gustaría conseguir vender más a esos escritores autopublicados que me habían confiado ejemplares de sus obras, cuando la voz que llevaba días deseando escuchar sonó a mi espalda.

Me di la vuelta de un salto y me lo encontré de uniforme, mascando chicle y con los dedos de una mano en torno a la gruesa

hebilla del cinturón, porque en la libre portaba una bolsa del Cien montaditos que levantó hacia mí.

—He pedido los mismos que tomaste la última vez y un par más que he improvisado.

Aparté las cajas a un lado y caminé hacia él. Me picaban las puntas de los dedos de las ganas que tenía de tocarlo. Me limité a sonreírle y tomar la bolsa que me ofrecía desde el umbral del acceso al cuartito.

—Gracias, eres un amor. —Puse la bolsa sobre la única balda libre, la que solía hacer las veces de mesa—. Te hago Bizum.

—Yo invito.

—Gracias.

—De nada, librera.

Ambos permanecimos callados unos segundos. Los que me llevó reunir el valor.

—Tenemos que hablar.

«Oye, muy bien eso de usar la peor entradilla de la historia de las conversaciones de pareja».

«Nosotros no somos pareja».

«Ni lo vais a ser, si sigues así».

Adrián miró hacia la salida y luego hacia mí otra vez. Entreabrió los labios. Se movió hacia delante.

La estática del aparato que llevaba prendido en el pecho rompió nuestro momento antes incluso de que se produjera. Yo ni siquiera logré entender lo que le dijo el compañero. Él reculó y su gesto mostró lo que podía ser fastidio. O alivio, no estaba segura de haberlo interpretado bien.

—Tengo que irme.

—¿Puedes volver después, cuando salgas?

Dio otro paso atrás.

—He tenido turno de mañana porque esta tarde seré Melchor en un par de centros, termino ahora en un rato y debo irme corriendo.

—¿Y por la noche?

—No, lo siento —dijo en tono pesaroso—. Mi hermana me ha pedido que los cubra y me quede en su casa con los niños.

«Joder. Qué… ¿casualidad?».





¿QUIÉN SOY YO?

Estaba volviendo a pasar y así se lo contaba por teléfono a Nat un poco más tarde, ya en pijama y sentada en la cama.

—Me rehúye otra vez. Igual hasta lo de sus sobris es una mentira.

—Pero, ¿habéis hablado o no?

—No.

—Ah. Ya le vale al chaval —comentó con más que evidente sarcasmo—, mira que no leerte el pensamiento.

—¿Cómo pretendes que le diga lo que siento si no lo veo?

—Lo has visto varias veces ya.

—¡Y nunca en las condiciones adecuadas! —protesté con cierta vehemencia.

—Chica, envíale un burofax para citarlo. ¿Quieres que te reserve el salón de plenos del ayuntamiento?

—¿Tú qué has cenado? ¿Pollo a la sarcástica?

Nat rio con ganas.

—Perdona, tía, y no te lo tomes a mal, pero es que me desespera que le des tantas vueltas y al mismo tiempo no hagas nada. Eres como las protas de las novelas que siempre criticas y que te sacan de quicio, ¿te das cuenta?

Qué horror, ¿¡tenía razón!?

—¿De verdad estoy haciendo eso?

—Y a lo grande, amiga.

—Me quiero morir.

—Nah —repuso—, a la larga no compensa. Mejor espabila de una vez y ya está. Por cierto, ¿mañana a qué hora cierras?

—A las ocho. ¿Por?

Soltó un resoplido.

—Qué tarde. Lo decía por si te animabas a acompañarnos a la cabalgata. Bastián está de los nervios, yo no recuerdo que el año pasado se emocionara tanto.

Agradecí el cambio de tema y me lamenté por no poder ir con ellos. Bas era mi debilidad.

—Me es imposible ir, pero podemos vernos después, si queréis. Por una vez en la vida podría llegar antes de que se duerma y así me cuenta la experiencia.

Acordamos reconfirmar cuando hablara con Edgar, pues ella no recordaba si habían quedado con los abuelos paternos de Bas; lo cual tenía sentido, ya que la noche de Reyes era la única fiesta que podían pasar con ellos. Lo cierto era que no tenía una relación muy estrecha con su familia política, de ahí sus dudas.

Apagué la luz, puse el móvil en modo sueño y, por último y casi en un impulso, le escribí a Adrián:

¿Cómo va el *cangureo*? ¿Se han dormido ya o has cometido el error de darles azúcar?
Recuerda no alimentarlos después de las 12. Y mantenlos lejos del agua.

Por suerte para mi pobre corazoncito, enseguida respondió:



«Ay, ojalá estar contigo».

Ojalá ser más fuerte que mis ganas de no parecer desesperada, pedirle la dirección y presentarme allí. Porque algo me decía que sí estaba cuidando de sus sobrinos. Adrián no me había mentido nunca, ¿por qué iba a empezar a hacerlo entonces?

Me dormí un poco más tranquila y deseando que las horas hasta nuestro próximo encuentro pasaran más rápido. Mi deseo se cumplió y la última jornada laboral de las fiestas navideñas se pasó en un suspiro. Aunque el ajetreo no fue proporcional a la caja, sí me mantuvo ocupada y sin apenas tiempo para pensar en el chico que ocupaba todos los huecos libres de mi mente.

A treinta minutos de bajar la persiana pude comprobar las notificaciones del móvil y vi que tenía un wasap de Nat: a Bastián le había dado fiebre y, aunque le había bajado con paracetamol y

parecía bien de ánimo y energía, se había perdido la tan ansiada cabalgata de Sus Majestades, el pobrecillo.

Fiel a su estilo sigiloso y ninja, esa voz que tanto me gustaba escuchar me hizo dar un respingo.

—¿Estás bien?

Al levantar la cabeza del hueco del mostrador en el que estaba respondiendo al mensaje de mi amiga, lo vi allí parado, con ropa de calle, las manos en los bolsillos y el rostro arrugado por la preocupación.

—Hola. Sí, ¿por?

—Parecías tan normal, incluso contenta y, de repente, se te ha cambiado la cara.

Le puse al tanto de lo que pasaba y todo lo que hizo fue sonreír, caminar hacia atrás en dirección a la salida y decirme:

—Pues el resto tiene solución, nena. —Hizo un saludo militar y yo me derretí un poco por dentro cuando, justo después, me dedicó un guiño—. Te recojo donde siempre al cierre.

Se dio la vuelta y se marchó.



Salí al exterior con la curiosidad espoleando mis pasos y no encontré a Adrián entre la gente que entraba, salía y caminaba con las compras en la mano. Me ajusté la bufanda y me puse los guantes mientras miraba a un lado y a otro hasta que mi nombre cruzó el aire helado desde el otro lado de la calle. Reconocí el Kia de Aritz y a los tres chicos que me hacían aspavientos en el interior, por lo que me apresuré a cruzar y meterme dentro por la puerta trasera que Adrián abrió para mí.

—Hola, chicos —saludé con un entusiasmo que ganaba por un poquito a la decepción por lo que su presencia suponía para con mis intenciones con su amigo.

Regresó a su asiento para dejarme sitio y me fijé en lo estridente de sus… ropajes. Me incliné hacia delante para mirar entre los dos asientos delanteros y descubrí que él no era el único que vestía una especie de túnica de vistosos colores cubierta por una capa profusamente decorada y rematada con delicadas pieles.

—Madre mía —mascullé con la garganta casi cerrada—. No sé qué decir, Adri… o sea, no sé qué deciros.

—Para empezar, nada de Adri; hasta que terminemos el trabajo me llamo Melchor. Soy un actor de método —explicó divertido—. Y supongo que no tenemos que aclararte quién de esos dos es Gaspar y quién Baltasar. Pero, si tienes alguna duda, se despejará en cuanto nos pongamos las pelucas, las barbas y las coronas.

Tomé una buena bocanada de aire que se escapó en un suspiro brusco. Me tomé unos segundos antes de atreverme a soltar un comentario intranscendente.

—Vale, vosotros sois Sus Majestades. Entonces, ¿quién soy yo?

Aritz levantó una mano y la dejó caer con un golpe sobre el terciopelo que le cubría las piernas.

—Es evidente —anunció—, tú eres la paja de los Reyes Magos.

Adrián puso los ojos en blanco, Jairo le pegó un manotazo en el hombro. Yo… me partí de la risa.



Y me dolían los carrillos de tanto como sonreí, contagiada por la alegría del pequeño Bas. Nunca olvidaría la cara que se le quedó

cuando su madre le dijo que la tía Lía tenía un contacto en Oriente, yo abrí las dos puertas del salón de par en par y mis tres amigos entraron a saludarlo y preguntarle cómo se encontraba. El hijo de mi amiga no podía ni decir palabra. Bueno, los primeros minutos, luego lo complicado fue hacer que se callara. Se le caían los ojitos de sueño, y quizá un poco por la fiebre que volvía a subir, pero seguía resistiéndose a dejar ir al trío de reyes.

Bas consintió permitirles marchar cuando Adrián le advirtió que, si no empezaban ya, no les daría tiempo a dejar los regalos de todos los niños. Le prometieron volver más tarde con los camellos para dejarle al menos uno de los juguetes que había pedido en la carta y se despidieron de él con un montón de abrazos.

Los chicos se quitaron las pelucas y las barbas postizas en cuanto se cerraron las puertas del ascensor.

—La hostia —exclamó Aritz antes de rascarse con violencia la garganta y detrás de las orejas—, me quiero arrancar la piel a tiras.

—No es para tanto —rebatió el otro donut.

—Ya, no te jode, tú ni siquiera llevas peluca, Baltasar.

Se quitaron el resto de los disfraces nada más alcanzar el coche y lo guardaron todo con cuidado en el maletero.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó el conductor.

Me gustaba pasar el tiempo con ellos, me gustaba mucho. Solo que… esa noche no.

—¿Podrías llevarnos a mi casa? —pedí.

—Claro.

Invertí medio trayecto en darles las gracias por lo que habían hecho por Bastián, y la otra mitad en observar a Adrián mientras los tres charlaban animados. Qué guapo era, tanto por fuera como por dentro.

Aritz puso el intermitente para girar hacia mi calle. Tragué saliva y carraspeé.

—Chicos —dije en el instante en que vio un sitio libre y se dispuso a maniobrar para aparcar—. Aritz, no hace falta que aparques.

Los tres se volvieron hacia mí. Fue Jairo quien preguntó:

—¿Te encuentras mal?

—No, no. —Paseé la mirada por sus rostros, con una pausa más amplia en el de Adrián—. No, es solo que necesito hablar con Adrián. —Casi pude sentir su confusión, en especial la de mi Rey Mago favorito. Por eso me dirigí a él—: ¿Puedes esperarme fuera un momentito, por favor?

Adrián juntó mucho las cejas encima de la nariz, si bien no dijo nada. Se limitó a salir del coche y caminar hacia el portal.

Jairo se quitó el cinturón para entornar el cuerpo hacia la parte trasera. Si iba a hablar no pudo hacerlo, porque me adelanté.

—Quiero daros las gracias. —Ahora venía la parte difícil. Sentí calor en las mejillas—. Por ser como sois, por ofrecerme vuestra amistad, por echarme una mano con la librería y por, bueno, ya sabéis, el tratamiento y todo eso. No sabéis cuánto me habéis ayudado. Habéis sido claves para que me diera cuenta de una cosa.

Jairo alargó la mano para posarla en mi rodilla.

—No tienes que darnos las gracias por nada de eso, nosotros estamos encantados de poder decir que somos tus amigos.

Su colega asintió para reforzar la idea y me miró con genuino interés.

—¿Qué cosa es esa de la que te has dado cuenta?

Hice una inhalación profunda, solté el aire despacito y le di una respuesta al más puro estilo Aritz.

—Que yo ya solo quiero ser la paja de Melchor.





¿EMPIEZO YO?

Aritz se mostró mucho más confundido que Jairo, básicamente porque este no solo no parecía confuso ni sorprendido, sino más bien todo lo contrario. Meneó la cabeza, me dio un apretón en la rodilla y, tras una estridente palmada, proclamó:

—¡Aleluya! Empezaba a creer que tendría que haceros una intervención o algo.

—¿Eh? —murmuró su amigo.

—¿Perdona? —pregunté yo.

—Vamos, corazón, ¿de qué te has dado cuenta y cuándo? Porque, francamente, me siento bastante gilipollas por no haber caído hasta Nochebuena en que tú eras la chica por la que Adrián lleva ya no sé ni cuánto tiempo sufriendo —reveló entusiasmado—. Y no sé en qué momento has sabido tú que también sientes algo por él, porque tampoco lo vi hasta esa misma noche. De hecho, me siento fatal, porque vale que él es muy cerrado para esos temas y no nos contó más que los titulares, pero es que yo tengo muy pocas reglas y hay una que llevo a rajatabla: jamás me acuesto con la persona de la que está enamorado un amigo o amiga. Y me mata sentir que con vosotros la he roto por duplicado.

El discurso improvisado de Jairo me dejó conmocionada. A tenor de lo que habían deducido por sí mismos tanto él como Nat, Adrián y

yo emitíamos señales que ninguno de los dos comprendía ni lograba leer en el otro. Estábamos escacharrados.

Aritz aprovechó nuestro silencio para intervenir y preguntarle a Jairo:

—¿Lía es aquella famosa chica que tenía novio? —Se dirigió a mí cuando el otro asintió—. ¿Y tú quieres estar con Adrián?

Asentí yo también, aunque con menos vigor y más vergüenza.

—La madre que os parió —protestó él con un tono entre enfadado, atónito y guasón—. Ahora me siento sucio, joder. ¿Este por qué coño no nos dijo nada? Es más, ¿por qué nos metió en la movida ya para empezar?

Jairo rio y volvió a menear la cabeza.

—Porque lo haría todo por la chica de la que está enamorado, incluso organizar encuentros sexuales con sus amigos si cree que es lo que ella quiere.

El corazón se me resquebrajó un poquito al escuchar esas palabras. No me había parado a pensar en cómo nuestra *terapia* le podía haber afectado. Si era cierto que Adri sentía algo tan fuerte por mí y desde hacía tanto tiempo… Yo… lo había hecho todo mal. Sin embargo, no me arrepentía, era el proceso que nos había llevado hasta ese punto. Quizá era lo que tenía que pasar para que reventara la burbuja de amargor en la que vivía; y para desencadenar los sucesos que me habían llevado a romper mis resistencias y a enamorarme de Adrián de una forma tan bonita como natural e irremisible.

—Ya veo, ya.

—Pues hasta hace medio minuto no habías visto nada —se burló Jairo.

—Pero me ha convencido del todo con esto de que se bajara del coche sin cuestionarla y lo tengamos ahí parado, esperando paciente y pelándose el culo de frío.

Ahogué un gritito que se quedó en suspiro. ¿Llevábamos mucho rato hablando? Pobrecillo.

—Si es que son tal para cual —Jairo habló como si yo ya no estuviera en el coche—. Venga, ve con él.

—Y exprímele hasta la última gota. —Aritz se ganó una colleja de su colega—. ¿Qué? ¿A estas alturas nos vamos a poner con remilgos? Lía ya es una más.

Sonreí, me deslicé por los asientos y abrí la puerta.

—Gracias, chicos. ¡Que os traigan muchas cosas los Reyes!



Adrián separó la espalda de la pared en la que se había apoyado; tenía las manos en los bolsillos, un chicle en la boca y el desconcierto impreso en las facciones. Me observó bajar del coche y a este moverse e incorporarse al tráfico. Estaba ya frente a él cuando Aritz tocó la bocina como si acabara de cruzarse con el autobús en el que un equipo de fútbol celebrase la Champions. Siempre discreto el chaval.

Pasé a su lado y saqué las llaves del bolso. Él me siguió en silencio y tampoco pronunciamos palabra en lo que tardamos en subir en el ascensor ni cuando accedimos al piso y nos quitamos la ropa de abrigo para colgarla en el perchero, con una familiaridad que me produjo no poca satisfacción.

—¿Quieres beber algo?

—Agua, por favor.

Sí, yo también bebería agua. No tenía el cuerpo para alcohol ni para gas. Fui a por los vasos al mueble y vi de reojo que él tiraba el chicle en el cubo de la basura y luego sacaba la botella de la nevera.

Mientras los llenaba me pregunté qué estaría pensando, por qué estaría tan serio, a qué sabría su boca… ¿Menta? ¿Fresa? ¿Sandía, quizá?

Se giró para devolver la botella al frigorífico, yo agarré los vasos llenos y los trasladé al salón. Después me descalcé y me senté en un extremo del sofá con las piernas debajo del trasero. Adrián, que me había seguido, también se descalzó antes de sentarse a mi lado, con una pierna flexionada para orientar el cuerpo hacia mí.

Se acodó en el respaldo y, tras unos instantes tensos, si bien no desagradables, rompió el silencio en el que nos habíamos movido desde que me bajé del Kia de Aritz.

—Tenemos que hablar, ¿no?

—Sí.

—De acuerdo. ¿Empiezo yo?

—Vale.

—Siento lo del otro día.

«Ay… ¿El qué?». Estábamos ahí para poner todas las cartas sobre la mesa, así que no me iba a quedar con la duda.

—¿El qué? ¿Qué es lo que sientes?

Adrián bajó la vista al espacio entre nuestras piernas y tamborileó con los dedos sobre la que tenía doblada encima del sofá.

—Lamento haberte dicho lo que te dije. No es justo, yo no puedo cambiar lo que siento y tú no puedes forzar lo que no te nace. No debí haberte presionado ni haberte hecho sentir mal. Te prometo que no volverá a ocurrir.

Reduje la distancia entre nuestros cuerpos hasta casi ponerme encima de él. Su olor me invadió y se me erizó la piel. Algo le pasaba a mi corazón, latía raro y demasiado fuerte.

—Reconozco que me sentí muy, muy mal, Adri.

—Joder, perdóname.

Su mano trepó por mi regazo para buscar la mía, que ya le estaba esperando.

—No, soy yo la que debería pedirte perdón. Entiendo que sintieras que te estaba usando, era lo que parecía porque fue la excusa que me puse a mí misma. Porque tenía tanto miedo que era más fácil creerme mis propias mentiras.

—Estabas enfadada y triste por culpa del maldito Rocco, es normal.

—No, no era eso. O sea, sí, pero no. No fue solo esa noche, llevo tiempo engañándome a mí misma. ¿Sabes por qué?

Sus pestañas aletearon varias veces, su pulgar detuvo el movimiento con el que me había estado acariciando el dorso de la mano.

—No, Lía, y no sé si entiendo por dónde vas.

—Llevo oyendo historias sobre ti desde que firmé el contrato de alquiler del local. Tú mismo me has contado muchas de ellas, Adri. No podía sentir nada por el chico que nunca quedaba dos veces con la misma chica. Me iba a doler y a abrir una herida cuya cicatriz estaba todavía muy tierna. Nada de sentimientos, solo calentón. Así no sufriríamos ninguno de los dos. A mí no se me rompería el corazón y tú no tendrías que pasar por el trago de recordarme que solo podíamos ser amigos.

Adrián susurró muy cerca de mí:

—Nunca dije que no quisiera ser algo más para ti.

—Exacto, nunca me lo dijiste. Ni eso ni todo lo contrario.

El verde de sus ojos era solo una rayita fina cercando las enormes pupilas, del que me despisté cuando los fijó en mi boca y se humedeció los labios.

—Nunca me diste la oportunidad.

—Ahora puedes decírmelo, Adri. Me muero porque me lo digas.

Terminó de invadir el exiguo espacio que nos separaba, me agarró de las caderas y yo colaboré irguiéndome para rodear las suyas con las piernas. El pulso se me aceleró y la anticipación me contrajo el vientre cuando me vi encima de él, con los brazos en torno a su cuello y los suyos alrededor de mi cintura.

—No quería una noche contigo, ni dos ni tres, porque las quiero todas, Lía. Te mudaste a vivir aquí en el mismo momento en que te conocí. —Se palmeó el lado izquierdo del pecho—. Desde entonces, no duermo bien los días que no te veo, no respiro bien del todo si no consigo sacarte una sonrisa. Y ya no me importa si no me correspondes, prefiero ser tu amigo, tu follamigo o lo que tú tengas a bien concederme, y tenerte en mi vida, a intentar alejarme de nuevo y volver a sentir cómo me pudro por dentro sin ti. Así que juega conmigo, úsame o haz lo que quieras, solo te pido que seas clara para aceptar lo que me ofrezcas y saber hasta dónde me dejas llegar.





ES QUE NO LO SABÍA

Apoyé la frente en la suya y respiré hondo con la intención de detener el ansia que me impelía a besarlo como si esa fuera nuestra última noche en la tierra. El corazón se me iba a salir del pecho de puro contento. Me ardían los ojos de emoción contenida.

—Adri —susurré antes de apartarme unos centímetros para poder mirarle a ese rostro perfecto suyo—. Hasta hace algo más de un mes creía que todo lo que querías de mí era un rato de diversión que nunca se iba a repetir. Y hasta hace unos días pensaba que ya ni siquiera eso, que tu interés no iba más allá de la amistad. Por eso me convencí de que lo que me pasa en el estómago cuando estoy contigo era alguna especie de frustración por no atraerte sexualmente. Y se me fue tanto la olla que propicié una orgía solo para que participaras, aunque fuera solo para ver cómo lo hacías con otro.

—Joder, Lía —me interrumpió con la voz ronca—. Yo participé solo porque me lo pediste tú, y lo disfruté, eso es así, pero aquí podíamos haber estado dos docenas de personas y daría igual, porque, hiciera lo que hiciera y con quien lo hiciera, yo solo te veía a ti. —Subió la mano despacio por mi pecho, por la garganta y la dejó ahí, bajo la mandíbula—. Tan bonita, sexi e inalcanzable.

—Así te veía yo. Y yo también lo disfruté, te lo aseguro, pero la verdad es que, como estrategia para quitarme las ganas de ti, fue un

fiasco total.

Mis palabras hicieron que se le escapase una risita por la nariz.

—Haber avisado, librera, y le habríamos puesto remedio. —Bajó la cabeza para acercarse hasta que nuestras narices entraron en contacto—. Soy tuyo para eso y para todo lo que quieras.

—Es que no lo sabía, segurata.

—Pues ahora ya lo sabes.

—¿Y tú? ¿Has entendido que no se trata solo de eso, sino de que lo quiero todo de ti?

—Sí, pero aún no me lo creo.

Tenía que conseguir que lo creyera y, como ya lo había intentado con palabras, cambié de táctica. Me arrojé contra su boca y su cuerpo, tanteé su piel por debajo de la camiseta, saboreé la clorofila de sus chicles favoritos directa de su lengua, me froté contra él en ondulaciones suaves pero exigentes y me perdí en las sensaciones.

Como ya sabía, Adrián besaba con todo el cuerpo. Y el mío lo sentía en todas partes, incluso con toda esa tela de por medio. No obstante, y en aras de mejorar la experiencia, me subí a horcajadas sobre su regazo, desuní nuestras bocas y tiré del algodón de su camiseta para quitársela y lanzarla lejos antes de ocuparme de los botones de sus vaqueros.

—Despacio —pidió risueño—. Nos merecemos disfrutarlo, ¿no te parece?

Solté una risita nerviosa que él hizo suya con un beso suave y caliente.

Me abrió los botones de la camisa un pelín bastante más lento de lo que lo habría hecho yo, deslizó las mangas con la misma parsimonia y después dejó un camino de besos desde la muñeca hasta el cuello, mientras la otra mano se entretenía en el borde inferior de mis pechos. Intenté relajarme y, aunque no pude, me obligué a bajar la velocidad, que no la intensidad.

Porque, Dios, por fin estábamos los dos en el mismo punto. Al fin me había liberado de la carga que suponía no entender lo que sentía, sumada a la interpretación errónea de lo que sentía él. Sí que habíamos estado escacharrados, pero ya nos habíamos reparado. Yo ni siquiera era la misma persona, muchos cambios se habían operado en mí. Por ejemplo: estaba sentada encima de él con tan solo el sujetador y los pantalones y sentía de todo menos vergüenza. Así que me aproveché de ello, me levanté y, ante su mirada dubitativa, le tendí la mano.

Lo guie hacia mi dormitorio y allí encendí la luz tenue de la lámpara que tenía en la mesilla antes de sacar un preservativo del cajón y dejarlo encima de la almohada, situarme frente a él y continuar eliminando barreras textiles. Él no se demoró en colaborar y, de esa manera, con calma y la complicidad que —a excepción de los intentos previos de intimidad— había caracterizado nuestras interacciones desde el mismo principio, nos quedamos totalmente desnudos uno frente al otro. Expuestos a todos los niveles.

Y yo no podía estar más a gusto. Me sentía tan cómoda y confiada como excitada y anhelante, si acaso eso era posible. Paseé las yemas de los dedos por su pecho y torso definidos y sin apenas vello, haciendo el tiempo porque quería experimentar tantas cosas con él que no sabía bien por dónde empezar. Quería enseñarle todos mis trucos recién aprendidos, darle placer y obtener placer sin temores y de todas las formas que había descubierto desde que habíamos iniciado la *terapia*.

Él tenía las manos sobre mis caderas, seguía conteniéndose. Había abierto los labios un par de veces como para decir algo, y al final no lo había hecho.

—¿Está todo bien? —pregunté en un susurro.

Él asintió y me acarició los costados hasta detener las manos junto a mis pechos expectantes. Se me erizó hasta el último centímetro de piel.

—Es que no quiero estropearlo.

—No vas a hacerlo —le aseguré con firmeza—. La que lo fastidió las otras veces fui yo, tú nunca hiciste nada mal.

—Quiero decirte tantas cosas…

—¿Como qué? Dímelas sin miedo y hazme lo que quieras sin miedo.

En una maniobra mucho más rápida de lo que habría cabido esperar, me agarró contra su pecho, me dejó sobre el colchón y se tumbó encima de mí. Me robó el aliento en un beso desesperado que pronto se volvió más profundo y en el que no tardé en participar. Toda mi anatomía se metió en faena, lo envolví con brazos y piernas y me restregué contra su erección.

Adrián me liberó la boca y me paseó la suya por la garganta, las clavículas y un pecho antes de subir otra vez, mordisquearme el lóbulo de la oreja y parar de nuevo para mirarme, apoyado sobre el codo y con la otra mano en un lateral de mi cuello.

—Quería decirte que eres la mujer más bonita que he visto jamás, de la cabeza a los pies y, sobre todo, aquí dentro. —Movió la palma de la mano hasta el esternón—. Que he soñado cientos de veces con este momento y que ya no soy capaz de comer chuches sin imaginarte desnuda entre mis brazos.

Se me escapó la risa y él, en reprimenda, me dio un mordisquito delicioso en el pezón. Enredé los dedos en su pelo y gemí cuando, acto seguido, lo lamió y lo succionó con delicadeza, y cuando continuó descendiendo por mi vientre mientras amasaba esa misma teta con la mano.

—Que estoy ya a punto de explotar. —Me miró y me guiñó un ojo —. Y que te prometo que me repondré rápido para seguir si me corro como un chavalín con otro de esos ruiditos que haces y que me están poniendo a cien.

Podría haberle respondido algo si tuviera la capacidad de formar palabras, aunque no era el caso.

Descendió un poco más y me sujetó la pierna por la corva para dejar más besos húmedos desde allí hasta la cara interna del muslo. Tuve que taparme la boca para amortiguar el jadeo extasiado que me provocó su lengua trabajando entre mis pliegues como si fueran un rico helado que se derretía, lo cual era un símil bastante certero. Poco pude hacer a partir de que se ayudó con esa mano hábil suya mientras la boca se centraba en mi clítoris hinchado y al extremo agradecido por las atenciones recibidas.

De modo que yo sí que tardé poco en explotar en un orgasmo brutal, con la espalda arqueada, los brazos en cruz, las manos apretando el edredón y las piernas temblorosas; entre tanto él se iba retirando de la zona cero de mi placer con lametones suaves, que se convirtieron en besos tiernos en las ingles, el pubis y las costillas. Tiré de él, lo rodeé con una pierna y ataqué su boca mientras mi centro seguía palpitando y buscando su entrepierna. Lo empujé hacia un lado para que se recostara sobre la espalda y me hice con el condón para tenerlo más cerca.

—Mi turno —anuncié con lo que pretendía que fuese un tono sensual.

Me tocaba a mí morder, besar, lamer y succionar. Y lo hice sin miedo ni preocupaciones, espoleada por su respiración acelerada y por la manera en la que en algunas ocasiones movía las caderas o me agarraba el cabello. Sus reacciones no hacían más que aumentar mi excitación hasta un punto en el que se volvía casi dolorosa.

Adrián se incorporó despacio sobre los codos y yo, sin llegar a sacármelo de la boca, busqué su mirada, ya fija en mí.

—Ni te muevas o no me hago responsable de que esto se acabe tan pronto.

Alcé las cejas y ahuequé las mejillas antes de liberarla y lamer la punta. Él hizo una inspiración profunda y echó la cabeza atrás.

—¿Podrías llegar a correrte? —pregunté porque… bueno, porque la inseguridad, al fin y al cabo, formaba parte de mí y siempre iba a estar ahí. Y porque me encantaría que la respuesta fuese afirmativa.

—Nena, llevo un rato recitando las provincias de España de oeste a este y de norte a sur.

Reí mientras me erguía y avanzaba sobre las rodillas para sentarme donde antes tenía ocupadas las manos y la boca.

—¿Por dónde ibas?

—He empezado por A Coruña y estaba ya en Sevilla, pero casi me corro en Murcia por esa cosa que has hecho con la lengua.

Con las tetas agitadas por la risa, estiré el brazo para coger el condón, lo abrí y se lo puse con cuidado.

—¿Sueles repasar geografía durante el sexo?

Me levanté un poco y jugueteé con su pene en mi entrada. Jadeé cuando me estimulé trazando círculos con la punta en el lugar donde parecían concentrarse todas las terminaciones nerviosas de mi cuerpo. Adrián hinchó el pecho y tragó saliva con pesadez sin apartar los ojos de los míos cuando me lo introduje despacio, hasta que hicimos tope.

—Es la primera vez que lo hago. —Obedeció ante la presión que hice en su torso y se tumbó mientras yo ondulaba la pelvis para ajustar nuestro encaje y moverme con más libertad—. Aunque creo que no va a ser la última de hoy.

Dejé la mano en su vientre duro para apoyarme y me mecí arriba y abajo y en círculos cerrados. Las reminiscencias del orgasmo anterior se intensificaban con la fricción y mis jadeos aumentaron en la misma medida. Pese a que no se lo dije, yo tampoco me lo terminaba de creer. Ya no tanto que nos estuviésemos acostando como lo que significaba para ambos. Ninguno de los dos éramos solo un polvo para el otro. ¿Aquella sensación de plenitud era real? Lo era. Por eso se sentía tan diferente, por eso era tan intenso. Por eso se me antojaba tan… correcto. Como llegar a tu destino después de haber pasado horas perdido. Como encontrar por sorpresa algo que llevabas largo tiempo añorando. ¿Sentiría él lo mismo? Ojalá me atreviera a preguntarlo.

No era el momento. No cuando él apretó mis muslos y acompañó mis movimientos con sus bienvenidas embestidas. Eché las manos atrás para apoyarme en sus piernas en cuanto sentí cómo él llevaba la suya a la unión de nuestros sexos. Alcancé un nuevo clímax en cuestión de pocos segundos.

Adrián se incorporó de golpe, me abrazó y se tragó mis últimos jadeos en un beso voraz. Con las extremidades laxas y el cerebro atolondrado, él invirtió nuestras posiciones y me penetró despacio, una vez más, para luego continuar con arremetidas lentas y profundas.

Le sujeté la cara y lo atraje hacia mí para volver a besarlo con lengua y dientes. No me iba a correr otra vez, sin embargo, no dejaba de sentir que estaba a punto de hacerlo. Separé la espalda del colchón y subí una pierna a su espalda para sujetarlo como si se me fuera a escapar.

—Dios, Adri… —gemí—. Quiero más…

Él me estrujó un pecho, imprimió más fuerza a sus movimientos y comenzó a farfullar:

—Huesca, Zaragoza, Teruel… —Rompí a reír y le contagié la risa, no obstante, él no se permitió perder ni un ápice de concentración. Me besó con ardor y luego me agarró por la cadera y tiró de mí para alzarme un poco y hacer aún más profunda la penetración—. Lleida, Girona, Barcelona…

No sabría decir si fue ese cambio de ángulo, si la vibración provocada por las risas, si la descarga que me recorrió cuando me estimuló un pecho con la boca hambrienta, o una mezcla de todo lo anterior lo que desencadenó otro orgasmo demoledor que, por inesperado, me hizo aullar de placer. Adrián hundió la cabeza en el hueco de mi cuello y descargó su propio orgasmo en una exhalación jadeante que se perdió entre mi cabello, tan solo unos segundos más tarde y a la altura de Segovia.

Se derrumbó a mi lado, los dos todavía jadeantes y extenuados, me pasó el brazo por la cintura y me atrajo hacia él.

—Ha sido un placer viajar contigo.

—Lo mismo digo.

Reímos juntos unos instantes. Con el cuerpo todavía débil y blando, me moví para quitarle el preservativo, anudarlo y dejarlo en el suelo, no pensaba gastar energía en nada más. Así que abrí el edredón, esperé a que se metiera dentro también y me acurruqué contra él. En el silencio que se hizo en mi cuarto, pude escuchar sus latidos contra mi oído.

Fue él quien habló primero.

—Casi dos años fantaseando y no he estado ni cerca de imaginar lo que es tenerte en mis brazos.

—No pienso moverme de aquí, así retienes bien el concepto.

Acunó mi rostro con una mano y me dio un beso dulce y largo que me hizo suspirar.

—Eres un puto sueño, Lía.

—¿Te lo has creído ya? Porque mi corazón es tuyo, Adri. Cuídalo bien, por favor.

—Lo haré, puedes estar segura. —Otro besazo de película—. Eres el mejor regalo de Reyes que he tenido y tendré jamás.





LOVE ACTUALLY

Podríamos haber dormido, pero no lo hicimos. Éramos Adrián y yo, lo que mejor se nos daba era aderezar nuestros momentos juntos con comida y bebida. Y esa noche no habíamos cenado.

Por lo que, tras un ratito de arrumacos y recuperación poscoital, nos levantamos a reponer electrolitos y a preparar algo de cenar. El ágape improvisado fue un poco de picoteo con un mucho de turrón de chocolate, por eso de terminar las dos tabletas que me habían sobrado de las fiestas y que ninguno de los chicos se había querido llevar. Cenamos sentados en la alfombra, con las espaldas apoyadas en el sofá, las piernas enredadas y *Love actually* reproduciéndose en mi televisor.

—Madre mía —dijo él con la vista clavada en la pantalla—. Esta escena también ha envejecido fatal.

No sabía a qué se refería porque yo llevaba un rato mirando nuestras manos entrelazadas sobre su regazo y perdida en mis pensamientos. Todavía tenía la oxitocina por la estratosfera y casi podría apostar a que mis glóbulos rojos tenían forma de corazón y un nombre que empezaba por A y acababa por «drián» impreso en el centro.

La escena en cuestión era la de Keira Knightley y el chico de los cartelitos.

—Tiene cosas que ya a principios de los 2000 estaban claramente mal —argüí—. Pero que ahora lo veamos como algo evidente es señal de que la sociedad progresa en la dirección correcta, al menos.

—Es una forma optimista de verlo.

—Solo es una película más sobre el amor y el enorme abanico de opciones disponible para cagarla con la persona que amas. —Amplié la sonrisa bobalicona cuando Adrián giró la cabeza hacia mí—. Y sobre lo bonita que puede ser la Navidad en la compañía adecuada.

Él también estiró los labios en una curva ascendente y me dio un toquecito en la punta de la nariz.

—Un mensaje superimportante ese.

—Pues sí.

A mí me había quedado muy claro, desde luego.

Cuando el personaje de Keira salió a darle un beso a su acosador, yo estiré el cuello y besé al chico que me había regalado unas navidades de película y que me había enseñado que, si quería que mis circunstancias cambiasen a mejor, la primera que tenía que iniciar esos cambios era yo.



La mañana de Reyes amanecimos en posición de cucharita y yo no podría haberme levantado de mejor humor. Acepté sin dudar cuando me sugirió acompañarlo y participar en otra de las tradiciones de su familia: la apertura de regalos, solo por parte de los más pequeños, y posterior degustación del roscón.

Resultó de lo más natural caminar agarrados de la mano bajo el brillante sol invernal, ni siquiera era consciente de en qué momento había ocurrido, solo que debió ser al poco de salir del portal. Tal vez

lo habíamos hecho durante los besos que compartimos mientras bajábamos en el ascensor y ya no nos volvimos a soltar hasta que recogimos los cuatro roscones —solo, con nata, con crema, con nata y crema— en esa pastelería que tanto le gustaba a su abuela y en la que hicimos cola unos buenos veinte minutos.

Vimos a los niños abrir con ilusión los paquetes y comimos el roscón, esparcidos por todo el salón, acompañando el dulce típico de café o Colacao que bebimos en una docena de tazas de diferentes tamaños y colores. Como ya venía siendo costumbre, la matriarca del clan reclamó mi presencia a su lado, por lo que me senté en un taburete de la cocina que alguien había encajado entre el sillón orejero que ocupaba ella y el tresillo en el que la hermana y el cuñado de Adrián hacían malabares entre las tazas, las porciones de roscón, sus retoños y las piezas de un garaje de Micro Machines.

La abuela de Adrián se zampó su tercer trozo en pocos minutos, retiró las migas de la falda e hizo un aspaviento en dirección a su hija, que estaba cortando más porciones en la mesa de centro.

—¡Nena! Ponle otro aquí a la muchacha, que se ve que está tímida y solo ha tomado uno.

Iba a decir que no tenía más apetito, pero Adrián apareció por la puerta riendo con su prima y cargado con otra ronda de cafés, y me olvidé. Acepté el platillo en el que su madre me traía un trozo y me lo llevé a la boca.

—¿Cómo va eso que tenemos entre manos? —preguntó entre dientes y con su poco discreta discreción—. ¿Ya puedo hacer el anuncio en la piscina?

Terminé de tragar, aparté la mirada de su nieto y me arrimé a ella para contestarle:

—Creo que igual es un poco pronto, pero estamos en ello.

La mujer me dio un codazo cómplice y yo le di otro bocado al roscón.

—¡Au! —Me llevé la mano a la boca y me acerqué el pedazo a la cara para ver qué era eso duro que había mordido.

Adrián se materializó frente a mí y se agachó entre mis piernas.

—¿Te has hecho daño?

—No, ha sido más la impresión al notar algo duro.

Hurgué en la zona del mordisco mientras la abuela decía:

—Te ha tocado la figurita.

En efecto, en el interior esponjoso había un minipaquetito muy bien envuelto en film. Dejé el plato en las rodillas y lo desenvolví.

—Es… —Miré a Adrián con una sonrisa de oreja a oreja—. Es Melchor.

Él me guiñó un ojo y me frotó los muslos.

—No podía ser de otra forma, es obvio que Melchor siempre ha sido tu Rey Mago.

Se levantó, me dio un beso en la sien y, como si nada, se puso a recoger tazas vacías y restos de papel.

La abuela se limpió la boca con una servilleta que luego dobló con pulcritud.

—Ni pronto ni pronta —me dijo—. El nene tiene novia.



No nos quedamos a comer con su familia, aunque lo intentaron. Declinamos y nos fuimos al piso de Adri para que pudiera ducharse de nuevo y ponerse ropa limpia. Estábamos enrollándonos en el sofá, como dos adolescentes salidos, cuando nuestros móviles sonaron al mismo tiempo. Los donuts preguntaban dónde estábamos y el timbre sonó poco después de que les informáramos

de nuestra ubicación. Con eso y todo, tuvimos tiempo de recibirlos totalmente vestidos, aunque con las mejillas sonrosadas y la respiración todavía agitada.

Adri les abrió la puerta mientras yo disimulaba sentada muy recta en mitad del sofá. Aritz chocó el puño con su amigo, se adentró en la cocina y se hizo con un botellín de cerveza. Jairo caminó hacia el salón alternando la vista entre Adri y mi cara de «por favor, no hagas ningún comentario».

Debí haber proyectado mis oraciones también hacia Aritz, porque fue él quien, cerveza en mano y apoyado en el mostrador que separaba la cocina de la sala, soltó:

—¿A partir de ahora va a ser siempre así? ¿En cuanto nos descuidemos os vamos a pillar follando?

Adrián rodó los ojos, Jairo rio y se sentó a mi lado, yo me puse como un tomate. El más alto de los donuts me pasó el brazo por los hombros.

—No necesito verlo, pero confieso que me encanta la idea.

—No, no —repuso Aritz—. Si no tengo ningún problema, pregunto por calcular tiempos y tal, por no preocuparme cuando quedemos y tardéis. Me alegro un huevo de que estéis juntos. Porque… estáis juntos, ¿no?

Adrián respondió de inmediato:

—Sí.

—Maravilloso. Ponte algo de picar, anda. Celebremos que se han acabado las fiestas.

—Eso —apostilló Jairo—. Has sobrevivido, Lía. ¿Te sientes liberada?

Reí y negué con la cabeza.

—No te creas, me da hasta un poco de pena que se acaben.

«Porque ahora, de repente, resulta que me gustan las dichosas navidades», añadí solo en mi fuero interno.

Adrián se aproximó con otro botellín para nuestro amigo y una lata de refresco para mí.

—Qué suerte que se repitan todos los años —comentó antes de volverse hacia la cocina para buscar algo con que aplacar el hambre de Aritz.

Sí, qué suerte.

Y qué ganas de pasarlas todas a su lado.



EPÍLOGO

Conocí a Lía la tarde que fue a ver el local que alquilaría una semana después. Le hablé por primera vez la mañana que la vi llorar a oscuras, unos minutos antes de tener que abrir la persiana y colocarse una sonrisa falsa en la cara para echar el resto de la jornada. Y me enamoré de ella… la primera vez que la vi sonreír de verdad.

Fue durante la reunión inaugural del club de lectura que organizaba. La había visto encargar galletas y bebidas para el triple de las cuatro personas que acudieron a aquella cita, pero eso no ensombreció su entusiasmo. Tenía una sonrisa preciosa cuando sonreía de verdad, pero no lo hacía con mucha frecuencia. De hecho, no la vi hacerlo de nuevo hasta el día que se me ocurrió adelantarme y llevarle un café como el que solía pedir cuando el centro tenía poca actividad y se atrevía a ausentarse un minuto del puesto.

Hice una broma estúpida, ella rio y ya no hubo vuelta atrás.

Lía se me había metido dentro para ya no volver a salir.

Lástima de mí que ella no me viera como la veía yo, ni mientras tuvo un novio al que jamás vi preocuparse por ella, ni cuando rompió con él. Ella no veía a nadie más que a su única amiga, ni más allá de sus obligaciones con la librería. Y a mí me partía el alma que la vida se le escapara mientras se pasaba medio día encerrada

en el local y el otro medio durmiendo o regodeándose en su amargor.

No pensaba rendirme, seguiría intentando hacerla reír cada vez que me diera la oportunidad. Tirar la toalla no iba conmigo, ni siquiera cuando mis progresos eran tan pequeños que se podían considerar inexistentes.

¿Te imaginas lo que sentí cuando, contra todo pronóstico y después de una montaña de negativas, fue ella la que me propuso salir a tomar algo?

Bueno, supongo que te haces una idea y el resto… ya lo sabes.

Así que aquí me tienes, dos años y unas semanas más tarde de aquella primera cita que no lo fue en realidad. Hoy es Nochebuena, el centro comercial está a punto de echar el cierre y estoy viendo a Lía cambiarse en el almacén mientras resisto la tentación de meterme dentro con ella y arrancarle el vestido que se acaba de poner. No lo hago, porque le queda muy bien y porque llegaríamos tarde a la cena con mi familia. Con nuestra familia.

Apoyo el trasero en el mostrador y observo cómo se pinta los labios mientras sostiene un espejito minúsculo delante de la cara.

—Vine a media tarde —le informo—, pero estaba esto lleno de gente.

—Ya —farfulla antes de soltar el espejo y atusarse el pelo con los dedos—. Ha habido un momento de agobio terrible, parece que la gente se puso de acuerdo para venir toda al mismo tiempo. Le debo una media hora extra a Rocío.

Rocío es la empleada que tiene a media jornada desde poco después de que mi prima Ana terminara las prácticas. Gracias a la ayuda de Jairo y Aritz, así como a su empeño y trabajo duro, el negocio fue prosperando en un avance lento pero seguro que le permitió contratar a esta chica. Lía sigue trabajando muchísimo, no obstante, ahora dispone de un par de tardes libres a la semana, como mínimo. A veces, hasta se concede el día entero para hacerlo

coincidir con mis libranzas y pasarlo juntos en la cama. No, es broma. En ocasiones incluso hacemos planes en el exterior. Porque no hay nada que me guste más que estar con ella en la cama, sin embargo, reconozco que también disfruto mucho cuando salimos con nuestros amigos, con Nat y su familia, o con cualquiera de los integrantes de la mía, que ya ha hecho también suya.

Son concesiones que estoy dispuesto a hacer, sobre todo, desde que, hace algo más de un año, comenzamos a vivir juntos. Me lo propuso ella a mí, una noche en la que tuve que levantarme de madrugada para ir a mi piso a por el uniforme que no había tenido la previsión de coger antes de ir a buscarla. Yo llevaba meses queriendo proponérselo y esperando a que saliera de ella. Lo hizo apenas unas semanas antes de la fecha límite que me había marcado yo, después de pactarla con Jairo y Aritz, que fueron los que aportaron un poco de cordura y establecieron plazos que ellos denominaron razonables.

Y qué alegría que me lo pidiera, joder. Así es la nueva Lía, la que ya no solo no se conforma, sino que sabe lo que quiere y no se corta en ir a por ello.

Qué gratificante fue verla cambiar, ser testigo de cómo se subía a la vida en lugar de seguir mirándola pasar desde un rincón oscuro y alejado.

—¡Listo! —exclama desde la puerta del almacén, ya con el abrigo en la mano y el bolso colgado del hombro. Está preciosa, como siempre, ya sea arreglada, como hoy, o recién levantada y con una camiseta vieja y estirada—. ¿En qué pensabas? Estabas sonriendo.

—En nada. —Busco una excusa rápida por no confesar que soy un moñas que sonríe como un bobo cuando rememora cualquier momento con la chica que lo tiene loco y tonto perdido—. En la niña que ayer me pidió una tortilla de patata sin cebolla de regalo de Navidad. —Me acerco para sujetarle el rostro con las dos manos y la beso con intensidad. Todavía hay momentos en los que me cuesta

creer la suerte que tengo de que ella también se enamorara de mí, aunque fuese con retraso—. ¿Nos vamos?

—Sí. —Apaga la luz que queda y salimos por debajo de la persiana a media asta—. ¿La niña va a tener su tortilla? —pregunta mientras la baja del todo.

—Por supuesto, he hablado con mi hermana y ella con el trabajador social a su cargo, y ya está arreglado. Ojalá fuera siempre tan fácil.

Lía guarda las llaves en el bolso, me pasa el brazo por la cintura y echamos a andar pegados.

—Haces lo que puedes, amor.

Sí, pero eso no quita que me frustre no poder hacer más.



En el piso de mis padres no cabe ni una sola persona adicional. Los niños ya ocupan todos su propia silla y eso nos complica la logística mientras no sean lo suficientemente mayores como para ponerles una mesa aislada en la cocina, como cuando mi hermana, mis primos y yo éramos chavales. Cada uno se sienta donde puede, salvo Lía, a la que mi abuela le guarda siempre el sitio a su lado, en la cabecera. Yo intento sentarme cerca, pero no sé cómo, siempre consiguen dejarme en la otra punta del salón, para luego usarme de comodín y tenerme toda la cena yendo y viniendo a por otro tenedor, más servilletas, salsa rosa, etcétera. Me quejaría de que en esta casa no se me respeta, pero es que, para ser honesto, no solo no me importa, sino que es un rol que me he ido autoasignando con los años y que le va bien a mi culo inquieto.

Vuelvo a sentarme después de pasarle el bote de Cebralín al iluso de mi tío, que se ha tirado encima la mitad de la salsa del cerdo

asado, y miro hacia la otra punta de la enorme mesa desigual. Lía está riendo a carcajadas por algo que le ha cuchicheado mi abuela. Esas dos juntas tienen mucho peligro, y me encanta.

Después de terminar la tonelada y media de comida que mi madre y mi tía se han pasado el día preparando, brindamos y nos deseamos todos una feliz Navidad. Cuando nos llevamos las copas a los labios mi abuela pronuncia la coletilla de cada año:

—Ea, por esta y la siguiente, por si no llego a verla.

—¡Abuela! —le riñe alguien.

—Mamá, no seas ceniza.

—Lo que no hay que ser es ingenuo, hija. —Y después la mujer me mira, mira a Lía y añade—: A ver, por que yo llegue a la siguiente y por que la familia aumente antes de que empiece a disminuir.

Venga, sin presión. Yo me río, Lía se pone colorada y mi hermana jura y perjura que nos cede el testigo a nosotros y a los primos, porque ella no piensa parir más. Hago una nota mental para recordarle a mi abuela que no íbamos a hacer más comentarios al respecto de eso. Yo también tengo ganas, pero Lía ahora está centrada en asentar su floreciente negocio y trasladarlo a un local más grande y en la calle, para no estar supeditada a los horarios tan amplios y estrictos del centro comercial. La maternidad no entra en sus planes a corto plazo —con los que estoy muy de acuerdo— y no voy a ser yo quien ponga la cuestión en la mesa y se los desbarate con una impaciencia que, a decir verdad, no siento. La tengo a ella y ella me tiene a mí, no se me ocurre pedir nada más.



Son casi las dos de la mañana cuando nos subimos al coche.

—¿A qué hora has quedado de venir mañana? —pregunta ella entre bostezos—. Dime que nos da tiempo a dormir y remolonear un poco.

—No te preocupes, podrás descansar.

Por suerte para mí, y tal como había previsto, Lía se duerme a los dos minutos de arrancar. Conduzco en la noche apacible las dos horas que nos separan de la casita que he alquilado, muy cerca de aquel pueblo casi abandonado al que la llevé a ver la nieve en nuestra primera Navidad. El año pasado no pude organizarme porque me tocó trabajar de mañana y este tenía que hacerlo sí o sí.

No creo que sepa que en el maletero tengo preparada la compra, una bolsa con mudas, ropa para la nieve y demás. Y creo que va a alucinar cuando mañana lleguen Jairo, Aritz, Nat, Edgar y Bastián —confío en que el enano no nos reconozca, lo de estar los tres juntos es un riesgo que Nat ha decidido que podíamos asumir— para celebrar y pasar allí la noche con nosotros. Cuando los vea entenderá por qué me puse tan pesado con que se tomara libre al menos media jornada del día veintiséis.

—Nena —susurro en cuanto aparco el coche en el jardín de la propiedad. Me río cuando ella farfulla una protesta, más dormida que despierta, y se arrebuja en el abrigo—. Mira, está nevando.

Abre los ojos y se incorpora tan de golpe que el cinturón de seguridad se engancha y la devuelve al asiento. Ella se lo quita y pega la cara al parabrisas medio empañado. Una ligera brisa barre los copos grandes como guisantes que chocan con el cristal.

—Adri… —murmura casi para sí—. ¿Dónde estamos?

Bajo del coche, lo rodeo y la ayudo a salir porque ella ya ha abierto la puerta. Hace frío, pero no mucho más del que hacía en la ciudad, aguantaremos bien el ratito que quiera quedarse a ver su adorada nieve caer.

Aunque, cuando la veo trastabillar, caigo en que esos no son los mejores zapatos para caminar en estas circunstancias. Así que la

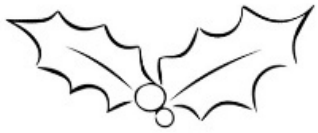
agarro y la cargo hasta el porche de la casa como un novio ante la inminente noche de bodas. Ella ríe a carcajadas, con un brazo en torno a mi cuello y el otro estirado para atrapar los copos que se disuelven al contacto con la calidez de su mano.

La dejo en el suelo y ella me abraza y me mira con los ojos de pronto muy despiertos y brillantes.

—Te quiero más que al lado fresco de la almohada en una noche insomne de verano, Adri.

—Te quiero más que a mi vida, Lía.

FIN





AGRADECIMIENTOS

Hay dos tipos de personas, las que cierran el libro en cuanto leen la palabra FIN, y las que se quedan a leer también los agradecimientos. Pues yo, antes de nada, quiero darte las gracias a ti, que has escogido esta novela de entre los millones de opciones disponibles, has dedicado tu valioso tiempo a leerla y has llegado hasta aquí. Estoy igual de agradecida a quien pertenece al primer grupo, pero ellos no lo sabrán. En cualquier caso, gracias. Gracias desde lo más profundo de mi corazón, espero que hayas disfrutado la historia de Lía, Adri y sus amigos.

Reconozco que yo me lo pasé en grande escribiendo esta novela tan… especial. De alguna forma, esta pandilla de disfrutones ha logrado que me reconcilie un poquito con la Navidad. Y no lo habrían conseguido de no ser por la colaboración de las siguientes mujeres a las que nunca podré agradecer lo suficiente (procedo por orden alfabético, porque todas habéis sido igual de importantes):

Eleo: gracias por leer mis actualizaciones al segundo de enviártelas y por los consiguientes audios con tus comentarios y sugerencias. Amo escribir juntas en esta distancia que, en realidad, nos une más de lo que nos separa.

Marta: gracias por ayudarme siempre, pero, en este caso concreto, gracias por hacerme ver aquellos detalles que a mí tampoco me gustan como lectora y que ¡se me estaban escapando! Eres mi Pepito Grillo particular.

Nat: gracias por implicarte con esta historia, por echarme un capote mientras perfilaba los personajes y por buscarles nombre; gracias también por las aportaciones siempre certeras y por proponerme retos que me alegro de haber aceptado.

Rocío: gracias por el intercambio de capítulos, la crítica sincera, constructiva y respetuosa, y el coaching emocional.

A todas, gracias por estar siempre ahí para mí y para mis movidas, literarias o no.

Gracias a mi familia, por su apoyo constante y por animarme a seguir escribiendo.

Quiero darle también las gracias a las compañeras que han ayudado a poner bonita esta historia, gracias a Sonia por la corrección, a Verónica por la maquetación y a Claudia por el diseño de cubierta.

Y, por último, pero no menos importante, gracias a Editorial Tentación por volver a confiar en mí y por darle la oportunidad a esta novela.

Gracias a todos,
Marian Dreid

ÍNDICE

MALDITAS NAVIDADES

HASTA AQUÍ

YO ME ENCARGO

SPOILER

QUE COMIENCEN LOS JUEGOS DEL FOLLETEO

LAS NAVIDADES DE TU VIDA

VAMOS A DAR UN PASO MÁS

AGÁRRATE FUERTE

¿CONMIGO?

ENCUENTRO NÚMERO 1 - ADRIÁN

FRESCO COMO UNA LECHUGA

¡QUÉ MONOS!

HA SIDO GENIAL

ENCUENTRO NÚMERO 2 – ARITZ

ME ALEGRO, NENA

QUE NO, QUE NO Y QUE NO

TIENES RAZÓN

ENCUENTRO NÚMERO 3 – JAIRO

RARO DE NARICES

TENÍA UN DON

ALUCINA, LIBRERA

NOTA MENTAL

TENGO QUE IRME

ENCUENTRO NÚMERO 4 – ARITZ

ERES UNA SUERTUDA

EL RESTO DE MI VIDA

ENCUENTRO NÚMERO 5 - JAIRO

LA BRASAS

NOCHEBUENA

NO LO SABES

FELIZ POLVORÓN

SIN REGALOS

AMIGO INVISIBLE

BLANCA NAVIDAD

COMO SI FUERA LA PRIMERA VEZ

MIS PEORES TEMORES

YO YA NO ME PODÍA BAJAR

SIN PEPITAS

NOCHEVIEJA

VENGO AHORA

TÚ NO ERES ASÍ

QUÉ PUNTERÍA

HABLAMOS

¿QUIÉN SOY YO?

¿EMPIEZO YO?

ES QUE NO LO SABÍA

LOVE ACTUALLY

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS